



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR DE ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS**

**AGUSTÍN CUEVA (1937-1992):
MÁS ALLÁ DEL MITO, POR UNA DEMOCRACIA
TERCERMUNDISTA.**

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO ACADÉMICO DE:
MAESTRO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

P R E S E N T A :
FERNANDO CARRERA TESTA

ASESOR:
DR. HORACIO CERUTTI GULDBERG



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis hijos, Fernando y Malva Marina, cuyas infancias y adolescencia de alguna manera se encuentran encerradas a lo largo de estas páginas

A Horacio Cerutti Guldberg, entrañable amigo, inspirador de este trabajo y por quien nosotros conocimos a Agustín Cueva, en el común propósito de contribuir a la transformación profunda de Nuestra América

En la persona de mi madre, Amparo Testa Gómez, una vez más, a los trabajadores que trabajan con la clara convicción de que no todo pasado fue mejor y con la esperanza irrenunciable en que todo futuro será mejor

ÍNDICE

Dedicatoria	iii
Índice	v
Presentación	1
Introducción	7
Primera Parte	
De América Latina a Europa con boleto de ida y vuelta: periodización de la obra de Agustín Cueva	41
Desarrollo capitalista reaccionario, intelectualidad rebelde, 45; Literatura ecuatoriana: riqueza y pobreza de un pueblo olvidado, 51; Boleto de ida: itinerario de una adhesión marxista, fascinación científica, opción etico-política, rebeldía antimítica y otros hitos, 58; Tzantzismo: “compromiso” significaba reducir la macrocefalia de Occidente 81; De iras y esperanzas <i>toujours recommencée</i> , contra el colonialismo y el imperialismo, 86; En ruta con Mariátegui: latinoamericanización del marxismo, 98; La ruptura: hacia coordenadas sistemáticamente marxistas, 111; Madurando en y contra la dependencia, 113; Madurez: conocimiento novedoso de Nuestra América, 117; Conclusiones. No hay bálsamo de Fierabrás para Agustín, 145; Notas, 149.	
Segunda Parte	
Más allá del mito, por una democracia tercermundista	161
Antecedentes de la preocupación por la cuestión de la democracia en la producción de Agustín Cueva, 165; Ensayos: hacia un novedoso conocimiento de Nuestra América, 171; Mitología barthesiana: un andamio novedoso contra el abuso ideológico, 173; Más allá del mito: por una democracia tercermundista, 184; Conclusiones, 195; Notas, 198.	
CONCLUSIONES	
Por la elaboración propia del sueño de Nuestra América	203
Bibliografía	213
Anexo	231

La justicia no nos la enseñaron en la escuela el cura con su vara de álamo ni los profesores ni los compañeros con su venganza escalonada y la solidaridad no se aprendió en la familia (nos querían mucho pero resultábamos onerosos: dejaron de querernos), sino esa vez que fuimos a la otra escuela, la fiscal, la pública, la de todos, es decir de los pobres, que olía a polvo como un terremoto, a proponerles un desafío de fútbol. Cuando llegamos, en el patio había estallado una pelea y dos mocosos, que se odiaban con los ojos, levantaron sus puños sucios de tinta y tierra. Pero antes de que comenzaran las trompadas, uno de los espectadores-árbitros gritó “Esperen”, y se pudo a desatar los cordones de los zapatos de uno de los furiosos, ordenándole que se los quitara: cuando le aparecieron por las roturas de los calcetines los dedos mugrientos, señaló los pies renegridos del otro diciendo “Porque él es patalsuelo”. Ahora bien, la historia, desde las figuritas de cartulina hasta hoy día, ha sido una pelea desigual y desleal, un puntapié feroz, simultáneo-sucesivo-interminable de la polaina del terrateniente, la bota del coronel, el mocasín del señorito, la zapatilla del cardenal, cayendo todos contra el infeliz al que mantienen descalzo precisamente para patearlo.

Jorge Enrique Adoum, *Entre Marx y una mujer desnuda: texto con personajes*, México, Ed. Siglo XXI, 1984, p. 281 (primera edición, 1976, segunda edición corregida, 1978).

Desde la perspectiva ideológica del colonizador todo pueblo colonizado carece de historia; por definición no la posee, ya que tal categoría es un atributo de la “civilización” y no de la “barbarie”. Los procesos de emancipación son interpretados a su turno como un triunfo de ésta sobre aquella: derrotados los portadores de la “civilización”, las antiguas colonias no hacen más que recobrar el estado “natural” que les es propio. Se mueven, ciertamente, pero con movimientos caprichosos e inconexos, irreductibles a las categorías conceptuales con que normalmente se captan las leyes del devenir histórico. El arbitrio y el azar que ahora imperan a lo sumo pueden ser representados metafóricamente (son países “surrealistas”) o saboreados por paladares exquisitos, ávidos de exotismo.

El propio intelectual criollo se adhiere a menudo a esta perspectiva. Convencido de pertenecer a sociedades sin historia, termina por elaborar un *ersatz* de la misma, configurando la imagen de un mundo gelatinoso cuyas dilaciones o contracciones no obedecen a otra lógica que la de los movimientos veleidosos de caudillos bárbaros y soldados de pacotilla, caciques atrabiliarios y déspotas de pretensión iluminista.

Gran parte de la historia política de América Latina, al menos en lo que concierne al siglo XIX, aparece percibida de esta manera, no sólo en el clisé vulgar o el regodeo literario sino incluso en el ensayo histórico, sociológico o político. Desde el momento en que el período denominado de “anarquía” queda huérfano de una explicación [...] es un hecho que se dejan las puertas abiertas a interpretaciones incluso racistas [...].

Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina: ensayo de interpretación histórica*, México, Ed. Siglo XXI, 1977, pp. 31-32.

Presentación

Aunque el presente texto ha sido elaborado como trabajo de tesis para la obtención del grado de Maestro en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México, las preocupaciones que encierra, tienen una gestación que se remonta quizás hasta principios de los años ochenta.

Fue en ese período, en efecto, cuando tiene lugar la creación de un Taller de Estudios Latinoamericanos, bajo la inspiración y entusiasmo del Dr. Horacio Cerutti Guldberg, que, a algunos de los participantes, nos permitió entrar en contacto con los núcleos que definían las principales vertientes de la discusión latinoamericana.

Se trató y trata de una experiencia vasta, por momentos intermitente y sumamente compleja, que es imposible siquiera de sugerir en estas líneas. Parte de la reconstrucción de ella ha sido recuperada en el volumen colectivo *Filosofía, utopía y Política. En torno al pensamiento y a la obra de Horacio Cerutti Guldberg*, coordinado por Rubén García Clark, Luis Rangel y Kande Mutsaku.

Tras un itinerario que abarca más de dos décadas de vida, esa experiencia, encontró, a partir de principios del 2004, una nueva vía de impulso en la Sociedad de Estudios Culturales de Nuestra América (SECNA).

Las líneas que siguen, implican, seguramente de muy diversas maneras, un reconocimiento para todos aquellos que participaron y siguen formando parte de esa experiencia colectiva en curso.

Y es que, en efecto, el presente trabajo nutrió a tal grado sus preocupaciones de base a partir de esa experiencia, que sería inconcebible al margen de aquel itinerario.

Más específicamente, podríamos decir que el surgimiento del interés mismo por la producción de Agustín Cueva se remonta, justamente, al año de 1983, fecha en que Cueva nos presentara en el Taller, su trabajo, a la sazón relativamente reciente, *El desarrollo del capitalismo en América Latina: ensayo de interpretación histórica*, texto que se ha vuelto un clásico latinoamericano. Ese interés se

manifestó en el seguimiento de su producción y en una lectura más o menos recurrente de la misma. Pero fue el propio Horacio Cerutti, quien tuvo el mérito de hacerme reconocer ese interés y la sugerencia de traducirlo en un estudio sistemático, en momentos en que, hace alrededor de ocho años pretendía concentrarme en el estudio del impacto del neoliberalismo en América Latina.

Pero, no ha sido sólo en el auxilio para ese reconocimiento lo que el presente trabajo debe a Horacio; por el contrario, su presencia ha sido relevante en diferentes planos y momentos de la investigación, a través de sugerencias para la obtención de bibliografía de difícil acceso, gestiones para hacer viable un productivo viaje a Ecuador (sobre el que abundo más adelante), a más de su siempre valiosa y respetuosa asesoría, todo lo cual marcó decisivamente las perspectivas del trabajo.

En cuanto al trabajo mismo, debo decir que también se ha gestado durante un período considerable (quizás alrededor de ocho años), en el que los acontecimientos que modificaron el panorama internacional, nacional y hasta vitalmente, dejaron sus huellas...

Una de las consecuencias de esta prolongada gestación, se manifiesta en esta Presentación, en la que los reconocimientos abarcan episodios a veces distantes en tiempo y espacio, y lamentablemente debemos agradecer póstumamente algún apoyo recibido.

Por otro lado y paradójicamente, durante este prolongado tiempo de trabajo, fue madurando la idea de que el presente estudio representaba tan sólo un punto intermedio en un itinerario que apunta a contribuir a los procesos de transformación estructural latinoamericana pendientes.

Esa transformación se encuentra, hoy por hoy, diferida *sine die*. Y durante casi todo el tiempo de gestación y desarrollo de la investigación que aquí “concluye”, el agobiante resurgimiento y dominio de un entorno cultural conservador y reaccionario, ha traído como una de sus consecuencias un enrarecimiento tal del ámbito de las ideas, que los perfiles de actores, tradiciones, luchas, etc., se tornan borrosos e imprecisos. Más aún, ese dominio ha pretendido y sigue en gran medida pretendiendo borrar la discusión misma, tornando

sumamente compleja la tarea de orientarse, en cualquiera de sus niveles, en la lucha por la transformación estructural de Nuestra América.

En este contexto, consideramos que la producción de Agustín Cueva constituye un esfuerzo ejemplar de la lucha por oponerse a ese dominio, específicamente en el nivel teórico de la misma. Más aún, asumimos que se trata de una obra especialmente representativa de lo que incluso llega a valorarse como una especie de Edad de Oro de las ciencias sociales latinoamericanas. Ello en atención a su propósito de condensación de las preocupaciones, problemas, temas y, en fin, de los debates teórico-políticos que caracterizaron ese período.

Por ello, el presente trabajo es considerado por nosotros como una estación imprescindible para aspirar a aquella contribución a que nos referimos.

De algún modo el núcleo básico del esfuerzo que aquí cerramos en su primer intento, pretende recuperar el sentido de los textos que sirven de epígrafes al volumen en su conjunto: reiterar y laborar en la convicción de que la defensa del sentido histórico de Nuestra América es decisiva para la iluminación de nuestro devenir, pero no menos importante para la aspiración de solución de nuestros acuciantes problemas presentes; sentido que tiene un profundo y muchas veces insospechado nexo con la justicia; que su afirmación, incluso en una contemporaneidad tan confusa como la nuestra, parece imprescindible para contribuir a dotar de zapatos a nuestra entrañable infelicidad; para evitar el retorno de monstruos como el racismo; y, en fin, quizás para el diseño de un mundo mejor.

Por otro lado, debo decir que para quienes han sido testigos del desarrollo de la investigación que aquí “concluye”, es claro que la misma ha significado para su autor un enorme sacrificio por razones que pudiera estar de más hacer explícitas aquí, pero a las cuales aludo, porque es en ese contexto en el que adquieren especial relevancia todos los apoyos que, con todo, hemos tenido la fortuna de recibir, procedentes de muy diversas fuentes. Desde las estrictamente filiales, pasando por las institucionales, y, por supuesto, las provenientes de compañeros hermanados por el proyecto de contribuir a la transformación profunda de América Latina.

En ese sentido quiero recordar aquí a las siguientes personas: en primer lugar el trabajo es deudor de Erika Hanekamp, quien tuvo la generosidad de enviarme, desde Quito, materiales que había estado buscando durante el inicio de la investigación y que no había logrado reunir, por haberse publicado en editoriales sudamericanas de escasa circulación en nuestro país. Posteriormente, cuando tuve la oportunidad de conocerla personalmente en Quito, ese gesto fue ratificado con el aporte de fuentes de primera mano y que decir de todas las atenciones que me ofreció para hacer productiva mi estancia en la ciudad, en los días que tuve la fortuna de permanecer ahí. En ese sentido, también debo agradecer a Araceli Colín de Rivas y, por supuesto a Vladimiro Rivas Iturralde, quienes hicieron posible que el primer material enviado por la Sra. Hanekamp llegara a mis manos en la ciudad de México. A Vladimiro debo también agradecer sus atenciones y cordial recibimiento, esperando que el fruto de este trabajo me acerque a la generosa dedicatoria que de su libro *Vivir del cuento*, me ofreciera.

No menos agradecido estoy con Marcos Cueva Perus, hijo de Agustín pero destacado intelectual por propios méritos, por la proporción de materiales y sugerencias invaluable y por la entrevista que gentilmente me concedió.

En el mes de noviembre de 1995, durante los días 7 al 10 , tuve la oportunidad de participar en el VIII Congreso Nacional de Filosofía, organizado por la Asociación Filosófica de México. Uno de los logros de esa participación fue el honor de conocer personalmente al Dr. Arturo Andrés Roig, quien de manera generosa me puso en contacto con Ma. Fernanda Beigel, quien, a su vez, desde Mendoza, en la Argentina, había hecho su tesis de licenciatura sobre Agustín Cueva y me hizo el favor de enviarme un ejemplar de su trabajo. Texto que me ofreció un valioso antecedente sobre la dificultades al aproximarse en conjunto a la obra de Cueva. Quiero dejar aquí testimonio de mi agradecimiento tanto al Dr. Roig, como a la propia Ma. Fernanda Beigel.

Por otro lado, un acontecimiento de indudable relevancia para el perfil del trabajo fue la invitación que, una vez más, gracias a las sugerencias de Horacio

Cerutti, me fue hecha para participar en el “VIII Encuentro de Historia y Realidad Económica y Social del Ecuador y América Latina: Las Ciencias Sociales hacia el Siglo XXI”, verificado entre el 11 y el 15 de noviembre de 1996 en la ciudad de Cuenca, Ecuador. Quiero manifestar por ello mi agradecimiento a las autoridades del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), por su valioso apoyo para hacer viable mi traslado al Ecuador.

En ese sentido, debo decir que durante mi estancia en Cuenca y en Quito recibí especial apoyo para mis actividades y obtención de documentos bibliográficos de quienes me honran con una nueva amistad. Me refiero a Lorena Escudero Durán así como a Willington Paredes Ramírez, entrañable guayaquileño y fiel representante de la tierra de Joaquín Gallegos Lara. En ese sentido, también agradezco a Fernando Carvajal Aguirre y a Ximena Endara Osejo su inestimable apoyo y sugerencias así como por los materiales proporcionados.

En el Encuentro mencionado tuve oportunidad de presentar la ponencia titulada “Memorial democrático latinoamericano: Agustín Cueva (1937-1992)”, pero sobre todo, como he dicho, de reunir aquellos valioso materiales no editados en otras parte de Nuestra América, no sólo de la obra de Cueva sino del relevante contexto en el que él se formó, tanto literaria como teórica y políticamente.

Por otro lado, no puedo menos que agradecer, lamentablemente de manera póstuma, a Patricio Ycaza la cordial recepción que me dispensaron él y su familia, durante mi estancia en Quito, y a él la proporción de los materiales periodísticos y diversos ensayos breves, producidos con el propósito de rendir un homenaje a Cueva.

El trabajo se concentra en una temática de indudable interés actual, pero las posiciones que él se expresan no cuentan con una buena recepción, en gran medida debido a la paradójica pero no por ello menos tremenda desinformación que nos agobia en el mundo contemporáneo y a la intolerancia de distinta procedencia ideológica. Ante esta situación, la libertad académica se ha constituido en una conquista de inapreciable valor para la producción del conocimiento en las ciencias sociales. En ese sentido deseo dejar aquí constancia

de mi reconocimiento a los profesores de la maestría que durante dos años, además de ese indeclinable respeto a la opiniones diferentes a las propias, alimentaron distintas vertientes del proyecto: John Saxe-Fernández, Juan Arancibia Córdova, Raquel Sosa Elízaga, Berenice Ramírez López, José Luis Orozco, Valquiria Wey, Norma de los Ríos Méndez, Regina Crespo, y, por supuesto, muy especialmente a Mario Magallón Anaya, en cuyos seminarios, el trabajo pudo ser discutido con pasión latinoamericanista y con el rigor y entusiasmo de los participantes.

Por otro lado, quiero agradecer a los compañeros de la maestría que generosa cuan desinteresadamente ofrecieron sus comentarios críticos a las versiones preliminares del trabajo que discutimos con apasionamiento y dejaron su impronta en esta redacción “final”. Igualmente debo reconocer aquí la valiosa ayuda de Berenice Carrera Testa, mi hermana, por el inestimable apoyo en la detección y adquisición de materiales de difícil acceso. Y muy especialmente, quiero agradecer a los compañeros que integraron el Taller de Historia de las Ideas Desde América Latina, que funcionó en esta Cuna del Siervo de la Nación, desde principios del año de 1996 y hasta parte considerable de 1997, en donde el proyecto inicial fue objeto de consideraciones muy importantes. Por ello debe estimarse que el mismo recibió un generoso impulso inicial a partir de la entusiasta participación de los diferentes integrantes de esa experiencia. Quiero aquí recordar los desinteresados esfuerzos de todos ellos en la persona de la Dra. Lucinda Rivas.

Lo que tenga que ofrecer este texto será gracias a todos estos amigos y de aquellos que, ante la imposibilidad de mencionarlos por su nombre, espero que queden reconocidos en las personas que he mencionado. Por supuesto, todo lo dicho en el trabajo es de mi absoluta responsabilidad.

Morelia, Mich., octubre de 2005.

Introducción

Hoy dicha *razón* [la capitalista, FCT] parece haberse impuesto de modo omnímodo en Occidente, aunque no precisamente gracias a un incremento de la libertad, la igualdad y la fraternidad, sino mediante un movimiento retrógrado que viene a confirmar la peor de las predicciones marcusianas: la posibilidad de que “el segundo período bárbaro” esté constituido por el imperio de la propia civilización capitalista.

Agustín Cueva, 1987 (1)

De todas maneras, las ideas neoconservadoras han avanzado avasalladoramente sobre todo lo anterior, casi sin hallar oposición. Hasta donde sabemos no existe, por ejemplo, ningún libro sistemático, ni uno solo hecho en Latinoamérica, donde se ajuste seriamente cuentas con los nuevos amos también ideológicos de la región. Sus ideas sobre lo público y lo privado, sobre el Estado y la sociedad civil y sus respectivos papeles sobre la América Latina aún “mercantilista” y “patrimonialista” que espera ser salvada por la economía de mercado, o sobre cierto “populismo” prefabricado como chivo expiatorio de la crisis actual; sobre lo que es un intelectual democrático y lo que no lo es; sobre las bondades de la iniciativa privada criolla, pujante a pesar de la secular opresión de que el Estado la ha hecho víctima; todos estos tópicos y muchos otros, sobre la vida y la muerte, la “formalidad” y la “informalidad” o el “flexible nuevo orden mundial equilibrado por Alemania y Japón”, no son sólo propuestas o tesis en discusión sino que, hoy por hoy forman parte del sentido común del intelectual latinoamericano medio, que va asimilando la razón mercantil a la razón *tout court*.

Agustín Cueva, 1992 (2)

Justamente estas dos ideas podrían resumir, de alguna manera, las convicciones que subyacen a las líneas que siguen. Quizá ese nuevo período “bárbaro” esté ya en marcha y sea ello lo que, ya desde el período en que Cueva escribía, determinaba la falta de reflexión sobre los temas expresados en el segundo epígrafe.

En efecto, y la cínica invasión a Irak quizás sea el signo más patente, si no de ese período en sí mismo, sí uno de sus anuncios más explícitos y tangibles. La reprobación y movilizaciones internacionales que se suscitaron contra esa inopinada ocupación, así como las consecuencias políticas que provocó (el caso más elocuente fue el del inesperado triunfo del PSOE en España), son indicadores indudables de que amplios sectores sociales no han renunciado a rebelarse y oponerse a la pretensión imperial de domesticación total ante sus dictados.

Tampoco podrían desestimarse las virtualidades de cambio que se van configurando a partir de conflictos por países, a veces por regiones, de los que América Latina ofrece una candente gama en el pasado reciente y, por supuesto, en la actualidad. Así, en Argentina, Ecuador, Perú, Venezuela, Haití, Bolivia, Colombia, etc., manifestaciones sociales, políticas, militares han dado testimonios de distinta extensión y profundidad de una capacidad de resistencia que se niega a desaparecer sin dar batalla.

Sin embargo, no podemos magnificarlos artificialmente, pues, lo que parece fuera de dudas es que, más allá de intentos germinales, no se percibe hasta el momento un cambio en la correlación de fuerzas internacionales que permita pensar, en el futuro inmediato, en rupturas viables en el sistema de dominación vigente. Así que es previsible una tortuosa continuidad de ese predominio reaccionario en el futuro inmediato. Y aquí el caso más evidente, es la ya no tan sorprendente reelección de George Bush (hijo) en las pasadas elecciones, con todas las implicaciones que conlleva.

Como quiera que sea, el temor que impone esa virtualidad de los tiempos que corren, de obligarnos al silencio, es el obstáculo mayor que hemos enfrentado para iniciar y, a la vez, el acicate para arriesgar las tesis que siguen.

Así y todo, desde el planteamiento inicial del problema hasta esta versión “final”, no hemos podido sustraernos a esa “opresión que –al decir de Roland Barthes- es en suma la de todo comienzo imposible” (3).

Comienzo, en este caso, cuya imposibilidad no hemos podido romper, sino movidos por la convicción de que es necesario avanzar, de alguna manera, en lo que deberá ser un trabajo socializado.

En efecto, consideramos que el presente trabajo no podría ser evaluado cabalmente al margen de una problemática sumamente compleja, definida por las tremendas dificultades que enfrentan los intentos de cambio estructural en la sociedad actual; problemas que, seguramente, no pueden ser cercados en su complejidad sino mediante equipos de trabajo en gran medida especializados.

Hoy por hoy, sin embargo, y como hemos dicho previamente, ese cambio se encuentra diferido *sine die*. Por lo menos así lo sugieren no sólo la descomposición de procesos potencialmente revolucionarios (4), sino inclusive las perspectivas de cambios políticos más modestos, como la redefinición de formas de convivencia y de participación en procesos electoralmente apoyados de manera inusualmente masiva (5). Ello para no hablar de la cargada agenda de impartición de justicia de elementos del pasado reciente en no pocos países (6).

Sea de ello lo que fuere, hay dos componentes principales de esa problemática que constituyen el horizonte del presente estudio. De un lado la tremenda derrota que el capitalismo ha infligido al proyecto socialista, o, lo que se ha dado en llamar el *socialismo realmente existente*; lo cual, a su vez, ha configurado un panorama radicalmente distinto al que podría preverse hace menos de dos décadas y que le otorga un sentido premonitorio a la cita de Cueva con la que abrimos esta Introducción. Como hemos insistido, quizá ese nuevo período “bárbaro” esté ya en marcha y sea lo que determine, también, aquella opresión a que nos hemos referido, tomando prestadas las palabras a Barthes.

Al respecto, sin duda pocos estarán en desacuerdo en que esa arraigada convicción imperial en la *reversibilidad de las revoluciones* –cuyo ejemplo paramétrico lo constituye, precisamente la caída del socialismo de Europa del Este, con sus secuelas en los demás países socialistas, pero más grave aún en los movimientos de liberación nacional y en el Tercer Mundo en general- y las medidas adoptadas con base en esa convicción, han transformado radicalmente el panorama en los últimos veinte años, marcando de incertidumbre los tiempos que corren.

Y, por otro lado, pero estrechamente relacionado, el impacto de cierta teorización sobre la democracia, que ha prestado un servicio especialmente eficaz

para desmovilizar ideológicamente todo intento de proyectar una transformación radical de la sociedad.

Respecto de la primera cuestión, habría que decir que aún hoy dista mucho de haber consenso y de haberse aclarado el panorama en torno a las causas de la debacle de la Unión Soviética. Ello sin menoscabo de la masiva y solícita tendencia en amplios sectores intelectuales de oficializar el enterramiento de esa experiencia, sin asumir las implicaciones de la catástrofe. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, con todo lo limitado de la información disponible, la transición de las repúblicas exsoviéticas y en general de los otrora países socialistas de Europa del Este hacia el capitalismo, además de favorecer en esos países el renacimiento de los peores componentes de la marginación, reservada hasta hace dos décadas a los países más atrasados; ha implicado, además y para mayor ironía del destino, una inédita y paradójica forma de “competencia” con los países tercermundistas (7).

Respecto de la segunda cuestión y en cierto sentido referente superestructural del trabajo, habría que decir que, por un lado, sólo recientemente se ha iniciado la recuperación de la historia de un trabajo ideológico conservador, cuyos frutos ha podido disfrutar “a plenitud” el imperialismo capitalista alrededor de cincuenta años después.

En efecto, trabajos como “Balanco do neoliberalismo” de Perry Anderson muestran cómo esa inquietud puede reconocerse en un momento tan remoto como 1947. Momento en el que se inicia un trabajo “técnico” con el deliberado propósito de contrarrestar los avances que a la sazón lograba el trabajo frente al capital y que ponían a éste ante la necesidad urgente de considerarlo como punto privilegiado en su agenda (8).

Uno de los componentes nucleares de esa contraofensiva ideológica ha sido la pretensión de establecer “científicamente” la “libertad” individual contra cualquier iniciativa colectiva, cuya defensa aparecería así como anticientífica y, en último término, como irracional.

En ese plano deben considerarse como avances indudables, esfuerzos como el representado por *Neoliberalismo y seudociencia*, de Ricardo Gómez (9). A

estas alturas de la discusión, sin embargo, parecería insuficiente exhibir las inconsecuencias de importantes teóricos del neoliberalismo, con Popper y Hayeck a la cabeza, con los procedimientos democráticos por ellos pregonada.

Sea de ello lo que fuere, lo que queda claro es que, aunque esa tendencia no es nueva, sí sobresale en la actualidad la sensación de estar frente a una coherencia y eficacias de la misma que se antojan por momentos espeluznantes. ¿Puro maquiavelismo? Por supuesto que no. Hay en juego en esta tendencia, componentes intrínsecos a cierta forma de conciencia, la pequeñoburguesa, que impulsan a la naturalización. Reconocerlo, explorarlo y explicarlo es una tarea sumamente compleja; pero a cada momento decisiva para arrebatarle fuerza a la mitología conservadora y especialmente a la reaccionaria. En este sentido, podemos reconocer esfuerzos precedentes por aproximarse a la misma.

En efecto, por lo menos hasta donde llega nuestro conocimiento, ya en 1957 Roland Barthes había iniciado, en un contexto ciertamente diferente, un novedoso trabajo de reflexión teórica sobre la cuestión, movido precisamente por un “sentimiento de impaciencia –decía- ante lo ‘natural’ con que la prensa, el arte, el sentido común, encubren permanentemente una realidad que no por ser la que vivimos deja de ser absolutamente histórica”. Agregando, en memorables términos para nuestra propia actualidad:

... en una palabra, sufría, al ver confundidas constantemente naturaleza e historia en el relato de nuestra actualidad y quería poner de manifiesto el abuso ideológico que, en mi sentir, se encuentra oculto en la exposición decorativa de lo *evidente.por.sí-mismo* (10).

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que en el transcurso de la elaboración de nuestro propio trabajo, llegó a experimentarse una especie de veto contra toda idea de transformación estructural de la sociedad y, más aún, a objetarse cualquier esfuerzo de reivindicación social o económica, tendencia que, si bien con menor uniformidad, aún hoy persiste en gran medida.

El tema es tan delicado, que la falta de reflexión alternativa al respecto, la casi nula oferta de opciones que contravengan razonadamente la imagen dominante sobre la democracia, ha tenido como una de sus consecuencias

principales, el que predomine cierta tendencia a atribuir o bien un desprecio contra la democracia a cualquier intento de precisión o de conceptualización alternativa (sobre lo cual volveremos más adelante); o, en el peor de los casos, que es, al parecer el que se ha generalizado, el atribuir hasta motivaciones psicópatas a cualquier desacuerdo al respecto.

Así y todo hemos encontrado a lo largo del camino, como suele ocurrir, ideas claves para perseverar en ciertas convicciones y que, de alguna manera, dan forma a las mismas. Es el caso de algunas consideraciones de Herbert Marcuse, que hemos tenido oportunidad de reconocer de manera relativamente reciente y que caracterizan de un modo bastante cercano la experiencia a la que hemos aludido.

En efecto y en el contexto de un cuestionamiento a la tendencia (lamentablemente hoy más en boga que nunca) de cierto psicoanálisis adaptacionista, expresaba Marcuse en 1973:

Cuando un hombre “se ha desprendido de sus antiguos vínculos” y “ha aceptado un nuevo dogma” existe la presuposición de que “ha sufrido una gran inseguridad”, de que su “autoorganización está llena de odio y que perjudica a los demás”, de que su nueva fe “racionaliza las acciones destructivas” –en una palabra que es el tipo psicópata. No hay ninguna alusión a que su inseguridad puede ser racional y razonable, a que no es su autoorganización la que está llena de odio y es dañina, sino la de los demás, a que la destructividad en el nuevo dogma podría de hecho ser constructiva en tanto que su objetivo es una etapa superior de la realización (11).

Sin embargo, no son tan sólo lecturas como ésta, las que han reanimado el esfuerzo, pues no obstante el masivo e intenso panorama conservador, cuando no abiertamente reaccionario, en estos años ha habido manifestaciones de variada magnitud e intensidad, en donde las masas han vuelto a dar muestras de renovada combatividad (12), y el plano de las ideas no ha estado exento de esos hechos. Además de los textos mencionados, esfuerzos aislados pero decisivos van marcando una reflexión que seguramente no tardará en hacerse sentir (13).

Pero es en la elaboración de proyectos alternativos, en donde se ha padecido la imposibilidad de reflexionar sobre transformaciones de largo aliento.

Un veto no explícito ha funcionado contra el trabajo intelectual que en otro momento se autocalificaba de “comprometido”, exhibiendo una correlación de fuerzas ideológicas sumamente desigual.

Para el caso del Tercer Mundo en general esta situación ha devenido en una “aceptación” acrítica de los dictados del libre mercado (14).

Adicionalmente, y en el caso particular de América Latina, ello ha ido acompañado con una obsesión por enterrar los esfuerzos que, por reconstruir nuestra realidad, se habían venido elaborando con enormes dificultades entre nosotros, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX y que han establecido un avance sumamente creativo en la continuidad de interpretaciones del mundo, cuyo valor heurístico dista mucho de haber sido aquilatado.

En fin, un hecho relevante es la convicción de que la obra de un conjunto de autores latinoamericanos en ese siglo, pero significativamente a partir de la década de los sesenta del mismo, habían venido produciendo una reflexión iluminadora sobre nuestra historia y sobre nuestra actualidad, que mostraba como falsos un conjunto de problemas y temas, o desenmascaraba ciertas vías en pos de la transformación latinoamericana, además de especificar tareas insoslayables para el subcontinente, cuya urgencia ha ido en aumento.

De estas obras, entre las que cabe destacar las de Ricaurte Soler (panameño), René Zavaleta Mercado (boliviano) ya desaparecidos, Pablo González Casanova (mexicano), Horacio Cerutti Guldberg (argentino, nacionalizado mexicano) Ruy Mauro Marini (brasileño) John Saxe-Fernández (costarricense), etc., la obra de Agustín Cueva (Ibarra, Ecuador, 1937- Quito, 1992), mostraba con especial elocuencia los riesgos que para dicha transformación implicaban ciertas formas de abordar la cuestión de la democracia entre nosotros. Dicho esfuerzo, sin embargo, no era mayormente retomado y en algunas de las pocas ocasiones en que pensadores de indudable relevancia intelectual solían juzgarlo, esto se llevaba a cabo de manera sorprendentemente parcial cuando no abiertamente deformada.

En este contexto es en el que se inscribe modestamente nuestro esfuerzo. Sus pretensiones podrían considerarse efectivamente como modestas, porque

podrían estimarse como limitadas a rescatar los aportes de un autor considerado como especialmente representativo del singular acervo que, desde el quehacer intelectual latinoamericano, se ha desarrollado en las últimas décadas.

Rescate considerado imprescindible por la especial relevancia de su producción teórica ya que, en lo general y dentro del común propósito de trabajar por la constitución del sujeto histórico latinoamericano, destaca por su detección y abordaje de temas y problemas que ese sujeto tendría que asumir (todo ello expresado con una economía de recursos que en el avasallamiento de la información actual no es mérito menor). Producción que adquiere particular importancia por su tratamiento de la cuestión de la democracia dentro de aquél común propósito. Una idea implícita en nuestra preocupación es la convicción de que la contundencia de ese tratamiento, de los argumentos esgrimidos por nuestro autor parece no haber sido seriamente abordada, por no decir superada.

Esto es particularmente relevante si se atiende a la necesidad de sumar esfuerzos contra las pretensiones de enterramiento de los más caros anhelos de las masas latinoamericanas, a sus luchas en pos de ellos y a las no pocas experiencias más valederas de nuestra tormentosa historia.

Anhelos que, hoy por hoy, tienden a recibir de los gobernantes en turno una especie de llamado a una ambigua cuanto siniestra resignación (15).

En este contexto, pretendemos mostrar que dentro de la obra de Agustín Cueva (1937-1992) encontramos un valioso acervo referido a las condiciones de discusión del tema de la democracia entre nosotros. Se trata, en cierto sentido, de reiterar la defensa de la necesidad de discutir las perspectivas de las luchas democráticas; defensa asumida por Cueva de un modo implícito en sus primeros trabajos, pero de manera clara, enfática y teóricamente sustentada en la última década de su vida, en lo que constituyó un gesto de valor poco apreciado, mal entendido o deliberadamente deformado de su obra, pero cuya vigencia pretendemos someter a consideración.

Razones para una exploración de la obra de Cueva como la que nos hemos propuesto, podrían esgrimirse en gran número. Una consideración incluso panorámica de su trayectoria justificaría de por sí un esfuerzo semejante.

En efecto, así lo sugieren inclusive algunos rasgos generales de la misma.

Agustín Alberto Cueva Dávila nació el 23 de septiembre de 1937 en Ibarra, Ecuador. Realizó estudios de licenciatura en Ciencias Públicas en la Universidad Católica del Ecuador y de Doctorado en Derecho en la Universidad Central del Ecuador; obtuvo diploma de Estudios Superiores en Ciencias sociales en la Escuela de Altos Estudios de París; fue profesor en universidades de diversos países como en el propio Ecuador, Chile, México y fue profesor invitado en diversas universidades de América Latina y Europa. Desde 1973 y hasta su muerte fue catedrático en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Participó en infinidad de congresos, encuentros, simposia, etc. Y, además de desempeñar diversos cargos académico administrativos, llegó a ser presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Escribió para diversos medios periodísticos y publicó en gran cantidad de revistas. Por ello es probable que una parte considerable de su obra permanezca sin difundir ampliamente durante un buen tiempo (por nuestra parte preparamos la edición de las colaboraciones de Cueva en publicaciones periódicas en nuestro país durante el período que va de 1983 a 1986 y que se encuentran referidas en la bibliografía que presentamos al final).

Pero lo decisivo quizá sea la importancia de la temática explorada por el sociólogo ecuatoriano, ya sea nacional, regional e internacionalmente; el modo de hacerlo y las perspectivas abiertas de esa manera.

A la fecha y hasta donde llega nuestra información, esa obra, sin estar ni con mucho recuperada y evaluada en su totalidad, muestra su magnitud y extensión en trece volúmenes: *Entre la ira y la esperanza (ensayos sobre la cultura nacional)*, *La literatura ecuatoriana*; *El proceso de dominación política en el Ecuador*; *Sobre nuestra ambigüedad cultural*; *El desarrollo del capitalismo en América Latina (ensayo de interpretación histórica)*; *Lecturas y rupturas: diez ensayos sociológicos sobre la literatura en el Ecuador*; *Teoría Social y procesos políticos*; *La teoría marxista; categorías de base y problemas actuales*; *Las democracias restringidas de América Latina*; *América Latina en la derechización de Occidente (compilador)*; *América Latina en la frontera de los años noventa*;

Literatura y conciencia histórica en América Latina; Ensayos sobre una polémica inconclusa: la transición a la democracia en América Latina (compilador).

Llegados a este punto es necesario subrayar que la obra de Cueva no ha sido fácil de apreciar. Paradójicamente esa condición no parece obedecer tan sólo a la exigencia de definición ideológico-política del sociólogo ecuatoriano, que ha ruborizado a más de uno. Y no nos referimos exclusivamente a los sectores representantes del status quo (cuya actitud “teórica” parece estar elaborada en términos proporcionales a la defensa de todo un sistema de privilegios). No. La recepción de sus propuestas y sus reflexiones teóricas han enfrentado incomprendiones de destacados representantes de la izquierda en diferentes momentos. Lo cual de suyo es un problema que ameritaría por sí mismo la exploración del presente trabajo. Ejemplo de singular importancia lo representa, en ese sentido, la incompreensión en que incurrió Carlos Pereyra a este respecto. En efecto, éste llegó a atribuir a Cueva un desprecio por la democracia a raíz de una consideración aislada de su trabajo (16). El ejemplo es relevante no sólo por la importancia de Pereyra, de su propósito explícitamente a favor de la transformación social de la realidad sino porque, curiosamente, el mismo argumento de Pereyra será reiterado con posterioridad, como en el caso de Luis Verdesoto Custode, quien cinco años más tarde y tras el fallecimiento del sociólogo ecuatoriano, expresará casi textualmente aquellas infundadas impresiones, testimoniando con ello la carencia de evaluaciones pertinentes de nuestro propio patrimonio cultural (17)..

Sin menoscabo de retomar con mayor detenimiento esta cuestión en la Segunda Parte del trabajo, resulta conveniente señalar que de lo anterior se desprende una relevancia adicional de nuestra investigación, cual es la de despejar ciertas incomprendiones o malinterpretaciones de la producción del sociólogo ibarreño, con especial atención a la lectura que se ha hecho desde representantes de tradiciones críticas y especialmente desde la izquierda y desde el marxismo. En ese sentido el trabajo puede implicar avances, también para la iluminación de la discusión, necesariamente histórica, del marxismo en general y del latinoamericano en particular. Discusión cuya transparencia sigue pendiente.

Adicionalmente, habría que decir que, más allá de la falta de consideración de esa producción por parte de los sectores culturales reaccionarios y conservadores; además de las confusiones y de las malinterpretaciones aludidas y con la prudencia que sugieren aquellas observaciones sobre la bibliografía crítica de su obra, más allá de todo ello, decíamos, habría que reconocer que la atención a la misma ha ido en aumento.

Sin duda existen valiosos reconocimientos de la actitud y de la obra de nuestro autor, como el llevado a cabo por autores de la talla de Fernando Tinajero, quien, en hermoso y tan memorable texto introductorio al probablemente último libro preparado por el propio Cueva, expresa:

Erizo a carta cabal, él apostó de una vez por todas por lo que consideró verdadero, y como en otro tiempo Mariátegui, mantuvo siempre su elección fundamental, aún a riesgo de que su voto se quedara como la única expresión de una ínfima minoría (18).

Por la ferocidad con que es descalificado todo intento de explorar la realidad desde intereses colectivos y el correspondiente trato despectivo de que son objeto nuestros autores (19), no es poco mérito esta reivindicación que se ha hecho y reiterado de producciones como la de Cueva.

También es dable reconocer avances en la evaluación de aspectos parciales de su obra, lo cual, lamentablemente, no siempre se ha traducido en una mayor y mejor comprensión de la misma y, en consecuencia, buena parte de las tareas implicadas o derivadas de sus textos siguen pendientes. Más aún, no sería temerario afirmar que en general sigue soslayada la reflexión sobre el núcleo de la importancia y riqueza epistemológica, teórica e ideológica de los textos producidos por él.

A tal punto esta situación se ha generalizado, que no ha podido menos que ser reconocida en diferentes ocasiones. Ello ha provocado, incluso la exasperación de algunos autores, como en el caso de Luis Verdesoto Custode, quien en 1992, expresaba:

También existe otra posición que, al margen de quienes lo “deifiquen” no han logrado trabajar con Cueva sino solamente citarlo. Una expresión es este mismo artículo. *Hasta ahora no hemos logrado producir un esquema general de interpretación del pensamiento de Agustín Cueva...* (20).

Certeras en su reclamo principal, estas apreciaciones de Verdesoto descuidan, sin embargo, que, si bien se carece de ese esquema general de interpretación de la obra de Cueva, dentro de la bibliografía crítica disponible se pueden reconocer avances en ocasiones muy sólidos sobre aspectos y períodos específicos de su producción.

En efecto, además del propio texto de Verdesoto, trabajos como los de Raquel Sosa Elízaga, constituyen valiosas visiones de conjunto del itinerario del sociólogo ecuatoriano (21).

En ese sentido es dable reconocer que su vida y obra han logrado que les sean reconocidos ciertos rasgos de su trabajo en lo general, de su ética profesional, si cabe el término, de su honestidad intelectual, de su calidad humana, de la amplitud de los campos temáticos en que incursionó, y, en fin, de la amplitud, profundidad y calidad de las fuentes a las que recurrió, etc. (22).

Ello no obstante y como hemos adelantado, es igualmente posible constatar que la consideración de sus textos ha padecido una serie de confusiones y deformaciones que tornan más compleja la aproximación a la misma.

Sea de ello lo que fuere, por nuestra parte nos proponemos sugerir una periodización de la obra de Cueva, en cierto sentido un esquema como el reclamado por Verdesoto.

La exposición al respecto y su conexión con la bibliografía antecedente sobre el particular, planteaba el dilema de decidir entre la incorporación pormenorizada y crítica de dicha bibliografía o la de atenernos a nuestros propios resultados. La primera opción corría el riesgo de inducir al extravío hacia el seguimiento de líneas argumentales importantes para otros desarrollos, pero no centrales para los fines de nuestra propia investigación. Por ello hemos optado por privilegiar el hilo conductor de nuestros propios resultados, recuperando en el texto, aquellos antecedentes que nos parecen especialmente significativos en el

tratamiento de temas o períodos específicos y remitiendo a notas, a veces extensas, otros desarrollos considerados dignos de mención.

Por lo dicho, toda la Primera Parte puede ser vista como nuestro intento de ofrecer una visión panorámica y a la vez lo más detallada posible de la producción principal de nuestro autor, proponiendo, finalmente, un esquema de interpretación general prestando especial atención a la génesis y desarrollos teórico-metodológicos de su producción.

¿Desde dónde se ubica nuestra aproximación? ¿A partir de qué categorías se propone ese esquema general de interpretación del pensamiento de Agustín Cueva?

Tres son las fuentes que nos proponemos explotar a este respecto y que consideramos permiten exhibir las profundas implicaciones del trabajo y propuestas del autor, y, quizás, en alguna medida, dar cuenta de las razones para el extravío en su interpretación.

En primer lugar y, en cierto modo, como marco general, el trabajo se ubica dentro de la revaloración del ensayo en Nuestra América, en el sentido propuesto por Horacio Cerutti Guldberg (23). Entre otras cosas, sobre las que abundamos más adelante, Cerutti plantea la necesidad de recuperar el ensayo como reorganización de lo ya sabido, prolongando la vía de reflexión sustentada por pensadores de la talla de Georg Lukács y Theodor W. Adorno. Pero más allá de esta continuidad, Cerutti subraya la presencia de “mediaciones” inherentes a la labor ensayística entre nosotros, cuya exploración es indispensable para la adecuada apreciación de un eventual conocimiento novedoso del ensayo en Nuestra América. Estrechamente ligado a ello, pero, seguramente con especificidades propias, el filósofo latinoamericanista llama la atención sobre las “prótesis” o “andamios” que el ensayista se ve obligado a construir para aproximarse al objeto.

En este sentido, nos proponemos, poner en evidencia las principales mediaciones latinoamericanas que iluminarían la obra cuevana, aplicando a su producción su propia propuesta de periodización, tal y como la expusiera él mismo

en su tratamiento de la temática literaria a partir de cierto momento de su trabajo. Es decir, identificamos las principales mediaciones reivindicadas por el autor en sus análisis y las aplicamos a su propia producción, considerando que así se ilumina la gestación y evolución de su obra.

Esta propuesta se encuentra desarrollada de manera especialmente detallada en sus trabajos de crítica literaria, pero es expuesta de un modo sistemático en su trabajo “El método materialista histórico aplicado a la periodización de la historia de la literatura ecuatoriana: algunas consideraciones teóricas” (24). Y, por fin, intentamos poner de manifiesto el trabajo de desmistificación en torno al tratamiento de la democracia llevado a cabo por Cueva, siguiendo los lineamientos de la propuesta inicial de Roland Barthes (25); lo cual, consideramos, abre el camino para una reivindicación de implicaciones ignoradas, deliberadamente eludidas o insuficientemente explotadas en su riqueza argumental.

En relación con la primera cuestión, es fácil constatar dentro de la trayectoria de Cueva el cultivo dominante, asiduo o marginal de diversas formas. Así, es dable reconocer un ejercicio periodístico más o menos amplio, al igual que momentos teóricamente especiales en los que privilegió un esfuerzo de sistematización cercano al tratado, e incluso sabemos de la producción de una obra de teatro que lamentablemente no hemos podido consultar. Pero igualmente es posible testimoniar empíricamente la adopción de la forma del ensayo en la mayoría de sus trabajos.

En este contexto, también debe subrayarse el reclamo permanente de Cueva del rigor teórico en el tratamiento de nuestros temas y problemas. Cuestión importante porque al abordar la naturaleza de sus trabajos ensayísticos, debemos considerar como un dato no despreciable el rigor teórico asumido en esa reivindicación, aplicado a la forma elegida. No suficiente porque, como se sabe, la autoproclamación, la voluntad de forma, no garantiza de por sí el resultado.

Sin explorarla en la obra de Cueva, el propio Verdesoto ha hecho notar su potencial importancia:

Para culminar, quisiera reconocer en la crítica a Agustín su influencia en mi formación intelectual y que, al releerlo desde esta etapa de mi ciclo vital, me ha devuelto la necesidad y la posibilidad del ensayo como procedimiento para (re)producir instrumentos para aproximarnos a la novedad de lo actual y sus crisis de paradigmas (26).

Sin que ello implique garantía por sí mismo, como hemos dicho, vale la pena recordar que el propio Cueva reiteró a lo largo de toda su trayectoria esa forma como distintivo de gran parte de producción y en un momento de la misma rindió reconocimiento a las fuentes que alimentaron su formación.

En efecto, Cueva asumió esta forma de trabajo de manera temprana y de un modo deliberado, vale decir, atribuyéndole rasgos y propósitos distintivos. Así lo sugieren testimonios como aquella fugaz observación que el sociólogo ibarreño realizara en su trabajo sobre *La literatura ecuatoriana*, fechado en 1968, a propósito de Fray Gaspar Villarroel, en donde tras enunciar los títulos de las obras principales del célebre religioso, señalaba:

Son ensayos, como ahora diríamos, en donde el fraile agustino trata de los más variados temas, zanjando por igual en cuestiones de gobierno que en asuntos de moral, costumbre o religión. Pero no lo hace de manera insípida ni abstracta; por el contrario, se vale de anécdotas llenas de imaginación y sabor, y es dueño de un estilo cuya relativa sencillez no va en mengua de la corrección (27).

También es dable constatar, su reivindicación de rasgos apropiados del ensayo para acceder a la realidad. Rasgos que, aunque en su obra posterior recibirán reelaboraciones y precisiones, serán apreciados, igualmente desde sus primeros escritos, como propios de una forma instrumental privilegiada:

Sienten los impulsores de nuestra independencia política la necesidad de abandonar un arma literaria más apropiada para el encubrimiento que para el esclarecimiento (la poesía), y la sollicitación del momento en que viven los lleva a cultivar el ensayo, buen vehículo para aproximarse sin relevos a la realidad (28).

Estas consideraciones, con todo, pudieran sugerir tan sólo una dimensión nominal del problema. Sin embargo, hay pasajes muy certeros en los que el propio Cueva asume, fugazmente si se quiere, pero no por ello menos comprometidamente, la atribución de un peso específico a la forma ensayística. Caso elocuente, al respecto, podemos reconocerlo en su trabajo “En pos de la historicidad perdida (contribución al debate sobre la literatura indigenista del Ecuador)”. En efecto, ahí, tras su conocida defensa de la obra de Icaza, al comparar la similitud temática en la propia de G. Humberto Mata, pero sus limitaciones respecto a la producción icaciana señala:

Incapaz de distinguir lo esencial de lo que no lo es y de plasmar con verdaderos métodos literarios la realidad, Mata hasta llega a romper el universo narrativo con estériles polémicas directas que, lejos de afirmar una dimensión realista, confirman la irrealidad de su obra literaria en cuanto tal; *sin el rigor del ensayo ni la fascinación del arte, se diluye incluso toda significación (29)*.

Adicionalmente, la explícita asunción de la modalidad ensayística puede constatararse inclusive desde los títulos mismos de una parte considerable de sus trabajos; *Entre la ira y la esperanza (ensayos sobre la cultura nacional)*; *Lecturas y rupturas (diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador)*; etc.

Más aún, en su estudio citado sobre la periodización de la literatura ecuatoriana, el propio Cueva dejó valiosas indicaciones para aproximarse al interesante problema de la génesis, evolución, predominio y eventual ocaso de los géneros:

... aquella matriz determina ciertas *formas* de conciencia social que a su turno generan líneas formales del quehacer literario, que se traducen por la tendencia al predominio de tal o cual género o géneros literarios en un período determinado, o por las mutaciones que un género va experimentando en sus diversos momentos históricos. Las formas de conciencia que genera el modo de producción feudal, por ejemplo, parecen ser poco propicias para el desarrollo del género novela, y en esto el Ecuador no parece constituir una excepción a la regla. Igualmente podríamos citar el ejemplo del ensayo literario, que parece condenado a entrar en crisis

a partir de cierto nivel de desarrollo del modo de producción capitalista (30).

Ha sido, sin embargo, Horacio Cerutti, quien de manera relativamente reciente y dentro de los nuevos avances en la teorización del ensayo, ha destacado la singular importancia que esta forma expresiva en general tiene para cualquier acercamiento a nuestra realidad:

Si el ensayo no produce ningún tipo de conocimiento pertinente sobre la realidad, nos quedamos sencillamente sin conocimiento de la realidad de Nuestra América, habida cuenta de que un porcentaje sustancial, por no decir la totalidad, de nuestra producción es ensayística (31).

Cuestión decisiva para nuestro trabajo, en la medida en que, como hemos tratado de mostrar en los párrafos precedentes, gran parte de la producción de Cueva es explícitamente ensayística y, más aún, las fuentes en las que es posible circunscribir el esfuerzo cuevano por abordar la cuestión de la democracia entre nosotros adquiere deliberadamente esta forma.

En este contexto, intentamos explorar la riqueza de los trabajos de Agustín Cueva referidos a la cuestión de la democracia como parte y caso de un objeto de estudio más general, esto es, como parte del vasto material que constituye el ejercicio ensayístico en Nuestra América, esperando extraer parte de su riqueza heurística a partir de algunas de las hipótesis propuestas por Cerutti.

Al respecto, resulta conveniente señalar que para el propio Cerutti es claro que:

...si se acepta provisoria e inicialmente que el ensayo *podría* producir conocimiento válido, la cuestión se modifica y se vuelve una pregunta acerca de las características de ese conocimiento, sus límites y los modos de producirlo (32).

Sin pretender agotar la riqueza de las hipótesis planteadas por Cerutti, para responder a esa pregunta y tomando en cuenta nuestros propios propósitos, nos proponemos retomar ciertos rasgos del ensayo en Nuestra América subrayados por él, a la luz de cuya exploración, sostenemos, pueden extraerse consecuencias

valiosas para la apreciación de los ensayos que Cueva dedicó a la tematización explícita de la democracia.

¿De qué rasgos se trata? Al respecto puede mencionarse el reconocimiento del ensayo como potencialidad para aproximarse a la novedad de lo actual (rasgo cuya identificación venturosamente para nuestra producción al parecer tiende a generalizarse, como lo atestigua la cita de Verdesoto que hemos consignado páginas atrás). En el caso de Cerutti, sin embargo, el examen adquiere mayor densidad en la medida en que se confronta con tesis de destacados estudiosos del ensayo, como Lukacs y Adorno, quienes ya habían postulado la definición del ensayo como “reorganización de lo ya sabido” (33). Más allá Cerutti objeta que en “el límite cualquier producto cultural es reorganización de algo previamente dado, en la medida en que la *creatio* humana no puede nacer *ex nihilo*”. Por ello, para evitar trivializar la idea del ensayo como reorganización de lo ya sabido y poder caracterizarlo y distinguirlo de otras formas expresivas, el filósofo plantea que:

...la cuestión estriba en si la reorganización de lo dado posibilita la aparición de novedades. Y es justamente ese conocimiento novedoso y la novedosa reorganización de lo dado (en cada caso) lo decisivo para el ensayista (34).

Del planteamiento de Cerutti, entonces, retomamos sus tesis siguientes:

Es preciso situarse en la tensión realidad-teoría para avanzar en la tematización de las características del ensayo; el acceso a la realidad sólo es posible a partir de mediaciones; a nivel epistemológico, plantear una aproximación al ensayo dentro de una perspectiva comunicativa, puede permitir captar mejor su carga operativa sobre la realidad; destacar la presencia de perspectivas yuxtapuestas o integradas en el ensayo, por tanto la necesidad de considerar los argumentos, el punto de vista, las demandas del otro.

Sobre esto último habría que agregar que Cerutti destaca la necesidad de tomar en cuenta que, a diferencia de otras formas expresivas, como el discurso sistemático, magistral, manualístico o tratadístico, “recuperar la importancia de la presencia de los otros en el ensayo: sin los otros no habría ensayo y sin el ensayo no habría otros”.

Una primera consecuencia de la recuperación del concepto de mediación expuesta por Cerutti, la podemos identificar en la propuesta de periodización de Cueva que pretendemos reivindicar, sobre la cual resulta conveniente exponer aquí las siguientes consideraciones.

En primer lugar, debe destacarse la posición de Cueva respecto de la radical historicidad de la sociedad. Cuestión fundamental para evaluar prácticas, inclusive como las literarias:

... desde esta perspectiva, la literatura no sale “empobrecida” de un análisis a la luz del materialismo histórico, sino más bien enriquecida: a menos, claro está, que uno conciba la grandeza humana como una cómoda instalación en el nirvana o la ingravidez social y no como una lucha perpetua por hacer y rehacer la historia, en condiciones concretas y determinadas (35).

Por otra parte, y, además de incorporar puntuales reflexiones sobre la concepción de la sociedad subyacente en la visión del materialismo histórico, la propuesta de periodización del sociólogo ecuatoriano, aplicada a la literatura de su país, parte de la base de la existencia de:

...un núcleo de múltiples determinaciones estructurales que, por así decirlo, configuran una especie de red que atraviesa el campo de las prácticas literarias (36).

Sosteniendo, por tanto, la tesis de que:

...cada período se caracteriza por una forma particular de presencia y articulación de estas determinaciones: extensión misma del campo llamado “literatura”; niveles de realidad tendencialmente “literaturizables”; predominio de tal o cual género o géneros; modalidad específica que adquiere cada género; privilegio de tal o cual problemática y de tal o cual tratamiento estético (“escritura”); predominio de determinada perspectiva ideológica; etc. (37).

Por ello es que, más allá de eventuales conflictos nominales o de las fechas con las que se pretenda datar el inicio y ocaso de los períodos, lo esencial, en la propuesta de Cueva, es la de que la periodización:

...sea capaz de detectar “nudos” claros de organización de cada configuración literaria, forjando “modelos” dialécticos de explicación que no caigan en tipologías “ideales” (en el sentido weberiano del término), sino que sean puertas abiertas hacia la comprensión más profunda de los vínculos de la literatura con la sociedad (38).

Explicación, que consiste en “buscar las determinaciones profundas entre dos configuraciones: la configuración infraestructural de la sociedad y la configuración de uno de sus campos específicos que en este caso es el literario” (39).

En fin, por último, pero no menos importante, cuando se trata, como en nuestro caso, de intentar explicaciones específicas a nivel latinoamericano, es su consideración de que:

Toda influencia, sea política, ideológica o propiamente literaria es necesariamente procesada, redefinida y refuncionalizada en una matriz histórico-estructural particular (la matriz receptora), en este caso la ecuatoriana. De suerte que también por este lado es menester volver a ella, a sus características concretas en un momento dado, para a partir de allí entender las “coordenadas” de un período literario determinado (40).

Son éstos, los lineamientos de la propuesta de periodización que hemos intentado retomar en la primera parte de nuestro esfuerzo.

Por otro lado, Cueva ha dejado testimonio sobre el impacto decisivo que ciertas lecturas de juventud tuvieron sobre su trayectoria posterior. Uno de los autores, cuya temprana impronta en la obra cuevana madurará de manera creciente y abrirá posibilidades para su trabajo, no solamente científico, sino para una sólida estrategia ideológica, es Roland Barthes.

Sobre ello podrá encontrarse información suficiente en la Primera y Segunda partes del presente. En este momento, sin embargo, consideramos

conveniente señalar que, por lo menos hasta donde llega nuestra información, no se ha asumido la tarea de explorar la riqueza que el trabajo mitológico propuesto por Barthes desempeña en la producción del sociólogo ecuatoriano.

Para ello y con vistas a una mejor exposición, vale decir que pueda mostrar de manera elocuente los diferentes impactos que presumimos de la obra barthesiana en la de Cueva, en la Primera Parte intentamos una reconstrucción a grandes trazos de las implicaciones y fundamentos de la obra del semiólogo francés y una recuperación más detallada de su específico planteamiento mitológico en la Segunda Parte, en la que uno de los objetivos específicos es exhibir aquella riqueza, aplicada a los ensayos de Cueva referidos a la democracia.

Se trata del punto de articulación central del trabajo, en la medida en que confronta nuestra presunción de que a partir del pleno impacto de la exploración sobre el mito contemporáneo de Barthes en la obra de Cueva, se pueden extraer criterios sólidamente fundados y que autorizan hablar de un uso mítico de la democracia, pero que es en el trabajo específico de Cueva, en lo novedoso de su esfuerzo es en donde pueden identificarse no menos sólidos criterios para aspirar a un “más allá” de ese carácter mítico y, por fin, de las razones por las cuales ese más allá, debería ser calificado de “tercermundista”.

En ese sentido es conveniente aquí, introducir la pertinencia de la referencia al Tercer Mundo y su relación con la cuestión de la democracia.

En ese sentido puede afirmarse que la de “Tercer Mundo” es una de esas nociones que tienen una fortuna singular. En efecto, después de mas de medio siglo de haber sido acuñada, y de haberse transformado radicalmente el contexto sociopolítico en el que prestó una particular contribución política, el término sigue manteniendo capacidad para referir tensiones importantes y, por consiguiente, sus virtualidades políticas siguen manteniendo vigencia.

Así, la noción, nacida en 1952 en el contexto de la “Guerra Fría”, ha mostrado una condición de supervivencia interesante, quizá porque más allá de la función explícita que se le asignó, encierra elementos estructurales que siguen

manteniendo un poder de convocatoria, en la medida en que aquellos elementos se mantienen vigentes.

En un comentario ya lejano, Jorge Enrique Adoum expresaba sobre la cuestión:

Creo que ni el propio Alfred-Sauvy, que la forjó en 1952, considera ahora “adecuada” la denominación de Tercer Mundo a pesar de la acogida que tuvo debido a la confusión que creó. Concebida inicialmente sobre la base de la existencia de “dos mundos”, el capitalista y el socialista, quería denominar a todos aquellos países que, bajo uno u otro sistema, no han alcanzado un determinado nivel de desarrollo económico [...] Como nunca nos hemos dado un nombre sino que nos llamamos como nos han llamado (Nueva España, Tierra Firme, Hispanoamérica, Iberoamérica, América Latina...) existe la tendencia a considerar que, junto con Asia y África, somos el Tercer Mundo... (41).

Señalando a continuación las carencias visibles de la noción en un primer acercamiento:

...olvidando que en Oceanía existe uno de los países más “subdesarrollados” (Australia) y uno de los más “superdesarrollados” (Nueva Zelanda), que el asiático Japón se encuentra entre las grandes potencias económicas de la postguerra y que, por el contrario, en Europa hay países, como Grecia, cuya miseria, entre otras cosas, la asemeja a muchos de América Latina (42).

Más allá de señalar estas carencias conceptuales, realiza una exposición de lo más significativa, y que, a su modo, resume la discusión que por aquellos años caía en los estertores finales:

Manejado por los profetas de la inminente extinción de la humanidad, el concepto abarca los países pobres y con extensiones deshabitadas, que deberían detener su desarrollo económico y el crecimiento de sus poblaciones a fin de que los países ricos y superpoblados puedan seguir produciendo y reproduciéndose. Tercer Mundo significa, pues, los países a los que hay que seguir extrayéndoles recursos naturales, mano de obra y hasta “cerebros” para asegurar la supervivencia de los otros que, a cambio, les envían capitales de inversión, máquinas y técnicas para asegurar su propio “desarrollo” y no para resolver la endémica miseria local. Acaso por

esta razón son países del Tercer Mundo aquellos en los que hay “revoluciones” frecuentes (puesto que las “jaurías gregarias” deben garantizar el “desarrollo”) y se teme “la revolución que podría hacerlos salir de su estado de subdesarrollo”. Porque ya se sabe que no somos países subdesarrollados sino que nos subdesarrollan, y no estamos –no queremos estar- “en vías de desarrollo”; esto significaría afirmar que los otros van a dejar un día de “desarrollarse” a expensas nuestras, o que vamos camino a ser como ellos (43).

En fin, tras llevar a cabo consideraciones relevantes en torno a la dimensión cultural y esa condición tercermundista, el poeta ambateño subraya algunos elementos que ubican el sentido en que, por nuestra parte, consideramos mantiene la vigencia del término. Expresa ahí el autor de *Entre Marx y una mujer desnuda*:

Cómo no van a estar, entonces, impregnadas de cultura intrusa la mayor parte de nuestras creaciones literaria y artísticas (que no constituyen sino un aspecto de la cultura), si lo están, antes que nada, nuestra mentalidad y nuestro comportamiento. Pero aunque de Europa y de Estados Unidos nos envían la técnica y la “cultura”, mediante despachos masivos de influencia o por la fuerza, modificando o destruyendo lo que queda de nuestras culturas nacionales, nos sentimos solidarios entre nosotros, solidarios a miles de kilómetros de distancia, con países de cultura y tradiciones diferentes, porque nuestras afinidades son precisamente estas desventuras comunes. Y ya sea sometidos o luchando –es decir, como cómplices o como víctimas- todo autor y toda obra reflejan la pugna entre la contaminación y el afán de salvar a toda costa nuestra ya mellada originalidad (44).

Resulta por demás paradójico que no obstante haberse transformado ese contexto ahora ya lejano de los setenta, el término siga, con todo, prestando cierta comodidad. Pero así como Adoum se vio en la necesidad de rescatar su carga integradora, más todavía en el momento que nos toca enfrentar habrá que valorar si nos encontramos en condiciones de prescindir de él sin contar con sustitutos adecuados. Es este el sentido que el término va a mantener en el planteamiento del filósofo Horacio Cerutti, quien ha tocado nuevamente el punto, caracterizando la noción en los términos siguientes:

En el llamado, con razón o sin ella, pero por comodidad indiscutible: “Tercer Mundo” esta situación de pobreza se agudiza. Se agudiza porque no le es exclusiva y esto hay que subrayarlo: la miseria y la pobreza y todas sus secuelas se extienden por el globo sin perdonar regiones. De todos modos, es particularmente grave en el Tercer Mundo a punto tal que se identifica la imagen de ese mundo con esas situaciones de extrema necesidad humana. Lo más curioso es que nunca como en el último medio siglo se ha tenido tanta conciencia global mundial sobre el deterioro progresivo, nunca se ha invertido tanto dinero y esfuerzo en paliar los problemas básicos de esas muchedumbres (en números absolutos y relativos). Insensible a esos intentos caritativos y de socorro, el fenómeno de la miseria crece desmesuradamente a contracorriente de cualquier control o limitación (45).

De alguna manera en ambos autores la noción del Tercer Mundo hace referencia a posibilidades de incorporación de dimensiones políticas, ideológicas así como culturales, que el término alude, pero que requiere una especificación que no ha sido explorada y en alguna medida ha sido acotada en otras aproximaciones.

Sostenemos que es también éste el caso de la obra de Cueva, en donde el término adquiere una densidad y un peso específicos, que permiten iluminar tendencias a nivel ideológico y político, sin descartar el valor teórico de las sociedades consideradas a su interior. A ello nos referiremos de manera más detenida y explícita en la segunda parte, dedicada a exponer el núcleo central del presente trabajo.

Sea de ello lo que fuere, con estas consideraciones preliminares podemos decir que el título mismo del trabajo indica las cuestiones centrales de que trata y dentro de qué línea de reflexión pretende ser reivindicado.

Así, las hipótesis que hemos tratado de someter a exploración son: que, en los ensayos elaborados por Agustín Cueva dedicados a reflexionar explícitamente sobre la democracia se contiene un conocimiento novedoso.

Que comprenderlo requiere el reconocimiento de una concepción integral de la cuestión, a partir de la cual se aprecian decisivamente los alcances y límites

que la democracia tiene dentro del común propósito de transformación histórica de la sociedad.

Que una concepción integral de tal naturaleza es imprescindible para la evaluación de las perspectivas de avance y transformación social en el Tercer Mundo en general y en América Latina en particular.

Como se desprende de suyo, la comprobación de tales hipótesis implican que, la ausencia de la consideración de su obra y de las de igual signo, trae como una consecuencia indeseable e inaceptable, el prescindir de un valioso acervo que ha ido definiendo la preparación para encarar de manera sólida cuestiones relevantes de la agenda latinoamericana en la actualidad; que la incompreensión de la importancia de las tesis de Cueva deriva de una falta de consideración de las implicaciones contenidas en los desarrollos de su obra.

Decimos reiterar porque, justamente, uno de los propósitos del trabajo es el de recordar, exhibiendo los testimonios pertinentes, que, en el movimiento de nuestra realidad y en el plano de las ideas, existe la evidencia suficiente para alentar, seguir alentando opciones de transformación y desarrollo desde perspectivas estructurales diferentes a las de dominación vigentes en la casi totalidad del subcontinente.

Ahora bien, la larga gestación del presente trabajo, nos ha permitido dar un seguimiento, seguramente incompleto, insuficiente, fragmentario si se quiere, pero muy importante para percibir que ese aplastante dominio rechazante que agobia al mundo contemporáneo, no ha conseguido doblegar del todo la capacidad de resistencia y rebeldía de amplios sectores (mundiales, nacionales y regionales) y cambios en las correlaciones de fuerzas, muchas veces coyunturales, se han producido, abriendo posibilidades que siguen reclamando serias y rigurosas evaluaciones, aunque no sea éste el lugar para ello.

Sin embargo, el presente trabajo atiende a cuestiones de orden general. En efecto, hemos dicho más arriba que no es tan claro el papel mítico y de núcleo productor de mitos que asume la cuestión de la democracia en nuestros días. En ese sentido y aunque cada vez es más evidente el agotamiento del modelo neoliberal, cuyas fracturas se multiplican a todos niveles, lo cierto es que para

quien observe los planteamientos alternativos que tímidamente aparecen en diferentes niveles de presencia social, sigue siendo patente la carencia de un examen que vaya más allá de intereses inmediatos. Requerimos retomar en sentido fuerte el nivel explicativo que sin duda enriqueció nuestra reflexión, especialmente a partir de la década de los sesenta. Esto es particularmente relevante para la aproximación marxista y especialmente para la leninista, las cuales se han batido en retirada, bajo la presión del aluvión derechizante que nos agobia. Esto es cierto, pero también lo es que en no pocas ocasiones esa retirada se ha debido a confusiones enigmáticas, por momentos sorprendidas, para no hablar de las veleidades de todo tipo y los consabidos oportunismos, todo lo cual sigue reclamando un examen y un balance urgentes. A ese balance y esa evaluación quisiera contribuir el presente trabajo.

En efecto, más allá de la proliferación de una visión caricatural de la presencia marxista y, como hemos señalado, de la leninista, dentro del tratamiento de la cuestión de la democracia, la participación de autores de izquierda de reconocida calidad académica en cierta visión conservadora sigue reclamando una elaboración teórica de nuestra memoria para reconocer las conquistas irrenunciables que para la misma dejan las obras de una cantidad considerable de autores que conforman un importante acervo a lo largo del siglo XX. En ese sentido y de alguna manera, este trabajo quisiera contribuir a dotar de zapatos a nuestra infelicidad, como reclamara Jorge Enrique Adoum en uno de los epígrafes con los que iniciamos el presente volumen; contribuir a difundir la convicción, pero también la realidad de que estamos ya muy lejos de la orfandad teórica, explicativa de nuestro devenir, contra la cual nos prevenía Cueva, en el segundo epígrafe introductorio al presente trabajo.

Por todo lo anterior, esto es, por las tremendas condiciones de base que lo contextualizan, y aun cuando se trata de un período considerable el que ha consumido este esfuerzo, no podemos sino resignarnos a reconocer que la realización ha quedado muy por debajo del proyecto. Debe considerarse, por lo menos desde nuestra perspectiva, como una primera aproximación. Se trata de hecho de un texto considerado de transición, en el que muchos de los

acercamientos son reconocidamente insuficientes y son previstos como preparatorios de esfuerzos mayores en curso.

Igualmente puede decirse que el trabajo también tiene carácter aproximativo en la medida en que en él se alude a la dimensión de la subjetividad, pensando en la delimitación, también a grandes trazos, de coordenadas estructurales que ameritan un acercamiento en otro momento, en el que se puedan integrar las teorías pertinentes para dar cuenta de la constitución subjetiva de tales contenidos, esbozados, como hemos dicho en su objetividad estructural (46). Por otra parte, el trabajo sobre la obra de Cueva debe considerarse aproximado, en la medida en que nos ha parecido oportuno cerrar un período de investigación de conformidad con los requisitos propios del posgrado para el cual se ha preparado. No es ocioso en este contexto, señalar que en un inicio pretendíamos realizar simultáneamente al tratamiento del tema central una reconstrucción total de la producción de Cueva, pues considerábamos y, de hecho seguimos considerando, que su búsqueda de intento explicativo unitario y totalizador no puede reconocerse evaluado de manera aislada. Así y todo hemos estimado oportuno, como hemos dicho, cerrar un primer ciclo que pretende indicar, el modo como puede avanzarse en esa tarea.

Antes de cerrar esta Introducción queremos señalar las siguientes cuestiones: sobre la bibliografía, debemos decir que casi toda ella ha sido consultada directamente. Sin embargo, hay casos de textos que no pudieron ser obtenidos o lo fueron en un momento en que su examen no podía verificarse con el detalle requerido. Sea de ello lo que fuere, hemos procurado que toda la bibliografía relevante para la sustentación de los argumentos principales del trabajo esté adecuadamente representada. De todos modos, decidimos incluir en la bibliografía final todos los trabajos de Cueva y sobre su vida y obra, de los que tomamos conocimiento a lo largo de la investigación, con el propósito de contribuir al establecimiento de un inventario más completo sobre la temática. Por otro lado, debido a la naturaleza y complicaciones de acceso a las fuentes, debe subrayarse que, a riesgo de incurrir en excesivas torpezas estilísticas, tomamos la decisión de citar de manera extensa los textos no sólo de Cueva sino de una gran cantidad de

autores; ello ha elevado la probabilidad y así ha ocurrido con frecuencia, de que muchos textos citados no incorporen criterios gráficos, incluso de uso ampliamente difundido (por ejemplo los subrayados de los títulos de libros, etc.); en ese sentido y para evitar sobresaturar una redacción ya de por sí complicada, hemos decidido transcribir directamente los textos y salvo en contadas ocasiones y por tratarse de erratas significativas (y siempre indicándolo de manera explícita en la nota correspondiente).

Por otro lado, en la Bibliografía final, hemos ordenado los textos, buscando establecer un riguroso orden cronológico de producción. Ello ha implicado la extracción de textos publicados con posterioridad pero que pertenecen a momentos previos de la producción del autor (un caso especialmente significativo es el de la mayoría de los textos de *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura en el Ecuador*, algunos de los cuales datan de los sesenta, habiéndose publicado el libro en 1986), con la finalidad de dar un seguimiento más estable a la evolución del universo de preocupaciones del autor, así como de la observación más apegada a la realidad de eventuales continuidades y rupturas en su trayectoria.

Finalmente, nos hemos permitido incluir, sin modificación alguna y como anexo, el Curriculum Vitae de Cueva, que generosamente nos fuera proporcionado en Quito por la señora Hanekamp, considerando su utilidad para la ubicación de su trayectoria.

Morelia, Mich., octubre de 2005.

Notas

- 1) Cueva, Agustín, "El viraje conservador: señas y contraseñas", en *Tiempos conservadores; América Latina en la derechización de Occidente*, número monográfico de la *Revista A*, México, Ed. Universidad Autónoma Metropolitana, Plantel Atzacapotzalco, Vol. VIII, Núm. 20, enero-abril de 1987, p. 13.
- 2) Cueva, Agustín, "América Latina: el neoliberalismo sin rostro humano", en *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de*

Guayaquil, Guayaquil, No. 19, diciembre de 1992, p. 143. Según se indica en la propia edición, el ensayo fue tomado de la revista *Palabra Suelta* 15, Quito, 1992.

- 3) Barthes, Roland, "Por dónde comenzar", en Barthes, R. , *El grado cero de la escritura*, México, Ed. Siglo XXI, 1993, décimotercera edición en español. p. 206. Según aparece indicado en el trabajo mismo, el texto fue publicado originalmente en *Poétique*, No. 1, en 1970.
- 4) Se ha sugerido que la revolución se desplaza hacia Asia y Africa, sin embargo, la acumulación generalizada de contradicciones entre nosotros sugeriría que es en el conjunto del denominado Tercer Mundo en donde esa acumulación crea, de hecho, situaciones revolucionarias; las cuales, sin embargo, entran en descomposición en un contexto internacionalmente reaccionario como el contemporáneo. Pero casos como el de la República Democrática del Congo siguen requiriendo una seria evaluación.
- 5) Junto a las significativas movilizaciones de rebelión protagonizadas por movimiento indígenas en Ecuador, Bolivia, en el sureste mexicano, o por desempleados en Argentina, o los célebres Sin Tierra, en Brasil; junto a ellas, decíamos, hemos asistido a un acoso, por momentos espeluznante, de aquellas gestiones en donde los intereses antiimperialistas y populares han conseguido acceder, vía las urnas, al ejercicio gubernamental, ya sea en Venezuela, Brasil, México, etc.
- 6) Aquí la lista alcanzaría para llenar un glosario de la infamia de proporciones considerables. Como es sabido, siguen pendientes los procesos iniciados contra Augusto Pinochet en Chile (quien, en todo caso y de permitirlo, entre otras cosas, el tiempo que le queda de vida, parece que terminará siendo juzgado por enriquecimiento ilícito y no por el genocidio del que es responsable), contra los militares argentinos, uruguayos, paraguayos, etc.. A lo que habría que sumar la impunidad de que siguen gozando en Nuestra América quienes se enriquecen o se han enriquecido a costa del erario público: los militares haitianos, etc.
- 7) A lo cual podría agregarse una especie de consecuencia irónica del destino que ha sido subrayada por Noam Chomsky; es decir el hecho de que quienes abanderaron por décadas la posibilidad de una sociedad radicalmente distinta hayan sido transformados a la condición de mano de obra que compite con los países tercermundistas en el mercado de trabajo con singulares "ventajas": "De muchas maneras, Europa Oriental es más atractiva para los inversionistas que América Latina. Un motivo es que la población es blanca y de ojos azules, por lo tanto más fácil de tratar para inversionistas que vienen de sociedades profundamente racistas como Europa Occidental y Estados Unidos [...] Más significativamente Europa Oriental tiene una salud general y niveles educativos mucho más altos que América Latina –que excepto en sectores aislados de riqueza y privilegio, es un desastre total". Cfr. Chomsky, Noam *Lo que realmente quiere el Tío Sam*, México, Ed. Siglo XXI, 1994, p. 83 (primera edición en inglés, 1992).
- 8) Anderson Perry, "Balanco do neoliberalismo", en Emil Sader y Pierre Salama (coordinadores), *Posneoliberalismo: As Políticas Sociais e o Estado Democrático*, Ed. Paz e Terra, 1995, pp. 9-23.

- 9) Gómez, Ricardo, *Neoliberalismo y pseudociencia*, Buenos Aires, Ed. Labor, 1995.
- 10) Barthes, Roland, *Mitologías*, México, Ed. Siglo XXI, 1994, décima edición en español, p. 8, subrayado del autor. La primera edición en francés data de 1957 y la referencia proviene del Prólogo a la primera edición.
- 11) En Caruso, Igor, *Aspectos sociales del psicoanálisis*, Colecc. La red de Jonás, México, Ed. Premia Editora, 1983, p. 47.
- 12) Ya hemos aludido, no obstante sus avatares, al proceso que pasa por la constitución de la República Democrática del Congo. Y, en nuestras tierras, indudablemente debe mencionarse la presencia que, desde principios de 1994 ha mantenido el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN); la presencia de las movilizaciones de los indígenas ecuatorianos, bolivianos y, en menor medida peruanos, así como los ya reconocidos movimientos de desempleados en Argentina y los ya mencionados Sin Tierra, etc. Mención especial requiere el proceso venezolano y, con todos recovecos que implica, el triunfo del PT en Brasil y, en fin, en una perspectiva más ambiciosa deben subrayarse tanto la convocatoria del EZLN a la conformación de la Internacional de la Esperanza, así como la idea y proyecto del ALBA impulsado por los gobiernos cubano y venezolano.
- 13) Ejemplos elocuentes: Przeworski, Adam, "The neoliberal fallacy", en *Journal of Democracy*, Vol. 3. No. 3, july, 1992, pp. 45-59; Lander, Edgardo, "Democracia liberal, modernización y utopía", en Cerutti y Agüero (coordinadores), *Utopía y nuestra América*, Quito, Ed. Biblioteca Abya Yala, 1996, pp. 227-245.; de Horacio Cerutti: *Memoria comprometida*, Cuadernos de Prometeo No. 16, Ed. Del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Costa Rica, 1996; y *Filosofías de la liberación ¿Liberación del filosofar?*, Toluca, México, Ed. Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad del Estado de México, 1997; Bagú, Sergio *Catástrofe política y teoría social*, México, Ed. Siglo XXI-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM, 1997; Saxe-Fernández, John (Coordinador) *Globalización: crítica a un paradigma*, México, Ed. Plaza y Janés, Instituto de Investigaciones Económica y DGAPA, UNAM, 1999; Borón, Atilio, *Imperio e imperialismo (Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri)*, México, Ed. Itaca, México, 2003.
- 14) "Libremercado" que, por supuesto, tiene lugar dentro de relaciones reguladas imperialmente. Al respecto consúltese el volumen colectivo John Saxe-Fernández (Coordinador) *Globalización: crítica a un paradigma*, México, Ed. Plaza y Janés, Instituto de Investigaciones Económica y DGAPA, UNAM, 1999.
- 15) En ese sentido podrían considerarse las afirmaciones del expresidente brasileño, Fernando Henrique Cardoso, quien en visita a Suiza y a cuento de "refutación" del discurso del presidente cubano Fidel Castro, declaró: "Si me preguntan si me gusta la globalización, voy a responder que no, a mí tampoco me gusta, porque hace perder muchos grados de libertad en la política de los países"; agregando, sin embargo, que "la globalización es

- ‘irrefrenable’ y discrepando que es proceso conducirá a una crisis a nivel mundial” (*La jornada*, México, 20-V-98, p. 57).
- 16) Pereyra, Carlos, “Democracia y revolución”, en *Nexos* 97, México, Año IX, Vol. 9, Núm. 97, enero de 1986, p. 19.
 - 17) Cfr. su “Prólogo” a Cueva Agustín, *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta Ecuador, 1993, p. 5, subrayado nuestro.
 - 18) Textualmente, Verdesoto expresa: “Plantea [Agustín Cueva] una pregunta totalmente aceptable en un contexto de pérdida de referentes de la política al interrogar cuál es el contenido social de la democracia. Hasta aquí el acuerdo. El supuesto es que la democracia solamente vale lo que ese contenido, situación que nos devuelve a la crítica respecto de la escolástica relación entre forma y contenido, esencia y apariencia”. Cfr. Verdesoto Custode, Luis, “Hacia una relectura de Agustín Cueva”, en *500 años: Historia, actualidad y perspectiva*, Cuenca, Ed. Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad de Cuenca, 1993, p. 33, subrayado nuestro. Es ésta, justamente la objeción principal que Carlos Pereyra plantearía al análisis de Cueva respecto de la democracia, como tendremos ocasión de ver de manera más contextualizada en la Segunda Parte del presente.
 - 19) Para el caso de Cueva son especialmente lamentables las apreciaciones que expresara Ángel Felicísimo Rojas, en ocasión de la polémica alrededor de Pablo Palacio: “Cueva es un fanático político de la extrema izquierda, ya que de otra manera no concibo cómo un hombre de mentalidad tan clara, aunque dogmática, trate de minimizar la figura de Pablo [...] Hay que juzgar en función de su época; el medio en el cual él escribió no es un medio como el del irlandés Joyce, ni como el del norteamericano Faulkner, ni como el del checo Kafka; pero evidentemente para nosotros, para nuestro medio más bien hostil a la literatura, Pablo Palacio es una gran y extraordinaria figura”. Cfr. Cueva Agustín, “‘Collage’ tardío en torno de L’affaire’ Palacio”, en Cueva Agustín, *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta, Colección Letraviva, 1993, pp. 145-6. Se trata de una entrevista que apareciera en el trabajo de Carlos Calderón Chico *Tres maestros*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo Guayas, 1991.
 - 20) Cfr. Verdesoto Custode, Luis, “Hacia una relectura de Agustín Cueva”, en *500 años: Historia, actualidad y perspectiva*, Cuenca, Ed. Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad de Cuenca, 1993, p. 22, subrayado nuestro.
 - 21) Cfr. Sosa, Raquel “Agustín Cueva en la memoria”, en Marini, Ruy Mauro y Millán Mágina (coord.) *La teoría social latinoamericana*, T: III, *La centralidad del marxismo*, México, Ed. UNAM-El Caballito, 1995, pp. 293-303. De la misma autora y más elaborado: “Agustín Cueva: un itinerario crítico”, en *Estudios Latinoamericanos*, México, revista del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Vol. VI, año 6, julio 1991- diciembre 1992, núms. 11, 12 y 13, pp. 5-10.

- 22) Hecho por lo demás subrayado insistentemente por quienes se han ocupado de su producción. Por ejemplo las siguientes consideraciones de Fernando Tinajero: “Si es válida la clasificación propuesta por Berlin, Agustín Cueva es un erizo: uno de esos escritores que saben relacionar todo su trabajo con una única visión central que da significado a todo lo que son y todo lo que dicen”. Cfr. el “Prólogo” preparado por Fernando Tinajero a *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta-Ecuador, 1993, p. 5. También es el caso de las siguientes observaciones de Raquel Sosa Elízaga: “Agustín se distinguió, en éste [se refiere a *El proceso de dominación política en el Ecuador*] y otros textos, por una gran modestia y una gran honestidad intelectual, pero sobre todo, por una intención de objetividad que se expresa, entre otras cosas, en la amplitud y diversidad de sus fuentes de investigación. Reconstruyó así, tanto en los textos de sus enemigos como en los testimonios de época y en los documentos oficiales, la historia social de su país. Ello le permitiría establecer, más adelante, las que serían sus tesis más importantes sobre la realidad de América Latina”. Cfr. Sosa, Raquel “Agustín Cueva en la memoria”, en Marini, Ruy Mauro y Millán Mágina (coord.) *La teoría social latinoamericana*, T: III, *La centralidad del marxismo*, México, Ed. UNAM-El Caballito, 1995, pp. 296-297. De los costos pagados por Cueva, en un contexto intermitentemente marcado por el sectarismo y el oportunismo, la misma autora subraya: “No dejo de pensar en que este hombre tan honesto, tan cabal y con una visión de izquierda tan clara, estaba solo”. Cfr. *Ibid.* p. 300. En fin, otro tanto puede reconocerse en las siguientes apreciaciones de Fernando Carvajal Aguirre y Ximena Endara Ocejo: “No deja de ser un gran riesgo opinar sobre algunos pasajes de la producción intelectual de Agustín Cueva, el temor se explica, de una lado, por tener que referirnos a uno de los investigadores más rigurosos, no solamente en el país sino en América Latina. Sería necesario juntar varios especialistas en sociología, economía, antropología, literatura, con una sólida formación interdisciplinaria para analizar sus aportes”. Cfr. Su trabajo “Dos momentos de Cueva en el debate de las ciencias sociales en América Latina”, en *500 años: Historia, actualidad y perspectiva*, Cuenca, Ed. Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad de Cuenca, 1993, p. 55.
- 23) Cerutti, Guldberg, Horacio, “Hipótesis para una teoría del ensayo (primera aproximación)”, en Cerutti et. al. *El ensayo en Nuestra América: para una reconceptualización*, México, Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, pp. 13-26.
- 24) Cueva, Agustín, “El método materialista histórico aplicado a la periodización de la historia de la literatura ecuatoriana: algunas consideraciones teóricas”, en *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta del Ecuador, segunda edición, 1992, pp. 9-20 (La primera edición data de 1986).
- 25) Barthes, Roland, *Mitologías*, México, Ed. Siglo XXI, 1994, décima edición en español, p. 8. La primera edición en francés data de 1957.
- 26) Verdesoto, Custode, Luis, *Op. Cit.* p. 33.

- 27) Cueva, Agustín, *La literatura ecuatoriana*, Buenos Aires, Ed. Centro Editor de América Latina, S.A., 1968, p. 8. Lamentablemente en esa edición hay una errata, justamente en la expresión a la que nos referimos, pues dice “mayores” donde debe decir ensayos; pero el contexto es claro, como aparece en la edición de *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta del Ecuador, 1986. En segunda edición que data de 1992, la cita puede localizarse en la página 24, el subrayado es nuestro.
- 28) Cueva, Agustín, *Entre la ira y la esperanza. Ensayos sobre la cultura nacional*, Quito, Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1967, p. 42, subrayado nuestro.
- 29) *Ibid.* p. 176, subrayado nuestro.
- 30) *Ibid.* p. 13.
- 31) Cerutti, *Op. Cit.* p. 13.
- 32) *Ibidem.*
- 33) *Ibid.* pp. 13-14
- 34) *Ibidem.*
- 35) Cueva, Agustín, “El método materialista histórico aplicado a la periodización de la historia de la literatura ecuatoriana: algunas consideraciones teóricas”, *Op. Cit.* p. 12.
- 36) *Ibid.* p. 14.
- 37) *Ibid.* p. 15.
- 38) *Ibid.* p. 19.
- 39) *Ibid.* pp. 16-17.
- 40) *Ibidem.*
- 41) Adoum, Jorge Enrique, “Nosotros, el Tercer Mundo”, en Adoum, Jorge Enrique, *Sin ambages: textos y contextos*, Quito, Ed. Planeta, Letra Viva, 1989, pp. 125-126.
- 42) *Ibidem.*
- 43) *Ibidem.*
- 44) *Ibid.* 127-128.
- 45) Cerutti, Guldberg, Horacio, “Dependencia y alteridad”, en Cerutti, Guldberg, Horacio, *Filosofías para la liberación ¿Liberación del filosofar?* Toluca, Ed. Universidad Autónoma del Estado de México-Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades, 1997, p. 209.
- 46) Con ello pretendemos avanzar en lo que por el momento no es sino un proyecto, una investigación posterior, pero que desde ya y provisionalmente podría indicarse como la búsqueda de relacionar los modos como se ha concebido la salud mental en Nuestra América y los modos en que estas concepciones han sido impactadas por el predominio de las teorías neoliberales, las cuales, aunque muestran entrar en franco declive, es previsible que mantengan secuelas importantes en diversos campos. Entre nosotros esa línea de investigación fue sugerida por vez primera, quizás por Néstor Braunstein, Frida Saal, Marcelo Pasternac y Gloria Beneditto, en su clásico trabajo, *Psicología, ideología y ciencia*, editado por vez primera en 1975 y de múltiples ediciones posteriores, quienes ofrecieron la propuesta de Michel Pecheux, lamentablemente ignorada en su

complejidad y riqueza. Cfr. *Psicología: ideología y ciencia*, Cit. pp. 382-3. Una de las obras orientadas de alguna manera en este sentido es la de León Rozitchner: *Freud: los límites del individualismo burgués*, Ed. Folios.

Primera Parte
De América Latina a Europa con boleto de ida y vuelta:
periodización de la obra de Agustín Cueva

De América Latina a Europa con boleto de ida y vuelta: periodización de la obra de Agustín Cueva

Desde su edad de piedra, la Colonia nos persigue: mata todo afán creador, innovador; nos esteriliza. Hay por tanto que destruirla.

Agustín Cueva, 1967 (1)

...qué pienso de todo esto veinte años después. Pues bien, creo que si a algo me he mantenido fiel a lo largo de este lapso ha sido a dicha posición anticolonialista y antiimperialista, hoy más indispensable que nunca en la medida en que el carácter dependiente de nuestros países se ha profundizado y el imperialismo actúa de manera cada vez más agresiva frente a nuestros pueblos.

Agustín Cueva, 1987 (2)

... contrariamente a lo que a veces se piensa, la vía “prusiana” o “junker” no genera en los países dependientes una intelectualidad sumisa o conformista. Al contrario –y el ejemplo de América Latina lo atestigua- tal vía tiende a engendrar, como reacción contra ella, fuertes corrientes jacobinas, tercermundistas, leninistas. A menudo el propio marxismo no es (o por lo menos no fue) sino la culminación de tales corrientes: *noventa por ciento de los latinoamericanos de izquierda seguramente fuimos primero jacobinos y tercermundistas, luego leninistas (a veces **avant la lettre**) y sólo al final, y no siempre, marxistas*. Todo ello, mezclado a dosis mayores o menores de populismo.

Agustín Cueva, 1987 (3)

En efecto, muchas y diversas son las razones por las cuales cualquier habitante del Tercer Mundo parecería imposibilitado de pensar, sin asumir posiciones frente a las huellas de un pasado colonial y el peso de una historia y una actualidad de dependencia y subdesarrollo.

A nivel latinoamericano, que es el que aquí nos interesa más cercanamente, podría decirse que la lucha contra aquel pasado y esta historia, ha

logrado iluminar en una suerte de diversos claroscuros, la trayectoria de las posiciones en pugna y sus perspectivas.

Todo ello ha configurado un ambiguo patrimonio cultural, en el que se inscriben diversas tradiciones.

Por sorprendente que esto pudiera parecer, nuestra memoria dista mucho de haber logrado establecer con claridad tanto aquellas inaceptables supervivencias así como los esfuerzos que han intentado, con desigual fortuna, su posible derrocamiento.

Quizás por ello, la labor de reconstruir la historia entre nosotros, tenga necesariamente que asumir la tarea de decantación no sólo de las posiciones abiertamente defensoras de la vigencia de aquel pasado y esa historia de la ignominia, sino de nuestra propia memoria, vale decir de aquellos que explícitamente han asumido como tarea la transformación de nuestras sociedades, la memoria de nuestros ensayos. Como nos advierte acertadamente Horacio Cerutti, prestar atención al hecho de que:

...no sólo los propios hablan por boca del ensayista, no sólo los miembros de la tribu, sino también los más ajenos y, sobre todo, los enemigos... (4)

En fin, con este telón de fondo y para entrar en materia, podemos sostener que, dentro de las renovadores corrientes de pensamiento que han intentado enfrentar los lastres de esa domesticación de varias centurias, la obra de Agustín Cueva es un ejemplo elocuente de una orientación caracterizada por una lucha permanente por conquistar, para la conciencia revolucionaria, esas dimensiones indelebles de nuestra historia.

Mostrar las condiciones a partir de las cuales se asume y se construye esa posición, los recursos a los cuales apela, las razones esgrimidas para esa asunción, los presupuestos involucrados, los temas que se plantea, etc.; todo ello implica tareas especiales.

Por las razones aludidas en la Introducción, a esas tareas poco contribuía la enrarecida atmósfera de los primeros años en que iniciamos el esfuerzo presente.

Ahora bien, aunque esa atmósfera sigue siendo la dominante del entorno cultural contemporáneo, las contradicciones que se pretendían ocultar bajo ese dominio han ido abriendo fracturas en no pocos campos. Fracturas que tienden a multiplicarse, abriendo espacios a la crítica, cuyo impacto favorable era imposible hace tan sólo unos años atrás.

Así y todo, persisten innumerables vacíos en torno a aquellos esfuerzos a los que hemos aludido y entre los cuales, hemos dicho, el de Agustín Cueva ocupa un significativo lugar.

Por ello hemos decidido dar seguimiento a la producción del propio autor, intentando aplicar a su trabajo, las categorías y conceptos por él asumidos, para dar cuenta de la densidad de su pensamiento así como determinar la vigencia del mismo.

Desarrollo capitalista reaccionario, intelectualidad rebelde

Como lo atestigua nuestro primer epígrafe, Cueva asume tempranamente aquellos principios de lucha contra el colonialismo y el neocolonialismo, al margen de los cuales prácticamente su obra sería incomprensible.

A su turno y de manera ejemplar, nuestro segundo epígrafe es testimonio de la reivindicación de la continuidad de esos principios, reclamada por el propio autor.

Por lo demás, ello ha sido subrayado y ha sido objeto de cálidos reconocimientos. Quizás el más significativo de ellos, por el momento especialmente emotivo en que fue expresado, sea el que manifestara Fernando Tinajero:

... la unidad de la obra de Agustín esta determinada por su voluntad constante de colaborar para la comprensión del Ecuador y de América, pero no para una comprensión puramente académica, que se satisfaga a sí misma como puro ejercicio del pensamiento, sino

para una comprensión que sea el antecedente necesario de la acción liberadora de nuestro continente. No hay página de Agustín que no apunte hacia ese difícil objetivo (5).

A lo cual podríamos agregar que, inclusive, el esfuerzo crítico de Cueva puede representar, a su manera, el modelo de una ruptura que la conciencia social latinoamericana establece a partir de la década de los sesenta, uno de cuyos componentes clave era la convicción de laborar en pos de la construcción del sujeto histórico latinoamericano. El propio Cueva reivindicará explícitamente esa construcción, ya en la década de los ochenta y en ocasión de su evaluación de los rasgos distintivos de los estudios latinoamericanos producidos entre nosotros, como uno de los elementos constitutivos de nuestra conciencia:

Quizá hasta cabría decir –afirmaba el sociólogo ecuatoriano– que lo que distingue a los estudios latinoamericanos de otro tipo de estudios, es el hecho de que ellos no se constituyen únicamente en torno de un campo de conocimiento, sino simultáneamente dentro de un campo de lucha. En efecto, se trata de construir y reafirmar un *sujeto histórico* cuya identidad e integración están constantemente amenazadas no sólo por epidémicos brotes de chauvinismo conservador y balcanizante, mas sobre todo por las concepciones “panamericanistas”, “hemisféricas” y similares, cuyo origen imperial es de sobra conocido (6).

Como es comprensible, ese esfuerzo cuevano, esa continuidad crítica, reivindicada por el propio autor, no se nutrió con los mismos componentes durante toda su trayectoria, como puede apreciarse en las palabras que hacen las veces de tercer epígrafe. Más aún, esa caracterización abre una veta de una riqueza que podría considerarse de consecuencias incalculables. En efecto, sugiere, la ratificación de una sospecha: que no obstante las intensas movilizaciones que sacudieron a Nuestra América en el siglo XX, pero de ostentación generalizada y explícitamente marxista en la segunda mitad del mismo, la autenticidad de esa filiación marxista en una proporción significativa es hartamente dudosa,. No se trata aquí de restar importancia o de quitarle méritos a todas las gestas que han ofrendado generosamente su vida, ni de devaluar la relevancia que para distintos niveles de

la reconstrucción de la realidad latinoamericana se han llevado a cabo desde posiciones críticas del status quo, sino de enfatizar que esa caracterización de Cueva constituye un valioso testimonio, en la medida en que subraya, desde la trinchera misma de los momentos candentes de la experiencia y de la investigación teórica, que la inspiración marxista y más aún su desarrollo consecuente podría considerarse más una excepción que la regla en los movimientos efectivamente cumplidos en esa segunda mitad del siglo XX. Habrá que volver sobre ello más adelante. Por ahora resulta conveniente destacar que en la medida en que la trayectoria del propio Cueva se encuentra implicada en la referida caracterización, la aproximación a su producción, no podría prescindir de una consideración del proceso evolutivo de su obra. Por ello se impone la identificación y adecuada caracterización de los nudos o núcleos temáticos y teóricos que nuestro autor asumió a partir de determinados momentos. Es necesario establecer una periodización de su obra, que permita ubicar los alcances y perspectivas de su producción en general, así como para acotar las expectativas al considerar períodos específicos de la misma.

Identificación y caracterización que, por supuesto, serían imposible al margen de la ubicación del esfuerzo cuevano dentro de un contexto histórico social específico. Ello no ha pasado desapercibido para los estudiosos de su obra. Por ello repetidamente se ha reclamado un esfuerzo de interconexión entre los distintos planos involucrados en la misma.

Así, Luis Verdesoto Custode señala:

Evidentemente, la reflexión de Cueva en sus distintas etapas metodológicas y temáticas fue un producto social de particulares horizontes cognoscitivos y de específicas formas de desarrollo de la sociedad global y de la comunidad intelectual. Dicho de otro modo, al preguntarnos sobre Cueva, también debemos interrogarnos sobre qué sociedad ecuatoriana y de qué modo su comunidad intelectual generó un tipo de pensamiento como el de Agustín Cueva (7).

Varias vías se han explorado y pueden explorarse para responder a esta decisiva cuestión (8).

Sin embargo, hasta el momento no se ha intentado aplicar a la producción cuevana la propuesta que fuera elaborada por el propio sociólogo ecuatoriano y que él mismo expusiera en ensayos que le valieran significativos reconocimientos en el ámbito de los estudios socioeconómicos. Este hecho define una carencia sumamente sensible, en la medida en que el propio Cueva dejó anotaciones, y por momentos reconstrucciones, que apuntaban en esa dirección, dándole un singular e inequívoco sentido a la apreciación que personalmente sostenía de su trayectoria.

En fin, el tema resulta especialmente relevante debido a que, más allá del ostracismo que caracterizó todo un momento inicial de la recepción de la producción de Cueva, la recuperación que se ha venido realizando de la misma en la actualidad, tiende a “reivindicar” su obra, en gran medida a condición de cercenar los componentes teóricos y políticos, que, sin embargo, el sociólogo ibarreño reclamó hasta el final como los rasgos más distintivos de su obra (9).

Los ejemplos al respecto podrían multiplicarse, y, en conjunto no hacen sino mostrar las tremendas dificultades con que se enfrenta todo intento de recuperación del núcleo central de la propuesta elaborada por Cueva.

En fin, más que dedicarnos en esta ocasión a la evaluación detallada de esas apreciaciones y sus dificultades para reconocer lo que se cancela al fragmentar el análisis de la obra cuevana, se impone como tarea ineludible dar seguimiento a la producción del sociólogo ecuatoriano, tratando de reconstruir en su lógica interna y en sus determinaciones externas el núcleo de su esfuerzo.

Por ello, en esta Primera Parte nos proponemos aplicar a la obra de Cueva, las tesis interpretativas sustentadas por él, recuperando especialmente tanto las reflexiones que hiciera sobre su propia obra o sobre temas análogos aplicados a otros autores y contextos, intentando articularlas explicativamente con otras aportaciones.

Aunque puede leerse de manera independiente, como se desprende de suyo, esta Primera Parte constituye el antecedente necesario para la ubicación de las reflexiones que Cueva desarrolló en torno al tema de la democracia entre nosotros y que constituye la Segunda Parte del presente trabajo.

En este contexto, puede decirse que hasta fechas relativamente recientes se ha iniciado una revaloración de la producción de juventud de Agustín Cueva Dávila, aquella en la que la crítica literaria ocupa –y no de manera casual- un papel predominante.

Debe subrayarse, sin embargo, que se trata, en efecto, de una crítica literaria singular, pues, en ella ya es dable reconocer aquella voluntad totalizadora, a la cual, por cierto Cueva concedía un papel estratégico. Ello sería hecho explícito de manera magistral en un texto publicado ya a finales de los ochenta:

...todo “paradigma” no es más que un esquema teórico –esquema en el mejor sentido del término- frente al cual –perdón por retomar la manida metáfora- “siempre será más rico el árbol de la vida”. Sólo que, para acercarse a esta riqueza no bastan, en el campo de la sociología por lo menos, ni la pura intuición ni la simple empiria. Nos agrade o no, es necesaria una rigurosa formación, la cual excluye el eclecticismo. Sin la adopción de una perspectiva predominante no hay un marco de pensamiento coherente, que nos permita aprehender las coordenadas básicas de la realidad. Solidez no significa desde luego rigidez, del mismo modo que flexibilidad no es sinónimo de laxitud, de endeblez. Tal rigurosidad deberá ir acompañada, eso sí, del único antídoto conocido contra el simplismo, contra la falta de sutileza y de matices: me refiero a una cultura general tan profunda y amplia como sea posible, Y, último pero no menos importante, es menester algo que para el hombre común podría constituir un “sexto sentido”, pero que para el sociólogo profesional tiene que ser el primero: una hipersensibilidad frente a los movimiento subterráneos de la historia y ante los vientos que estremecen los diferentes pisos del edificio social (10).

Afirmaciones que podrían ubicarse sin mayores dificultades dentro de la producción ya madura del sociólogo ibarreño; en cierta medida no contradictorias con los contenidos de sus trabajos iniciales, pero sí distantes de éstos por el desarrollo normal de un pensador, vale decir, decantado por la maduración de su pensamiento.

En fin, lo cierto es que ya en la producción inicial de Cueva podría reconocerse ese esfuerzo por formarse dentro de una cultura general y amplia,

amén de una atención por desarrollar aquella hipersensibilidad que tanto valor atribuye ya en su madurez.

Dentro de esa formación, un lugar privilegiado lo ocupará la investigación sobre la literatura; misma que no abandonará por el resto de su vida. Resulta por lo demás extraño que no pocos estudiosos circunscriban esa investigación de Cueva a su producción inicial y especialmente la limiten a los ensayos contenidos en *Entre la ira y la esperanza (ensayos sobre la cultura nacional)*.

Sea de ello lo que fuere, es un hecho y así se ha constatado de manera reiterada, el predominio de la crítica literaria en el inicio de su producción (11).

¿Pueden llegar a determinarse inequívocamente las causas de esta “elección”? Pregunta de difícil respuesta pero que no ha impedido que ante aquella constatación se haya abierto todo un abanico de interpretaciones.

Por nuestra parte consideramos que la elección temática inicial, así como la forma y el modo de abordarla, sólo pueden ser explicadas a partir del reconocimiento del complejo encuentro que hemos intentado recuperar en el título de esta primera parte de nuestro trabajo. En otras palabras es preciso atender a aquella fidelidad reivindicada por Cueva en nuestro segundo epígrafe, así como del significado profundo y rasgos propios de la forma literaria en la realidad ecuatoriana, visualizada de manera enriquecedora merced al aporte proporcionado por trabajos críticos como los de Levi-Strauss, Barthes, Sartre y Luckács, sobre lo cual volveremos más adelante.

Por ahora resulta conveniente señalar que, además de la ubicación del sentido de las preocupaciones intelectuales de Cueva, subrayado por Tinajero, y del relevante papel que hemos visto que el propio Cueva atribuía a la necesidad de una cultura general amplia y profunda, debemos incorporar su prematura convicción del papel que históricamente podrían jugar y habían jugado otras formas y prácticas entre nosotros, entre ellas las literarias.

En efecto y ante el reconocimiento de una creciente conservadurización de las ciencias sociales, el sociólogo ibarreño, no deja de expresar, ya en la década de los ochenta:

Nada obliga, sin embargo, a que la sociología se comprometa con los grandes problemas de su tiempo, que ante ellos tome partido. Si desea, supongamos, agazaparse indefinida o permanentemente en los intersticios de la más pura empiria, puede hacerlo tranquilamente. Mesías de los años sesenta, el sociólogo latinoamericano puede terminar siendo, si lo decide, el auxiliar de burócrata del próximo milenio. No por eso la sociedad va a dejar de pensarse a sí misma, de mirar desde cierta altura sus problemas, de escrutar el sentido de las luchas que acontecen en su seno, de medir la dimensión de sus anhelos. *La totalización se hará a través de la filosofía, de la economía, de la propia poesía, como ya ha ocurrido en Latinoamérica. Y desde luego a través del pensamiento político* (12).

Lo cual está en perfecta coherencia no sólo con la preferencia que Cueva exhibió en un inicio por el análisis literario; sino que autoriza a considerar que la misma no estaba regida por preocupaciones esteticistas, sino por el papel que atribuía a las particularidades de la tradición literaria del Ecuador y al carácter privilegiado que ofrecía *de hecho*, para aproximarse a una realidad no asumida en otros campos.

Literatura ecuatoriana: riqueza y pobreza de un pueblo olvidado

¿De qué particularidades se trata? Sin duda, pueden considerarse como antecedentes fundamentales de la conciencia crítica ecuatoriana las obras de Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo y de Juan Montalvo (13); pero el parteaguas contemporáneo deberá ser ubicado en el hito marcado por el tormentoso noviembre de 1922.

En efecto, ha sido subrayado el año de 1922 como el punto de inflexión en el que el Ecuador entra en la modernidad política, social y cultural, que, en términos estructurales, significa el ocaso del predominio de un modo de producción feudal para ingresar a un predominio capitalista. No de cualquier predominio capitalista, sino el de una fase de desarrollo reaccionaria, condicionada por fuertes relaciones de dependencia y subdesarrollo.

Para el caso de la expresión literaria de que hablamos, sería impensable tanto la ruptura radical en la elección temática como la no menos radical elaboración de una “nueva” forma, el “realismo social”, al margen de la masacre de las masas populares en noviembre de ese año en Guayaquil.

En uno de sus últimos ensayos, Cueva rememora, a través de las palabras de uno de los representantes de aquella manifestación cultural, el impacto que aquel hecho ejerció entre ellos:

El pueblo se lanzó a las calles... y la metralla mató a mil quinientos hombre y mujeres. Todos los de la generación de 1930 vimos, con los ojos húmedos, esta matanza. Se dieron pasos para la formación del partido socialista ... Entre los jóvenes se pensaba en el milagro de la revolución rusa; pocas veces en la mexicana (14).

En fin, al margen de esta encrucijada histórica, sería incomprensible la fuente nutricia que abrió los cauces para la “fundación” del “realismo social”, el cual, a la par que ruptura estética y lugar de expresión radical del ser ecuatoriano, será fuente privilegiada de acercamiento a una lacerante realidad.

Cueva era plenamente consciente de esta condición y de hecho es uno de los pocos autores ecuatorianos que se preocupó por establecer las condiciones estructurales que hicieron viable la génesis y evolución de ciertas formas de conciencia social en el país y prestó especial atención a ese momento fundacional.

Testimonio privilegiado de lo que venimos afirmando lo constituyen sus apreciaciones, en uno de sus últimos ensayos, dedicado, precisamente a establecer la relación entre la literatura y la sociedad en el Ecuador:

... es justo reconocer –dice Cueva- que la narrativa de los años treinta no sobresale por su perfección técnica ni por su refinamiento artístico, sino por ser una escritura de gran economía estilística, altamente expresiva e impugnadora de todas las *formas* anteriormente dominantes. Además, es parte integrante e integradora de un proyecto global de creación de una cultura nacional y popular, hasta entonces inexistente en razón del propio carácter oligárquico y dependiente de la sociedad ecuatoriana. De ahí que esa literatura no sólo recupere lo indio y lo montubio, sino

prácticamente todos los elementos de nuestro disperso ser popular. El mismo indigenismo no se limita, por eso, al estricto problema del grupo étnico al que parece referirse con exclusividad. Tiene plena conciencia de que el “problema indígena” es, en rigor, el problema de la entera sociedad racista, y en consecuencia realiza (Icaza sobre todo) una verdadera “disección” de los múltiples estratos sociales y culturales de nuestra nación, que respiran racismo por todos sus poros y llegan a configurar, en el mestizo atrapado entre los extremos, una verdadera *dramatis personae* [...] En fin [...] no olvidemos que, junto al enfoque estructural, regional y cultural de nuestra sociedad, la novela realista efectúa también un enfoque histórico, presente en obras como *En las calles*, *El cojo Navarrete*, *Juyungo*, *Las cruces sobre el agua* y, particularmente, en la novela-río de Pareja, llamada *Los nuevos años*, tríptico conformado por *La advertencia* (1956), *El aire y los recuerdos* (1959) y *Los poderes omnímodos* (1964). Conjunto de novelas en que se recrea, con variados prismas, acontecimientos como la revolución liberal y la resistencia “montonera” de Concha, la insurrección y masacre de 1922, la revolución “juliana” y la guerra “de los cuatro días”, la “gloriosa” de mayo de 1944; o sea, ese trasfondo de violencia que no sólo viene plasmado en nuestra literatura de “denuncia”, sino que constituye la trama y urdimbre de la realidad (15).

Además de subrayar los rasgos positivos de esa literatura, Cueva no dejó de referirse, por cierto, a los límites de esa forma, en una perspectiva más ambiciosa, vale decir, política. Ello es particularmente evidente en la caracterización que ofreciera sobre las paradojas que podían detectarse alrededor de Jorge Icaza. Caracterización que, además de precisar en más de un sentido las observaciones recién citadas, permite captar, en negativo si se quiere, lo que podría considerarse como el nivel específico de trabajo y los lineamientos principales que caracterizarían la propia producción del sociólogo ibarreño, más allá de sus pioneros ensayos de crítica literaria:

La narrativa de Jorge Icaza –sostiene Cueva- constituye un vasto fresco de la sociedad ecuatoriana de los años treinta y subsiguientes, en el que el problema indígena se destaca como un resultado objetivo y subjetivo de determinada estructura (feudal) en curso de transformación. Este fresco, dotado de una indudable profundidad sociológica, no surge sin embargo de la “aplicación” de esquema alguno, si por esquema se entiende una representación

conceptual anterior al proceso de producción literaria, que se limitaría a “ilustrarla” con las imágenes pertinentes. Para disipar cualquier duda al respecto es oportuno recordar que, aunque es evidente que su literatura recibió el apoyo “logístico” de una concepción (convertida en él en *capacidad de percepción*) materialista de la historia, Icaza, en lo personal, nunca se distinguió por la claridad teórica. Incluso era penoso comprobar, al escucharlo en conferencias o en la simple conversación, la gran dificultad que tenía para expresar en conceptos esa realidad que tan admirablemente recreaba con imágenes literarias. Y en su vida política jamás fue un militante marxista: perteneció a la Concentración de Fuerzas Populares, organización populista fundada y en aquel entonces dirigida por el ambiguo caudillo Carlos Guevara Moreno.

No es mi intención reabrir aquí el clásico debate sobre cómo es posible que la obra literaria supere, y a veces con creces, la ideología explícita de su autor (“triunfo del realismo”, diría Lukács; posibilidad de una “crítica en acto de la ideología”, afirmaría Althusser). Pero sí deseo destacar que en tales condiciones resulta **más admirable aún el “contenido” de la obra de Icaza, en la que aparecen planteamientos (*plasmaciones*) bastante más avanzados e históricamente más justos que los formulados en los escritos anteriores, inclusive marxistas, de su tiempo.** Vale señalar a este respecto una sola cuestión, pero que considero esencial para la correcta comprensión de la narrativa icaziana; lejos de ser la representación simplista de una situación feudal en la que el indio es explotado por el “gamonal”, el cura y el teniente político, como tantas veces se ha dicho y repetido, esa narrativa se ubica y constituye como tal en la “frontera” conformada por el haz de tensiones que el avance del capitalismo desencadena en la vieja matriz feudal. De ese núcleo de contradicciones extrae su savia, allí encuentra su materia novelable. Toda la tensión de *Huasipungo*, por ejemplo, surge del embate capitalista que va desintegrando o por lo menos redefiniendo, según el nivel de análisis en el que uno se sitúe, las antiguas relaciones sociales de producción. En la novela *En las calles*, la cuestión es más clara aún.

Ahora bien, el hecho mismo de que la crítica, sin excluir la de carácter sociológico, haya sido incapaz de detectar este gran tema central de la obra de Icaza, demuestra que el “contenido” de ésta no es tan simple como por principio se supone. En la *construcción* de ese “contenido” llama la atención la capacidad del autor para distinguir lo esencial de lo secundario, captar el movimiento histórico y convertirlo en trama artística, seccionar con certeza los diversos niveles de la realidad social y luego reconstituir sus vínculos más hondos, en fin, para recrear sin la ayuda de conceptos teóricos toda una intrincada estructura de clases y castas ponderando atinadamente el significado de cada elemento involucrado. Se puede

discutir si valores como éstos constituyen o no un principio al menos de mérito literario; lo que a mí como sociólogo no deja de asombrarme es que tal riqueza analítica se haya logrado por medio de imágenes sensibles y con procedimientos estrictamente narrativos (16).

Texto, sin duda de enorme riqueza testimonial que reitera las razones del sociólogo Ibarreño para su predilección inicial por el trabajo en torno a la forma literaria, esto es, por el acceso privilegiado que esta expresión permitía para acercarse a esa dolorosa realidad; acceso que a esta altura era impostergable. Igualmente encontramos aquí, una vez más, por supuesto, la defensa de una de sus tesis principales respecto de la importancia literaria de Icaza, tesis que Cueva defendería hasta el final de su vida (17).

Pero para nuestros fines resulta especialmente relevante llamar la atención sobre dos hechos: de una parte, el reconocimiento de la viabilidad de la obra de Icaza merced al apoyo logístico de una visión materialista de la historia, y, por otra parte, las apreciaciones críticas que Cueva hace a Icaza, lo que estima como penosa falta de claridad teórica, incapacidad para expresar en conceptos lo que recreaba literariamente. Este es el nivel en el que, de manera insistente, Cueva trabajará y en el que podría reconocerse y ubicarse su aporte específico. Más aún, en el texto considerado, Cueva hace explícitas las virtudes que aprecia en la construcción icaziana y que podríamos ubicar como aquellas en las que él mismo se empeñó en tematizar, explorar y exponer, ya no en el plano literario, sino en el propiamente conceptual.

¿Cuáles virtudes? En el caso de la valoración de Icaza, subraya, lo hemos visto: capacidad para aislar el tema estructural decisivo, distinguir lo esencial de lo secundario, la captación del movimiento histórico... En otras palabras, bajo la forma literaria, el realismo social de los treinta, y en este caso especial, en la obra de Icaza, se podría reconocer una fuente nutricia de acceso privilegiado a la realidad ecuatoriana. Pero queda una cuestión que requiere ser aislada para darle su justa significación a las apreciaciones de Cueva recién citadas. En efecto, la convicción de una carencia que requería ser satisfecha, la falta de claridad teórica, y, así, la necesidad de pensar en conceptos esa realidad (18).

¿Desde dónde iniciaba el sociólogo ecuatoriano su aproximación a esa tarea, de pensar conceptualmente nuestra realidad?

Lo que parece fuera de dudas, es el contexto latinoamericano del momento. Desde el subcontinente y aunque la situación varíe en magnitud e intensidad, podría compartirse sin mayor riesgo de error lo expresado por Cerutti:

¿Qué ocurre en la década de los 60? Ante todo, aquí se produce un hito histórico que va a marcar toda la historia de América Latina. De ahí en más, es antes y después de la Revolución Cubana. La Revolución produce un *shock* y, al mismo tiempo una explosión de fuerzas reprimidas a nivel artístico, cultural, literario, a nivel de la producción intelectual. Lo imposible parece posible. No sólo en política sino también en estas otras áreas. El *boom* literario no es ajeno a estos procesos. Tampoco lo son las elaboraciones en las ciencias sociales. No quiero decir que la consecuencia es mecánica. Pero, la Revolución abre espacios (19).

Y los abrió también en el Ecuador de los sesenta, si bien con especificidades y una dinámica interior propia.

¿De qué espacios se trata? Una referencia ineludible es la decadencia del realismo social de los treinta, y el enorme peso de las claudicaciones de los “antepasados socialistas”:

Las razones de dicho declive son por supuesto múltiples, comenzando por el hecho más obvio: la realidad se modificó más rápido que la *Weltanschauung* de la generación del 30. Al entrar en una fase de franca desestructuración (“modernización” por modificaciones sectoriales) la vieja sociedad rural que fue el Ecuador se “descompuso”, pero sin engendrar de inmediato una sociedad de nuevo tipo, plenamente urbana. En consecuencia, la concepción del mundo de los años treinta se marchitó antes de que surgiera una alternativa coherente para reemplazarla. El adocenamiento y el oportunismo hicieron el resto: desde la “gloriosa” del 44 hasta finales de los cincuenta el espíritu combativo de las capas medias decayó, fueron “cooptadas” como se diría hoy (20).

Evaluación elocuente (que corresponde al período de plena madurez del sociólogo ibarreño), que será complementada con una visión integral del estado

de cosas vigente en su conjunto para el país, en aquel momento de declive ideológico:

La época de los “malos pensamientos”, que fueron los fundadores de la literatura realista y de nuestra modernidad toda, entraba en su zona de penumbra: era, sin duda, la hora del ángelus [...] La crisis económica había concluido hacia mediados de la década de los cuarenta y la crisis de hegemonía fue superada a partir de 1948, año en el cual, como ya se señaló, Galo Plaza asumió la presidencia de la República. La coyuntura de post-guerra y de la guerra de Corea favorecieron nuestras nuevas exportaciones y los términos de intercambio empezaron a recuperarse: a ejemplo de la “cultísima Costaguana” fuimos convirtiéndonos en república bananera. Nuestra “vocación” agrícola había sido redescubierta y nuestros tejidos y tejedores indígenas eran exhibidos en la propia metrópoli neoyorquina, a la vez que los escritores rebeldes se incorporaban a la burocracia y a la diplomacia placistas [...] El espíritu de denuncia y de protesta estaba, pues, cancelado y los antiguos guerreros de la pluma apaciguados; sin embargo, nada ni nadie podrían devolvernos la inocencia perdida. La semilla del “mal” quedaba ahí. La cultura moderna del Ecuador había sido fundada por caminos heterodoxos, jacobinos, socialistas, y de esa fundación habrían de partir las futuras generaciones y las nuevas rebeldías (21).

En fin, así marchaban las cosas en esa entrañable mitad del mundo, al producirse aquél hito latinoamericano referido por Cerutti.

No fue, por cierto, esa ecuanimidad y mesura reflejadas en los textos citados, lo que predominó en esa nueva generación ecuatoriana. Para el caso del propio sociólogo ibarreño, basta tan sólo con leer algunos de los apasionados textos publicados en *Indoamérica* –revista fundada conjuntamente por Fernando Tinajero y el propio Cueva-, al respecto, para formarse una idea de la tremenda angustia que llevaban a costas los integrantes del aquel movimiento y, especialmente, nuestro autor. Elocuente botón de muestra, son sus palabras, previas a la “toma” de la Casa de la Cultura Ecuatoriana:

¿Es que los señores de la Casa de la Cultura no se han dado cuenta todavía de que a la juventud le parecen abominables los individuos incoloros, “viscosos” como alguien decía; de que en el momento crítico por el que atravesamos es preferible la áspera franqueza a la melosa hipocresía; y de que la experiencia nos ha enseñado, a los

de izquierda, que vale más un derechista desembozado y honesto, frente al cual uno sabe por lo menos a qué atenerse, que un mequetrefe seudosocialista? (22).

Sin embargo, todavía resulta conveniente regresar seis años atrás; momento en el que este pesado equipaje a costas condicionará la significativa estancia del joven Agustín Alberto Cueva Dávila, en Francia, con motivo de sus estudios superiores en ciencias sociales, en la Escuela de Altos Estudios Sociales, de París, en el período que abarca de 1960 al 63.

Boleto de ida: itinerario de una adhesión marxista, fascinación científica, opción ético-política, rebeldía antimítica y otros hitos

Muchos años después, frente a la necesidad de presentar la quinta edición de *Entre la ira y la esperanza. Ensayos sobre la cultura nacional*, en 1987, Agustín Cueva habría de recordar aquella estancia; momento en el que reconoce fuentes claves de su producción, no sólo de aquel momento sino más allá:

La ambición abarcante, globalizante y cuestionadora de *Entre la ira y la esperanza*, no obedece sin embargo a mis solas inclinaciones personales, ni a la exclusiva influencia de los autores y lecturas que he mencionado, en gran medida para saldar una vieja deuda con el pensamiento europeo (23).

Pagaba ahí, el boleto de ida de un viaje, cuya importancia estamos muy lejos de haber aquilatado ¿De qué autores y lecturas constaba esa deuda?:

Por fortuna –nos dice Cueva–, la casi proustiana inmersión en el tiempo a que me ha sometido esa obligada relectura no sólo ha suscitado en mí recuerdos poco gratos como el mencionado, sino que también ha actualizado hitos positivos, que contribuyeron definitivamente a mi formación intelectual. Quisiera rememorar, entre otras, la obra de Jean-Paul Sartre y, para este caso, particularmente

su libro *¿Qué es la literatura?*; los escritos por entonces “redescubiertos” de György Lukács, en especial su *Teoría de la novela*; los imaginativos primeros libros de Roland Barthes, sobre todo *El grado cero de la escritura* y *Mitologías*; y, aunque creo que jamás la he citado y ni siquiera mencionado, la obra antropológica de Claude Lévi-Strauss, que siempre ejerció una verdadera fascinación sobre mí (*El pensamiento salvaje* o ciertos pasajes de *Tristes trópicos*, por ejemplo). Lecturas de base muy poco ortodoxas para un autor al que algunos consideran (caricaturalmente) como la encarnación de cierto pensamiento “dogmático”; y, si se quiere redondear la paradoja, textos muy poco sociológicos para ser los favoritos de alguien que se supone es un sociólogo profesional.

Sobre esto último desearía insistir. En efecto, ahora que recapacito con el beneficio del tiempo transcurrido, me doy cuenta de que nunca me entusiasmaron mayormente los autores más directamente ligados a mi profesión [...] Por la época en que publiqué mi primer trabajo de “sociología política” (*Más allá de las palabras: introducción a la mitología velazquista*), lo que hice fue leer y releer a Barthes y Levi-Strauss, apasionándome luego por el *18 Brumario*, de Marx, pero paradójicamente a partir de la relectura de *Tristes trópicos* [...] De mis profesores de París, el único que de veras me interesaba (polémicamente) y al que nunca dejé de leer fue Raymond Aron, ese pensador de derecha y especie de anti-Sartre que ya a comienzos de los años sesentas era considerado más como un “publicista” (o periodista) que como un sociólogo, juicio de intención peyorativa al que él respondía comentando que algunos de sus colegas investigaban de manera cada vez más rigurosa y con métodos más sofisticados, problemas cada día menos importantes. Evoco estas cuestiones inclusive anecdóticas, para destacar mi preferencia por cierto tipo de labor intelectual en la que los fundamental parece ser el planteamiento de grandes interrogaciones y sugerencias de interpretación del mundo (por más que se trate de “hipótesis inverificables”), antes que la acuciosa recopilación de datos de alcance muchas veces mezquino, que a la postre no hacen más que comprobar con métodos supuestamente científicos lo que todo el mundo ya sabía sin necesidad de recurrir a un “especialista”. Diría incluso que mi proceso de adhesión al marxismo obedeció en proporciones probablemente equiparables, tanto a una opción ético-política como a la fascinación por la única ciencia social (el materialismo histórico) que jamás pierde de vista la *totalidad* del hombre y de su historia, que aspira siempre a reconstituir (24).

De una riqueza privilegiada para una cabal apreciación de su producción, llama la atención que esa exposición no haya sido recuperada con el detalle que requiere (25)

Además de la honestidad intelectual, el reconocimiento encierra la intención, sarcástica por cierto, de subrayar la ignorancia de sus detractores, de la densidad de sus propios trabajos.

No obstante lo enigmático del pago de esa deuda, desde ya podemos identificar la separación que Cueva hace de los textos, enfatizando los provenientes de ciertos autores, Barthes y Levi-Strauss; indicando con ello un peso especialmente significativo de los mismos, en lo que bien podría considerarse como su ruta hacia el marxismo.

De modo que los hitos decisivos tendrían que considerarse exclusivamente los textos de Barthes y Levi-Strauss citados. Cuestión esta última de la mayor importancia cuando se trata de evaluar las implicaciones de sus trabajos de madurez y, digamos al paso, especialmente los referidos a la producción de su última década de vida, justamente de los que trata la Segunda Parte de nuestro esfuerzo.

En segundo lugar, está la manera de proceder en la recepción de la obra de Barthes y Levi-Strauss; relectura, según las propias palabras de Cueva, que conduce al *18 Brumario...* –no se trata de cualquier acceso, sino que se trata de uno apasionado–, proceso intelectual y emocional, cuyo fruto debería estimarse en *Más allá de las palabras: introducción a la mitología velazquista*, Texto que, lamentablemente, no hemos podido consultar y, del que sólo podemos sospechar que pudo haberse publicado en *Indoamérica*, pero que, por la temática así como por las presumibles fechas de elaboración (esto es, entre 1968 y 1970), consideramos que sus lineamientos principales deben estar contenidos en el trabajo “El velazquismo: ensayo de interpretación”, que aparece como segunda parte de *El proceso de dominación política en Ecuador*, fechado en 1970.

En todo caso, podría afirmarse que, justamente, es esa reconocida lectura y relectura de Barthes y Levi-Strauss, la que autoriza a interpretar el momento en el que se producía, como período de transición en la trayectoria de nuestro autor. De una riqueza privilegiada para una cabal apreciación de su producción, sorprende que esa exposición no haya sido recuperada con el detalle que requiere (25).

Además de la honestidad intelectual, el reconocimiento encierra la intención, sarcástica por cierto, de subrayar la ignorancia de sus detractores, de la densidad de sus propios trabajos.

No obstante lo enigmático del pago de esa deuda, desde ya podemos identificar la separación que Cueva hace de los textos, enfatizando los provenientes de ciertos autores, Barthes y Levi-Strauss; indicando con ello un peso especialmente relevante de los mismos, en lo que bien podría considerarse como su ruta hacia el marxismo.

De modo que dentro de esos “hitos decisivos” a que se refiere Cueva, una especial importancia debe atribuirse a los textos de Barthes y Levi-Strauss. Cuestión decisiva esta última, cuando se trata de evaluar las implicaciones de sus trabajos de madurez y, digamos al paso, especialmente los referidos a la producción de su última década de vida, justamente de los que trata la Segunda Parte de nuestro esfuerzo.

En segundo lugar está la manera de proceder en la recepción de esos trabajos. Se trata de una lectura y relectura, según las propias palabras de Cueva, que conduce al *18 Brumario...* –no se trata de cualquier acceso, sino que se trata de uno apasionado-; proceso intelectual y emocional, cuyo fruto debería estimarse en *Más allá de las palabras: introducción a la mitología velazquista*, Texto que, lamentablemente, no hemos podido consultar y, del que sólo podemos sospechar que pudo haberse publicado en *Indoamérica*; pero que, por la temática así como por las presumibles fechas de elaboración (esto es, entre 1968 y 1970), consideramos que sus lineamientos principales deben estar contenidos en el trabajo “El velazquismo: ensayo de interpretación”, que aparece como segunda parte de *El proceso de dominación política en Ecuador*, fechado en 1970.

En todo caso, podría afirmarse que, justamente, es esa reconocida lectura y relectura de Barthes y Levi-Strauss, la que autoriza interpretar el momento en el que se producía, como período de transición en la trayectoria de nuestro autor. Para nuestros propósitos es especialmente importante subrayar esa transición porque, en función de ella se puede apreciar de un modo distinto la densidad de sus trabajos en diferentes momentos de su producción, y, por tanto, estimar un

impacto diferencial de aquellos textos, especialmente los de Barthes, los cuales, presumimos que serán objeto de una maduración creciente.

Así y sin menoscabo de regresar posteriormente a los ensayos contenidos en *Entre la ira y la esperanza...*, podemos adelantar que aquellos textos (los de Barthes y Levi-Strauss) son de un impacto limitado y de hecho, esos primeros ensayos están organizados bajo el predominio o la rectoría de conjunto sobre todo de Sartre, sin detrimento de la recuperación de ideas claves de Lukács y Barthes, para cuestiones más bien puntuales (sobre la concepción de la novela en el primero y sobre los modos de interpretar la significación lingüística en el segundo), ideas que, sobre todo las de Barthes (especialmente si se toma en cuenta el núcleo más heurístico de su planteamiento sobre el mito contemporáneo y todo lo que ello implica), sólo germinarán en trabajos posteriores.

En efecto, preocupado especialmente por la crítica literaria, por las razones que ya se indicó anteriormente, Cueva encuentra una fuente especialmente sólida en su intento de caracterizar la literatura del Ecuador en algunos elementos de la semiótica de Ferdinand de Saussure; fuente, cuya recuperación era viable gracias al auspicio de Barthes (y en alguna medida de Levi-Strauss, según se podrá observar más adelante). Así lo atestiguan apreciaciones muy puntuales de la concepción de la literatura que le servían de guía para sus propios análisis y que provienen, según referencia explícita en nota al pie de página, de *El grado cero de la escritura*:

Casi huelga recordar –afirma Cueva- que las literaturas *clásicas* de la Europa latina, por ejemplo, solamente se producen una vez que sus respectivos pueblos han elaborado la materia prima, perfeccionando las lenguas romances –meras “corrupciones” del latín en el momento inicial- hasta abonar con el genio popular el terreno de donde brotarán los grandes escritores, como manifestación culminante de un proceso social, lento y acumulativo, que no ocurre todavía en el Ecuador al momento de la aparición de nuestros “clásicos”, sino mucho después. El punto de partida de cualquier reflexión sobre este problema tendrá que ser, por consiguiente, la inversión inicial de las relaciones entre lengua y habla, elementos que distinguen los lingüistas desde Saussure, y que podrían explicarse así, prescindiendo de todo tecnicismo: el *habla* es la forma idiomática realmente utilizada en una sociedad; la

lengua, en cambio, es la imagen ideal de un idioma. En el caso de un desarrollo normal: “históricamente”, los hechos del habla preceden siempre a los hechos de la lengua (la palabra hace evolucionar la lengua), y genéticamente, la lengua se constituye en el individuo por el aprendizaje del habla que le rodea” (26).

Sea de ello lo que fuere, con estos antecedentes y en aras de una exposición elocuente al respecto, permítasenos recuperar los componentes principales de los textos que el propio Cueva sugiere, entonces, como hitos que marcaron su formación posterior.

¿Qué elementos podrían vincular los textos referidos de Roland Barthes y Claude Levi-Strauss con el *18 Brumario...*, y qué atención apasionada puede recibir éste último de *Tristes Trópicos*? Interrogante cuyo desciframiento puede ponernos en condiciones de aclarar en qué sentido aquellas lecturas constituyeron hitos en la trayectoria de nuestro autor.

Sin menoscabo de que existan varias vías para aproximarse a la misma, una especialmente productiva puede ser la de incorporar el reconocimiento que Cueva hace de aquella preferencia por cierto tipo de labor intelectual, es decir, por el planteamiento de grandes interrogaciones y sugerencias de interpretación del mundo; más aún y, seguramente, más importante y productiva aún, puede ser la recuperación de las razones de su adhesión al marxismo: opción ético-política y fascinación por el materialismo histórico, que el sociólogo ecuatoriano valora como la “única ciencia social que jamás pierde de vista la *totalidad* del hombre y su historia que aspira siempre a reconstituir”.

En efecto, a la luz de esta incorporación, la pregunta puede plantearse en los términos siguientes: ¿En qué sentido son relevantes aquellos textos, para el planteamiento de aquellas interrogantes y sugerencias o para impactar esa opción ético-política o esta fascinación?.

En este sentido y aunque los textos de Barthes y Levi-Strauss, mantienen un conjunto de rasgos comunes en diversas cuestiones y materias: rechazo del sentimentalismo o de la complacencia en las denuncias piadosas; preocupación por la búsqueda de significados, significaciones; reivindicación de ciertas tradiciones o disciplinas, incluso de textos específicos; no obstante toda esta

comunidad de intereses y recursos, decíamos, es en la reivindicación de la historia y su interpretación en donde puede encontrarse el componente de articulación con aquellas interrogantes y sugerencias, con esa opción etico-política y, por fin, con el materialismo histórico.

En efecto y en relación con lo primero, es dable observar aquel rechazo en ambos autores. En el caso de Barthes, ello puede reconocerse cuando expresa:

Acababa de leer a Saussure –expresa Barthes- y, a partir de él, tuve la convicción de que si se consideraban las “representaciones colectivas” como sistemas de signos, podríamos **alentar la esperanza de salir de la denuncia piadosa** y dar cuenta *en detalle* de la mistificación que transforma la cultura pequeñoburguesa en naturaleza universal (27).

Cita que, a la par que nos permite observar su insatisfacción con las limitantes propias de las “denuncias piadosas”, nos permite observar la reivindicación de Saussure; fuente también reivindicada por Levi-Strauss, quien, por otra parte, en *Tristes trópicos*, expresa, de manera hasta cierto punto extensa, una severa crítica a la atmósfera académica en la que se formó. De todo lo cual da cuenta el siguiente botón de muestra:

El período 1920-1930 fue el de la difusión de las teorías psicoanalíticas en Francia. Por ellas me enteraba de que las antinomias estáticas alrededor de las cuales nos aconsejaban construir nuestras disertaciones filosóficas y, más tarde, nuestras lecciones –racional e irracional, intelectual y afectivo, lógico y prelógico-, se reducían a un juego gratuito. En primer lugar, más allá de lo racional existía una categoría más importante y más válida: la del significante, que es la forma de ser más alta de lo racional; pero nuestros maestros (sin duda más ocupados en meditar en el *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* que en el *Curso de lingüística general* de F. de Saussure) ni lo mencionaban siquiera. Luego la obra de Freud me reveló que esas oposiciones no eran en verdad tales, ya que precisamente las conductas en apariencia más afectivas, las operaciones menos racionales, las manifestaciones declaradas como prelógicas, eran al mismo tiempo las más significantes (28).

En cuanto a la búsqueda de significados y significaciones, además de deducirse de las alusiones a Saussure, en Barthes es claro cuando afirma:

Se me objetarán mil otros sentidos de la palabra *mito*. Pero yo he buscado definir cosas y no palabras (29).

O más explícito aún cuando señala:

Aunque no sé si las cosas repetidas gustan –como dice el proverbio– creo que, por lo menos significan. Y lo que he buscado en todo esto son significaciones (30).

Tema que, en el caso de Levi-Strauss, puede reconocerse en su demanda de no evadir los núcleos de las cuestiones mismas, lo cual solían eludir sus contemporáneos:

La enseñanza filosófica era comparable a la de una historia del arte que proclamara al gótico necesariamente superior al románico y, dentro del primero, el flamígero más perfecto que el primitivo, pero donde nadie se cuestionara sobre lo bello y sobre lo que no lo es. **El significativo no se refería a ningún significado, ya que no había referente. La inclinación a la verdad era remplazada por el *savoir-faire*.** (31).

Como hemos dicho, más allá de estas coincidencias, es la reivindicación y atribución de un valor especial a la historia y determinada interpretación de la misma, lo que da pleno sentido al momento de recepción por parte de Cueva.

Pero, dadas las diferentes implicaciones de esa recepción, para avanzar en la exposición de las mismas, resulta conveniente aproximarnos a ambos autores de manera individualizada.

En ese sentido, podemos señalar que, en el caso de Barthes, su impacto en la producción cuevana, si se buscan los elementos perdurables que venimos rastreando, plantea dificultades especiales.

Y ello no sólo porque en el propio Cueva sea posible detectar la creciente maduración a que aludimos; sino porque la producción misma de Barthes ha sufrido omisiones que a fuerza de reiteradas, terminan por desconocer su condición de potencia argumental presente a lo largo de su producción.

Para nuestro caso, la cuestión se torna especialmente relevante en la medida en que presumimos que, justamente, es esa potencia argumental la reivindicada por Cueva.

Un ejemplo elocuente sobre el enrarecimiento del planteamiento barthesiano a que nos referimos quizá sea, el por otra parte tan meritorio trabajo *Barthes*, de Jonathan Cullen. En efecto, no obstante la exposición más o menos detallada de los problemas, temas y giros disciplinarios del semiólogo francés, Cullen termina por presentar una suerte de intelectual frívolo que dista mucho de aclarar las razones e importancia del singular acervo producido por el crítico de Cherburgo (32).

En verdad debería ser claro que se trata de una producción que no podría haber sido escrita al margen de una formación cultural fuera de lo común (33); pero decisivamente de una toma de posición política y una opción epistemológica consecuente (34); todo ello dentro de un contexto específico (que por nuestra parte referiremos como el *contexto de producción*, para diferenciarlo del específico *contexto de recepción* de Cueva).

Sin menoscabo de que en la Segunda Parte del presente recuperamos en positivo y de manera que (esperamos) sea suficientemente detallada, los elementos de la potencia heurística del trabajo barthesiano a que aludimos, en este momento nos interesa presentar una visión de conjunto que muestra que el esfuerzo mitológico de Barthes sobre el mito contemporáneo, **en tanto que trabajo semiótico**, no podría tener (y no tiene) un impacto directo e inmediato en los textos elaborados por Cueva, en aquel momento de recepción inicial.

En efecto, ello se debe a varios rasgos del contexto barthesiano, que dan un perfil específico a su esfuerzo. Rasgos de los cuales pueden mencionarse los siguientes.

En primer lugar es necesario destacar que aquel “abuso ideológico” del que Barthes pretende dar cuenta, según observamos líneas atrás, se da en el contexto de algo que a la distancia parece claro: que las posibilidades de la revolución en el Occidente de Barthes y seguramente desde mucho antes, estaban aplazadas y de

hecho cercadas por los riesgos que el propio crítico francés consigna en esos estudios.

Ello planteaba (y sigue planteando) perfiles y perspectivas específicos de la lucha ideológica. Contexto en el que ese abuso ideológico, no es un problema menor o secundario. Por el contrario, se trata de uno de los temas centrales para la consideración de un conjunto de cuestiones de candente actualidad de la sociedad del tiempo en que Barthes escribe (y que en gran medida se prolonga –y agrava- hasta nuestros días). Por ello, el del semiólogo francés es, ni más ni menos, que un esfuerzo encaminado a dar cuenta de ese proceso necesario para cierta forma de control ideológico que permita la reproducción social en un contexto capitalista altamente desarrollado. Control ideológico que sería prácticamente incompresible si no fuera sobre la base de una constatación fundamental, a saber, lo que Barthes llama la “exnominación burguesa”.

En efecto, tras ratificar uno de los fundamentos ineludibles del análisis de la sociedad francesa de su tiempo, Barthes inaugura una novedosa constatación semiológica de ese fenómeno de singular importancia:

Cualesquiera sean los accidentes, las concesiones y las aventuras políticas, cualesquiera sean los cambios técnicos, económicos o aun sociales que la historia nos aporta, nuestra sociedad es todavía una sociedad burguesa. No niego que en Francia, desde 1789, se hayan sucedido en el poder varios tipos de burguesía; pero el estatuto profundo permanece: determinado régimen de propiedad, determinado orden, determinada ideología. Ahora bien, en la denominación de ese régimen se produce un fenómeno notable: como hecho económico, la burguesía es nombrada sin dificultad. El capitalismo se profesa. Como hecho político, no se reconoce a sí misma: no hay partidos “burgueses” en la Cámara. Como hecho ideológico desaparece completamente: la burguesía ha borrado su nombre al pasar de lo real a su representación, del hombre económico al hombre mental. Se acomoda a los hechos, pero no se integra con los valores, le inflige a su estatuto una verdadera operación de exnominación; la burguesía se define como la clase social que no quiere ser nombrada (35).

Varias consecuencias importantes se derivan de esta constatación. Por una parte permite detectar la transición implicada en la condición ideológica burguesa:

La clase burguesa ha edificado su poder, justamente, sobre progresos técnicos, científicos, sobre una transformación ilimitada de la naturaleza; la ideología burguesa restituirá una naturaleza inalterable. Los primeros filósofos burgueses penetraban el mundo de significaciones, sometían todas las cosas a una racionalidad, las señalaban como destinadas al hombre; la ideología burguesa será científicista o intuitiva, verificará el hecho o percibirá el valor, pero rehusará la explicación: el orden del mundo será suficiente o inefable, nunca signifiante. Por fin, la idea primera de un mundo perfectible, cambiante, producirá la imagen invertida de una humanidad inmutable, definida por una identidad infinitamente recomenzada (36).

No se trata, por supuesto de un fenómeno nuevo, pero sí de una fase de generalización cuyo impacto se percibe en aquel sentimiento de impaciencia al que alude Barthes y que hemos consignado páginas atrás. Generalización que el semiólogo francés detectará como el extenso despliegue de esa ideología anónima en gran parte de las relaciones de la sociedad francesa del momento:

Este anonimato de la burguesía se vuelve aún más notable cuando se pasa de la cultura burguesa propiamente dicha a sus formas desplegadas, vulgarizadas, utilizadas, a lo que podríamos llamar la filosofía pública, la que alimenta la moral cotidiana, las ceremonias civiles, los ritos profanos, en una palabra, las normas no escritas de la vida de relación de la sociedad burguesa. Es una ilusión reducir la cultura dominante a su núcleo inventivo: existe también una cultura burguesa de puro consumo. Toda Francia está anegada en esta ideología anónima: nuestra prensa, nuestro cine, nuestro teatro, nuestra literatura de gran tiraje, nuestros ceremoniales, nuestra justicia, nuestra diplomacia, nuestras conversaciones, la temperatura que hace, el crimen que se juzga, el casamiento que nos conmueve, la cocina que se sueña tener, la ropa que se lleva, todo, en nuestra vida cotidiana, es tributario de la representación que la burguesía *se hace y nos hace* de las relaciones del hombre y del mundo. Estas formas “normalizadas” llaman poco la atención si se compara la dimensión de su amplitud; su origen puede perderse con facilidad, gozan de una posición intermedia: al no ser directamente políticas, ni directamente ideológicas, viven apaciblemente entre la acción de los militares y los conflictos de lo intelectuales; más o menos abandonadas por unos y otros se incorporan a la enorme masa de lo indiferenciado, de lo insignificante, en suma de la naturaleza. Sin embargo, a través de su ética la burguesía penetra a Francia: practicadas en el marco de la nación, las normas burguesas son vividas como las leyes evidentes de un orden natural: cuanto más la clase burguesa propaga sus

representaciones, más se naturalizan. El hecho burgués se absorbe en un universo indistinto, cuyo habitante único es el Hombre Eterno, ni proletario ni burgués (37).

Una de las implicaciones extremas de esta situación es la extraída por el propio Barthes:

¿Entonces, todo puede ser un mito? Sí, yo creo que sí, porque el universo es infinitamente sugestivo. Cada objeto del mundo puede pasar de una existencia cerrada, muda, a un estado oral, abierto a la apropiación de la sociedad, pues ninguna ley, natural o no, impide hablar de las cosas (38)..

Conviene insistir, sin embargo, que esas características son propias de una sociedad capitalista sumamente desarrollada. En Francia y en sociedades análogas, estas condiciones y las necesidades que deben satisfacer, provocan aquella situación generalizada y las convierten en un campo privilegiado de las significaciones míticas. Por ello Barthes no duda en afirmar:

Si nuestra sociedad es objetivamente el campo privilegiado de las significaciones míticas se debe a que el mito es formalmente el instrumento más apropiado para la inversión ideológica que la define: en todos los niveles de la comunicación humana, el mito opera la inversión de la *antifisis en seudofisis* (39).

En este contexto, es decir dados su importancia, generalidad y los riesgos que implica la cuestión, se comprenden mejor las dos decisiones tomadas por el autor y que se encuentran en el origen mismo de los textos incluidos en *Mitologías*:

Aquí [se refiere a *Mitologías*, FCT] se podrán encontrar dos decisiones: por una parte una crítica ideológica dirigida al lenguaje de la llamada cultura de masa; por otra, un primer desmontaje semiológico de ese lenguaje (40).

Todo el trabajo de Barthes está, justamente, enmarcado en el contexto especificado por esas dos decisiones: a determinar qué es y cómo funciona ese

instrumento, el mito, están dedicados los textos incluidos en el volumen y particularmente el ensayo “El mito, hoy”, el cual, constituye la reflexión metódica de la cuestión:

[...] sólo después de haber explorado cierto número de hechos de actualidad, he intentado definir de manera metódica el mito contemporáneo; texto que he colocado al final de este volumen puesto que no hace otra cosa que sistematizar los materiales anteriores (41).

En fin, dada esa virtual omnipresencia del mito contemporáneo, Barthes subraya su reconocimiento de la imposibilidad de desterrar de una vez y para siempre la deformación provocada por el mismo. Lo cual no le impide considerar que no todos los lenguajes resisten de la misma manera ese poder del mito. Volveremos sobre el asunto un poco más adelante.

En este momento nos interesa destacar, a partir de lo expuesto, que por lo menos en Europa Occidental y para el caso tratado preferencialmente por Barthes, el de Francia, ya podía reconocerse el predominio de esa tendencia a la naturalización de los hechos históricos; pero, más importante en este momento de nuestra exposición, es subrayar que toda esa riqueza no será objetivada por Agustín Cueva en sus trabajos iniciales.

Ello se debe a que América Latina en general, pero en particular Ecuador, distaba mucho de caracterizarse por la “cultura de masa” a la que respondía el esfuerzo del crítico francés.

Pero, entonces, ¿en qué sentido podría deducirse el carácter de hito de esos textos?.

La respuesta habrá que buscarla, por una parte, en aquella creciente maduración en la recepción del trabajo de Barthes, que, como hemos insistido, veremos más adelante y especialmente en la Segunda Parte del presente; pero de la que ahora sí vale la pena adelantar que, justamente, ese planteamiento barthesiano, en la medida en que permite una especialmente productiva exploración de los determinantes de la estructuración y funcionamiento ideológico producido en esas sociedades altamente desarrolladas, constituirá un componente

de suma utilidad en los trabajos posteriores de Cueva, en los que aquellos niveles son claves en sus análisis.

Pero, como ya habíamos adelantado en páginas anteriores, si algún componente o componentes de esos trabajos del crítico francés pueden adquirir una importancia tal que llevaran a Cueva, desde aquél momento, a atribuirles carácter de hitos en su formación, es la importancia reconocida por Barthes a la historia y a su adecuada interpretación. Y ello debido a que de ahí se desprenden ideas generales que confirmaban y reforzaban las tareas que a la sazón se planteaba, por su parte, el sociólogo ecuatoriano.

¿De qué ideas generales se trata?

En primer lugar tenemos la asunción de Barthes de la historia como el fundamento mismo de todo su esfuerzo:

Puesto que la historia humana es la que hace pasar lo real al estado de habla, sólo ella regula la vida y la muerte del lenguaje mítico. Lejana o no, la mitología sólo puede tener fundamento histórico, pues el mito es un habla elegida por la historia: no surge de la “naturaleza” de las cosas (42).

En otras palabras y aunque no aparece desarrollado de manera pormenorizada en ese trabajo, el presupuesto implicado en toda la elaboración de su esfuerzo en *Mitologías*, es, justamente, la reivindicación de ese carácter fundamental de la historia. Por ello resulta pertinente recuperar la concepción de la historia sostenida por el autor.

Al respecto, no habrá pasado desapercibido a una lectura atenta de los rasgos subrayados en páginas anteriores, la visión marxista de la historia suscrita por Barthes, en varias de las citas que hemos consignado. Más aún, la reivindicación de la concepción marxista de la historia puede recuperarse de manera clara en la cita treinta y cinco, en la que el crítico de Cherburgo defiende la concepción del estatuto profundo de la sociedad francesa, esto es como sociedad burguesa y los criterios que reivindica al respecto: determinado régimen de propiedad, determinado orden, determinada ideología. Se trata, en efecto, de la

concepción materialista de la historia, definida desde los primeros clásicos del marxismo.

Así y todo, no es menos verdad que esta cuestión sí está tematizada en *El grado cero de la escritura*. En efecto en un contexto sumamente complejo, deja ahí establecido, además de algunas de sus propuestas más iconoclastas, su posición respecto del carácter inevitablemente histórico de la literatura y la posibilidad de formalizar su estudio a partir de la incorporación de un conjunto de nuevas o renovadas categorías y disciplinas.

En efecto, Barthes sostiene en ese ensayo un debate en contra de la pretensión de estudios de la literatura a partir de las ideas, la lengua o el estilo, cuya pretensión última era la de abstraer a la literatura de la historia:

No hay lenguaje escrito sin ostentación, y lo que es cierto del *Pere Duchene* lo es también de la literatura. Ésta también debe señalar algo, distinto de su contenido y de su forma individual, y que es su propio cerco, aquello precisamente por lo que se impone como Literatura. De ahí un conjunto de signos sin relación con la idea, la lengua o el estilo y destinados a definir en el espesor de todos los modos posibles de expresión, la soledad de un lenguaje ritual. Este orden sacro de los Signos escritos propone la Literatura como una institución y evidentemente tiende a abstraerla de la Historia, pues ningún cerco se funda sin una idea de perennidad (43).

Por el contrario, Barthes sale al paso de ese rechazo, planteándose como tarea la formulación de una historia del lenguaje literario que manifieste su unión con la Historia:

... pero allí donde se la rechaza, la historia actúa más claramente; por lo que es posible formular una historia del lenguaje literario que no sea ni la historia de la lengua, ni la de los estilos, sino solamente la historia de los Signos de la Literatura, y se puede descontar que esta historia formal manifieste a su modo, que no es el menos claro, su unión con la Historia profunda (44).

Reivindicando el carácter inevitablemente social de la Literatura:

Se quiere aquí esbozar esa unión, afirmar la existencia de una realidad formal independiente de la lengua y del estilo; tratar de mostrar que esa

tercera dimensión de la Forma también une, no sin algún sentido trágico suplementario, el escritor a la sociedad; finalmente es hacer sentir que no hay Literatura sin una moral del lenguaje (45).

Es éste, una de los componentes que no pudieron menos que impactar la producción que a la sazón se planteaba Cueva por su parte (y que perduraría a lo largo de su obra) (46),

Pero, es en el contexto del contrapunteo de las diferencias que el crítico francés identifica entre la escritura revolucionaria francesa y la marxista, en donde puede reconocerse su defensa más elocuente del marxismo:

La escritura marxista es otra. Aquí el cerco de la forma no surge de una amplificación retórica ni del énfasis de la elocución, sino de un léxico tan particular, tan funcional como un vocabulario técnico; las metáforas, incluso, están severamente codificadas. La escritura revolucionaria francesa siempre fundaba un derecho sangriento o una justificación moral; en su origen, la escritura marxista está dada como un lenguaje del conocimiento; aquí la escritura es unívoca porque está destinada a mantener la cohesión de una Naturaleza; la identidad lexical de esta escritura le permite imponer una estabilidad de las explicaciones y una permanencia del método; sólo en los extremos de su lenguaje el marxismo alcanza comportamientos puramente políticos. Así como la escritura revolucionaria francesa es enfática, la escritura marxista es litótica, ya que cada palabra es sólo una exigua referencia al conjunto de los principios que la soporta sin confesarlo. Por ejemplo, la palabra “implicar”, frecuente en la escritura marxista, no tiene el sentido neutro del diccionario; alude siempre a un proceso histórico preciso, es como un signo algebraico que representaría todo un paréntesis de postulados anteriores (47).

E incluso la precisión de sus fuentes:

Se puede inventariar una escritura propiamente marxista (la de Marx y Lenin) y una escritura del stalinismo triunfante... (48).

Elocuente reconocimiento que puede permitir en más de un sentido la precisión de la filiación de la singular producción del oriundo de Cherburgo.

Adicionalmente, resulta conveniente recuperar, si bien todavía de un modo un tanto introductorio, una cuestión que dejamos indicada páginas atrás. Se trata

de aquel reconocimiento que Barthes hace de la imposibilidad de ponerse a salvo de un modo definitivo del habla mítica. En efecto, ello no le impide llevar a cabo una serie de consideraciones, según las cuales, no todos los lenguajes resisten de la misma manera al mito. De conformidad con ello, el crítico francés lleva a cabo un interesante y productivo examen que le permite identificar y caracterizar diferentes vulnerabilidades y resistencias de algunos de los lenguajes más relevantes o generales, ante el riesgo de ser atrapados por el habla mítica.

En términos resumidos, dado que habremos de retomar esta cuestión de manera más detallada en la Segunda Parte, podemos decir que Barthes sostiene, como hemos dicho, que la única posibilidad de resistencia efectiva sólo puede provenir del *habla que permanece política*. “Habla” en la que identifica y reconoce un papel especialmente relevante a los colonizados.

En efecto, Barthes reconoce, en breve nota al pie de página, el lugar histórico identificable en los colonizados y, consideramos que, justamente ese reconocimiento es uno de los elementos fundamentales que, dado el contexto latinoamericano de recepción del propio Cueva, alimentará la tarea que a la sazón, éste venía planteándose.

Así, en el contexto de su exposición relacionada con el hombre productor, aquel que sería el “depositario” de las condiciones para una habla que permanezca política, según decíamos, Barthes señala en nota al pie de página:

En la actualidad el colonizado asume plenamente la condición ética y política descrita por Marx como condición del proletario (49).

Lo cual recuerda, con meridiana claridad, la opción etico-política que Cueva reconocía como uno de los componentes que le hicieran adherirse al marxismo.

En conjunto, estos elementos de la producción mitológica de Barthes pueden servir por el momento para identificar el primer impacto que ejerció en la producción inicial de Agustín Cueva. Habrá que retomar en la Segunda Parte el examen del núcleo heurístico barthesiano, de aquella reflexión semiótica que presumimos implicará una maduración en la recepción que el sociólogo ecuatoriano llevara a cabo y que sería identificable en sus trabajos posteriores.

En ese sentido y sin pretender, ni con mucho, haber agotado la riqueza de la exploración barthesiana y privilegiando el hilo de nuestra exposición, habría que señalar que aquella reivindicación de la historia como fundamento del habla mítica puede ubicar el puente hacia la obra de Levi-Strauss y con ella la ruta hacia la lectura del *18 Brumario*, referida por Cueva.

En ese sentido y en primer lugar, no es difícil reconocer el singular apasionamiento de Cueva por el *18 Brumario* a partir de la lectura de *Tristes trópicos*. Basta comparar la ruta trazada por Cueva con la que el propio Levi-Strauss marcara de su propia trayectoria. En efecto, en *Tristes trópicos*, el etnólogo francés reconstruye así su propio itinerario:

La lectura de Marx –dice ahí Levi-Strauss- me arrebató tanto más cuanto que a través de ese gran pensamiento tomaba contacto por primera vez con la corriente filosófica que va de Kant a Hegel; todo un mundo se me revelaba. Desde entonces, este fervor nunca se vio contrariado y rara vez me pongo a desentrañar un problema de sociología o de etnología sin vivificar mi reflexión previamente con algunas páginas del *18 Brumario de Luis Bonaparte* o de la *Crítica de la economía política*. Por otra parte no se trata de saber si Marx previó con exactitud tal o cual acontecimiento de la historia. Después de Rousseau, y de una manera que me parece decisiva, Marx enseñó que la ciencia social ya no se construye en el plano de los acontecimientos, así como tampoco la física se edifica sobre los datos de la sensibilidad; la finalidad es construir un modelo, estudiar sus propiedades y las diferentes maneras como reacciona en el laboratorio, para aplicar seguidamente esas observaciones a la interpretación de lo que ocurre empíricamente, y que puede hallarse muy alejado de las previsiones.

En un nivel diferente de la realidad, el marxismo me parecía proceder como la geología y el psicoanálisis, entendido en el sentido que su fundador le habría dado: los tres demuestran que comprender consiste en reducir un tipo de realidad a otro; que la realidad verdadera no es nunca la más manifiesta, y que la naturaleza de lo verdadero ya se trasluce en el cuidado que pone en sustraerse. En todos los casos se plantea el mismo problema: el de la relación entre lo sensible y lo racional, y el fin que se persigue es el mismo: una especie de *superracionalismo* dirigido a integrar lo primero en lo segundo sin sacrificar sus propiedades (50).

En segundo lugar, pero relacionado con lo anterior, debe subrayarse, justamente, el impacto que ese propósito de la cientificidad, reivindicado por Levi-Strauss, ejerció a lo largo de la trayectoria de Cueva. Así lo testimonian, además del enigmático tributo a Levi-Strauss citado, las consideraciones vertidas en su trabajo “El método materialista histórico aplicado a la periodización de la historia de la literatura ecuatoriana: algunas consideraciones teóricas”, el cual data de 1980:

¿En qué medida el método que venimos proponiendo no peca de demasiado “teórico” y nos conduce, en cierto sentido, a “violentar” la “realidad”? Si por “realidad” se entiende la empiria más inmediata, efectivamente es así. Pero, colocadas las cosas en este plano, conviene recordar que toda ciencia es, por principio, una “violación de la realidad”. Ninguna realidad habla por sí sola y cualquier trabajo científico consiste en elaborar modelos teóricos que vayan más allá de la mera descripción. Como escribe Robert H. March en su libro *Física para poetas* (título que no parece desentonar con esta ponencia): “La ciencia es más que el intento de describir la naturaleza lo más exactamente posible: Con frecuencia, el mensaje verdadero está muy oculto, y una ley que se acerque algo a la naturaleza tiene mayor valor que otra que resulte bastante buena pero sea defectuosa en su origen” (teórico). Y, como el mismo autor añade para explicar el secreto del valor tricentenario de las leyes de Newton, éste reside “en la economía de las ecuaciones en que se enuncian, en los conceptos que las sustentan y asimismo en la universalidad con que pueden aplicarse pero no necesariamente en su aplicación a cualquier situación particular”... (51).

En fin, la cuestión que ya para esas fechas era clara para Cueva, era la del lugar que el análisis científico podía y debía jugar en todo intento de transformación estructural de la sociedad. Convicción hecha explícita en 1987:

El materialismo histórico no es, desde luego, una mera proyección de cierta “ética obrera” ni una pura prolongación de los “anhelos” del proletariado; es una ciencia por derecho propio y está regido, consiguientemente, por las normas del quehacer científico en general. Su sistema de categorías es un sistema teórico que permite reproducir la estructura y el movimiento objetivos de la realidad histórico-social y no sólo reproducir el punto de vista de determinada clase o, lo que es peor todavía, limitarse a ser una mera “teoría crítica” (52).

Pero no vayamos tan de prisa. Sólo resulta conveniente subrayar que habrá que prestar atención a esta concepción de la especificidad de la ciencia, pues a partir de ahí pueden atisbarse mejor los derroteros seguidos por Cueva a partir de las fuentes que comentamos.

Todavía, sin embargo, quizá no sea ocioso señalar que *Tristes trópicos*, no pudo menos que ejercer un impacto menos visible pero seguramente más entrañable para Cueva, como para nosotros, latinoamericanos acostumbrados desde la experiencia misma, a intuir los ocultamientos, deformaciones de nuestra memoria, por parte de una mentalidad colonialista, a partir de la deslumbrante honestidad y humildad que Lévi-Strauss despliega a lo largo del texto, especialmente para criticar acremente a su propia cultura y su sociedad.

De ahí en más, quizás no haya mejor testimonio del sentido en que *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, se convirtió en decisivo para la formación intelectual de Cueva, que el exhibido en las recuperaciones que el sociólogo ecuatoriano hace del mismo en su trabajo *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales*.

En efecto, en ese lugar, aquel texto es reivindicado explícitamente como obra maestra de análisis sociológico, ejemplo muy concreto del análisis de clase y de reflexión del decisivo tema de las clases sociales como efectos de determinada estructura económica, de las clases como agentes históricos concretos, así como testimonio de aquellos análisis que incursionan en la determinación del modo de vida generado en ciertas capas sociales, como efectos secundarios de la matriz de una formación social.

En el primer sentido, y tras citar el conocido párrafo en el que Marx caracteriza a los campesinos parcelarios de Francia, Cueva señala:

Este texto de Marx, [Se refiere al *18 Brumario...*, FCT] que por sí solo constituye una obra maestra de análisis sociológico, nos coloca, pues, de lleno, en el problema de lo que se ha dado en llamar clase “en sí” y la clase “para sí”. En efecto, estos campesinos parcelarios constituyen una clase social a nivel económico, puesto que están ubicados en una misma situación estructural, que objetivamente los opone a otras clases de la respectiva formación social; sin embargo,

el propio Marx estima que, a otro nivel, que es el político, dichos campesinos no constituyen una clase. Tomada al pie de la letra, la segunda afirmación puede inducir a confusión y prestarse para las interpretaciones más diversas y antojadizas; sin embargo, su sentido contextual es perfectamente claro: si los campesinos parcelarios son “incapaces de hacer valer su interés de clase” es porque ya son objetivamente (“en sí” o sea estructuralmente) una clase social, aunque todavía no estén organizados como tal en el plano político ni hayan tomado aún conciencia (“para sí”) de aquella situación objetiva (53).

Pero si hay un elemento que permita articular los componentes teóricos de esa adhesión cuevana al marxismo, según el contexto que hemos intentado recuperar, ese sería el del papel atribuido a la vanguardia política; el cual puede identificarse en la exploración de ese estudio, llevada a cabo por Cueva. En efecto, expone ahí las consecuencias de la conceptualización, desde el propio Marx, de las clases sociales en dos niveles y el delicado problema del papel de toda organización que pretenda ostentarse como vanguardia de transformaciones revolucionarias:

Al construir el concepto de clase en dos niveles, el de la *clase en sí* y el de *clase para sí*, Marx retiene, pues, con una terminología que tal vez no sea la más apropiada, la doble dimensión del problema:

- (a) Las clases sociales como efecto de la matriz de determinados modos de producción y formaciones sociales sobre los agentes de la producción.
- (b) Las clases como verdaderos sujetos históricos (*fuerzas sociales*) capaces de actuar sobre las estructuras y transformarlas. Sujetos que devienen tales a través de la lucha de clases y por el desarrollo de una organización y una conciencia de clase.

Esta conceptualización en la que la reconstitución lógica de las clases coincide con su reconstitución histórica, es además relevante en la teoría marxista por tres razones:

- a) Porque permite realizar un análisis objetivo de la estructura de clases y una previsión histórica asimismo objetiva, que son los fundamentos necesarios para una correcta práctica política.
- b) Porque sólo sobre la base de aquella distinción es posible definir objetivamente la conciencia de clase, que no es igual al conjunto de ideas y representaciones que sus miembros puedan tener en determinado momento (conciencia psicológica inmediata), sino que consiste en la

conciencia de “lo que debe históricamente hacer (una clase) en conformidad con su ser” (Marx: La sagrada Familia).

- c) Porque tal distinción permite fijar el papel exacto de la vanguardia política (partido de clase), que consiste justamente en convertir a la clase “en sí” en clase “para sí”. (54).

En fin, resumiendo: fundamentos de la mitología barthesiana, convicción lévi-straussiana de la construcción de un modelo científico capaz de dar cuenta de la realidad integrándola racionalmente sin sacrificar sus propiedades, y, por fin, reivindicación del materialismo histórico como “única ciencia social [...] que jamás pierde de vista la *totalidad* del hombre y de su historia, que aspira siempre a reconstituir”, serán los hitos que marcarán la ruta de Agustín Cueva Dávila hacia el marxismo, que, según propias palabras, contribuyeron definitivamente a su formación intelectual.

Fuentes explícitamente reconocidas, que, de ahí en más Cueva irá elaborando, con la plena convicción de que ingresaba, a partir de esas nuevas bases filosóficas, a una nueva problemática.

El resultado no será inmediato, como hemos sugerido, sino que implicará un período o fase de maduración, la cual exhibirá en varios sentidos la tensión de ese transición, sobre lo cual volveremos más adelante.

Por el momento es importante subrayar, sin embargo, que destacar aquel primer impacto y quedarnos en el exclusivo nivel de consideración de aquellas fuentes, no permite comprender cabalmente la producción inicial de nuestro autor y, por cierto, no habría sido del agrado de Cueva, quien abominaba, por razones profundamente latinoamericanas, de la simple imitación. Es lo que se desprende de afirmaciones como la siguiente:

... quise ser consecuente con un método que siempre he seguido como sociólogo y que consiste en trabajar con un grupo de obras socialmente reconocidas como valiosas y que, por lo mismo, me dan la seguridad de que expresan significativamente ciertos niveles de la conciencia y de los problemas de la colectividad (un poco en la línea goldmaniana, si alguien quiere encontrar a toda costa una filiación...) (55).

O más claro aún, su reivindicación hecha raíz de su valoración del impacto de la obra de Althusser entre nosotros, en donde sostenía:

Cierro esta pequeña digresión señalando que, sin embargo, no hay ningún sociólogo, economista o historiador importante de la región (con la obvia y a la vez controvertible excepción de Martha Harnecker) que pueda ser calificado de “althusseriano”; hecho que corrobora la existencia de una madurez que nos permite aprovechar críticamente las influencias “externas” (56).

No es del caso explorar el filo irónico que conllevan estas aseveraciones de Cueva, pero sí es importante subrayar que, del “aprovechamiento crítico” al que alude el sociólogo ibarreño, es de lo que se trata aquí. Convicción que arraigará precozmente en el joven Cueva, no sólo y principalmente por cuestiones de índole personal.

En efecto, hemos sugerido que aquel Agustín Alberto Cueva Dávila, estudiante ecuatoriano de viaje por Europa, llevaba boleto de regreso.

Éste tendría lugar en una de las singulares aperturas de las aludidas por Cerutti. Apertura que en el caso ecuatoriano fue representada por el tzantzismo.

Tzantzismo: “compromiso” significaba reducir la macrocefalia de Occidente

Una dificultad que sale al paso, al explorar el tzantzismo, es lo raquítrico de la información en general al respecto y particularmente la no menos breve y exigua consideración de la crítica especializada. Así el propio Fernando Tinajero ha enfatizado:

Avara ha sido la crítica en reconocer la importancia de este grupo y su movimiento. En su publicación antológica de 1966, por ejemplo, Rodrigo Pesantez Rodas ni siquiera menciona a los Tzántzicos y Hernán Rodríguez Castelo, pese a la gran seriedad de su trabajo crítico, aunque en un reciente catálogo generacional de la literatura ecuatoriana nombra de pasada a algunos de ellos, del grupo como

tal no dice nada. Más aún, los pocos que han escrito sobre el Tzantzismo desde su misma orilla, exceptuando a Humberto Vinuesa, han insistido en su actitud más que en su producción, de la cual, no obstante, quedan buenas pruebas no sólo en los folletos mimeografiados que contienen el material de algunos de sus “actos recitantes”, sino también en los libros de sus integrantes, que pasan de quince y que han aparecido hasta fechas recientes, Puesto que el grupo se disolvió en los últimos meses de 1969, la producción aparecida en los años siguientes no corresponde a la actividad del grupo en cuanto tal, pero incluso en lo que se separa de ella es su necesaria consecuencia (57).

Carencia tanto más sensible si se toma en cuenta su relevancia para el país:

Que el Tzantzismo haya sido el movimiento cultural más importante de toda la década de los 60 no significa que sus integrantes hayan sido los únicos actores en el escenario de la cultura (58).

Vacío informativo, en fin, que tiene como uno de sus efectos más indeseables el del predominio de las caracterizaciones generales sobre las expresiones particulares del mismo. Hecho este último de la mayor importancia cuando se trata, como en nuestro caso, de reconocer la especificidad de la aportación de uno de los autores ecuatorianos destacados o que empezaban a serlo por aquel entonces.

Sea de ello lo que fuere, se trató de un acontecimiento complejo al que, además de confirmar lo que decimos del contexto general, Fernando Tinajero caracteriza en los siguientes términos:

El Tzantzismo fue a la vez un grupo y un movimiento que resultó de una triple confluencia: el clima de rebelión provocado por la Revolución Cubana, el influjo de los movimientos iconoclastas argentinos que fue traído por Leandro Katz [...], y la febril lectura de la filosofía existencialista, en cuyo nombre los Tzántzicos asumieron la función de poetizar como una “superación de la metafísica” (Heidegger), lo cual implicaba un cuestionamiento de la razón ontológica y una revaloración de la experiencia vital. Proclamándose “hacedores de tzantzas”, es decir, “reductores de cabezas”, lo primero que los Tzántzicos querían significar era la denuncia de la

macrocefalia de Occidente, de la hipertrofia de la ratio occidental y la reivindicación de la vivencia como vía de acceso directo a la realidad (59).

Caracterización compartida, en lo fundamental, con la ofrecida por Cecilia Suárez, quien explícitamente se apoya entre sus fuentes principales en un estudio previo de Tinajero (60):

Heidegger y Sartre alimentaron el debate filosófico, en la perspectiva de superar la metafísica, cuestionar la razón ontológica y revalorizar la experiencia vital.(61).

Y quizá sea la propia Suárez quien subrayara, de manera más certera, el pensamiento que integró o bajo cuya rectoría se orientaron los ánimos y producciones del momento:

Pero fue el Sartre de “Qué es la literatura” –afirma Suárez- el que más caló en una América Latina que precisaba redefinir las relaciones entre el pueblo y los intelectuales. A su luz, el compromiso fue planteado y asumido como la expresión de una libre elección, que el intelectual la tomaba en uso de su libertad. La mayoría de adherentes a la revolución, al marxismo, en aquellos años, sintieron su opción como ética (62).

A lo cual habría que añadir que el propio Cueva ha dejado testimonio del núcleo central a partir del cual se debatían las perspectivas político-culturales y específicamente las literarias del país.

Así lo expresará con meridiana claridad en el ocaso de su vida. En efecto y en su citado “Collage tardío sobre l’Affaire Palacio”, tras establecer la oquedad de la oposición realismo-antirrealismo en el país, señala:

Que se revise la colección entera de *Pucuna*; o de la misma *Indoamérica*, que a pesar de presentarse como menos vanguardista publicó en su primer número una traducción del cuento “El expulsado” de Samuel Beckett; que se termine analizando la última expresión de la segunda vanguardia, que fue *La Bufanda del sol*, y no se encontrará la menor huella de un desgarramiento entre

“realismo o antirrealismo”, “realismo social” o “realismo abierto” y ni siquiera un interés especulativo sobre el particular” (63).

Agregando:

El punto central del debate era *literatura comprometida vs. literatura no comprometida*, pero eso es ya otro cantar (64).

Y será, en efecto, con el recurso del concepto del “hombre situación”, de reconocida procedencia sartreana, con el que nuestro autor pretenderá dar cuenta del estado de la situación artística y literaria del Ecuador, desde la Colonia hasta aquellos intensos años sesenta.

Reconocimiento explícito por parte del autor en el trabajo mismo, en *Entre la ira y la esperanza. Ensayos sobre la cultura nacional*, cuando afirma:

En definitiva y teóricamente, podríamos resumir nuestra argumentación diciendo que la situación del pueblo colonizado (con la consiguiente despersonalización cultural), no nos ha permitido producir una literatura del ser sino solamente del estar (del estar-allá la colonial, del estar-aquí la sigloventina... (65).

Este aparato conceptual ha sido objeto de importantes consideraciones que anteceden nuestro propio esfuerzo. De él se ha destacado ese intento latente de replantear en su totalidad la visión de la historia de la cultura ecuatoriana, a partir de los “intereses de clase”. En palabras de Adrián Carrasco Vintimilla:

Entre la ira y la esperanza presentaba una perspectiva distinta para pensar los proyectos culturales. Cueva proponía mirar la realidad histórica desde los intereses de clase: “Una vez conseguida la victoria, la nueva clase dominante tiene, como aquella que la precedió, razones de estado para convertir la actividad literaria en instrumento de consolidación del poder [...] Y fue Olmedo el encargado de dar forma poética al mito de la celestial armonía, es decir al carácter ‘popular’, universal de la lucha independentista, convertida ahora en justificación moral y jurídica, para que quienes liberaron a ‘toda la nación’, indios inclusive, la gobiernen a su arbitrio” [...] Y este intento de leer el devenir histórico cultural del Ecuador desde proyectos sociales, es sin duda un intento pionero de Agustín [...] Lo cierto es que *Entre la ira y la esperanza* propició un

temprano viraje, tal vez una ruptura, en la interpretación del desarrollo social y cultural del Ecuador (66).

En una línea crítica, quizá quien haya ofrecido la caracterización más certera al respecto, sea Horacio Cerutti, quien también subrayaría aportes de ese trabajo inicial de Cueva, su exposición de motivaciones, pistas y valiosas sugerencias, pero también limitaciones decisivas:

Entre la ira y la esperanza es, al decir de muchos críticos, lo más logrado de su producción [de Cueva, FCT]. Esta obra, además de testimoniar el estado anímico de cierta intelectualidad ecuatoriana en la segunda mitad de los 60, aporta una serie de sugerencias, pistas y motivaciones que podrían haber influido en el desarrollo de investigaciones posteriores. Lamentablemente no ha ocurrido así. Con todo, esta obra es de indispensable lectura para aquellos que quieran avanzar algo en la consideración del pensamiento ecuatoriano. Al mismo tiempo, atestigua la limitación metodológica de un enfoque todavía demasiado humanista, que trabaja con categorías un poco vagas como las de alineación o cosmovisión. Es decir, la obra de Cueva muestra la carencia de un instrumental que permita el tratamiento adecuado del problema ideológico. Por otra parte, no soluciona la cuestión del enfoque feudal de la sociedad ecuatoriana, hasta dónde llega lo *colonial*. No logra caracterizar este elemento suficientemente ya que, en caso de aceptar su constatación, no hay como cómo explicarlo en su supervivencia. Teniendo en cuenta la fecha en que Cueva escribe, estas limitaciones no menguan en nada el objetivo explícito en el título de la obra: conmover al lector, indignarlo frente a una realidad inicua y tratar de abrir puertas a una esperanza activa en la labor cultural con el aporte de intelectuales comprometidos (67).

Y en el marco de esas limitaciones se inscribe lo que, por nuestra parte, queremos destacar. En efecto, sostenemos que, a pesar de las limitaciones atinadamente señaladas por Cerutti, paradójicamente, al margen de algunos resultados de ese enfoque feudal de la sociedad ecuatoriana, sería prácticamente incomprensible el desarrollo teórico y temático del autor, sobre todo a partir de su ingreso a la polémica que dominará la década de los sesenta y parte de la de los setenta. Sobre ello volveremos más adelante. Aquí sin embargo, resulta conveniente recordar que la tesis del pancapitalismo latinoamericano, aquella que sostenía la existencia dominante de capitalismo en nuestras tierras desde la

conquista hasta aquellos intensos momentos, negaba la existencia de cualquier otro modo de producción entre nosotros.

Al respecto debe señalarse que, ya en 1973 y en un estudio que retomaremos posteriormente, dado su papel testimonial del tránsito definitivo de nuestro autor a una problemática teórica distinta, éste reitera como las quinta y sexta condiciones, de las siete que enumera, como aquellas que permiten hablar con propiedad de la existencia de un modo de producción feudal entre nosotros, las siguientes.

... “ciertos elementos de la superestructura del feudalismo europeo que efectivamente han existido en la América colonial”; y “una mentalidad, es decir, una ideología ‘señorial’ predominante” (68)

Pues bien, sí algún tema es dominante en los ensayos contenidos en *Entre la ira y la esperanza*, es, justamente, el de las fuentes superestructurales de esa dominación, de indudables elementos feudales.

Que esto ha sido reconocido, lo acabamos de apreciar en la cita de Cerutti, quien, como también hemos tenido oportunidad de ver, ha juzgado que el tratamiento cuevano desarrollado en ese volumen pionero de su producción, no resuelve el enfoque feudal de la sociedad ecuatoriana.

Por eso calificamos de paradójicas las certidumbres que nuestro autor extraerá de las exploraciones que lleva a cabo en este esfuerzo inicial. Porque aquellos elementos reclamados por Cerutti, esto es, enfoque feudal de la sociedad ecuatoriana que, al decir de Cerutti, no soluciona el problema, y aquella constatación de supervivencia de lo colonial (insuficientemente caracterizada), constituyen antecedentes que no podrían menos que ofrecer a Cueva algunas certidumbres básicas.

**De iras y esperanzas *toujour* recomenze,
contra el colonialismo y el imperialismo,**

¿Qué certidumbres? Antes de entrar en materia, permítasenos una última disrupción preliminar, indispensable para la adecuada apreciación de conjunto de los textos incluidos en el volumen.

En ese sentido, debe decirse que la desigualdad que por momentos puede reconocerse en esos trabajos, no puede ser desligada de la tensión y emoción en la que Cueva escribe; especialmente por el desconcierto y tremenda herida que significa para el autor, la claudicación de algunos de los “guerreros de la pluma” de la generación de la década de los treinta”; quienes se habrían dedicado inclusive a la denuncia de los luchadores sociales posteriores:

El silencio seguía, el silencio literario de la protesta quiero decir. Más ahora era un silencio estrepitoso. No escribían libros, pero se hablaba mucho de ellos: y en bien para sorpresa nuestra. De repente, a alguno lo condecoraron, a otro le dieron una embajada, a un tercero “su” ministerio. De un cuarto nos dijeron: ¿No sabes? Pero claro que sigue escribiendo y como... periodista. Leímos sus artículos y nos enteramos de que estos “socialistas” continuaban produciendo una vigorosísima literatura de “denuncia”, pero esta vez denunciando... “comunistas”. Ocioso es decir que como buena parte de los “marxistas” se habían vendido al imperialismo, quedaban en ese momento pocos a quienes denunciar. Pero puesto que les pagaban para hacerlo y no podían caer en el desempleo, comenzaron a inventarlos ad hoc. Con una lógica impecable, hay que reconocer. Iniciativa propia o consejo de la CIA, definieron como comunistas a todos cuantos se negaba servir de rodillas a las oligarquías y al imperialismo, lo cual les permitió no solamente encontrar chivos expiatorios a granel, sino además “comprobar” que los únicos en impugnar “nuestro sistema de vida” eran... los comunistas (Un siglo y más después de Olmedo, vuelve a fabricarse así un *consensus* mítico) (69).

Esta dramática situación adquiría para Cueva un especial significado, porque su trabajo buscaba destacar la autenticidad de la producción cultural ecuatoriana, en donde a no dudarlo, jugaban un papel de primer orden, justamente, los intelectuales de aquella generación.

Todas estas condiciones contribuyeron a la configuración de un entorno especialmente tenso, que sin duda permite comprender los perfiles que exhibe la

exposición de aquellos ensayos; en donde por momentos sobresale una crítica implacable contra los antepasados socialistas.

Pero ¿cuál es el contenido del trabajo y cuáles las certidumbres de que hablamos?

El volumen se compone de varios ensayos, al parecer todos preparados ex profeso, a excepción de “Mito y verdad de la ‘cultura mestiza’”, que, al decir del propio autor, ya había sido publicado en la segunda mitad de 1965 en la revista *Indoamérica* (70). Los textos se encuentran ordenados bajo los títulos de “Primeros materiales”, “Materiales complementarios”, “Otros materiales” y “Materiales últimos”.

Los “Primeros materiales” o primer capítulo contiene el ensayo más extenso, titulado “Literatura, arte y sociedad en el Ecuador”. En cambio los capítulos restantes se componen de tres textos cada uno, según la siguiente distribución: “Materiales complementarios” bajo el subtítulo de “Tres momentos de la conciencia feudal ecuatoriana”; “El mea culpa sin eco”, “Frustración y agonía” y “El ‘splin’ y el suicidio”; “Otros materiales”, agrupados bajo el subtítulo “Sobre nuestra ambigüedad cultural”: “Las peripecias de Fray Gaspar”, “Significado y alcance de nuestros ‘clásicos’” y “Mito y verdad de la cultura ‘mestiza’”. Finalmente, los “Materiales Últimos”, bajo el subtítulo de “Hechos sintomáticos de la cultura ecuatoriana actual” agrupa “La esperanza y la ira”, “Prensa y colonización”, y, finalmente, “El mito de Montalvo y los ‘desfacedores’ de mitos”.

Todos los ensayos están organizados según los rasgos definidos en el primero, el cual es el de mayor generalidad. Así que, en los restantes, el autor profundiza y dedica un tratamiento más detenido a cuestiones ya aludidas en el primero.

De este primer ensayo debe decirse que, con la salvedad del título, esto es, “Literatura, arte y sociedad en el Ecuador” y de estar regido por la convicción de que “nuestra situación ha determinado siempre... el carácter de las expresiones literarias y artísticas, aún en sus vacíos” (71), en realidad el trabajo tiene como campo privilegiado el de la literatura.

Las artes restantes consideradas, reciben un tratamiento hasta cierto punto marginal. Ello no impide que sean objeto de observaciones creativas, iconoclastas. ¿Se trata de un defecto afortunado? Seguramente, por cuanto su inclusión permite al autor la incorporación de observaciones que de otra manera habrían permanecido anónimas. Sin embargo, y en cuanto al procedimiento mismo, las artes reciben una especie de consideración accesoria.

Con estas salvedades, el autor se guía ahí por el propósito de “destacar la estrecha relación entre Historia general e historia del dominio escogido” (72).

En este sentido, la “situación” colonial es expresada a partir de los perfiles del conquistador, su transformación en colonizador y los rasgos distintivos de la evolución cultural de la propia España.

En términos resumidos, Cueva sostiene que situación e intención coloniales, caracterizadas por la evasión, la huída y la mala conciencia del colonizador, especificarán la situación de la literatura y las artes en el Ecuador durante el período colonial.

Ello implicaría el desarrollo desigual de los géneros literarios en el país: el “largo predominio de la poesía; momentos de imposición del ensayo y el panfleto, un instante ‘épico’ y una edad de la narrativa” (73).

Planteamiento que implicará el intento de relacionar los rasgos culturales predominantes en la Metrópoli y aquellos que definirían la situación propia del colonizador en el país.

Así, mientras en la España metropolitana, filosóficamente de tercero o cuarto nivel, comparativamente a Europa en su conjunto, florecían especialmente la narrativa y el teatro de vena popular; para el colonizador, por su condición misma, América se le presentará como un inenarrable:

Lo que ocurre es que la realidad americana fue para el colonizador un inenarrable, un verdadero inenarrable artístico. Inframundo poblado de subhombres, según él, pronto convirtiéndose en *tabú* imposible de revivir con la palabra literaria [...] Y es que el español no podría ver a nuestro aborigen de manera distinta, so pena de enervar las justificaciones “morales” de su empresa. Mejor dicho, lo vio en los contactos iniciales “de buena estatura, gente muy fermosa, de grande y perspicaz ingenio” (Colón), pero tal visión fue

transformándose, tuvo que ir transformándose: como a medida que el descubridor devenía colonizador deshumanizaba con sus actos al indígena, para conservar buena conciencia no le quedaba más remedio que deshumanizarlo también en la teoría (74).

Así, el género poético, asumido a partir de temas “sublimes”, servirá de fuga ante lo inefable.

Distinta es, en cambio, la situación de la prosa, en la que Cueva identifica dos predominios: de una parte la oratoria sagrada y por otra una tendencia a la especulación abstracta.

En resumen: especulación abstracta en la prosa, culteranismo y misticismo en poesía, y obscuridad y seudoerudición en la oratoria sagrada, serán los rasgos distintivos de las letras durante la colonia en el país.

Incluso la literatura popular (no obstante sus pretensiones menores así como su carácter más espontáneo y su mejor anclaje en la realidad) no escapará a ese designio de la situación colonial:

... paralela de la vocación realista, encontramos en la literatura popular la impronta de los valores estéticos y sentimentales impuestos por la clase alta a la sociedad toda (75).

Lo cual se explicaría por particularidades determinadas por el proceso colonial:

No debemos olvidar que en los países colonizados la llamada “poesía artística” precede, en cierto sentido, a la poesía popular y, sirviéndole de modelo, le imprime su marca. Ocurre pues, exactamente lo contrario de lo sucedido en los países de desarrollo espontáneo y libre, en donde aquella se elabora con los materiales de ésta. Aquí no; más bien podría decirse que las expresiones populares van emitiéndose con los elementos de la poesía artística, cuando no con sus despojos (76).

No obstante lo anteriormente señalado, quizá no sea ocioso recuperar las sugerentes observaciones críticas del autor sobre las virtualidades de artes como la pintura, escultura y arquitectura en función misma de la naturaleza de su acción

En ese sentido Cueva sostiene, para el caso de la pintura, que no logra rebasar aquella situación de conjunto:

Si el artista plástico era un artesano, y *en situación colonial*, el papel que la sociedad le asignaba no consistía en crear, ni siquiera en innovar. Su labor tenía que limitarse a ejecutar servilmente los pedidos y, como en la poesía, aunque por razones un tanto distintas, la inspiración estaba aquí también por demás. En los contratos se estipulaba hasta el último detalle: tamaño, disposición de elementos, colorido, matiz –a veces hasta se le señalaba la estampa que debía copiar-, y los “tratados” de pintura eran verdaderos recetarios de la materia en cuestión. Las posibilidades del arte de entonces estaban, pues, rigurosamente codificadas, y la libertad del artista (como las otras libertades) no sólo limitada por los cuatro costados; simplemente era una noción desconocida en aquel momento cultural (77).

Distintas, en cambio, son sus apreciaciones sobre la arquitectura, en donde considera que sí era necesariamente viable la expresión de un componente autóctono, por las razones siguientes:

La explicación tenemos que buscar en la índole diferente de las dos artes. Primeramente, recordando que toda arquitectura, aun la religiosa, es funcional y tiene, por lo mismo, que adaptarse a las circunstancias físicas y sociales de cada lugar. Es lo que le confiere en todos los casos, un mínimo siquiera de autenticidad. A este hecho debemos las pocas originalidades de nuestra arquitectura, que no significan necesariamente aporte humano de América sino, en más de una vez, acertada respuesta del europeo al desafío de la situación local.

En segundo término, vale tener presente que mientras la originalidad de la pintura es en buena parte originalidad de ejecución (el boceto sólo puede darnos una idea muy débil de lo que el cuadro será); en la arquitectura la originalidad reside *sobre todo* en la *concepción*. Ahora bien, dicha concepción fue en el Ecuador casi siempre europea, y así tenemos un mensaje arquitectónico colonial extranjero pero vigoroso, en la medida en que cabe en este terreno, sin mayores riesgos cuando media habilidad ejecutiva, encargar a otros de su *emisión* (78).

Tras el fervor independentista, se dará una continuidad cultural que sería explicada por la falta de tradición, por ejemplo en la narrativa.

En “Tres momentos de la conciencia feudal ecuatoriana”, Cueva dedica un examen más detenido a sendas manifestaciones que, como hemos dicho páginas atrás, ya han sido consideradas en lo general en el ensayo anterior: la poesía de los “decapitados”, la novela *Cumandá*, de León Mera, y, la *Égloga trágica* de Gonzalo Zaldumbide, examen que puede considerarse adecuadamente resumido en los párrafos siguientes:

Deshecha la ilusión de la “armonía celestial” por el asedio conjugado de los levantamiento indígenas y el surgimiento de una clase media y una burguesía que ahora reclaman el poder y están a punto de conseguirlo (temas, ambos evocados –o al menos sugerido, el uno por Juan León Mera en su *Cumandá*), la clase dirigente comprende que sus días se hallan contados y no puede, en semejantes condiciones, seguir manteniendo una conciencia mítica: prefiere pasar al purgatorio en la novela (la de Mera es, en efecto, un *mea culpa* sin eco). Y no lo puede, además, porque ahora es vista, enjuiciada y atacada desde el exterior: sin abandonar la escala de valores cristianos. Montalvo se encarga de devolverle una imagen más realista, comparando dichos valores con su aplicación efectiva.

La clase alta y sus corifeos siente entonces nostalgias de la vieja literatura edénica: la poesía. Mera llega a una transacción: escribe una novela que tiene a un poeta por protagonista. Zaldumbide hace lo propio, en nuestro siglo: su *Égloga trágica* es un pavoroso engendro de prosa y de poesía, aunque se llame novela. Después la situación se precipita y con los “decapitados” la conciencia feudal retorna francamente a la poesía. Poesía de nostalgias uterinas, de mares, ultramares y princesitas: último tributo simbólico rendido a la Madre Patria perdida (79).

Distintas en cambio serán las manifestaciones literarias del siglo XX:

... el siglo XX es, ante todo, la edad de la narrativa. Ha visto nacer, crecer, desarrollarse y declinar el relato realista. Éste, nace con *A la costa*, y su itinerario (cuyo apogeo se encuentra en la generación de Guayaquil y el indigenismo) coincide con la democratización insuficiente pero innegable del país [...] Narrativa proletarioide producida por escritores de clase media, ahora que la miramos a través del tamiz de los años transcurridos tiene para nosotros una clara motivación social: es expresión violenta de la inconformidad de aquellos grupos nacidos y formados al amparo de la revolución liberal (y de la extensión de la enseñanza conseguida por ella), que sin encontrar todavía ubicación adecuada dentro de una sociedad

poco apta para recibirlos, lanzan un grito de protesta y amenazan con encender la revolución proletaria (80).

Cambio de situación que explicaría, además, el predominio de la narrativa, tomando en cuenta su función:

Como nunca antes, esta literatura cumple, por eso, con un papel revelador y, puesto que lo que se quiere mostrar es la distancia existente entre el horror de la realidad y la imagen idílica que tradicionalmente se ha presentado de la misma, estos escritores recurren principalmente a la narrativa (81).

Lo cual trae como una de sus principales consecuencias, una separación radical de la literatura colonial:

... la narrativa realista se ubica en el punto más opuesto a la literatura colonial que pueda concebirse. Tanto que, desde la perspectiva de esta última diríase que hemos desembocado en un grado cero de la poesía, en un grado cero de estetismo y hasta en un grado cero de "humanismo" (82).

Ahora bien, exponiendo un primer desmontaje de las artes, pero sobre todo de los géneros literarios en el país, Cueva va dando cuenta del predominio a nivel superestructural no sólo de rasgos propios de la condición colonial: asunción de géneros (poesía "sublime", oratoria sagrada, etc.); sino también de actitudes de los propios artistas y escritores, así como de historiadores de la materia.

Adicionalmente debe subrayarse que no se ha destacado suficientemente que aquellos ensayos van dando testimonio no sólo de hipótesis, sugerencias de interpretación del propio Cueva, sino que van consignando fuentes literarias, consideraciones de autores previos e incluso testimonios vitales que, en conjunto, exhiben la existencia de una ideología de dominación de orden explícitamente colonial, señorial, así como del auspicio de prácticas culturales consideradas deseables e impedimentos a las consideradas "peligrosas".

Menos visible aun, en ese sentido, parece el reconocimiento de la denuncia que el autor está llevando a cabo sobre la desolación cultural provocada, en

principio, por más de tres siglos de colonialismo, que sólo parcialmente será rota por el período independentista, y que, inaceptablemente, pretende ser reivindicada en el momento en el que Cueva escribe los ensayos que componen el volumen.

Ello no obstante, como hemos dicho, sus constataciones y el intento mismo de exploración materialista, a partir de esas consideraciones de nivel superestructural, establecieron antecedentes que dejarían una huella indeleble en la trayectoria del autor, y de hecho su ingreso en la especialmente relevante polémica sociológica latinoamericana “dependentista”, sería inconcebible sin esos antecedentes.

Cueva fue conciente de las paradojas contenidas en ese volumen pionero y de ello dejó testimonio elocuente:

No sé hasta qué punto *Entre la ira y la esperanza* puede ser considerada como una obra verdaderamente marxista: yo mismo he albergado muchas dudas al respecto y creo que ésta es una de las razones por las cuales tomé frente al libro (aunque sea de manera inconsciente) aquella distancia a que me referí. Tampoco estoy seguro de que sea, en rigor, un trabajo de sociología: lo que es más, pienso que esta duda es el principal motivo para que lo haya ocultado vergonzantemente de los ojos de mis colegas, durante todo este período en que la sociología latinoamericana vivió esa “edad de oro” que hoy, no sé si para bien o para mal, está tocando a su fin (83),

Una de las más certeras caracterizaciones que el propio autor hiciera sobre las propias limitaciones de aquellos textos, es la autocrítica en que ubica fortalezas y debilidades del ensayo “Mito y verdad de la cultura ‘mestiza’” y que podría hacerse extensiva al volumen en su conjunto:

Creo que es un texto sobre todo exploratorio, lleno de observaciones no exentas de interés, pero huérfano de una reflexión teórica verdaderamente consistente (84).

Y es que aquellos ensayos implican, justamente, el paradójico esfuerzo de *explorar las manifestaciones culturales desde bases pretendidamente materialistas, sin la incorporación de esa materialidad:*

Decir que una literatura es de clase equivale para nosotros a afirmar: a) que fue o es producida por el grupo al que se la atribuye, o al menos bajo su estricto control; b) que refleja su concepción del mundo o siquiera su situación en él, y sus predilecciones estéticas; c) que estuvo o está al servicio de los intereses de ese grupo. Es, precisamente lo que ocurrió con la literatura colonial. De hecho el indio se hallaba excluido por completo de la vida intelectual y literaria, e incluido en la artística sólo como artesano ejecutor. En cuanto al mestizo, su caso es más complejo: el mestizaje étnico comienza en los albores mismos de la colonia, pero para que se produzca la primera manifestación intelectual mestizada en cierto sentido, habrá que esperar hasta las postrimerías de la época en cuestión. Solamente entonces surge una figura como Espejo, al amparo de la agravación de la lucha entre las dos fracciones de la minoría blanca: peninsulares y criollos (85).

De modo que la superación de aquella orfandad, es decir, la incorporación de una reflexión teórica consistente, a la que alude nuestro autor, no es otra cosa que la plena adhesión a la teoría marxista.

Al respecto ya tuvimos ocasión de reconocer, en la cita veinticuatro, las lecturas que alimentaron ese acceso y la caracterización que Cueva dio de las condiciones de su personal elección.

Y es que la recuperación del legado marxista, dependía, en el caso del sociólogo ibarreño, de su definición a favor de la transformación revolucionaria de la sociedad. Definición que, a su vez, tuvo que asumir la necesidad de una congruencia entre los fines que pretende y los medios para conseguirlos. Cuestión imperativa, habida cuenta de la experiencia lacerante que significó para Cueva y los autores ecuatorianos que en aquel momento empezaban a publicar, desde una definición revolucionaria, la incongruencia de algunos luchadores de la generación de los treinta, según hemos visto.

Por ello, recuperar el significado de aquellas claudicaciones, desde un plano teórico, era un paso imprescindible:

Inmersos en la inquietud de cada instante, quienes vivieron aquel momento histórico no advirtieron una contradicción fundamental que a la larga daría frutos aparentemente sorprendentes: me refiero a la existencia de un socialismo radical, revolucionario, por cuyas raíces

principales no corría sin embargo mucha savia obrera. Pues si bien es cierto que por aquella época aparecen los primeros sindicatos obreros y los primeros levantamientos suyos ocurren y son reprimidos, no lo es menos que los grupos que en ellos participan son, después de todo, minoritarios, y, lo que es más grave, la ideología revolucionaria mal comprendida o simplemente incomprendida por las grandes masas, se mantiene en pie gracias al afán de intelectuales de la clase media. Hay que hacer hincapié en estos fenómenos porque de otra manera sería inexplicable el hecho de que poco tiempo después brotara el caudillismo en un terreno aparentemente abonado por la doctrina socialista (y que luego los “socialistas” se vendieran). Los grandes éxodos rurales tienen, desde luego, mucho que ver en el asunto: objeto literario que se podía blandir como amenaza contra la clase feudal, el indio era un buen instrumento para la consecución de los fines de estos socialistas. Presente en carne y hueso en las ciudades, era en cambio un “peligro” que hizo reflexionar, y muy “seriamente”, a la pequeña burguesía. Atrapada por el vórtice de sus primeros empeños (búsqueda de ascenso a cualquier precio), ella no pudo inicialmente examinar su propia situación y definirla sin tapujos. Se tomó muchas veces –tal vez sinceramente– por la encarnación misma del proletariado (y es que en cierta medida, constituía un proletariado comparada con las clases altas). Como ocurre en todos los “ideólogos burgueses que se han elevado a la inteligencia teórica del movimiento general de la historia”, los de entonces confiaban además en el poder de una libertad casi ahistórica, de cuya presencia parecía dar testimonio su propia actitud (esto, a pesar de profesar una filosofía que basa sus predicciones en el cumplimiento de precisos determinismos socioeconómicos): Ironía de la historia: mientras fueron revolucionarios, esos socialistas pequeño-burgueses parecían cuestionar con su actitud la verdad de la interpretación marxista que asumían; ahora en cambio, renegados del marxismo, “moderados” por las fuerzas de las circunstancias, confirman a pesar suyo la validez de tal teoría... (86).

Así que el imperativo de aquella opción ético-política que jugaría un papel tan importante en su adhesión al marxismo, se insinuaba en estos antecedentes, a los que Cueva tuvo que incorporar hechos a la sazón recientes y no menos lamentables:

¿Cuáles fueron los límites del tzantzismo y como acabó por desintegrarse finalmente la “constelación” a que nos referimos. Vistas con la distancia de los años transcurridos, las causas de la crisis parecen muy claras y creo que pueden sintetizarse en dos puntos: los pírricos resultados de la toma de la Casa de la Cultura, y

la inmersión de buena parte de los intelectuales de vanguardia en el *polpotismo* (polpotismo *avant la lettre*, desde luego). [...] Fracasada en Ecuador la única guerrilla de inspiración castrista, de principios de los sesenta, el deseo de transformar la realidad terminó por llevar a la mayor parte de los integrantes de lo que se llamó el Frente Cultural a militar en el partido maoísta (PCMLE), con el que en determinado momento todos simpatizamos pero que, hacia finales de aquella década presentaba inequívocos síntomas de incubar una visión del mundo a la Pol Pot, en donde lo fundamental ya no era luchar contra el capitalismo en lo que tiene de injusto y execrable, sino más bien contra la civilización en cuanto tal. La cultura, en el sentido moderno del término, aparecería entonces como un enemigo, por más rasgos progresistas y hasta revolucionarios que poseyese [...] Otros compañeros se dedicaron a una cacería de brujas de la que fuimos víctimas, sin saber a ciencia cierta por qué J. E. Adoum y yo. Personalmente respondí de manera iracunda, por las páginas de la revista Mañana, razón por la cual fui enjuiciado en una tormentosa reunión del Frente Cultural, en la que mis fiscales terminaron peleándose olímpicamente entre sí [...] Advino luego el autogolpe de Velasco y, poco después, cuando residía en Chile, me enteré por una publicación maoísta de que casi todos los miembros del Frente Cultural habían sido expulsados del PCMLE bajo la acusación de “bomberos de la revolución” y otros cargos más. En la lista de “bomberos” se incluía, con alarde de insólito surrealismo, a Theotónio Dos Santos y André Gunder Frank, al parecer porque el novelero de Alejandro Moreano había virado hacia el “dependentismo” (¡justo cuando dicha corriente entraba en crisis en otras latitudes de América Latina!). Menos mal que todo tuvo un desenlace más bien grotesco y que el propio PCMLE se afirmó como populismo de centroizquierda antes que como la versión criolla del Khmer rojo (87).

En fin, lo que resulta conveniente recuperar de estos antecedentes es que, si la claudicación de algunos sobrevivientes de aquella vanguardia de los treinta, arraigó en Cueva la convicción de la necesidad de aquella opción ético-política, la tremenda confusión teórica del entorno de finales de los sesenta, no pudo menos que auspiciar la convicción de la urgencia de un regreso a las fuentes de la teoría marxista.

De todas maneras, lo que debe quedar claro es que la relación entre esa dimensión ético-política y los componentes específicamente científicos de la teoría a la que adhiere, es de interdependencia. De ello da cuenta el autor en su defensa del análisis dialéctico, en donde explícitamente busca:

...destacar la presencia de una definición política, poniendo de relieve que el propio carácter del marxismo-leninismo, de instrumento de conocimiento al servicio de la transformación revolucionaria de la sociedad, le impone la tarea de producir cierto tipo de conocimientos adecuados al fin que explícitamente persigue. La definición de este tipo de conocimientos no constituye por lo tanto una “adiposidad” filosófica que podamos eliminar a nombre de la ciencia “pura” (¿); sino que, al contrario, conforma el horizonte programático de toda la investigación marxista (88).

Llegados a este punto y en pos de una exposición lo más elocuente posible del profundo significado de esa transición, nos vamos a permitir transgredir la cronología de la producción cuevana, para exhibir la consistencia de los componentes teóricos de la adhesión marxista del autor, y poder comprender de mejor manera los estudios específicos, que constituyen sus trabajos posteriores a *Entre la ira y la esperanza...* y hasta su fallecimiento en 1992.

En ruta con Mariátegui: latinoamericanización del marxismo

Así y no obstante la amplia gama de contextos en los que Cueva expuso los elementos claves de esa adhesión al marxismo, quizá uno de los más claros, vale decir, en donde proyecta las implicaciones fundamentales de la misma, es el contenido en su valoración de algunos de los aportes claves que José Carlos Mariátegui habría hecho a la trayectoria del marxismo en América Latina.

En efecto, Cueva señala ahí lo que, por nuestra parte, podemos atribuir a los rasgos distintivos de su específica contribución dentro de la perspectiva marxista entre nosotros:

¿En qué radica entonces la grandeza de José Carlos Mariátegui? Ante todo en habernos legado el primer esquema marxista de interpretación de las modalidades específicas de desarrollo del capitalismo en América Latina, en condiciones de dependencia y articulación con otras formas productivas (feudalismo, esclavitud, comunidad primitiva); esquema que muchos de nosotros, discípulos suyos, seguimos considerando válido. *Al hacerlo, JCM ligó por vez primera el discurso marxista a nuestra realidad, evitando que aquel discurso flotara como una substancia etérea incapaz de incorporarse*

al referente empírico que pretende explicar. ¿Nacionalización del marxismo? Si se quiere, sí.

Luego JCM nos enseñó con el ejemplo cómo la vocación totalizadora del marxismo no puede permanecer como mero postulado, sino que tiene que cuajar como práctica real: sus análisis abarcan, en efecto, desde la problemática económica hasta los vericuetos de la literatura, pasando por el estudio de la dinámica regional (hoy tan de moda), del problema educativo, la cuestión étnica, etc. Todo ello, *con una particular lucidez y sobre la base de un inmenso acervo cultural que, también por primera vez en nuestra historia, es incorporado a coordenadas sistemáticamente marxistas sin caer en ese pot pourri teórico que aún caracteriza a buena parte del ensayo latinoamericano.*

En fin, JCM abrió el camino a una crítica marxista de las ideologías adversarias, sobre todo a través de sus debates con el idealismo y el populismo. Además, claro está, de ser un *pionero al señalar la necesidad de una vía revolucionaria y socialista de solución de los problemas latinoamericanos, justificada científicamente por el análisis de nuestro específico desarrollo capitalista.* Inmensos aporte de este hombre singular (89).

Y es que, en efecto, la superación de aquella orfandad teórica que lamentaba en sus pioneros ensayos, es decir, la adhesión al marxismo, por parte de Cueva, se encuentra íntimamente relacionada con esos componentes que el sociólogo ecuatoriano aprecia como aportes de Mariátegui: “ligar” el discurso marxista a nuestra realidad; practicar realmente una vocación totalizadora, desde coordenadas sistemáticamente marxistas, y, en fin señalar la necesidad de una vía revolucionaria y socialista de solución de los problemas latinoamericanos, justificada científicamente por el análisis de nuestro específico desarrollo capitalista. Sin olvidar la necesidad de mantenerse en la perspectiva de los intereses históricos del proletariado:

... no hay que olvidar –afirma Cueva- que esa autonomía [la del materialismo histórico como práctica científica, FCT], es siempre relativa ya que sólo a condición de mantenerse en la perspectiva de los intereses históricos del proletariado es posible estar en situación de producir un conocimiento objetivo de la realidad social, siempre que se cumpla, a partir de esta situación, con los requisitos de la práctica científica correspondiente (90).

¿De qué requisitos se trata?

En primer lugar, de la posibilidad de aspirar a una reconstrucción objetiva de la realidad social. Posibilidad limitada para la ciencia social burguesa, debido a ciertas condiciones estructurales:

En lo que a la ciencia social burguesa concierne, es menester precisar que no es una actividad encaminada a la producción de meras imágenes ilusorias de la realidad, a la manera de las religiones, por ejemplo. Está dotada de cierto grado de cientificidad en la medida en que efectivamente produce conocimientos objetivos de determinada índole y sobre parcelas asimismo determinadas de la realidad social [...] Esto no quiere decir, sin embargo, que tales ciencias constituyan un acervo de conocimientos neutros, susceptibles de ser explotados para fines sociopolíticos distintos e inclusive antagónicos, como ocurre en el caso de las ciencias naturales. No. Aunque contengan niveles de conocimiento objetivo como los ya señalados, son ciencias de clase y no otra cosa en la medida en que la ideología burguesa interviene directamente en su construcción, o sea, en su configuración interna, fijándoles fronteras estructurales, que no pueden ser rebasadas teóricamente en su concepción global de la realidad.

¿De qué fronteras se trata y qué efectos produce en el seno de la teoría social?

En términos generales puede afirmarse que tal frontera está constituida por la imposibilidad de revelar el carácter clasista de las sociedades de clase que estudia, límite que impone una serie de distorsiones y coartadas en el funcionamiento global de la teoría, truncando y redefiniendo de este modo conocimientos parciales que dichas ciencias puedan llegar a producir. Estos mismos conocimientos quedan, de esta suerte, instrumentalizados y unilateralizados (teóricamente) en razón de la perspectiva de clase que los supedita.

Por eso, la economía burguesa puede analizar múltiples momentos del movimiento objetivo del modo de producción capitalista y por supuesto captar muchos de sus mecanismos y efectos, pero no puede, dada su naturaleza clasista, aprehenderlos como momentos, mecanismos y efectos de una estructura social constituida en torno a la explotación de una clase por otra (91).

Distinta en cambio es la situación del materialismo histórico:

En efecto, si la intervención de la ideología burguesa en la construcción de las ciencias sociales se manifiesta por el establecimiento de una frontera estructural [...], la intervención de la perspectiva proletaria se caracteriza, en cambio, por el levantamiento

de esta barrera: la ideología de clase, no constituye aquí un elemento obstructor, sino que es más bien el factor encargado de abrir un campo de visibilidad en el que la ciencia social puede desarrollar toda su objetividad (92).

Condición necesaria, pero no suficiente, pues, según habíamos visto en la nota 52 y que resulta conveniente reiterar aquí, no debe olvidarse que:

El materialismo histórico no es, desde luego, una mera proyección de cierta “ética obrera” ni una pura prolongación de los “anhelos” del proletariado: es una ciencia por derecho propio y está regido, consiguientemente, por las normas del quehacer científico en general. Su sistema de categorías es un sistema teórico que permite reproducir la estructura y el movimiento objetivos de la realidad histórico-social y no sólo reproducir el punto de vista de determinada clase o lo que es peor todavía, limitarse a ser una mera “teoría crítica” (93).

Por otra parte, Cueva subrayó reiteradamente las fuentes en las que, desde especificaciones de los mismos clásicos del marxismo, podían reconocerse esos requisitos. Como en el caso de Marx:

En su famoso “Prólogo” de la *Contribución a la crítica de la economía política* Marx resume en los términos siguientes lo que podríamos llamar su camino hacia el materialismo histórico: “Mi investigación desembocaba en el resultado de que, tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que radican, por el contrario, en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de “sociedad civil”, y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la Economía Política” (94).

O como en el caso de Lenin, de quien Cueva recupera su conocida defensa de la perspectiva materialista:

“El materialismo proporciona un criterio completamente objetivo, al destacar las *relaciones de producción* como estructura de la sociedad, y al permitir que se aplique a dichas relaciones el criterio científico general de la repetición, cuya aplicación a la sociología negaban los subjetivistas. Mientras se limitaban a las relaciones

sociales ideológicas [...], no podían advertir la repetición y regularidad en los fenómenos sociales de los diversos países, y su ciencia, en el mejor de los casos, se limitaba a describir tales fenómenos, a recopilar materia prima. El análisis de las relaciones sociales materiales [...] permitió inmediatamente observar la repetición y la regularidad, y sintetizar los sistemas de los diversos países en un solo concepto fundamental de *formación social*. En síntesis fue la única que permitió pasar de la descripción de fenómenos sociales (y de su valoración desde el punto de vista del ideal) a su análisis rigurosamente científico, que subraya, por ejemplo qué diferencia a un país capitalista de otro y estudia qué tienen en común todos ellos. Por último [...], esta hipótesis creó, además, por primera vez, la posibilidad de existencia de una sociología *científica*, porque sólo reduciendo las relaciones sociales a las de producción, y estas últimas al nivel de las fuerzas productivas, se obtuvo una base firme para representarse el desarrollo de las formaciones sociales como un proceso histórico natural. Y se sobreentiende que sin tal concepción tampoco puede haber ciencia social (los subjetivistas, por ejemplo, reconocen que los fenómenos históricos se rigen por leyes, pero no pudieron ver su evolución como un fenómeno histórico natural, precisamente porque no iban más allá de las ideas y fines sociales del hombre, y no supieron reducir estas ideas y estos fines a las relaciones sociales materiales)” (95).

Es en ese contexto que Cueva reivindica el decisivo aporte científico de Marx:

“El capital no es una *cosa*, sino una *relación social* entre personas a las que sirven de vehículos las cosas”; he ahí la hipótesis que sintetiza toda la transformación que Marx opera en la ciencia social en su conjunto (96).

Aporte que tiene profundas consecuencias para las perspectivas que, de ahí en más, puede plantearse cualquier organización que pretenda transformaciones sociales a partir de la identificación de las causas fundamentales de los problemas de la sociedad contemporánea:

... Y conviene subrayar que el entendimiento de una cuestión como ésta no es sólo un requerimiento intelectual sino un verdadero imperativo político: saber que el “intercambio desigual” no constituye transgresión alguna a las leyes del capitalismo, sino que es el resultado de su más estricta aplicación, en cualquier nivel que sea,

equivale a una toma de conciencia de lo medular de nuestro problemas (97).

Y, adicionalmente, esta concepción científica de la sociedad abre las puertas al diseño de la superación de las fuentes estructurales de los endémicos conflictos sociales:

En su conocida carta a J: Weydemeyer, Marx señaló, como uno de sus principales aportes, la demostración de que “*la existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas del desarrollo de la producción*”. Demostración con la cual no sólo echó por tierra la idea de que la división de la sociedad en clases es eterna, sino que además sentó el principio básico para la definición del estatuto teórico de las clases sociales.

En efecto, afirmar que la existencia de *las clases sólo va unida a determinadas fases históricas del desarrollo de la producción equivale a decir que las clases son efectos específicos de determinados modos de producción*. ¿De qué modos de producción se trata y cuál es el nivel estructural básico que produce tales efectos?

El marxismo ha dado una respuesta muy precisa a este problema: se trata de aquellos modos de producción en los que existe propiedad privada de los medios y/o agentes de la producción (hombres, tierra, herramientas, máquinas, etc.) (98).

Pero si hay un elemento que permita articular los componentes teóricos de esa adhesión cuevana al marxismo, según el contexto que hemos intentado recuperar, ese sería el del papel atribuido a la vanguardia política, lo cual hemos subrayado y especificado en la nota cincuenta y cuatro.

Y es en este contexto, pero subrayando esta última condición, en el que, a no dudarlo, adquiere su profundo sentido la necesidad de ligar las bases teóricas del marxismo al estudio de la especificidad latinoamericana.

Que Cueva había iniciado antes de esa explícita y sistemática adhesión, un estudio a profundidad de la realidad ecuatoriana, ya lo hemos testimoniado a propósito de sus primeros ensayos sobre la literatura de su país, si bien con las limitaciones oportunamente consignadas.

Igualmente hemos exhibido, con cierto detalle, la vinculación de las preocupaciones por la forma literaria con la de la posibilidad de aproximarse a la sociedad en su conjunto. Así que, **a partir de esa transición, lo que podrá reconocerse en la producción cuevana es, justamente, la aproximación basada en aquellas coordenadas sistemáticamente marxistas.**

Afirmación que nos permite recuperar la tarea que dejamos indicada en la Introducción al presente trabajo y que se refiere a los criterios de periodización reivindicados por Cueva y cuya aplicación a su propia producción hemos anunciado.

En efecto, consideramos que hemos llegado a un momento oportuno para exponer la periodización que hemos comprometido de la obra de Agustín Cueva y que consideramos que, además de organizar la percepción de lo que hemos examinado hasta aquí de su producción, nos permitirá poner en perspectiva la exploración de esa parte de su obra ya basada en la aplicación de aquellas coordenadas, en lo que resta de esta Primera Parte.

Como indicamos en la Introducción, la propuesta de periodización reivindicada por Cueva se encuentra expuesta de manera sistemática en su trabajo “El método materialista histórico aplicado a la periodización de la literatura ecuatoriana: algunos problema teóricos”.

Este hecho, es decir, el que el texto que nos sirve de base, tenga como campo de aplicación el de la literatura ecuatoriana, por tanto el que trate de una esfera de la superestructura social, justifica su asunción al intentar aplicarlo a la consideración de la producción del propio Cueva; como seguramente de cualquier autor; lo cual no implica ignorar que, a partir de cierto momento, el plano de exploración en el que nos situamos requiera especificidades propias, que será necesario tener en cuenta.

Así, Cueva recupera la idea de que toda la propuesta de periodización a partir del materialismo histórico está basada en una aspiración general que le da sentido. Se trata de la aspiración del materialismo histórico a comprender la sociedad como una totalidad articulada, como una estructura compleja, jerarquizada, en movimiento y contradictoria. Concepción a partir de la cual se

pueden establecer, en el plano de la periodización, algunas pautas de orden general:

En primer lugar tenemos los grandes cortes históricos que están determinados por el cambio de predominio de un modo de producción por otro en una formación social dada, a través de cierta fase de transición [...] En segundo lugar, los períodos más cortos –comprendidos dentro de los anteriores- y que están marcados por los cambios en las modalidades de desarrollo de determinado modo de producción [...] En tercer lugar están los períodos menores, determinados por los movimientos cíclicos de cada modalidad de desarrollo [...] En cuarto y último lugar, tenemos los movimientos estrictamente coyunturales, que corresponden a modificaciones temporales en las correlaciones de fuerzas, que pueden o no producir cambios en la articulación global de las contradicciones sociales (99).

Como dice el autor “esto en lo que concierne a la periodización en general”, en donde se trata de :

[...] un esquema de periodización que busca aprehender los “cortes” del proceso histórico en sus distintos niveles, yendo de las determinaciones más “estructurales” a las más “coyunturales”, del largo plazo al corto plazo (100).

Sin embargo y tras su rechazo a cualquier posición mecanicista, Cueva lleva a cabo un conjunto de consideraciones para retomar la especificidad del campo de aplicación en turno:

Cuando se trata de aplicar este esquema a un campo tan específico como el de la literatura, obviamente surgen nuevos problemas y, en primera instancia, el de la relación que guarda el movimiento global señalado con el movimiento ya más concreto y *sobredeterminado* de una esfera cultural concreta como la mencionada [...] De hecho la superestructura en su conjunto contiene tantos elementos de “mediación” y “tradición” (acumulación cultural), que se torna prácticamente imposible un reflejo simplemente especular de la sociedad en la literatura. La “creación” literaria es por lo demás una práctica, en el sentido más fuerte del término, y no una práctica cualquiera, sino una que por principio tiende no sólo a capturar la realidad sino también, en cierto sentido, a trascenderla, es decir, a transformarla. Sólo que, para entender esos mismos esfuerzos de transformación, de trascendencia, hay que partir de las

determinaciones estructurales que constituyen, en última instancia, el horizonte y a la vez la materia prima del quehacer literario (101).

Consideraciones que ubican, entonces una de sus propuestas y tesis principales; esto es, que:

...veamos a la infraestructura económico social como una matriz de base, dialéctica, que a través de múltiples “mediaciones”, o sea, de determinaciones de diverso grado, termina por delinear la configuración de cierto espacio (o campo) superestructural en el cual han de desenvolverse las prácticas que denominamos literarias (102).

Propuesta que requiere especificar de qué maneras esa matriz interviene para delinear cierta configuración de lo literario. Tras aclarar que no tienen pretensiones de exhaustividad al respecto, Cueva señala siete de esas determinaciones:

En primer lugar, esa intervención aparece en la definición misma de lo que ha de entenderse por “literatura” [...] En segundo lugar aquella matriz interviene en la definición de lo que ha de considerarse como “literaturizable” [...] se trata de prácticas literarias diferentemente determinadas, ninguna de las cuales está más cerca de la “esencia” de la literatura, porque tal esencia simplemente no existe, como no sea entendida en el sentido de un núcleo de determinaciones histórico-estructurales, a las que se dan respuestas más o menos adecuadas [...] Tercero, aquella matriz determina ciertas formas de conciencia social que a su turno generan ciertas grandes líneas formales del quehacer literario, que se traducen por la tendencia al predominio de tal o cual género o géneros literarios en un período determinado, o por las mutaciones que un género va experimentando en sus diversos momentos históricos [...] En cuarto lugar, la matriz histórico-estructural pone de relieve determinado tipo de contradicciones, propias de cada período, que en el plano superestructural (ideológico) aparecen como sendos problemas que la literatura, a su turno, las retoma como temas [...] Lo cual no es sólo un problema de contenido: ningún contenido social reflejado en la conciencia es un mero contenido, sino que necesariamente involucra cierta forma subyacente, a la que la literatura puede desde luego dar múltiples concreciones (si no, no sería una práctica creativa), pero dentro de límites configuracionales fuera de los cuales la obra sería fallida, justamente, por un problema de adecuación de la forma al contenido. En quinto lugar, la matriz a la que venimos refiriéndonos, a través del desarrollo de sus contradicciones, no

solamente prioriza ciertos problemas sino que también va produciendo cambios en la índole social de los productores de literatura, es decir, va abriendo diversas posibilidades de expresión para cada una de las clases presentes en la escena histórica.[...] insistimos en que se trata de una correlación *ideológica* de fuerzas, para destacar que aquí tampoco hay una conexión automática capaz de permitirnos pasar de la “extracción social” del autor al contenido-forma de su obra. En sexto lugar, aquella matriz histórico estructural determina ciertas tareas tendenciales de la literatura, que también contribuyen a caracterizar cada período [...] En sétimo lugar, parece cierto que la relación obra-crítica-público también es un nivel socialmente determinado. Las formas de acercamiento a las obras literarias, su “valoración”, que jamás puede ser estrictamente técnica o “intrínseca”, son en última instancia formas de lucha ideológica, por más que la confrontación esté en este caso sobredeterminada, como es natural, por la existencia de reglas de juego específicas que sería necio desconocer (103).

He aquí resumidos los componentes principales propuestos por Cueva para captar la especificidad del campo de aplicación al que está dedicado ese ensayo. Se trata, en sus palabras, de “un núcleo de múltiples determinaciones estructurales que, por así decirlo, configuran una especie de red que atraviesa el campo de las prácticas literarias” . De lo cual se desprende la tesis siguiente:

[...] la tesis que queremos proponer es, justamente, la de que cada período se caracteriza por una forma particular de presencia y articulación de estas determinaciones: extensión misma del campo llamado “literatura”; niveles de realidad tendencialmente “literaturizables”; predominio de tal o cual género o géneros; modalidad específica que adquiere cada género; privilegio de tal o cual problemática y de tal o cual tratamiento estético (“escritura”); predominio de determinada perspectiva ideológica; etc. (104).

Consideraciones a partir de las cuales podemos retornar al punto que hemos dejado en suspenso previamente, a propósito de la transición de la producción de Cueva hacia la aplicación de coordenadas sistemáticamente marxistas.

Transición que, por lo demás, hay que estimar con cuidado, pues como advierte el propio Cueva:

En términos abstractos podemos afirmar, por ejemplo, que el tránsito de un período literario a otro consiste precisamente en un cambio significativo de su estructura interna, en correspondencia con un cambio similar en la configuración de la base social. Pero casi huelga aclarar que ninguna mutación se produce repentinamente ni de manera lineal, sino a través de procesos prolongados, sinuosos, llenos de desfases en uno u otro sentido, de crisis y hasta de “vacíos” [...] Conviene aclarar, por otra parte, que el paso de una configuración literaria a otra no tiene por qué involucrar en igual grado a todos los elementos que la constituyen, ya que alguno o algunos de ellos pueden permanecer como “constantes” de varias configuraciones, en la medida en que su presencia esté determinada por constantes estructurales de una etapa histórica dada.

En fin, los ritmos de la mutación tampoco son idénticos para cada nivel o elementos, lo que vuelve todavía más complejos el problema de la transición. Lo “nuevo” aparece a veces prematuramente en algunos puntos de una configuración literaria, mientras otros parecieran más bien proclives a un ritmo más conservador. Ello depende de la confluencia de múltiples determinaciones, incluso coyunturales, que sólo el análisis concreto puede detectar; en todo caso, la misma definición de la “nuevo” y lo “viejo” sólo puede precisarse con referencia a una matriz estructural (105).

Aplicación que en nuestro caso debe enfrentar problemas adicionales y de una complejidad adicional, pues, se trata del pensamiento de un autor y sus períodos y fases corresponden a plazos cortos. Como dice Cueva:

Por lo demás está decir que las líneas del proceso se vuelven tanto más complejas cuanto más corto es el plazo en el que nos situamos (106).

En todo caso, al apreciar la organización que proponemos para la producción de Cueva debe tenerse en cuenta la consideración sostenida por éste, en el sentido de que, en lo que se refiere a la periodización, desde esta perspectiva y más allá de una relación cronológica estricta:

Lo esencial es que ésta [la periodización] sea capaz de detectar “nudos” claros de organización de cada configuración literaria, forjando “modelos” dialécticos de explicación que no caigan en tipologías “ideales” (en el sentido weberiano del término), sino que sean puertas

abiertas hacia la comprensión más profunda de los vínculos de la literatura con la sociedad (107).

Con base en estos lineamientos, nuestra caracterización puede permitir observar que hay, efectivamente, un cambio en la configuración interna de la producción de Cueva, que permite ubicar sus trabajos hasta 1967, es decir hasta la publicación de *Entre la ira y la esperanza...* Se pueden incluir sus trabajos en *Indoamérica*, y aún ensayos como “La literatura de Arturo Montesinos” y “Dávila Andrade: sus obsesiones y símbolos”; conjunto de textos que, por ello, pueden ser denominados como premarxistas;

Un momento de ruptura incluye, ensayos como “Jorge Icaza” (1968) y “Lectura de ‘A la costa’” (1970).

En cambio los trabajos incluidos en *El proceso de dominación política en Ecuador* (sobre todo la primera parte, que data de 1970), pueden ser ubicados como correspondientes a una fase de transición; con lo cual quedarían incluidos ahí ensayos como “Introducción a la literatura de José de la Cuadra” (1971) y “El mundo alucinante de Pablo Palacio” (1971).

A partir de ahí podemos hablar con propiedad de trabajos regidos por coordenadas sistemáticamente marxistas, pero siempre teniendo la precaución de no confundir el manejo y dominio del aparato conceptual con su efectiva aplicación, Y, en ese sentido, el trabajo que quizá mejor represente el manejo explícito de aquellos criterios y, por tanto, la presunción de la conclusión de aquella mutación sea aquel “Comentario” leído originalmente en la ciudad de Oaxaca, Oaxaca, México, en el mes de julio de 1973 y que apareciera en el volumen colectivo *Clases sociales y crisis política en América Latina*.

A partir de aquí ya puede identificarse un esfuerzo constante y sobre todo testimonios de un manejo conceptual explícito de aplicar coordenadas sistemáticamente marxistas en sus análisis.

Se trata de casi dos décadas en donde puede observarse aquella vocación totalizadora concretada en el tratamiento de una gran cantidad de temas (dependencia, subdesarrollo, literatura, teoría social, ciencias sociales, desarrollo económica, procesos políticos, educación, etc.) y, por lo tanto, exploración de los

mismos de manera constante si bien con variada frecuencia, magnitud y profundidad.

Ello no obstante, puede igualmente identificarse el predominio de ciertos temas a partir de aquella adhesión. Se trata de temas que están regidos por aquella voluntad de instalarse en una habla que permanezca política, vale decir con una decidida voluntad antimítica, de conformidad con lo que hemos adelantado en páginas anteriores y sobre lo que abundamos en la Segunda Parte del presente.

De qué temas se trata: En ese sentido puede ubicarse un período concentrado en una discusión con la teoría de la dependencia concomitantemente al tratamiento del tema del fascismo en América Latina, pero también el esfuerzo por caracterizar nuestro subcontinente y su devenir. Textos que incluyen su producción de 1974 y se cierran en 1979 con el ensayo “¿Vigencia de la ‘anticrítica’ o necesidad de autocrítica? (respuesta a Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra) así como la Introducción al volumen *Teoría social y procesos políticos en América Latina*.

Cumbre de esa caracterización de nuestras sociedades en la producción del autor, debe considerarse *El desarrollo del capitalismo en América Latina (ensayo de interpretación histórica)*.

Una segunda fase incluye sus trabajos sobre teoría social en general y de América Latina en particular explorados concomitantemente con el tema de la democracia, también en general y particularmente en América Latina. Coronan esa fase, como el anuncio de líneas de investigación abierta y que ya no podrán tener seguimiento, no podrán contar con el talento y sensibilidad y formación del autor, el tema de “cómo fue constituyéndose no sólo objetivamente, sino también en lo subjetivo, lo que hoy denominamos situación de subdesarrollo?” Y que se compone de sus trabajos incluidos en el volumen *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, pero también de su ensayo “Falacias y coartadas del V Centenario”

Resumiendo: una primera caracterización de la obra de Agustín Cueva, puede reconocer la unidad de su obra a partir de una posición anticolonialista y antiimperialista; posición que, sin embargo puede ser observada como dividida en dos grandes momentos, distinguido el segundo por esa aproximación basada en aquellas coordenadas sistemáticamente marxistas, pero claro también un momento de transición.

Esquemáticamente esa producción puede ser representada de la siguiente manera:

Premarxista: Hasta 1967

Ruptura de 1968-70

Transición 1970-1973

Sistemáticamente marxista desde 1974 y hasta su muerte:

Subperíodos: 1973-1979 debate sobre la dependencia y el subdesarrollo-fascismo en América Latina;

Sobre la democracia: 1984-1992

Con estos elementos, no parece necesario insistir en su producción inicial y sí resulta conveniente hacer un recorrido a partir de aquella ruptura.

La ruptura: hacia coordenadas sistemáticamente marxistas

En términos empíricos, lo anterior puede constatarse en la incorporación de caracterizaciones clasistas, de creciente base material, como en el caso de su ensayo sobre “Jorge Icaza”, fechado en 1968.

En él sostiene Cueva:

Legítimamente puede afirmarse que la edad moderna del Ecuador empieza con la Revolución Liberal de 1895, ya que hasta entonces este país fue una sociedad de tipo feudal, que pese a haber alcanzado la emancipación política de España en 1822, seguía conservando, sobre todo en la región interandina, las estructuras económicas y sociales heredadas de la Colonia. En la Costa, la

situación fue sin embargo evolucionando en el siglo XIX; pues dicha emancipación, al abolir las restricciones comerciales impuestas por la Metrópoli, permitió que surgiera en el litoral un nuevo tipo de economía basado en la recolección y el cultivo de productos tropicales destinados a la exportación. Y como esta región, poco desarrollada durante la Colonia, no poseía una tradición feudal tan vigorosa como la de la Sierra, ni aborígenes numerosos a quienes explotar en condición de siervos, incubáronse en ella relaciones de orden capitalista, aparejadas de una correlativa mentalidad liberal (108).

Consideraciones que serán recuperadas, en lo fundamental, en *El proceso de dominación política en Ecuador*, en los diferentes momentos de su elaboración. Como en el caso del primer ensayo de que se compone ese volumen, el cual aparece fechado en Concepción, Chile, en noviembre de 1970:

... la independencia ecuatoriana no fue producto de una auténtica revolución popular, sino tan sólo de una exitosa insurrección de los marqueses criollos, contra la Corona, que mal podría generar un proceso de descolonización interna comparable a los llevados a cabo por los actuales movimientos de liberación del Tercer Mundo. Sin embargo, examinando el problema con una perspectiva histórica más amplia, bien se puede considerar a dicha emancipación política como el punto de partida de ciertas transformaciones ocurridas durante las primeras décadas de nuestra vida republicana; transformaciones que, si no fueron aptas para engendrar una sociedad esencialmente distinta, por lo menos consiguieron abrir profundas brechas en la sociedad tradicional (109).

Sólo que aquí la “sociedad tradicional”, ya es caracterizada a partir de una perspectiva materialista, distante de aquellos pioneros ensayos a que nos hemos referido:

... en nuestra sociedad se produjo el clásico problema de la desigualdad de desarrollo entre los niveles económico, político e ideológico. Mientras la agricultura de exportación había terminado por imponer un modo de producción estrictamente capitalista en la región costeña, a la que había convertido en la de mayor importancia económica; a nivel político e ideológico seguían predominando en el país formas correspondientes al modo de producción semifeudal, ahora secundario. Nos referimos al control del Estado por los

terratenientes serranos y al predominio de su ideología conservadora-clerical (110).

Así y todo, entre otros rasgos, el uso reiterado de términos como clase baja, clase media, etc., aestiguan, justamente que se trata de una transición, que da cuenta del cambio, pero que éste es todavía inestable y que no ha ajustado cuentas del todo con su pasado filosófico anterior.

Por otro lado, pero sin duda estrechamente ligado a lo anterior, podemos retomar la cuestión que hemos dejado pendiente líneas atrás, sobre “la necesidad de una vía revolucionaria y socialista de solución de los problemas latinoamericanos justificada científicamente por el análisis de nuestro específico desarrollo capitalista”; necesidad que, al igual que la apertura a una crítica marxista de las ideologías adversarias, el sociólogo ecuatoriano reconocía como valiosos aportes de Mariátegui.

Estrechamente ligado porque, justamente, esa transición de Cueva, de la que dan testimonio los estudios que hemos señalado, entrará en colisión con la interpretación que a la sazón dominaba los estudios latinoamericanos: la “teoría de la dependencia”.

En colisión, porque sintetizada su propuesta principal en la tesis del “pancapitalismo latinoamericano”, aquella “teoría”, que se ostentaba como la más revolucionaria y auténticamente marxista entre nosotros, sin embargo, contradecía política, ideológica y científicamente los planteamientos marxistas.

Ahora bien, justamente, la particular confluencia de su adhesión al marxismo con una preocupación por la transformación del subcontinente, por tanto de producir un conocimiento adecuado de nuestro específico desarrollo histórico, será expuesta de un modo polémico en su debate con los teóricos de la dependencia, desde principios de los setenta.

Madurando en y contra la dependencia

A partir de ahí, y aun cuando se trata de un período especialmente productivo del sociólogo Ibarreño, si algunos textos dan testimonio elocuente del cambio pleno de Cueva hacia una sólida perspectiva marxista, a partir de una exposición explícita a nivel teórico y metodológico son los de “El uso del concepto de modo de producción en América Latina: algunos problemas teóricos” y “Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia”. Ambos presentados como ponencias en sendos Congresos en el año de 1974 (111).

De una economía de recursos admirable, ambos textos sin embargo, exhiben una densidad incomprensible si no se destacan algunas cuestiones centrales que, con todo, se encuentran en el núcleo central de la posición del autor: la reivindicación de la visión científica de la historia de la humanidad establecida desde Marx. Conquista que, simultáneamente, implica la perspectiva de su superación.

Pero era, precisamente, ese núcleo el que era socavado por los teóricos de la dependencia. Por ello la recuperación de esas implicaciones profundas del dependentismo, exigían una denuncia de la falsedad de las pretensiones de las tesis sustentadas por esos autores, de representar la interpretación marxista y revolucionaria en nuestros países.

Requería, igualmente, asumir las implicaciones epistemológicas de tales tesis, mostrando sus diferencias con las específicas sustentadas por el marxismo.

En efecto, Cueva asumirá la discusión a partir de la constatación de la presentación de la tesis del pancapitalismo latinoamericano, por parte de sus detentadores, como la premisa indispensable para una correcta práctica política:

... la tesis del pancapitalismo latinoamericano, esto es, de la existencia del solo y único modo de producción capitalista en América Latina desde la conquista ibérica hasta nuestros días, se presentó a sí misma como la premisa indispensable para una correcta línea política, consistente en la aplicación inmediata de la lucha armada destinada a implantar, de manera igualmente inmediata, el socialismo en nuestros países. Y es a este título, es decir, en calidad de única postura teórica capaz de producir aquellos efectos políticos, que tal tesis fue convirtiéndose en dirección hegemónica de una intelectualidad que, fascinada por el torbellino de sus elucubraciones ideológicas, fue incapaz de percibir esta primera

paradoja que es menester señalar: todos los movimientos que en ese momento estaban luchando armas en la mano por la implantación del socialismo lo hacían convencidos de la existencia de un sector todavía feudal en América Latina (112).

Presentación que, además se ostentaba como una renovación del marxismo:

En el ánimo de los sustentadores de la nueva interpretación se trataba, desde luego, de un importante trabajo teórico de renovación del marxismo “dogmático” o “tradicional”, más es aquí, justamente, donde surge la cuarta paradoja, que tal vez sea la más significativa desde todo punto de vista: la tesis del pancapitalismo en América Latina, que se presentaba como la más revolucionaria y auténticamente marxista, sólo podía sostenerse y efectivamente se sostuvo sobre ciertas bases teóricas proporcionadas por la ciencia social burguesa, que define al capitalismo como una economía “abierta” o por la simple existencia de moneda y comercio; es decir contradiciendo de plano toda la obra de Marx y los otros clásicos del marxismo, que revolucionaron precisamente aquella concepción (113).

En el ámbito de esa pretensión renovadora del marxismo “tradicional”, por parte de los dependentistas, Cueva impugna el cuestionamiento que los teóricos de la dependencia realizaron en relación con el esquema marxista de evolución de la sociedad humana, tachándola de eurocéntrica. Cuestión que desde Marx, pasando por Lenin e incluso Mao, no tiene asidero. En otras palabras, que la pretensión de descalificar aquella interpretación, no puede reivindicarse como perteneciente al campo revolucionario de inspiración marxista.

En todo caso, Cueva exhibe que sería la adopción de premisas teóricas de Weber la que daría sustento a ese cuestionamiento:

Personalmente me temo que la interpretación de Ciro Cardoso hace del marxismo esté más cerca de una perspectiva weberiana que de una tradición realmente marxistaleninista. Weber creía, en efecto, que era gratuito y esterilizante encerrar la realidad en conceptos “genéricos abstractos” y que de lo que se trataba era más bien de “articularla en conexiones genéticas concretas, de matiz siempre e inevitablemente individual”; y sin duda pensaba, también él, que la

evolución del área europea occidental era “una vía de evolución entre muchas” (teoría de la contingencia histórica sin la cual el resto del razonamiento y las investigaciones weberianas carecerían de sentido); vía a la que sólo una ética especial pudo conferirle determinado sentido, que sin la incidencia de esa “variable” bien había podido ser otro totalmente distinto (114).

Por el contrario, Cueva reivindica como la específica posición del marxismo:

Otra parece ser, en cambio, la perspectiva marxista, que parte de la idea de que existe una determinación entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, que hace que las primeras fijen ciertos límites estructurales a la índole de las segundas, que por su parte y en lo esencial no pueden darse en número infinito ya que representan una relación entre pocos elementos: medios de producción, productores directos y, en el caso de los modos de producción clasistas, no productores que se apropian del excedente. Matriz de la que se desprenden, además, las relaciones fundamentales de clase, que tampoco pueden ser, por lo tanto, radicalmente distintas y siempre inéditas, según la historia “peculiar” de cada pueblo, hacienda aldea o región (115).

En fin, contra la postulación por parte de los dependentistas de modos de producción “dependientes”, Cueva muestra que, desde un punto de vista marxista pueden constatarse los siguientes hechos.

En el nivel teórico, en los clásicos del marxismo, desde el propio Marx, no se ignoró la cuestión de las *situaciones coloniales*; sólo que ella aparece ubicada en un rango teórico distinto:

Por eso Marx pudo escribir –subraya Cueva-, en los *Grundrisse*, por ejemplo, lo siguiente: “En cuanto a las conquistas hay tres posibilidades. El pueblo conquistador impone al conquistado su propio modo de producción (lo que los ingleses hicieron en Irlanda en nuestra época, y en un grado menor en la India); o bien deja subsistir el antiguo modo de producción y se contenta con extraer un tributo (a la manera de los turcos y de los romanos); o bien se establece una interacción que da lugar a una forma nueva, una síntesis (lo cual realizaron las conquistas germánicas en algunos países)”. Ni en éste ni en ningún otro texto Marx, ha jamás concebido siquiera la idea de que las situaciones coloniales, semicoloniales o de dependencia engendrarán, por principio, modos de producción

cualitativamente distintos de los de las áreas metropolitanas y requiriesen, por su sola “dependencia”, una nueva conceptualización (116).

En fin, precaviéndonos de la impresión de que Cueva se quedara en una declaración de principios y por tanto en una posición dogmática o simplista de los problemas latinoamericanos, debemos recuperar su preocupación por el estudio de nuestra especificidad. Convicción expuesta de un modo elocuente en ese mismo trabajo cuando subraya:

... el error no está en investigar las modalidades específicas de funcionamiento de cada modo de producción en las situaciones coloniales, semicoloniales y de dependencia –problema que *debe* estudiarse a fondo–, sino en confundir los niveles de análisis (el más abstracto de *modo de producción* y el más concreto y determinado de *formación social*), abriendo con ello problemas falsos que en última instancia no hacen más que destruir la propia teoría que se pretende desarrollar, el marxismo, en este caso (117).

Y es, justamente, en esa particular investigación de las modalidades específicas de funcionamiento de nuestras formaciones sociales, en donde deben ubicarse sus trabajos, a partir de coordenadas sistemáticamente marxistas.

Madurez, conocimiento novedoso de Nuestra América

¿Qué es lo que permitió ese trabajo sistemático? En conjunto, un itinerario en donde la selección temática aspira a apegarse a los intereses históricos del proletariado y, por tanto, constituye un balance singular de la lucha ideológica a partir de ahí y hasta el sensible fallecimiento del autor (lo cual nos permite observar de distinto modo los fraternales reconocimientos de Fernando Tinajero y Alejandro Moreano que hemos consignado en un principio); no cualquier lucha,

sino aquélla que busca orientarse en el núcleo central de los debates más relevantes del movimiento revolucionario entre nosotros (118).

En ese sentido, no parece necesario a nuestros propósitos insistir en lo relativo a la producción a la que nos hemos referido, que incluye sus ensayos de crítica literaria inicial así como los contenidos en *El proceso de dominación política en Ecuador*. Por ello, en lo que sigue prescindiremos de referencias puntuales a los textos ya considerados, dedicándonos a recuperar los elementos principales de su producción a partir de las coordenadas marxistas mencionadas.

Teoría social y procesos políticos en América Latina (1979)

En ese contexto, pueden ubicarse los trabajos compilados en el volumen *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, el cual fue editado en 1979, pero cuyos ensayos fueron la mayor parte elaborados y publicados con anterioridad. En palabras del autor:

El presente libro está compuesto por un conjunto de ensayos escritos entre 1974 y 1979, que se articulan en torno de dos temas centrales: la discusión de la teoría social tal como ha venido desarrollándose entre nosotros en los quince últimos años y el análisis de algunos procesos políticos unidos por el común denominador de haber desembocado en esa “solución” burguesa extrema que es el fascismo. Las dos partes del libro están ligadas por preocupaciones teóricas, metodológicas y políticas similares y, en última instancia, por una obsesiva interrogación sobre la naturaleza de nuestro proceso histórico y la manera más idónea de interpretarlo en una perspectiva liberadora (119).

El volumen está dividido en dos partes. En la primera, dedicada a reflexionar sobre teoría social, se incluyen los trabajos “Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia” (1974), “El uso del concepto de modo de producción en América Latina: algunos problemas teóricos” (1974), a los que ya nos hemos referido con cierto detalle; pero además “El análisis dialéctico: requisito teórico y a la vez político” (1977); “El desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período” (1978), “¿Vigencia de la “‘ánticrítica’ o necesidad de autocrítica (respuesta a Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra)”, preparado, éste último, expresamente para el libro.

En el caso de “El análisis dialéctico: requisito teórico y a la vez político”, ensayo que fuera presentado como Ponencia en la ciudad de Monterrey en 1977 y publicado ese mismo año en la revista *Plural*, debe decirse que, en él, el autor reitera los puntos de conflicto más relevantes a nivel teórico a partir de la asunción o rechazo del método dialéctico:

... por poco que uno olvide ciertos principios elementales del materialismo dialéctico, la teoría marxista se torna globalmente

inaplicable a situaciones “como la nuestra” (*en realidad a cualquier situación concreta*). Quiero decir con esto que, si no se recuperan algunas categorías metodológicas que definen justamente los niveles de realidad, y por lo tanto los correlativos niveles de análisis (nivel de lo *universal*, nivel de lo *particular*, nivel de lo singular); necesariamente se desemboca, sea en un discurso abstracto-formal que deja escapar la especificidad de nuestras sociedades y de sus problemas, sea en un discurso ideológico empirista que convierte a esta especificidad en una “originalidad” teóricamente inaprensible. En el primer caso, las leyes universales del desarrollo social aparecen flotando en el vacío, desprovistas de toda *modalidad concreta de existencia*; en el segundo, tales modalidades son conceptualizadas como substitutos de aquellas leyes. Y, como los errores teóricos no están desligados de sendos errores políticos, es claro que de ahí se derivan consecuencias en el plano de la estrategia de transformación revolucionaria de la sociedad (120).

Pero, además de estas reiteraciones, el autor ilumina y contribuye, por tanto, a destrabar, no pocas confusiones sobre la correcta posición en cuestiones relevantes del momento político:

Voy a permitirme, para terminar, insistir en la importancia de la categoría filosófica, a mi juicio central, del marxismo-leninismo: la categoría de *contradicción*. No pretendo hacer ningún desarrollo teórico al respecto, sino sólo señalar su relevancia a través de algunos ejemplos.

Creo, en primer lugar, que muchas de la críticas (socialmente justas) que en determinado momento se formularon a las teorías desarrollistas, habrían ganado bastante con sólo recordar que todo desarrollo histórico es el desarrollo de un conjunto determinado de contradicciones, y que es este hecho, precisamente, el que escamotea la teoría burguesa. Ello nos hubiera ahorrado, en todo caso, discusiones tan bizantinas como la de si puede o no haber “desarrollo” en América Latina bajo el capitalismo; y hasta conclusiones harto extrañas como la de que dicho “desarrollo” (¿cuál?) es “inviabile” en estas tierras (¿como si hubiese razón alguna para que las contradicciones propias del modo de producción capitalista dejaran de *desarrollarse* en nuestro subcontinente!).

En segundo lugar, quisiera asentar la tesis de que la presencia o ausencia de la categoría *contradicción* constituye la divisoria entre un análisis verdaderamente dialéctico (es decir marxista-leninista); y un análisis de tipo “sistémico” o sea, *metodológicamente* estructural-funcionalista [...] Los ejemplos de análisis mecanicista podrían multiplicarse sin dificultad; pero me

limitaré a señalar dos más que tienen que ver ya, de manera directa, con la lucha política. Tomo primeramente el caso del fascismo y, consiguientemente, el de la lucha antifascista, sólo para observar que si no se tiene en cuenta el hecho de que la sociedad es una constelación jerarquizada de contradicciones en movimiento, de diverso nivel y amplitud, es imposible trazar una línea política justa, que permita una acumulación de fuerzas objetivamente capaz de derrotar al fascismo. De un lado puede generarse –y efectivamente se genera- una desviación ultraizquierdista que se caracteriza por su incapacidad de comprender que, en situaciones como la del fascismo, existe la posibilidad –y la *necesidad*- de ampliar el frente de lucha bastante más allá de las fuerzas anticapitalistas y antiimperialistas; precisamente porque la estructuración de las contradicciones es aquí tal, que a la vez que robustece el poder burgués en cierto nivel, lo debilita en otro, al abrirle un campo de confrontación con los sectores simplemente antifascistas. Pero de otro lado puede generarse –y efectivamente se genera- una desviación que actualmente es “socialdemocratista”, incapaz de articular una política de frente amplio pero fundada en una clara distinción cualitativa de las fuerzas que lo integran. Lo dicho con respecto al análisis del fascismo es válido también (*mutatis mutandi*) en relación con el análisis del nacionalismo, y de la actitud que frente a él deberían adoptar las corrientes revolucionarias. Me parece superfluo insistir en que la propia conformación del sistema capitalista imperialista mundial abre un espacio objetivo de contradicción entre la nación “dependiente” y su “metrópoli” o “metrópolis”; contradicción que, incluso, puede expresarse bajo la forma del nacionalismo burgués (del país subordinado). Ahora bien, frente a un fenómeno como éste también suelen aparecer dos tipos de desviaciones: la ultraizquierdista, que no obstante estar en lo justo al señalar el carácter de clase de ese nacionalismo, se niega a analizarlo como una efectiva contradicción tácticamente importante para el movimiento revolucionario, y reduce a una simple “maniobra” del imperialismo; y la desviación reformista, que si bien tiene una posición justa en cuanto a detectar que el fenómeno en cuestión expresa una contradicción real, se niega, sin embargo, a ubicarla en el nivel que le corresponde, cerrando incluso los ojos frente a su contenido de clase (121).

A su turno, “El desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período”, presentado en Puerto Rico en mayo de 1978, podría considerarse como un más amplio y profundo esfuerzo de explicación, desde una perspectiva materialista, justamente, del proceso seguido por la producción en ciencias sociales entre nosotros. Aquí, el “último período” de desarrollo de ese campo, no

aparece más como indeterminado, sino expuesto como consecuencia de condiciones infra y superestructurales particulares del subcontinente. En ese sentido se torna comprensible, la constitución de una temática propia, a partir de la cual se organiza toda la reflexión teórica y que, por ello mismo, llega a ser considerada por el autor como el “nudo gordiano” de la evolución de nuestras sociales:

Se trata también, y esto es lo más importante, de progresos de orden cualitativo entre los que podríamos mencionar el rigor teórico y metodológico cada vez mayor; la creación de una acervo informativo que permite apoyar en una adecuada base empírica las investigaciones, así como la conformación de la temática específica correspondiente a los problemas asimismo específicos de las sociedades latinoamericanas. Tal vez valga la pena explicitar un poco más esta última cuestión que en gran medida constituye el nudo gordiano de la evolución de nuestras ciencias sociales. En efecto, el punto de arranque de la etapa a que venimos refiriéndonos consiste en el surgimiento de una temática central, que termina por organizar, prácticamente, toda la reflexión teórica y orientar el conjunto de la investigación. Aludo, como es fácil suponer, a la temática del desarrollo y el subdesarrollo con su correspondiente constelación de preguntas claves: ¿cuáles son las causas de nuestro subdesarrollo? ¿Qué obstáculos hay que vencer si queremos desarrollarnos? ¿Qué tipo de desarrollo es viable y cuál deseable en América Latina? (122).

Temática que, por tanto, no puede ser vista como arbitraria, sino que, por el contrario, hay que:

... ubicar el hecho en la conflictiva coyuntura de mediados de los años sesenta; coyuntura caracterizada por una amplia crisis de las sociedades latinoamericanas (123).

Rasgos imprescindibles de la caracterización de esa crisis y que permiten comprender la constitución de aquella temática son: el significativo decrecimiento del producto per cápita en el subcontinente, que llega a un estancamiento de 1966; año en el que, por otro lado, el capital monopolista extranjero ha pasado a controlar los centros más dinámicos de nuestra industria, marcando como hecho

incuestionable el proceso de desnacionalización de la economía de América Latina; auge de la marginalidad y el pauperismo; la apertura de nuevas perspectivas para el continente a partir del triunfo de la Revolución Cubana (condicionado él mismo por una crisis en el campo socialista, en el movimiento obrero en general y en la concepción del marxismo); el desarrollo y auge de un jacobinismo tercermundista, en parte fruto de la bancarrota de los proyectos populistas y nacionalistas; y, por fin, la escalada represiva del sistema ante el fracaso de sus respuestas para superar la crisis.

En conjunto esta coyuntura generará:

... un “clima “ propicio para todo género de rupturas culturales, cuestionamientos ideológicos y mutaciones intelectuales. En el campo de las ciencias sociales, que el propio desarrollo del capitalismo ha terminado por institucionalizar, especializar y profesionalizar; aquella coyuntura impulsa el surgimiento de un pensamiento crítico, que no tarda en ajustar cuentas con por lo menos tres de las corrientes que hasta entonces habían ejercido una gran influencia en la interpretación de los problemas latinoamericanos: 1. El “desarrollismo”, cuya expresión más acabada se encontraba en los estudios de la CEPAL y de autores como Raúl Prebisch; 2. El estructural-funcionalismo, que a principios de los años sesenta había llegado a imponerse en los planes y programas de estudios de gran parte de nuestros centros de enseñanza; y 3. La teoría de la “modernización”, variante criolla de la corriente anterior, que Gino Germani y su escuela habían logrado difundir con relativo éxito desde los años de posguerra (124)

Pero será la superación de ciertos niveles de análisis, el saldo más significativo provocado por esa coyuntura crítica:

... las investigaciones microsociales van perdiendo terreno en un momento en que la sociedad entera entra en crisis; el estudio de las “disfunciones” se revela dudoso e inadecuado para captar una realidad en que los “desajustes” muestran ser la regla y no la excepción. Así que la reflexión sobre la *totalidad* va imponiéndose, y, dentro de ella, la temática del desarrollo y el subdesarrollo termina por abrirse campo (125).

En ese contexto, a partir del planteamiento del autor adquiere sentido la igualmente sucesiva agenda temática que se ha ido conformando, condicionada

por los procesos políticos en curso, en la región: el tema del fascismo, el del Estado entre nosotros, la actualización del problema agrario, etc.

Por último, en lo que se refiere a la parte del volumen dedicado a la exploración de la Teoría Social, “¿Vigencia de la ‘anticrítica’ o necesidad de autocrítica (respuesta a Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra)?”, el autor desarrolla una severa impugnación de los recursos utilizados los autores incluidos en el título del ensayo, en donde además de cerrar su participación en el debate, parece testimoniar un presunto y cuestionable “viraje” de dichos autores hacia las tesis sustentadas previamente por autores entre los que Cueva estaba incluido (126).

A su turno, los ensayos de la segunda parte, producidos en el período 1974-1978, dan testimonio de la visión materialista sobre los lamentables procesos de fascistización ocurridos en aquel momento en el subcontinente, especialmente en Sudamérica. Se incluyen aquí los trabajos “dialéctica del proceso chileno 1970-1973” (1974), “La fascistización de América Latina” (1975); “La política económica del fascismo” (1976); “Elementos y niveles de conceptualización del fascismo” (1977); y “La remodelación fascista de la sociedad” (1978).

En “Dialéctica del proceso chileno”, el autor ofrece uno de los estudios más minuciosos que se hayan escrito sobre la tierra de Neruda, siguiendo paso a paso el curso del proceso, desde el ascenso del Unidad Popular, hasta aquel tristemente célebre Septiembre Negro. Estudio que despliega una fina caracterización de la participación de los diferentes agentes sociales a cada momento del proceso, fruto de una investigación cercana a los acontecimientos, favorecida por la estancia del propio Cueva en Chile durante una parte significativa de ese período.

Los cuatro estudios restantes del libro exploran la situación general de los regímenes fascistas que marcaron un predominio en el subcontinente, especialmente en América del Sur. En conjunto impresiona, como rasgo sobresaliente de ese esfuerzo, la decisión del autor de establecer las implicaciones que conlleva la caracterización misma de esos regímenes como

fascistas. Y ello porque el autor contrapuntea tales implicaciones desde la perspectiva weberiana y la marxista, mostrando la relevancia que, para una apropiada táctica contra esa forma de terror capitalista, requiere una adecuada caracterización de su materialidad. Igualmente destaca su recuperación de los análisis que sobre el particular, podrían reconocerse como pertinentes desde una tradición marxista (específicamente los trabajos de Dimitrov). Abriendo con ello la posibilidad de ruptura con cierta mitología que, sobre la cuestión, cobró cierto auge en aquellos momentos, una vez más tratando de imponer la imagen de una suerte de “originalidad” de aquel terror entre nosotros.

En ese sentido podría decirse que, uno de los méritos principales y quizá, la contribución más importante de esos ensayos, sea la ruptura que permite de aquella imagen de las visiones que reducen esos procesos exclusivamente al perfil de los genocidas y sus secuaces (hecho que no pretendió Cueva, y tampoco es nuestro propósito, restarle importancia y pugnar porque tales bandas sean finalmente llevadas ante la justicia). Así, tales trabajos se inscriben en una línea de investigación que exhibe cómo la implantación de esos regímenes, constituye una respuesta de las fuerzas prosistema en una coyuntura específica.

En efecto, el autor muestra que aquellos regímenes no se limitan al “gorilato” tradicional como algunos autores han difundido y en gran medida se difunde, sino que, de conformidad con su naturaleza, el fascismo en América Latina, representó:

.. una modalidad específica de la dictadura terrorista que el capital monopólico implanta en determinadas circunstancias históricas. Se trata, por lo tanto, de una fórmula de dominación fascista, adaptada a la necesidad imperialista de asumir el control omnímodo de los países dependientes, con el fin de extraer de ellos la mayor cantidad de excedente económico (127).

Y, en ese sentido esboza las líneas generales de la serie de mecanismos que configuraron la política económica del fascismo en nuestras tierras: desnacionalización de la economía, desmantelamiento del sector capitalista (no monopólico) de estado; pauperización absoluta de la clase obrera, cancelación del

estado “benefactor”; centralización de capital y transformación promonopólica del agro.

En fin, en “La remodelación fascista de la sociedad”, Cueva discute la tesis que presume la existencia de un régimen fascista a partir de una supuesta “burguesía burocrática”. Por el contrario, ratifica lo expresado en los ensayos anteriores. Lo cual le permite sostener que no existe un “modelo” económico propiamente fascista, sino que se trata de una fase de desarrollo del capitalismo, que, en América Latina y de conformidad con los intereses de clase representados por ese régimen, dio cumplimiento a las siguientes “tareas”: aceleró y profundizó aquella acumulación, basándose en una pauperización absoluta de las masas trabajadoras; aceleró los procesos de concentración y centralización del capital en la formación social en que se implantó; reordenó bruscamente la estructura de la producción industrial preexistente e introdujo cambios importantes en la composición orgánica de las ramas más “dinámicas” de la producción; además, precipitó la transnacionalización de nuestras economías, no sólo en el ámbito de la propiedad, sino en el de la producción, trayendo como consecuencia el abatimiento del precio local de la fuerza de trabajo.

Mención especial merece su oposición contra la descalificación de la caracterización de aquellos regímenes como fascistas por la no presencia, en algunos casos o en conjunto, de rasgos como la existencia de un partido de masas, el soporte pequeñoburgués, y presencia de una ideología nacional-chauvinista. Cueva se opone a la estimación de estos rasgos como definitorios de por sí del fascismo y los ubica como *formas*, no como condiciones esenciales del fenómeno.

En relación con las dos primeras cuestiones, subraya:

.. el mismo Arismendi nos recuerda que en los casos de Finlandia, Bulgaria y Yugoslavia el fascismo se implantó sin una base de masas, apoyado exclusivamente en el aparato militar del Estado. Conviene precisar, por lo demás, que el fascismo no es en modo alguno una dictadura de la pequeña burguesía (128).

En cuanto a la ideología nacional-chauvinista, Cueva contrapuntea que, justamente, dada la situación de dependencia y subdesarrollo de las naciones

latinoamericanas fascistizadas, en esas formaciones, no era posible construir una imagen de una nación pujante, debido a que, con la cuestionable excepción del Brasil, tales naciones no contaban con un excedente que permitiera una expansión, pues en el desarrollo capitalista latinoamericano, uno de los rasgos distintivos ha sido más bien la “exportación” de excedentes. Incluso para el caso de la nación carioca, Cueva sostiene que habría que precisar el carácter “nacional” del capital que sirvió para iniciar inversiones allende las fronteras brasileñas:

... aquello del “subimperialismo” brasileño debe analizarse con la debida atención. En primer lugar parece desacertado examinar el movimiento del capitalismo en el Brasil como si fuese realmente autónomo, o sea independiente del movimiento del capital internacional que predomina en esa formación social. El intervencionismo “brasileño”, patente en la vida política boliviana, uruguaya y chilena (para no hablar de la intervención armada en la República Dominicana en 1965); es un hecho que dista mucho de corresponder a una diástole del capital nativo; en su esencia no es otra cosa que un reflejo mediado de la expansión del capital transnacional. Para afirmar lo contrario habría que demostrar previamente que el capital originario de Brasil ha entablado una lucha con el capital imperialista de otras nacionalidades por la conquista de mercados y el aseguramiento de fuentes de materias primas, lo que es falso; para que esto sucediese tendría que comenzar por independizarse en el seno de su propia formación social, cosa que por lo menos hasta ahora no ha ocurrido (129).

En fin, otro de los méritos de estos ensayos es el haber puesto de relieve el hecho de que aquellos procesos de fascistización serían incomprensibles, al margen del movimiento de masas que caracterizó el inicio de la década de los setenta, subrayando las posibilidades reales de acceso al poder en algunos países, cosas que suelen olvidarse con frecuencia en la actualidad:

El hecho es que, pese a todos los esfuerzos contrarrevolucionarios del capital imperial en los diversos órdenes, la década de los 70 se inició bajo el signo de los amplios movimientos de masas, especialmente el llamado “Cono Sur” del continente. La clase obrera argentina logró poner en jaque al gobierno militar de Lanusse; los mineros bolivianos pasaron a ocupar el primer plano de la escena política de su país; el pueblo chileno consiguió instalar un gobierno finalmente suyo; y en el Uruguay se constituyó un frente amplio de masas, al mismo tiempo que las capas medias azotadas por la peor

crisis económica que registra la historia de esa nación, acosaban al régimen con la guerrilla urbana mejor organizada y más amplia de América Latina. Todo esto en concomitancia con otros fenómenos políticos, que no dejaban de inquietar al imperialismo, como el hecho que las fuerzas armadas peruanas se alienaran en una perspectiva nacionalista y profundamente reformista, rompiendo el esquema del “gorilato” tradicional; o que en Bolivia se estableciera un régimen progresista como el de Torres, en medio de una amplia movilización de masas. Situación, esta última extremadamente “delicada”, en la medida en que entreabría la posibilidad de una quiebra de los aparatos militares adiestrados por el imperialismo, los que de repente, parecían encontrarse penetrados por las contradicciones del cuerpo social en su conjunto. En este caso, más que en ningún otro, puede afirmarse que la izquierda estuvo realmente a las puertas del poder (130).

Por otro lado, todo indica que, concomitantemente a la realización de aquellos debates recuperados en *Teoría social y procesos políticos...*, el autor concibe la necesidad de demostrar, en positivo y, además, ya no a partir de casos particulares, como los que había elaborado sobre el Ecuador y en cierto sentido el de Chile, las tesis a partir de las cuales, polémicamente, cuestionaba la significación teórica y práctica de las tesis dependentistas.

Esa demostración tendrá lugar en *El desarrollo del capitalismo en América Latina: ensayo de interpretación histórica*. Publicado con anterioridad al volumen que recién hemos resumido, en verdad este trabajo debería considerarse como la consecuencia directa de algunos de los ensayos sobre teoría social que hemos examinado con cierto detalle previamente.

El desarrollo del capitalismo en América Latina: ensayo de interpretación histórica

Publicado en 1977, fruto de más de tres años de trabajo, según palabras del propio autor, el libro ha terminado por convertirse en un clásico de la sociología latinoamericana. La importancia del volumen puede ser apreciada en hechos como la obtención del premio del concurso Ensayo Siglo XXI, de la editorial del mismo nombre; el que para 1992, fuera ya en su decimotercera edición en español e igualmente el haber sido traducido a varios idiomas (inglés, japonés y portugués, según referencia del Curriculum del propio autor).

Más allá de estos reconocimientos, el texto constituyó un verdadero acontecimiento, en la medida en que, a partir del análisis crítico de los datos disponibles al momento, quedan ahí severamente cuestionadas, entre otras, tesis como las del presunto pancapitalismo latinoamericano, la del supuesto predominio de una economía de mercado durante la colonia y aún en gran parte del siglo XIX; para no hablar de aquellas interpretaciones “culturalistas” que atribuían el precoz desarrollo capitalista en ciertas áreas del subcontinente a la supremacía de la migración europea en las correspondientes formaciones sociales.

Por nuestra parte, no dudamos en considerar que se trata, en varios sentidos, de un texto imprescindible, dentro de la reconstrucción de nuestra historia desde una perspectiva materialista. Y ello porque explícitamente se propone la osada tarea de proponer elementos para la reinterpretación de la historia de América Latina (en tan sólo 238 páginas), desde una explícita intención material.

Por estas razones entre otras, como la de las polémicas condensadas en su interior, es un texto difícil de resumir, sin incurrir en una trivialización de su profunda significación para la memoria latinoamericana.

Sin dejar de lado ese riesgo y de conformidad con nuestros propósitos, podemos intentar recuperar los componentes principales de que consta esa reinterpretación, subrayando aquellos elementos que podrían considerarse como básicos para cuestión central de nuestro trabajo, a la que está dedicada la

Segunda Parte del presente. En otras palabras, trataremos de destacar aquellos elementos que nos permiten ubicar la novedosa inteligibilidad de la génesis y desarrollo de los procesos democráticos entre nosotros.

En ese sentido, entonces, habría que destacar que aquella reinterpretación está elaborada desde la convicción de contribuir a llenar un vacío en la memoria de nuestro devenir:

Las masas hacen la historia, pero no son ellas las que la escriben. Hasta el momento en que el proletariado logra constituir su partido, y por tanto organizar su propia "memoria", ésta constituye el patrimonio exclusivo de las clases dominadoras, que aún después de rota esta exclusividad siguen imponiéndonos, como línea hegemónica su representación del devenir histórico. Instalados en el gran hotel del abismo, como solía decir el viejo Lukács- los propios intelectuales progresistas terminamos a menudo por hacer nuestra esta representación, impregnándola, cuando más, de un dejo amargo y catastrófico. Para la ultraizquierda, la verdadera lucha de clases comienza recién con su presencia; lo anterior es una suerte de prehistoria tejida de inercias y de errores, de componendas y manipulaciones; en el mejor de los casos las clases subordinadas aparecen en la escena como sujeto de graciosas "concesiones". Hastiados de la mitología oficial, autoconvencidos de que el propio marxismo no hecho más que prolongar los perfiles de la visión liberal, ciertas corrientes revisionistas intentan a su turno forjar una nueva historia exhumando algunas reliquias de la iconografía conservadora. Desde ese momento uno ya no sabe si está asistiendo a un proceso de revolución o de restauración cultural. Para el período que venimos analizando es un hecho que predomina esa visión que Manfred Kossok ha calificado de fatalista, puesto que "hace caso omiso de las posibilidades alternativas que desde 1830 se hallaban en embrión en las innúmeras acciones revolucionarias". Y, como el fatalismo no es sino el rostro del elitismo, el conocimiento de la historia de los movimientos revolucionarios y las alternativas democráticas de la América Latina decimonónica resulta todavía el "hijastro de la historia". En tales circunstancias se torna extremadamente difícil la reconstitución de las perspectivas progresistas de este período, que sin embargo no estuvo exento de una aguda lucha de clases en la que se hicieron presentes los anhelos y reivindicaciones populares (131).

Reinterpretación que implicará, por tanto, la exhibición de aquellos datos con los que se superaban una parte considerable de las tesis sostenidas por las

visiones que habían dominado la escritura de la historia entre nosotros. Por ello mismo, se trata de una novedosa reinterpretación de nuestra historia, en la que adquieren un nuevo sentido las luchas de transformación que han librado las masas del subcontinente.

A partir de este contexto, podemos señalar que lo que permitió este ensayo de interpretación histórica del desarrollo del capitalismo en Nuestra América, fue una periodización que, a partir de un análisis crítico de la literatura histórica, sociológica, económica y de otro tipo, disponible, ofreció una caracterización sumamente iconoclasta de las visiones de nuestra historia, hasta el momento dominantes:

... el enfoque que venimos realizando permite además reformular el problema de la *periodización* de la historia de América Latina, en rigor irresoluble en términos puramente cronológicos. La fase denominada de “anarquía” (el tormentoso camino que nuestras formaciones sociales tiene que recorrer hasta constituir sus estados nacionales), corresponde en términos generales al desarrollo de una estructura que partiendo de una situación de equilibrio inestable de diversas formas productivas llega a una situación de predominio relativamente consolidado del modo de producción capitalista [...] Queda por analizar en cada caso concreto la forma de tal predominio, que no necesariamente es sinónimo de una extensión del modo de producción capitalista en la totalidad del cuerpo social o por lo menos en una vasta porción de él. Cuando esta extensión ocurre, el estado se estabiliza, adoptando por regla general la forma “liberal-oligárquica”, [...], si no la situación de extrema precariedad se prolonga indefinidamente, expresada en una permanente crisis de hegemonía (132).

De conformidad con esta periodización, Cueva muestra que lejos de una presunta “originalidad” de nuestra historia, América Latina no deja de presentar los procesos estructurales propios del desarrollo del capitalismo en general. Más aún, muestra que la especificidad de nuestro devenir, no se logra captar desconociendo ese hecho, sin reconstruyendo los modos en que ese desarrollo capitalista tuvo lugar.

Así, el movimiento de la historia con el que se vincula América Latina es el del proceso de acumulación originaria a nivel internacional, que, en nuestro caso,

siguiendo la terminología de Enrique Semo, el sociólogo ecuatoriano caracteriza como un proceso de “desacumulación originaria”: en la medida en que representaba para las áreas coloniales del subcontinente, un saqueo de excedentes que sólo se convertían en capital en las “metrópolis”. Al romperse los circuitos impuestos por éstas, esto es, con los procesos de independencia, lo que queda es la matriz precapitalista, constituida por el predominio de modos de producción esclavista y feudal, heredada de la Colonia. Para lo cual aclara que:

... cuando hablamos en términos marxistas del modo de producción esclavista o feudal no estamos manejando tipos ideales construidos con los rasgos más “significativos” del “modelo” europeo, lo que queremos decir, sencillamente, es que la estructura económico social heredada del período colonial se caracterizó por un bajísimo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y por relaciones sociales de producción basadas en la esclavitud y la servidumbre, hecho que constituyó un *handicap*, por decir lo menos, para el desarrollo posterior de nuestras sociedades (133).

Handicap o lastre que inicialmente implicará que:

... la primera fase de nuestra vida independiente, lejos de impulsar la inmediata disolución de esta matriz precapitalista, registró un movimiento en sentido inverso (134).

Así, no será sino hasta el último tercio del siglo XIX, que se llevará a cabo de manera masiva, el proceso de acumulación originaria en el subcontinente y bajo condiciones específicas: que dicho proceso se llevara a cabo por una vía reaccionaria, y que ella tuviera lugar en un contexto internacional en el que el capitalismo entra en su fase imperialista.

Todo lo cual plantea como una necesidad, reconsiderar el problema de la construcción de los estados nacionales:

... el problema de la construcción de los estados nacionales no puede ser tratada de otro modo que a partir de la matriz económico-social que genera las condiciones concretas de conformación de la superestructura jurídico-política y por supuesto determina la

constelación específica de fuerzas que intervienen en su complejo proceso de constitución (135).

Respecto del primer período y, por supuesto, en oposición a la tesis que defendía el predominio capitalista en nuestra tierras desde la conquista misma, Cueva expone aquí, en positivo, las coordenadas estructurales, que dan testimonio de las modalidades histórico-concretas de existencia de los modos de producción esclavista y feudal, de su profundización y extensión en cada área, así como sus maneras también concretas de articulación con los embriones capitalistas, principalmente mineros, y con modos de producción secundarios tales como la comunidad campesina, la economía patriarcal o la pequeña producción mercantil simple.

Para el análisis de este período, el de la acumulación originaria, el autor, además de basarse en aquellas coordenadas estructurales, reivindica explícitamente al Lukács de *Historia y conciencia de clase*, en cuanto a la ubicación de un mercado interno de amplia envergadura como el fundamento objetivo de cualquier unidad nacional. En ese sentido y retomando a Gutelman, Cueva señala:

... la amplitud de este último [del mercado interno, FCT], no es función de la demanda potencial de productos ni del volumen real del consumo sino de la demanda expresada monetariamente. Ahora bien, aunque el nivel de consumo global del campo mexicano tendía a disminuir fuertemente durante la época porfiriana, la parte de su consumo individual que se expresaba por una demanda monetaria tendía a su vez a crecer paralelamente al aumento del número de asalariados. Es la monetarización de una parte creciente del consumo (aunque éste disminuyera en volumen absoluto) lo que permitió la formación del mercado interno mexicano. También es éste el único fenómeno que, como es natural, interesa al capitalista en la fase de acumulación primitiva capitalista (136).

Adicionalmente a lo expresado sobre el período colonial, se comprenden la poca coherencia orgánica de la sociedad en conjunto y de su sobreestructura política en particular en el siglo pasado (137); pero también la unidad y la

diversidad de la conformación de los estados nacionales latinoamericanos; la fortaleza, como en el caso de Chile, o las debilidades como el resto de los países; el carácter “regional” o “provincial” de la lucha de clases; las tendencias anexionistas; el problema del “militarismo”, que, así, no podría ser interpretado como causa de la inestabilidad política (“ambiciones” de los jefes militares), sino más bien como un reflejo, con grados variables de autonomía, de la dispersión de las fuentes de poder derivada de la heterogeneidad estructural de las nascentes formaciones sociales; y, en fin, se tornan comprensibles desde esta perspectiva, los procesos de desintegración que se iniciaron con la división de la Gran Colombia y culminaron con la “balcanización” de América Central, así como la independencia formal de Panamá en 1903.

Por ello Cueva reivindica que:

... la edificación de un estado nacional no se realiza jamás en el vacío [...] sino sobre la base de una estructura económico-social históricamente dada y dentro de un contexto internacional concreto, factores que no sólo determinan las modalidades históricas de cada entidad estatal, más también la mayor o menor tortuosidad del camino que conduce a su constitución (138).

A partir de esta perspectiva también se torna posible reconocer la persistencia de una economía premonetaria en el siglo XIX, “al mismo tiempo que su segmento más desarrollado iba monetarizándose y ampliando sus circuitos de circulación simple” (139). Ello en contra del presunto carácter “abierto” y monetario de la economía, sostenido desde cierta perspectiva dependientista. Así como el reconocimiento de la baja productividad agrícola precapitalista, la cual “es tan baja, que en muchos países ni siquiera permite el autoabastecimiento de la población”. (140). Igualmente, a partir de aquí puede “entenderse mejor el propio señalamiento del capital comercial y del usurario; en fin, permite precisar la tesis sostenida por Ruy Mauro Marini, pues, puede comprenderse que los países más desarrollados cometieran abusos contra nuestras débiles naciones y determinó, en gran medida, la *forma* de tales “abusos”, es decir, la modalidad concreta de vinculación de América Latina con el capitalismo metropolitano (141).

Por otro lado, mención especial requiere el criterio de ruptura. En ese sentido nos dice:

... *E pur si muove*: el engranaje no es estático. Llega un momento en que la esfera tradicional de acción del capital comercial resulta estrecha para éste, que tiene que ampliar su ámbito no sólo en virtud de su particular movimiento más también en aras de una cabal realización de plusvalor del sector industrial metropolitano (142).

En fin, Cueva subraya que el proceso se efectuó en el último tercio del siglo XIX, revistiendo en cada caso las peculiaridades exigidas por la índole de la matriz económico social que entraba en transformación. Y ejemplifica los casos de áreas en las que se habían conformado estructuras feudales de corte casi clásicos, como en México (1875-1883-1889), Guatemala (1887) y Colombia en donde el proceso no difiere de los perfiles delineados por Marx:

La expoliación de los bienes eclesiásticos, la enajenación fraudulenta de las tierras fiscales, el robo de la propiedad comunal, la transformación usurpatoria, practicada con el terrorismo más despiadado, de la propiedad feudal y clánica en propiedad privada moderna, fueron otros tantos métodos idílicos de la acumulación originaria. Estos métodos conquistaron el campo para la agricultura capitalista, incorporando el suelo al capital y crearon para la industria urbana la necesaria oferta de un proletariado enteramente libre (143).

Desplaza después el análisis hacia situaciones de modalidades particulares como los casos de Costa Rica y su forma de producción mercantil bastante desarrollada, que determinó una coexistencia con la vía "farmer"; el caso de Brasil, en donde el proceso de acumulación se da a partir de la liberación del capital comercial involucrado en el tráfico de esclavos, en donde, por tanto, el proceso de acumulación originaria se identifica con el proceso de disolución del régimen esclavista. Y por último menciona el caso de las formaciones latinoamericanas en que los elementos esclavistas o feudales fueron extremadamente débiles como en los casos de Chile y el área rioplatense. Aquí el proceso inició de manera temprana y, entonces, en el momento considerado, tan sólo se consolida y amplía,

sirviendo como ejemplo de tal consolidación de la acumulación originaria, la conocida difusión del alambrado: Uruguay (1876-1880), Argentina (a partir de 1850), así como en esta última las leyes de colonización (1876-1890). En este caso la constitución del monopolio de la tierra basta para definir un marco estructural en el que los trabajadores provenientes del exterior sólo podrán insertarse en calidad de mano de obra previamente despojada de los medios de producción. Subrayando, en este sentido, la expropiación brutal de los territorios indígenas en Argentina y Chile.

Mención especial le merecen los casos de Paraguay (1870), Nicaragua (1910-1920), Haití y República Dominicana (1916), en donde se realiza la acumulación originaria con la intervención directa de fuerzas extranjeras.

Finalmente, menciona el caso de la áreas en donde aquella acumulación se da de manera tardía y limitada, como en el área andina, en donde, por lo mismo, se llega a situaciones aberrantes de mecanismos extraeconómicos para obligar a los colonos a trabajar en las grandes empresas agroexportadoras (144).

Respecto de la etapa oligárquica, expone la transición que el capitalismo tuvo en América Latina en el agro a través de la vía “junker”, pero denominada por él, precisamente como reaccionaria u “oligárquica”. En este sentido señala que:

... en el desarrollo de nuestro capitalismo agrario existe una especie de unidad en la diversidad dada por el hecho de que este desarrollo ocurre –salvo en contados puntos de excepción- de acuerdo con una modalidad que lejos de abolir el latifundio tradicional lo conserva como eje de toda la evolución (145).

Ejemplifica con los casos de Perú, México; sin dejar de referirse a casos especiales, como el de Nicaragua en donde “la incorporación de elementos de semiesclavitud o semiservidumbre es de tal magnitud, que hasta ha dado pábulo para que el mismo punto de arranque del modo de producción capitalista sea percibido como una especie de retorno a los peores rigores del régimen colonial” (146).

En todo caso, Cueva subraya que la peculiaridad de la vía de desarrollo del capitalismo agrario entre nosotros radica en que:

... no realiza una transformación radical de las relaciones hombre-naturaleza mediante la introducción de conocimientos técnicos e instrumentos verdaderamente modernos, sino que más bien asienta su evolución en un redoblamiento de la explotación de los productores directos. El solo hecho de que el punto de gravitación de esta evolución esté constituido por la extracción de plusvalor absoluto basta para poner de manifiesto su carácter reaccionario (147).

Características y consecuencias de esta vía “oligárquica” de desarrollo de nuestro capitalismo son: causa de desarrollo lento y lleno de tortuosidades de las fuerzas productivas, mayor en extensión que en profundidad; este ritmo se da en proporción inversa del grado de “hibridez” de las relaciones sociales de producción; efectos producidos en la estructura social como: rémora en la constitución de un proletariado moderno; alargamiento de la jornada de trabajo, pauperización absoluta del productor directo; restricción del mercado interior.

Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador (1986)

Texto que sale a la luz en 1986, y que, como ya hemos dicho, incluye un conjunto de ensayos publicados por el autor desde el segundo quinquenio de los sesenta y, además, “Claves para la literatura ecuatoriana de hoy”, preparado expresamente para la edición, que por tanto data de 1986.

El contenido general de los textos trata sobre cuestiones literarias y exhibe el momento inicial del autor, al que ya nos hemos referido, previo o simultáneo a la producción de *Entre la ira y la esperanza. Ensayos sobre la cultura nacional*; pero también de la transición a la que también hemos hecho alusión. Merece sin embargo, llamar la atención sobre el estudio monográfico dedicado a “Icaza” al que, no obstante ya haberle dedicado ciertas consideraciones previas, constituye uno de los pocos trabajos dedicados por Cueva a exhibir, inclusive con gran detalle, la singular producción literaria del escritor quiteño.

Volumen de por sí valioso para la evaluación de la trayectoria de Cueva, además de la Introducción, que debiera considerarse imprescindible para quienes pretendan reconocer la perspectiva marxista desde nuestras tierras dedicada a la exploración de la literatura, incluye una caracterización iluminadora del cercano seguimiento que el autor destinaba a la producción literaria de su país. Pero no sólo eso, el volumen incluye “En pos de la historicidad perdida (contribución al debate sobre la literatura indigenista del Ecuador)”. Texto que podría considerarse la cima de la producción ensayística de Cueva sobre la temática, que por cierto le apasionó a lo largo de su vida, y que, por nuestra parte, consideramos lo mejor que nos ha tocado revisar al respecto.

Por último el ensayo “Claves para la literatura ecuatoriana de hoy”, al que ya nos hemos referido en diferentes momentos, constituye una exposición que, según pudimos observar, arroja luz sobre el proceso social ecuatoriano a la vez que ofrece pistas de la evolución de la producción literaria para ese momento.

La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales (1987)

Se trata del volumen que ya hemos mencionado y del que, de hecho, hemos recuperado algunas consideraciones clave, al subrayar el núcleo del cambio teórico de Cueva.

Trabajo de singular relevancia para Nuestra América y allende sus fronteras, como indicamos más arriba, ya que aquí Cueva tiene la oportunidad de enfrentar, directamente, por una parte, las voces que desde los centros mismos de poder económico se daban a la tarea de reinterpretar, en verdad deformar, la teoría marxista, presentando sus propuestas como versiones novedosas de la misma.

El volumen, según el proceder del autor, constituye la presentación de temas que ha venido trabajando de tiempo atrás y que no por casualidad discute en conjunto, justamente, las categorías de base así como los problemas que a la sazón (¿y en nuestros días no?) condensaban la discusión del pensamiento marxista, especialmente del revolucionario.

Así, en el libro se debaten y exponen, desde una perspectiva marxista, la concepción de las clases sociales, y, en relación con esa categoría nodal, los problemas de la propiedad, de la producción científica e ideológica, la cuestión de la cultura y la nación, los conceptos de enajenación y el de hegemonía. Todo ello acompañado por un examen denso, pero económico, magistral, sobre el marxismo latinoamericano, su historia y los problemas que a la sazón enfrentaba.

Esta decisión de retomar la discusión debe su actualidad a la ocupación del campo revolucionario por visiones que, ostentándose como representantes del pensamiento marxista, más bien constituían deformaciones, productos de actitudes voluntaristas o destinadas a provocar confusiones deliberadamente calculadas.

Y esa condición es la que le da sentido a lo que en un primer momento podría ser percibido como una simple insistencia. Pero es, justamente, esa necesidad de especificar las condiciones de esos debates, lo que da lugar a la novedad y a conquistas de la ganancia teórica, ideológica y eventualmente política de los movimientos en pos de la solución de la amplia gama de problemas que enfrentan nuestras sociedades y, de manera especial, los sectores populares.

Último lustro

A partir de ahí y en lo que aproximadamente constituyó el último lustro de su vida, la producción de Cueva es difundida en los siguientes volúmenes: *Tiempos conservadores: América Latina en la derechización de Occidente* (1987); *Las democracias restringidas de América Latina. Elementos para una reflexión crítica* (1988); *América Latina en la frontera de los años noventa* (1989); y, ya tras su fallecimiento aparecen *Literatura y conciencia histórica en América Latina* y *Ensayos sobre una polémica inconclusa. La transición a la democracia en América Latina* (1991), sin olvidar las presentaciones de libros, comentarios y ensayos preparados para, o ubicados en otros volúmenes colectivos (sobre los que puede consultarse la bibliografía que aparece al final del presente trabajo).

Ahora bien, presumimos que la producción de Cueva, ya plenamente madura, se ocupa en ese último momento de su vida de la aplicación de coordenadas sistemáticamente marxistas a temas que lo apasionaron a lo largo de su trayectoria, ocupando un lugar especial los debates teóricos contemporáneos (teoría del estado, modernidad, desarrollo económico, etc.) y, entre ellos, la discusión sobre la democracia, que ya para ese momento pasa a ocupar un lugar central en la agenda latinoamericana; todo ello concomitantemente a estudios basados en análisis concretos del subcontinente..

En ese sentido la discusión relativa a la democracia y temas implicados se encuentra concentrada en esos trabajos, a excepción de *Literatura y conciencia...*

Por esta razón y dado que aquellos trabajos serán retomados en la Segunda parte con mayor detalle. Sólo adelantaremos una caracterización general de los mismo en este momento, dedicando en cambio mayor atención a *Literatura y conciencia...*

Literatura y conciencia histórica en América Latina (1993)

Se trata de la publicación de cinco ensayos, que Cueva encargaría a Fernando Tinajero, quien hace el Prólogo del volumen.

Cuatro de los ensayos constituyen versiones ampliadas o revisadas de ediciones anteriores, pues ya habían sido publicados en revistas previamente y, al parecer, sólo el “‘Collage’ tardío en torno de L’affaire’Palacio” fue preparado expresamente para la edición y sobre él ya hemos tenido oportunidad de recuperar elementos claves a lo largo del presente. También hemos hecho lo propio con el ensayo “Literatura y sociedad en el Ecuador:1920-1960 (en una perspectiva latinoamericana)” Así que nos limitaremos a exponer algunos rasgos de las dos primeras partes.

Editados en el candente contexto del a la sazón cercano aniversario del Quinto Centenario del descubrimiento de América, la actualidad de los temas tratados y en cierto sentido los temas implícitos, pero, en realidad, centrales del volumen, son el colonialismo y la lucha contra él, especialmente en el plano literario, como se anuncia en la Presentación:

... la preocupación que los unifica y vuelve objeto de una misma línea de investigación [a los ensayos contenidos en el volumen, FCT]: ¿cómo fue constituyéndose no sólo objetivamente, sino también en lo subjetivo, lo que hoy denominamos situación de subdesarrollo? (148).

En ese sentido, puede decirse que el volumen se encuentra dividido en tres partes. La Primera se compone de un solo y extenso ensayo sobre “Las espiral del subdesarrollo en las estructuras narrativas de *Cien años de soledad* y *El coronel no tiene quien le escriba*”.

En él Cueva nos deslumbra, a los admiradores de la obra garcíamarquiiana, mostrándonos una imagen intuida, pero que con el tratamiento cuevano aparece bajo una luz verdaderamente iluminadora: ahí aparecen, en un estudio sumamente minucioso, efectivamente los procesos de vida real latinoamericana, con su desacumulación originaria, su subdesarrollo, su terror capitalista como telón de fondo de las novelas consideradas. El autor va dando cuenta de una manera bastante cuidadosa del proceso de selección del material por parte de García Márquez, y la dolorosa y paciente elaboración de la forma de tratarlo.

Aquí, la aceptación de *El coronel no tiene quien le escriba* como novela, en la medida en que hay en ella una ruptura entre el héroe y el mundo, deviene una ubicación de nuestro devenir plasmado en el plano literario:

... ese mundo con el cual se enfrenta irreductiblemente el coronel, en rigor no es el suyo: aquella burocracia “kafkiana” es una instancia “superior”, ubicada fuera del escenario inmediato de la novela; la violencia y en general la política siniestra se originan también en lejanas “esferas” de poder, y, por supuesto, la “hojarasca” de la que huye el protagonista es traída por un vendaval extranjero. No se trata, por ende, de un conflicto del héroe con su comunidad de origen, con su grupo de referencia cultural y afectiva [...] sino más bien de una tensión llevada al paroxismo, entre esa comunidad a la que el protagonista en gran medida representa, y una instancia exterior que los oprime. Estamos, por consiguiente, ante una forma literaria enmarcada en las estructuras del colonialismo interno y la dependencia (149)

O la interesante ubicación de *Cien años de soledad* en una forma heterogénea, entre la epopeya y la novela, e irreductible a una o a otra, como expresión de la igualmente heterogénea realidad en que se sustenta:

Si nuestras observaciones son adecuadas, nos hallaríamos ante una forma literaria heterogénea, caracterizada por una estructura jerarquizada de elementos novelísticos y epopéyicos, que mal puede

explicarse por la evolución interna de uno y otro de esos géneros, ni en Europa ni en América Latina. A nuestro juicio, dicha forma literaria sería más bien el trasunto artístico de la heterogeneidad estructural del gran referente empírico de la narración: América Latina en general y Colombia en particular; y estaría reflejando la ambigüedad de una praxis compleja, procedente de niveles distintos de una misma formación social que articula en su seno diversos modos de producción, de vida y de cultura, y fases también diversas del modo de producción dominante (el capitalista), en un mismo tiempo histórico (150).

En fin, todo ello sin dejar de lado las diversas posibilidades de lectura que la obra ofrece (151).

En la Segunda Parte, presentada con el título “El ‘encuentro de dos mundos’”, se incluyen tres ensayos que constituyen, sobre todo el primero, un recordatorio que exhibe la infamia de aquellos que, sin el menor escrúpulo, no dudaban (y no dudaron) en participar en la “conmemoración” del Quinto Centenario, presentándolo, justamente, como un “encuentro de dos mundos”.

En efecto, en el primer ensayo, “Los fundamentos de la ideología colonial (Introducción a los cronistas de Indias)”, con todo y ser el menos elaborado, Cueva ofrece, con los testimonios mismos de los cronistas de la época, la exhibición de las reales intenciones de saqueo y domesticación implícitas y explícitas de los conquistadores, cuyos textos, no obstante lo anterior, han llegado inclusive a ser presentados como portadores de valores literarios.

Pero no sólo eso, concomitantemente a aquella exhibición Cueva propone una serie de interrogantes que permiten la ubicación de distintos planos de la discusión que van de la dimensión social a la de las formas literarias:

¿Por qué predominaron en América ciertos géneros “medievales” como la crónica, a expensas de otros, en pleno siglo XVI, cuando la Metrópoli vivía el Renacimiento? [...] La segunda inquietud ha sido la de saber si esa “literatura” es o no americana, si refleja o no nuestro “espíritu” (152).

A la primera cuestión responde:

ello se explica por la necesidad de concentrar todos los medios en la construcción de una ideología (representación del mundo) colonial. Conquistada materialmente América, había que dominarla también en el terreno ideológico; tomar posesión de ella inventariando seres y objetos, ubicándolos en casilleros acordes con el proyecto de colonización. Tarea ardua y muy “seria”, que poco margen podía dejar para la ficción: para la que se señala a sí misma como tal, o sea la literatura (153).

En tanto que la segunda cuestión, más allá de la pretensión de las burguesías locales en el siglo XIX, de ser las forjadoras y representantes de las naciones recién emancipadas, “resolvieron” el problema dándole una respuesta cortada a su medida: la literatura latinoamericana, afirmaron sólo empieza con la independencia (154), para Cueva:

... la verdad es otra. Producida por una clase dominante de origen europeo, ciertamente, pero con intereses y acciones concretas en América, la “literatura” de la conquista y la colonia no sólo forma parte de nuestra superestructura ideológica, sino que es su fundadora y, en muchos órdenes, aún su fundamento (155).

Deja, así, sentadas las bases para la consideración de los dos ensayos restantes de esa Segunda Parte, que muestran otra cara de una misma moneda: los casos de aquellos representantes del colonialismo que, sin embargo, se caracterizaron por su actitud crítica frente a él: los casos de Alonso de Ercilla y Bartolomé de las Casas.

En efecto en el ensayo, “El espejismo heroico de la conquista (Alonso de Ercilla y *La Araucana*)” el célebre texto del poeta español, sin perder su grandeza y su carácter de clásico de la literatura, es visto bajo una nueva luz, cual es la de su ubicación en una coyuntura histórica concreta de la clase dominante en donde las fracturas entre la clase dominante metropolitana y los encomenderos locales, abrieron fracturas que hicieron viable esa expresión estética sin par que es *La araucana*:

La hipótesis que queremos proponer es la de que la configuración de un sentimiento heroico fue posible en ese momento gracias a la confluencia de tres factores históricos: Primero, la expansión máxima lograda por el imperio español, horizonte sobre el que se despliega esa conciencia épica que obviamente corresponde a un momento de ascenso y no de decadencia de la clase social la que expresa [...] El segundo factor consiste en la agravación de las contradicciones entre la burguesía metropolitana, cuyos intereses administraba la Corona, y los “indianos”, o sea los conquistadores afincados en América como señores de Indias. Esta contradicción, históricamente expresada en los levantamiento del Perú, es la que permite un alivio moral y abre una posibilidad política, sin lo cual una obra como *La araucana* sería inconcebible [...] el último factor, de gran relevancia para la conformación de una conciencia épica de la conquista. Se trata de la guerra de Arauco, donde la tenaz resistencia de esos indios “que no saben ser vencidos” disimula, por un momento siquiera, el carácter genocida de la “gesta” española e impide que, con la implantación de un régimen de servidumbre, se revele de inmediato su índole colonialista (156).

A su turno, en “La interminable pesadilla del colonialismo (para una lectura desmistificada de Las Casas)”, el empeño del célebre dominico, aparece ubicado dentro de un contexto que lo muestra como la gran persona que los testimonios parecen de modo unánime confirmar, pero también como quien pretendiendo manipular a los grupos dominantes a favor de una colonización menos cruel, termina siendo el manipulado.

En todo caso es claro que la desmistificación de Las Casas, pasa por una superación de las leyendas “blanca” y “negra” de la colonización española; leyendas alimentadas en el contexto de la historia de la lucha entre imperios de la época, que es lo que da un impacto especialmente relevante en diferentes momentos a las críticas lascasianas. Cueva reconstruye a grandes trazos esa historia, recordando la reivindicación de Las Casas por diferentes sectores imperiales según los momentos y los intereses en juego.

En todo caso una pregunta ineludible es la de “cómo fue posible que una opinión cuestionadora de las prácticas coloniales pudiera producirse, difundirse y discutirse abiertamente en la Metrópoli” (157).

Al respecto Cueva pasa revista a un cúmulo de mistificaciones como, la sostenida por Lewis Hanke y otros, según la cual, ello se debió “a que la conquista española de América fue uno de los mayores intentos que ha presenciado el mundo para que prevalezcan los preceptos cristianos en las relaciones entre las gentes” (158), o la supuesta libertad de expresión y discusión de ellas que daría muestras de la “tolerancia” a las críticas de Las casas.

Por el contrario, Cueva sostiene que la explicación es menos “sublime”:

Los experimentos de los años 20 habían fracasado y la población indígena seguía extinguiéndose; los encomenderos del Perú habían puesto ya de manifiesto sus reales ambiciones políticas (las Leyes Nuevas sancionaban expresamente a los implicados en las recientes revueltas). Un mínimo de racionalidad del sistema exigía, entonces, que se arbitraran medidas para salvaguardar esa mano de obra cuya desaparición habría significado la correlativa desaparición del colonialismo en las Indias; así como un mínimo sentido común alertaba a la burguesía de la Metrópoli sobre el peligro político de la encomienda. Además de las ventajas materiales inmediatas (recaudación directa de tributos) que se esperaba obtener con su supresión (159).

Cita con la cual terminamos extenso pero aún discreto acercamiento de conjunto a la obra del sociólogo ecuatoriano.

Conclusiones

No hay bálsamo de Fierabrás para Agustín

La dura crítica de Bujarin y Zinoviev, si no es que haber encontrado ya su bálsamo de Fierabrás filosófico, hizo que Lukács dejara de manera prácticamente definitiva de teorizar sobre temas generales y abstractos para dedicarse más bien a investigar la historia de las ideas y sobre todo a proseguir con su reflexión sobre la literatura y el arte.

Cueva, Agustín “Itinerario de Georg Lukács, en *La jornada*, México, martes 16 de abril de 1985.

Ignorada, menospreciada, calificada de dogmática, la producción de Cueva, a partir de la exploración realizada, impresiona por el contrario, como ejemplo de un trabajo marcado por una pasión desarrollada a lo largo de toda una vida en pos de una transformación que gane la justicia para el conjunto de la sociedad.

En efecto y no obstante el carácter reconocidamente insuficiente del recorrido precedente, los textos de Cueva pueden ser apreciados como esfuerzos crecientes por dotar de una densidad científica los instrumentos de interpretación del devenir latinoamericano y allende sus fronteras.

En ese sentido, sus ensayos exhiben una complejidad creciente, que pretendió en todo momento expresar la correspondiente complejidad de los problemas y temas que abordó. Consiguientemente, la estimación de los alcances y límites de sus propuestas no puede prescindir de esa complejidad, de la valoración de la específica densidad que los análisis implican.

Componentes relevantes de esa densidad para la comprensión de los análisis de Agustín Cueva son: su decisión crecientemente enriquecida de ir detectando y caracterizando el uso mítico de ciertos términos que, a la luz de su importancia sociopolítica, van definiendo los temas claves para el avance de la conciencia social, con especial atención a la conciencia revolucionaria; la sólida aplicación de un modelo científico que no descarta dogmáticamente otras perspectivas, como se ha insinuado, sino que por principio va contrapunteando las funciones que dichas perspectivas representan y expone los límites y lo inaceptable de las mismas.

Más aún, esos principios son puestos en práctica con el enriquecimiento de instrumentos procedentes de diversos campos, de valor poco apreciado, pero sobre todo por el establecimiento científico de las modalidades socioeconómicas que han venido determinando la evolución de los procesos sociales de América Latina.

Sólido modelo, sobre el que pueden considerarse fundadas las bases generales para una aspiración explicativa de los procesos en curso de Nuestra América.

Sea de ello lo que fuere, debe considerarse que todo el esfuerzo precedente ha tenido como uno de sus principales propósitos el de servir de contrapeso a aquellos menosprecios, ignorancia y malentendidos, para no hablar de esas deformaciones malintencionadas.

Pero, por otro lado, debemos recordar que toda esta Primera Parte, fue concebida , adicional y decisivamente como paso provisional, necesario, pero no suficiente para una cabal comprensión de la producción de Cueva sobre la democracia en América Latina.

En ese sentido y no obstante tratarse de una primera aproximación, consideramos haber avanzado en la exposición de elementos teóricos, metodológicos, temáticos y, ocasionalmente, hasta vitales para una adecuada recuperación del tratamiento del tema de la democracia entre nosotros.

De todos modos, es esa una cuestión que podrá despejarse al explorar el tema que es objeto de la Segunda Parte del presente.

Por otro lado y paradójicamente resulta muy difícil, si no es que imposible recuperar las conclusiones de todos y cada uno de los problemas, temas y casos tratados, en diferentes momentos de la exposición, definida, sobre todo por un itinerario cuyos propósitos principales hemos hecho explícitos con anterioridad.

Así y todo una primera conclusión que puede extraerse del camino recorrido es que aquellos calificativos de dogmatismo o simplismo que en algún momento se imputaron a los trabajos de Cueva o a él mismo, carecen de fundamento.

Otro saldo favorable de esta Primera Parte, es que tenemos aquí un primer esquema de periodización bastante apegado a la génesis, desarrollo teórico y temático de la obra de Agustín Cueva; periodización que puede permitir avanzar a una mejor contextualización de los distintos momentos de su producción.

Esa periodización representa un esquema que permite discriminar las diferentes configuraciones teóricas que organizan la obra de Cueva en diferentes momentos y, por tanto, permite identificar la consistencia igualmente diferencial de sus ensayos según el período de que se trate.

Con todas las limitaciones que puedan atribuírsele, consideramos que ese esquema sí permite observar la producción cuevana, como consecuencias de un conjunto de los principales temas que abordó; tarea nada sencilla, habida cuenta de que se trató, concomitantemente, de un esfuerzo de recuperación de los temas representativos de los candentes momentos latinoamericanos y mundiales que le tocó vivir.

También puede encontrarse un balance del esfuerzo marxista-leninista por caracterizar nuestras sociedades, los principales problemas que ha enfrentado y sus perspectivas y vías de superación.

Para finalizar, deseamos recordar que, en un bello y elocuente artículo periodístico dedicado a honrar la memoria de Georg Lukács, en el centenario de su nacimiento, Cueva dio muestras, una vez más del dominio de tan difícil género. Con su conocida destreza en el manejo económico de la exposición, nos muestra un balance crítico de la obra de Lukács, que exhibe algunos de los hitos claves de la trayectoria del pensador húngaro. Reconociendo el desistimiento de Lukács a seguir trabajando en la reflexión filosófica, Cueva consigna ahí ese enigma, en los términos referidos en la cita que nos sirve de epígrafe a estas conclusiones.

En ese sentido y si bien todo el trabajo precedente puede ser visto, en gran medida como un modesto homenaje al esfuerzo de toda una vida representada por nuestro autor, no podemos terminar sin señalar que, a diferencia de aquel entrañable pensador húngaro, Agustín Cueva no encontró, para bien de nuestro patrimonio, su bálsamo de Fierabrás y hasta el final de su vida siguió, aún en los pereros momentos, luchando por la liberación integral de Nuestra América y allende sus fronteras. Esa luchase caracterizó por una paciente y apasionada recuperación de nuestra historia. Es la reconstrucción de ese sentido histórico el que intentamos subrayar en las dos extensas citas de Jorge Enrique Adoum y del propio Cueva con las que iniciamos la exposición del presente trabajo en su conjunto. Sólo que el sentido histórico que ahí se subraya indica los costos de carecer de memoria, el precio que habría que pagar o seguir pagando si se descuida la lucha por conquistas y defender ese sentido histórico.

Notas

- 1) Cueva, Agustín, *Entre la ira y la esperanza. Ensayos sobre la cultura nacional*, Quito, Ed. Planeta del Ecuador, 1987, p. 153 (la primera edición data de 1967).
- 2) Cueva, Agustín, "Veinte años después", en *Entre la ira y la esperanza. Ensayos sobre la cultura nacional*, Quito, Ed. Planeta del Ecuador, 1987, p. 12, subrayado nuestro.
- 3) Cueva, Agustín, *Las democracias restringidas de América Latina. Elementos para una reflexión crítica*. Quito, Ed. Planeta-Ecuador, 1987, p. 41.
- 4) Cerutti, Gulberg, Horacio, "Notas para una teoría del ensayo (primera aproximación)", en Varios autores *El ensayo en Nuestra América: para una reconceptualización*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Colección El ensayo iberoamericano, 1993, p. 17.
- 5) Tinajero, Fernando, "Prólogo" a Cueva, Agustín, *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta, Colecc. Letraviva, 1993, p. 6. El trabajo del que hemos extraído la cita, constituye el Prólogo al probablemente último volumen del que se ocupara Cueva. Fechado en Quito en septiembre de 1992, el texto exhibe una especial tensión personal y profesional, de la cual dan idea las palabras con que Tinajero cierra el mismo: "Me he ocupado de la edición de estos postreros papeles de mi amigo de toda la vida por el encargo que él mismo me hiciera. Después de su muerte física, su espíritu sigue viviendo aquí y vivirá en todos cuantos sepan leerle y sacar las consecuencias". No menos enfático y sin ahorro de simpatía, Alejandro Moreano ha llegado a considerar la obra de Cueva como identificada con el momento histórico que le tocó vivir: "Ciertas vidas se corresponden tan profundamente con la época, que ciclos vitales y ciclos históricos son idénticos. La vida intelectual de Agustín Cueva fue una sola con la época excepcional que nació con la revolución cubana y culminó con la crisis del Este europeo". Cfr. El Prólogo al trabajo de Fernanda Beigel, *Agustín Cueva: Estado, sociedad y política en América Latina*, Quito, Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1995, p. 7.
- 6) Cueva, Agustín, "Reflexiones sobre el desarrollo contemporáneo de los estudios latinoamericanos en México", en Varios autores, *Balance y perspectivas de los estudios latinoamericanos*, México, Ed. Coordinación de Humanidades/Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, p. 103.
- 7) Verdesoto, Custode, Luis, "Hacia una relectura de Agustín Cueva" (Ponencia General), en *500 años; historia, actualidad y perspectiva; Seminario sobre Agustín Cueva Dávila*, Cuenca, Universidad de Cuenca, Facultad de Filosofía, CONUEP, ILDIS, 1993, p. 20.
- 8) Por ejemplo, se interpreta de manera insistente que *Entre la ira y la esperanza. Ensayos sobre la cultura nacional*, se propuso enfrentar el problema de la identidad ecuatoriana. Caso del trabajo de Luis Verdesoto Custode, quien caracteriza una primera etapa temática en la producción

de Cueva en los términos siguientes: “La primera [etapa, FCT], [...] es la producción alrededor de la Sociología de la Literatura, marcada por su libro ‘Entre la ira y la esperanza’ y por su irresuelta relación con el tema nacional. Cabe recordar que Cueva inicia y culmina su ciclo vital y de producción intelectual en este tema, asumiendo, a través de la reiterada demanda del público por ese texto, sus conclusiones iniciales. Una matriz es ciertamente, el conflicto que existe en la asimetría de la mezcla del mestizaje, la cuestión indígena y las clases fundamentales del capitalismo no ‘coinciden’ generando desarticulaciones en la acción política entre lo nacional, lo estatal y lo popular. El mestizaje no asumido como valor ‘positivo’ de construcción de una sociedad alternativa o de la sociedad democrática no es un problema de Cueva sino de la sociedad nacional”. Cfr. Verdesotto, Custode, Luis *Op. Cit.*, p. 23. Por su parte, Alejandro Moreano estima que en esa fase: “Agustín vivió un doble tránsito del ensayo literario y social a la investigación sociológica; de una formación clásica –Max Weber, Durkheim- al marxismo”. Proponiendo como elementos explicativos, los siguientes: “Eran los tiempos de las formas nacionales del pensamiento revolucionario Mao Tse Tung y el tío Ho, Fanon, el Che-; en que América Latina vivió la emergencia de los intelectuales radicales, espacio social e histórico análogo a aquel en que se formó el joven Marx. Las obras fundamentales de Cueva fueron ‘Entre la ira y la esperanza’ y ‘El proceso de dominación política en el Ecuador’ que incluía un imaginativo ensayo de Velasco Ibarra y que, con ‘Ecuador, pasado y presente’ del cual fue coautor, fueron los textos fundadores del moderno pensamiento social ecuatoriano. ‘Entre la ira y la esperanza’, es uno de sus libros fundamentales, en el que realizaba una implacable disección de la cultura colonizada que había imperado en el Ecuador hasta los treinta y señalaba los caminos de una nueva cultura, crítica, y contestataria”. Cfr. Su texto “Agustín Cueva”, que hace las veces de Prólogo al libro de Fernanda Beigel *Agustín Cueva: Estado, sociedad y política en América Latina*, Quito, Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”, 1995, p. 8. Para Raquel Sosa, en cambio: “,, quisiera destacar un par de ideas que me parece ilustran bien el sentido que Agustín dio a esta obra. Su preocupación era descubrir las características fundamentales de la identidad ecuatoriana, y por qué en el Ecuador, a diferencia de otros países de América Latina no ha podido –o no había podido- formarse una verdadera cultura nacional ni tampoco una perspectiva de lucha que permitiera a las clases subalternas plantearse, encaminarse hacia una revolución”. Cfr. Sosa, Raquel “Agustín Cueva en la memoria”, en Marini, Ruy Mauro y Millán Mágina (coord.) *La teoría social latinoamericana*, T: III, *La centralidad del marxismo*, México, Ed. UNAM-El Caballito, 1995, pp. 293-294.

- 9) Las apreciaciones siguientes de Adrián Carrasco Vintimilla ejemplifican en alguna medida el obstáculo al que nos referimos: “el propio Agustín [...] en la introducción a la quinta edición de *Entre la ira y la esperanza* se pregunta hasta qué punto su libro puede ser considerado como una obra verdaderamente marxista. Hoy por hoy podríamos considerar que este

problema de filiación resulta irrelevante, pues lo cierto es que Entre la ira y la esperanza propició un temprano viraje, tal vez una ruptura, en la interpretación del desarrollo social y cultural del Ecuador” Cfr. Carrasco Vintimilla, Adrián, “El desarrollo de las ciencias sociales en el Ecuador: una visión desde la universidad provinciana”, en *500 años ; historia, actualidad y perspectiva; Seminario sobre Agustín Cueva Dávila*, Cuenca, Universidad de Cuenca, Facultad de Filosofía, CONUEP, ILDIS, 1993, p. 37, subrayado nuestro.

- 10) Cueva, Agustín “Sobre exilios y reinos (Notas) críticas sobre la evolución de la sociología sudamericana”, en *Estudios Latinoamericanos*, México, revista del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, Vol. III, Año 3, ene-jun de 1988, Núm. 4, pp. 8-15.
- 11) Anecdóticamente, Adrián Carrasco Vintimilla rememora la profunda impresión que Cueva causara en el año de 1970, por su dominio del campo literario, en una de sus primeras participaciones: “Cueva deslumbró por la agudeza de sus juicios y por la implacable lógica de sus conclusiones. En el salón auditorio, repleto hasta no más, se extendía una sensación de desconcierto, se podría decir que hasta de impotencia: con una irreverencia a la que no estábamos acostumbrados, se había tratado de cortar la cabeza de algunos innombrables de la cultura ecuatoriana. Arturo Ramírez, amigo-profesor, expresó con disgusto el sentir de buena parte de los asistentes: ‘Cueva es un tramposo. Empieza sosteniendo su desconocimiento de la literatura, y cuando todo el mundo está dispuesto a tratarle con cierta benevolencia, termina demostrando que es en realidad lo que más conoce’”. Cfr. Carrasco Vintimilla, Adrián, “El desarrollo de las ciencias sociales en el Ecuador: una visión desde la universidad provinciana” en *500 años; historia, actualidad y perspectiva; Seminario sobre Agustín Cueva Dávila*, Cuenca, Universidad de Cuenca, Facultad de Filosofía, CONUEP, ILDIS, 1993, pp. 36-37.
- 12) Cueva Agustín “Sobre exilios y reinos (Notas) críticas sobre la evolución de la sociología sudamericana”, *Cit.* p. 14, subrayado nuestro.
- 13) Por supuesto los antecedentes críticos de la literatura ecuatoriana distan mucho de agotarse en estos dos autores. El propio Cueva expondrá una selección, por demás significativa, que va desde el período previo a la independencia del país hasta aquellos que tuvieron lugar durante el siglo XIX. Cfr. Su estudio *La literatura ecuatoriana*, Buenos Aires, (Enciclopedia literaria, 29), Centro Editor de América Latina, 1968. Este trabajo fue reeditado como parte del volumen *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta Ecuador, Colecc. País de la Mitad, No. 3, 1986; en esta edición las páginas en que se localiza la referencia aludida son 29-55.
- 14) La cita es de Alfredo Pareja Diezcanseco y fue tomada, según indica el propio Cueva, del trabajo “Breve panorama de la literatura de ficción en el Ecuador contemporáneo”, en *Varios: Trece años de cultura nacional*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1957, p. 18. Para nuestra propia referencia, Cfr. Cueva, Agustín, “Literatura y sociedad en el Ecuador:

- 1920-1960 (en una perspectiva latinoamericana)", Cueva Agustín *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta, Colecc. Letraviva, 1993, p. 123.
- 15) *Ibid.* pp. 134-5.
 - 16) Cueva, Agustín, "En pos de la historicidad perdida (contribución al debate sobre la literatura indigenista del Ecuador)", en *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta Ecuador, Colecc. País de la Mitad, No. 3, 1986, pp. 176-178, negritas nuestras.
 - 17) Además de "En pos de la historicidad perdida..." recién citado, y que data de 1978, testimonios de esa defensa son los trabajos iniciales dedicados a Icaza con fechas tan distantes como "Jorge Icaza" que data de 1968, así como su "'Collage' tardío en torno de Láffaire'Palacio", uno de sus últimos trabajos y que apareciera en su libro *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta, Colección Letraviva, 1993, pp. 143-167..
 - 18) Aunque con esto adelantamos elementos clave de la evolución de la obra cuevana, podemos decir que Icaza no es, por cierto, el único autor al que Cueva dedicará este tipo de consideraciones. Al respecto, es elocuente su evaluación de los análisis de Fray Bartolomé de Las Casas, en su trabajo *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales*, que data de 1987: "Lo cual no quiere decir que en los textos inspirados por una ética progresista no pueda haber *ideas justas* ni juicios acertadamente *críticos* sobre los efectos del sistema; más una cosa es percibir éstos y denunciarlos y otra conocer la estructura y leyes que determinan su constante producción. Si algún ejemplo habría que dar sobre la diferencia entre estos dos niveles de aprehensión de la realidad, quizá no habría otro mejor que el de la comparación de una obra como la de fray Bartolomé de las Casas, que descubre con minuciosidad, dolor e ira los efectos de la acumulación originaria de capital en América Latina, pero sin ningún conocimiento teórico de ese proceso, y los capítulos correspondientes de *El capital*, de Marx, que arrojan luz sobre los acontecimientos aunque apenas se refiera a ellos". Cfr. *Op. Cit.*, Quito, Ed. Planeta del Ecuador, 1987, p. 93.
 - 19) Cerutti Guldberg, Horacio, *Memoria comprometida*, Heredia, Ed. Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Costa Rica, septiembre de 1996, pp. 58-9.
 - 20) Cueva, Agustín, "Claves para la literatura ecuatoriana de hoy", en *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta Ecuador, Colecc. País de la Mitad, No. 3, 1986, p. 189.
 - 21) Cueva, Agustín, "Literatura y sociedad en el Ecuador: 1920-1960 (en una perspectiva latinoamericana)", en *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta, Colección Letraviva, 1993, pp. 140-141.
 - 22) Cueva, Agustín, "Los sepultureros de nuestra Cultura", en *Indoamérica*, 66, Quito, No. 6, Año II, enero-mayo, p. 372.

- 23) Cueva, Agustín, “Veinte años después”, en *Entre la ira y la esperanza. Ensayos sobre la cultura nacional*, Quito, Planeta-Ecuador, Quinta edición, 1987, p. 10.
- 24) *Ibid.* pp. 8-9, subrayados nuestros.
- 25) Injusto sería, sin embargo, desconocer que sí ha habido autores que han hecho notar este reconocimiento llevado a cabo por Cueva. Es el caso de Raquel Sosa quien en su bello y conmovedor trabajo, “Agustín Cueva en la memoria”, expresa: “Desde que lo conocí me llamó la atención, y esto lo cité ya en algún otro momento, el hecho de que, en la introducción a la quinta edición de *Entre la ira y la esperanza*, Agustín reconociera que a él nunca le llamaron la atención los autores propios de su profesión. En realidad, sus fuentes –y esto es una cuestión muy importante- él las ubicaba como fuentes de otras procedencias, fundamentalmente filosóficas y literarias. Él reconocía, en primer lugar, una gran influencia de Jean Paul Sartre, de Roger Garaudy, de Lukács, de Lucien Goldmann, de Paul Nizan, autores todo muy comprometidos en la vida política de su época y con una clara orientación humanística, que los llevó a considerar el problema de la existencia, del individuo, del ser humano, como el más definitivo y en torno al cual debiera girar toda reflexión que se haga sobre la sociedad”. Cfr. Su trabajo citado que apareció en Marini, Ruy Mauro y Millán Mágina (coord.) *La teoría social latinoamericana*, T: III, *La centralidad del marxismo*, México, Ed. UNAM-El Caballito, 1995, p. 294.
- 26) Cueva Agustín *Entre la ira y la esperanza. Ensayos sobre la cultura nacional*, Quito, Planeta-Ecuador, Quinta edición, 1987, p. 108.
- 27) Barthes, Roland, *Mitologías*, México, Ed. Siglo XXI, 1994, décima edición en español, p.7. La primera edición por esta editorial data apenas de 1980 (la primera en francés es de 1957), negritas nuestras.
- 28) Levi- Strauss, Claude *Tristes Trópicos*, Barcelona, Ed. Paidós, segunda edición española, 1992, p. 59.
- 29) Barthes, Roland, *Op Cit.*,. Nota al pie de la página 199.
- 30) *Ibid.* p. 9.
- 31) Levi-Strauss, Levi *Op Cit.* p. 56, negritas nuestras.
- 32) Cullen, Jonathan, *Barthes*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1987.
- 33) “Uno no es Faulkner o Barthes cuando desea sino cuando posee el *background* que ciertos proyectos requieren”. Cfr. Cueva Agustín “Claves para la literatura ecuatoriana de hoy”, en en *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta Ecuador, Colecc. País de la Mitad, No. 3, 1986, p. 199.
- 34) Lo cual puede reconocerse, además de una lectura atenta de sus trabajos, de observaciones como la que llevara a cabo en el Prólogo a la segunda edición francesa de *Mitologías*, que data de 1970: “[...] lo que permanece, además del enemigo capital (la Norma burguesa), es la necesaria conjunción de estos dos gestos: ni denuncia sin su instrumento fino de análisis, ni semiología que no se asuma finalmente, como una *semioclastia*. Cfr. Barthes, R. *Mitologías*, *Op. Cit.* p. 7, subrayado del autor.

- 35) *Ibid.* pp. 232-233.
- 36) *Ibid.* p. 237.
- 37) *Ibid.* pp. 235-236, subrayado del autor.
- 38) *Ibid.* p. 199.
- 39) *Ibid.* p. 238.
- 40) *Ibid.* p.7.
- 41) *Ibid.* p. 8-9.
- 42) *Ibid.* p. 200.
- 43) Barthes, Roland, *El grado cero de la escritura*, México, Ed. Siglo XXI, 1993, p. 11.
- 44) *Ibid.* pp. 11-12.
- 45) *Ibid.* p. 15.
- 46) Cfr las siguientes consideraciones provenientes de “El método materialista histórico aplicado a la periodización de la literatura ecuatoriana” que data de 1980: “Puede sonar a paradoja, pero la delimitación de lo literario es siempre extraliteraria” en *Lecturas y rupturas: diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Plantea Colecc, País de la Mitad, número 3, segunda edición, 1992 (primera edición, 1986), p. 12.
- 47) Barthes, Roland, *El grado cero de la escritura*, Op. Cit. p.29-30.
- 48) *Ibidem.*
- 49) Barthes, Roland, *Mitologías*, Op. Cit. p. 244.
- 50) Levi-Strauss, Claude *Tristes Trópicos*, Barcelona, Ed. Paidós, segunda edición española, 1992, p. 61, subrayado en el original. La primera edición data de 1955.
- 51) Cueva, Agustín, “El método materialista histórico aplicado a la periodización de la historia de la literatura ecuatoriana: algunas consideraciones teóricas”, en *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta Ecuador, Colecc. País de la Mitad, No. 3, 1980, p. 17. La primera edición data de 1986.
- 52) Cueva, Agustín, *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales*, Quito, Ed. Planeta del Ecuador, 1987, p. 99.
- 53) *Ibid.* pp. 17-18.
- 54) *Ibid.* p. 19, subrayados del autor.
- 55) Cueva, Agustín, “Veinte años después”, en *Entre la ira y la esperanza. Ensayos sobre la cultura nacional*, Quito, Planeta-Ecuador, Quinta edición, 1987, p. 20.
- 56) Cueva, Agustín, “El desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período”, en *Teoría social y procesos políticos*, México, Ed. Edicol, 1979, p. 76 (En nota bibliográfica, el autor indica que ese trabajo fue presentado como ponencia en el simposio sobre “Crisis y crítica de las ciencias sociales en Puerto Rico”, en mayo de 1978).
- 57) Tinajero, Fernando *De la evasión al desencanto*, Quito, Ed. El Conejo, 1987, pp. 91-92. De todos modos, la descripción más completa que hemos encontrado al respecto, está contenida en el texto de Fernando Tinajero recién citado. El mismo autor anunció un trabajo cuyo título sería

- Pegasso y los fusiles* (que no tenemos información de si finalmente fue publicado) y que el autor adelantaba como un estudio más minucioso al respecto).
- 58) *Ibid.* p. 92, subrayado nuestro. A su turno y limitándolo al ámbito específicamente literario, Cueva afirma: "... aquél grupo [se refiere a los tzántzicos, FCT] devino el centro de gravitación de una constelación en la que fueron aglutinándose nuevas agrupaciones, revistas y cafés literarios, sin lo cual sería absolutamente incomprensible nuestro desarrollo literario ulterior". Cfr. Cueva, Agustín "Claves para la literatura ecuatoriana de hoy", en *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta Ecuador, Colecc. País de la Mitad, No. 3, 1986, p. 193.
 - 59) Tinajero, Fernando, *Op. Cit.* pp. 87-89.
 - 60) Suárez, Cecilia, "Los movimientos culturales", en *Revista de investigaciones*, de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Sede Cuenca, Año 3, No. 4, Junio de 1990, pp. 5-47.
 - 61) *Ibid.* p. 9.
 - 62) *Ibidem.*
 - 63) Cueva, Agustín, "'Collage' tardío en torno de Láffaire'Palacio", uno de sus últimos trabajos y que apareciera en su libro *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta, Colección Letraviva, 1993, pp. 152-3.
 - 64) *Ibidem.*, subrayado en el original.
 - 65) *Entre la ira y la esperanza... Op. Cit.* p. 60.
 - 66) Carrasco Vintimilla, Adrián "El desarrollo de las ciencias sociales en el Ecuador: una visión desde la universidad provinciana", en *500 años; historia, actualidad y perspectiva; Seminario sobre Agustín Cueva Dávila*, Cuenca, Universidad de Cuenca, Facultad de Filosofía, CONUEP, ILDIS, 1993, pp. 36-37.
 - 67) Cerutti Guldberg, Horacio "Aproximación a la historiografía del pensamiento ecuatoriano", en Cerutti Gulberg, Horacio *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, Guadalajara, Ed. Universidad de Guadalajara, 1986, p. 38.
 - 68) Cueva, Agustín, "El uso del concepto de modo de producción en América Latina: algunos problema teóricos", en Varios autores *Modos de Producción en América Latina*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1979, segunda edición (la primera edición data de julio de 1978), pp. 38-39.
 - 69) *Entre la ira...*, *Op. Cit.* pp. 139-140.
 - 70) En palabras del autor: "Mito y verdad de la 'cultura mestiza' [...] fue publicado por primera vez en el No. 4-5 de la Revista *Indoamérica* de julio-diciembre de 1965". Aclarando que el texto se incluye "en este libro con algunas modificaciones tendientes a completarlo". Cfr. *Entre la ira...* , *Op. Cit.* p. 111.
 - 71) *Ibid.* p. 67.
 - 72) *Ibidem.*
 - 73) *Ibid.* p. 25.

- 74) *Ibid.* pp. 26-27.
- 75) *Ibid.* 30.
- 76) *Ibid.* p. 31.
- 77) *Ibid.* pp. 38-39.
- 78) *Ibid.* pp. 39-40, cursivas en el original.
- 79) *Ibid.* pp. 48-49.
- 80) *Ibid.* p. 52.
- 81) *Ibid.* p. 54.
- 82) *Ibid.* p. 56.
- 83) *Ibid.* pp. 9-10. Respecto a la distancia que el autor habría tomado respecto al volumen: “Este libro, que ahora cumple dos décadas de vida, ocupa un lugar bastante extraño dentro de mi trayectoria intelectual. No me atrevo a decir que renequé tempranamente de él puesto que tal afirmación sería desmentida por el solo hecho de haber autorizado por lo menos una de sus reediciones: la que estuvo a cargo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, con el patrocinio del poeta y amigo Efraín Jara. En cambio, es verdad que a partir de determinada etapa de mi vida tomé tanta distancia con respecto a *Entre la ira y la esperanza*, que fui el primer sorprendido al descubrir, durante el Segundo Encuentro sobre Literatura Ecuatoriana realizado en Cuenca en 1980, que dicho libro seguía teniendo cierto grado de aceptación entre el público ecuatoriano, incluso de la joven generación. Antes y después de este evento había leído (en artículos de Horacio Cerutti, por ejemplo), o escuchado decir que aquél seguía siendo mi mejor trabajo, mas nunca supe bien cómo asimilar tal opinión: si con una reacción de orgullo hacia el primogénito, o si más bien con cierto sentimiento de frustración por mi eventual estancamiento. Sea de ello lo que fuere, este libro permaneció mucho tiempo confinado en un rincón empolvado de mi memoria, casi como un pecado inconfesable de juventud. Jamás hice el menor esfuerzo por darlo a conocer fuera del Ecuador (muchos de mis mejores amigos no ecuatorianos simplemente ignoran su existencia), pese a que, en el momento en que apareció, fue acogido favorablemente por la poca crítica extranjera a cuyas manos llegó (cuatro o cinco reseñas que se publicaron en México, España, Francia y algún otro país que no recuerdo)”. Cfr. “Veinte años después”, *Op. Cit.* pp. 7-8.
- 84) *Ibid.* p. 14.
- 85) *Ibid.* pp. 31-32, subrayados en el original. De la superación de esta orfandad dan testimonio, líneas como las siguientes, fruto de la candente polémica que el autor enfrentaría con los teóricos dependentistas, ya ubicados en 1974: “... yo no encuentro escandaloso, por ejemplo, el que se pretenda remplazar el concepto de modo de producción feudal por el de ‘modo de producción basado en la explotación de la fuerza del trabajo de los indios’ [concepto sugerido por Ciro Cardoso, FCT]; sólo que me gustaría saber qué ganamos con ello y que se me precisen algunos puntos: ¿Cómo se arrancaba en este caso el trabajo excedente al productor directo? ¿Cuáles eran las relaciones fundamentales de clase que este modo de producción generaba? ¿De qué ‘indios’ se trata

exactamente?: ¿de los esclavos que la Colonia autorizó tomar en la Araucanía a partir de 1608, de los siervos o comuneros de la sierra peruana o boliviana, de las tribus jíbaras, o qué? En fin, ¿qué sucede teóricamente cuando, al lado de las áreas de servidumbre indígena, encontramos áreas de siervos blancos, como ocurre al pasar del centro al sur de la sierra ecuatoriana, por ejemplo? ¿El 'cambio de piel' implica en este caso un cambio automático en el modo de producción? Me he extendido adrede en este punto para que se vea cómo ciertas proposiciones no muy bien fundadas embrollan los problema en vez de resolverlos. Aquí, por ejemplo, lo que se ha hecho al decir 'modo de producción basado en la explotación de la fuerza del trabajo de los 'índios', es tomar un elemento (el 'indio') constituido por determinado modo de producción, y convertirlo en elemento constituyente; lo cual nos coloca, inevitablemente, en un callejón sin salida. El concepto de 'indio', recordémoslo, es un concepto ideológico, perteneciente, por lo tanto, a la superestructura; es decir, a la representación (racista en este caso) con que la clase dominante encubre a la vez que refleja distorsionadamente y, además, solidifica las relaciones sociales reales de producción. Por eso es posible explicar el problema indígena a partir del predominio de cierto modo de producción en vastas áreas de América Latina, sobredeterminado por la situación colonial; pero resulta imposible seguir un camino inverso, esto es, definir un modo de producción específico a partir del concepto de 'indio'. Cfr. Cueva, Agustín "El uso del concepto de modo de producción en América Latina", *Op. Cit.* pp. 39-40.

- 86) *Entre la ira...*, *Op. Cit.* pp. 136-137.
- 87) Cueva, Agustín, "Claves para la literatura ecuatoriana de hoy", en *Lecturas y rupturas: diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta Ecuador, Colecc. País de la Mitad, No. 3, 1986, pp. 193-195.
- 88) Cueva, Agustín "El análisis dialéctico: requisito teórico y político", en Cueva, Agustín *Teoría social y procesos políticos*, México, Ed. Edicol, 1979, p. 61.
- 89) Cueva, Agustín *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales*, Quito, Ed. Planeta del Ecuador, 1987 (primera edición, 1986), pp. 169-170, subrayados nuestros.
- 90) *Ibid.* p. 99, subrayados en el original.
- 91) *Ibid.* pp. 94-95.
- 92) *Ibid.* pp. 99-100.
- 93) *Ibid.* p. 99.
- 94) *Ibid.* p. 8.
- 95) *Ibid.* pp. 85-86, subrayado en el original.
- 96) Cueva, Agustín, "El análisis dialéctico: requisito teórico y político", en Cueva, Agustín *Teoría social y procesos políticos*, México, Ed. Edicol, 1979, p. 62.
- 97) *Ibid.* p. 65.
- 98) Cueva, Agustín *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales*, *Op. Cit.* pp. 13-14.

- 99) Cueva, Agustín “El método materialista histórico aplicado a la periodización de la literatura ecuatoriana: algunas consideraciones teóricas”, en *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador, Op. Cit.* pp. 10-11.
- 100) *Ibid.* p. 11.
- 101) *Ibid.* pp. 11-12.
- 102) *Ibid.* p. 12.
- 103) *Ibid.* pp. 12-14).
- 104) *Ibid.* p. 15.
- 105) *Ibid.* p. 18-19.
- 106) *Ibid.* p. 11.
- 107) *Ibid.* p. 19.
- 108) Cueva, Agustín “Jorge Icaza”, en *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador, Op. Cit.*, p. 69.
- 109) Cueva, Agustín *El proceso de dominación política en Ecuador*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1974, p. 7.
- 110) *Ibid.* pp. 10-11.
- 111) Cueva, Agustín “El uso del concepto de modo de producción en América Latina: algunos problema teóricos”, en Varios autores *Modos de Producción en América Latina*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1979, pp. 27-46. (primera edición, 1978). El ensayo es recuperado en el libro del propio autor, *Teoría social y procesos políticos*, México, Ed. Edicol, 1979, pp. 40-59. En este mismo volumen se encuentra “Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia”, en las páginas 15-39.
- 112) Cueva, Agustín “El uso del concepto de modo de producción en América Latina: algunos problemas teóricos”, *Op. Cit.* pp. 27-28.
- 113) *Ibid.* pp. 28-29.
- 114) *Ibid.* p. 33.
- 115) *Ibidem.*
- 116) *Ibid.* p. 37.
- 117) *Ibid.* p. 38.
- 118) No por nada Fernanda Beigel ha llegado a considerar que la obra de Cueva es un referente que permite evaluar todo un período de las ciencias sociales en América Latina: “Cueva, agudo crítico de la situación de la sociología en el continente, nos permite realizar un balance del estado de la cuestión en un momento difícil, donde la mirada hacia atrás es una forma de intentar nuevas vías de solución a las diversas vicisitudes por las que atraviesan hoy los estudios sobre lo social”, Cfr. Fernanda Beigel *Agustín Cueva: Estado, sociedad y política en América Latina*, Quito, Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1995, p. 26. En 1995, la socióloga argentina dedicó su tesis de grado a la exploración de la obra de Cueva, con especial énfasis en la consideración del debate que el sociólogo ecuatoriano tuviera con destacados representantes de la teoría de la dependencia. Al paso resulta conveniente señalar que, tras una detenida lectura de ese texto, meritorio en muchos sentidos, tomamos la decisión de no incursionar en su puntual recuperación en la medida en que la perspectiva adoptada por la autora, sugerente en cuestiones variadas, podía inducir a desviaciones de lo que nos

proponíamos destacar. Ello no impide señalar que, a nuestro entender, uno de los aportes principales de la aproximación de Beigel es la de haber llamado la atención sobre uno de los puntos clave de un debate solapado la mayor parte de las veces: "... hemos intentado demostrar lo que consideramos constituye un elemento persistente en la producción teórica de Agustín Cueva: la validación del análisis marxista; su interés por establecer su status de ciencia, su posición dentro del campo intelectual y su diferencialidad respecto de la sociología burguesa"; *Ibid.* p. 30

119) Cueva, Agustín *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, *Op. Cit.* p. 7.

120) *Ibid.* p. 67.

121) *Ibid.* pp 66-68.

122) *Ibid.* p. 69.

123) *Ibid.* p. 70.

124) *Ibid.* p. 71.

125) *Ibidem.* Subrayado en el original.

126) Sobre la presunta posición de Vanbirra y DosSantos.

127) *Ibid.* p. 153.

128) *Ibid.* p. 166.

129) *Ibid.* p. 173.

130) *Ibid.* p. 146.

131) Cueva, Agustín *El desarrollo del capitalismo en América Latina: ensayo de interpretación histórica*, México, Ed. Siglo XXI, 1982, sexta edición en español (primera edición, 1977), pp. 48-49.

132) *Ibid.* pp. 41-42.

133) *Ibid.* p. 15.

134) *Ibid.* p. 16.

135) *Ibid.* pp. 37-38.

136) *Ibid.* pp. 87-88.

137) *Ibid.* p. 33.

138) *Ibid.* 32.

139) *Ibid.* p. 23.

140) *Ibidem.*

141) *Ibid.* p. 26.

142) *Ibid.* p. 28.

143) *Ibid.* p. 69.

144) *Ibid.* p. 78.

145) *Ibid.* 80.

146) *Ibid.* 82.

147) *Ibid.* pp. 82-83.

148) Cueva, Agustín "Presentación", en Cueva, Agustín, *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta, Colección Letraviva, 1993, p. 11.

149) Cueva, Agustín, "La espiral del subdesarrollo en las estructuras narrativas de *Cien años de soledad* y *El general no tiene quien le escriba*", en *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta, Colección Letraviva, 1993, p. 31.

- 150) *Ibid.* pp. 44-45.
- 151) *Ibid.* p. 53
- 152) Cueva, Agustín, "Los fundamentos de la ideología colonial (Introducción a los cronistas de Indias)", en *Literatura y conciencia histórica en América Latina, Op. Cit.* p. 68.
- 153) *Ibid.* p.67.
- 154) *Ibid.* p. 67-68.
- 155) *Ibid.* p 68.
- 156) Cueva, Agustín, "El espejismo heroico de la conquista (Alonso de Ercilla y La Araucana)", en *Literatura y conciencia histórica en América Latina, Op. Cit.* pp. 72-73.
- 157) Cueva, Agustín, "La interminable pesadilla del colonialismo (para una lectura desmistificada de Las Casas)" en *Literatura y conciencia histórica en América Latina, Op. Cit.* p. 92.
- 158) *Ibid.* pp.92-93.
- 159) *Ibid.* pp. 95-96.

Segunda Parte
Más allá del mito, por una democracia tercermundista

Segunda Parte

Más allá del mito, por una democracia tercermundista

Pero cuando el mito alcanza toda la colectividad, si se lo quiere aislar, es necesario alejarse de toda la colectividad. Cualquier mito un poco general es realmente ambiguo pues representa a la humanidad; aún la humanidad de aquellos que, al no tener nada, lo toman como suyo.

Roland Barthes, “El mito, hoy”, en *Mitologías*, Ed. Siglo XXI, México, 1994, décima edición en español, p. 254 (primera edición en francés, 1957).

En un recorrido más o menos amplio, en la Primera Parte del presente, hemos intentado explorar los hitos principales del itinerario teórico y temático de Agustín Cueva Dávila. Por la naturaleza misma del material y de los tiempos que corren, nuestra exposición ha estado caracterizada por no pocas interrupciones, esperando establecer, con la mayor claridad posible, las implicaciones de ruptura y continuidad en la obra del sociólogo ecuatoriano. A la luz de esa exploración, su producción debiera percibirse lejos del dogmatismo y simplismo que en algún momento se le llegó a atribuir.

Por el contrario, la obra de Cueva impresiona como un esfuerzo constante y creciente por definir y precisar sus principios, categorías y conceptos, buscando contribuir, a través de la reconstrucción de la complejidad de lo real, a la transformación revolucionaria de nuestras sociedades.

Ahora bien, sostenemos que lo que es válido para la producción cuevana en general, lo es también, para su específico y explícito tratamiento del tema de la democracia entre nosotros.

Reconocerlo requiere ubicar y retomar ese esfuerzo dentro de un proyecto teórico–metodológico ideológico y político, cuyo contexto general hemos trazado en la Primera Parte.

A partir de ahí, debe quedar claro que la adhesión al marxismo por parte de nuestro autor marca un parteaguas para el privilegio de ciertos temas, así como su ubicación en la investigación, para no hablar del modo de tratarlos.

Esto es particularmente relevante llegados al momento de asumir la tarea de mostrar cuándo, por qué y cómo se enfrentó Cueva a la labor de reflexionar específica y sistemáticamente sobre la democracia entre nosotros y qué perspectivas se desprenden de su trabajo.

En ese sentido, puede considerarse que Cueva anunció la tematización *explícita* de la democracia en su trabajo “El fetichismo de la hegemonía”, el cual data de 1984, en donde señala:

...creemos que ya es hora de analizar críticamente algunos de los mitos que últimamente han venido forjándose, y no por casualidad, en torno al problema de la democracia en América Latina (1).

Anuncio que será objeto de variadas recepciones, pero una vertiente especialmente sorprendente es la representada por la siguiente imputación de menosprecio por la democracia, por parte de Carlos Pereyra:

Es falsa la tesis reiterada de manera abusiva por el discurso de izquierda, en el sentido de que –para decirlo con palabras de Agustín Cueva- “la democracia no es un cascarón vacío, sino un continente que vale en función de determinados contenidos”. Si bien es obvio que no se trata de un cascarón vacío, en cambio para nada es evidente de suyo que se trata de un continente que vale en función de determinados contenidos. Por el contrario, es una forma de relación política que vale en y por sí misma. Se puede afirmar, que un régimen democrático no resuelve por sí solo determinados problemas económicos y sociales; se puede decir también que por sí solo no supone la consecución de determinados objetivos socialistas, pero la afirmación de que *sólo* vale en función de determinados contenidos, exhibe el menosprecio de la democracia frecuente en la izquierda (2).

A la distancia, estas atribuciones de Pereyra no pueden menos que asombrar. ¿Cómo es posible que a un destacado intelectual de izquierda le fuera inaccesible el sentido de la propuesta de Cueva? Y sobre todo ¿Cómo mostrar inequívocamente ese sentido? Intentamos a continuación acercarnos a estos candentes problemas, cuya respuesta es, simultáneamente la exposición de nuestra propia exploración del tema central que nos ocupa.

Para ello quizá no haya mejor opción que iniciar con una visión panorámica del tratamiento sobre la cuestión por parte de Cueva.

Antecedentes de la preocupación por la cuestión de la democracia en la producción de Agustín Cueva

En ese sentido, podría decirse que, consideraciones relacionadas al tema de la democracia, pueden ser reconocidas tempranamente en la producción del sociólogo ecuatoriano. Es el caso de su iracundo reclamo, publicado en *Indoamérica*, en relación a la invasión de República Dominicana en 1965 por tropas estadounidenses, bajo el título de “La historia humillada”:

Hasta ahora América ha sido una colonia con indiscutibles privilegios. Económica, social y políticamente sometida, se le ha permitido, por lo menos, la ilusión de poder darse los gobiernos que quería. Con un pueblo completamente ajeno a las responsabilidades políticas –consecuencia evidente del subdesarrollo-, América se complacía con un espejismo llamado democracia, y creía ingenuamente que las urnas expresaban su soberana voluntad: no podía, en su inmadurez, comprender que desde afuera se movían los hilos del mecanismo político para asegurar firmemente esa decantada “fidelidad a los valores de Occidente”. No podía tampoco comprender qué era aquello de “Occidente”, puesto que no le era dable comprenderse a sí misma en función del mundo. Y cuando los intelectuales denunciaron el mito de Occidente, encontraron en la cárcel el testimonio de que, efectivamente, América era fiel a los valores Occidentales.

Pero ahora ese sueño ha terminado para la gran mayoría de los americanos, y está cerca de terminar para el resto. Con inobjetable cinismo la Metrópoli nos ha hecho ver muy claramente quién pone y depone los gobiernos de América (3).

Antecedente que, si bien limitado por la perspectiva filosófica dominante, sobre la que ya hemos hablado en la Primera Parte del presente, recibirá un primer tratamiento integral en los trabajos contenidos en *Entre la ira y la esperanza (Ensayos sobre la cultura nacional)*.

Al respecto, puede ahí reconocerse que, aunque el tema de la democracia es tan sólo aludido en dos ocasiones, ya se insinúa la adopción de una perspectiva totalizadora del devenir social. En efecto, en su caracterización del surgimiento de la narrativa ecuatoriana de “ruptura”, esto es, con *A la costa* y la del Grupo de Guayaquil así como del indigenismo de Icaza, Cueva señala:

Pero el siglo XX es, ante todo, la edad de la narrativa. Ha visto nacer, crecer, desarrollarse y declinar el relato realista. Este nace con *A la costa, y su itinerario (cuyo apogeo se encuentra en la generación de Guayaquil y el indigenismo) coincide con la democratización insuficiente pero innegable del país* (4).

En este sentido también de alusión es que también deben tomarse las palabras con que remata ese trabajo, por lo demás pionero en muchos sentidos:

Agobiados por el peso de las condecoraciones oficiales, y sobre todo por la responsabilidad que significa tener que defender este Orden ejemplar amenazado por las fuerzas del Mal –que nunca se podrán desterrar ni siquiera con el buen ejemplo ¿verdad?- así caminan hoy nuestros antepasados socialistas. Van a los diarios rectores del pensamiento nacional en donde se abrazan con el padre Sánchez Astudillo –ah! El señor Cardenal es al lado de ellos un impío; o a los banquetes oficiales para felicitar *a las autoridades que el pueblo “libremente” elige*. Y cansados ya, se sientan por la noche a escribir artículos en defensa de nuestros “productores agrícolas” a quienes (Oh, qué tiempos!) hasta algunos curas quieren hoy arrebatarles parte de sus legítimas propiedades, ganadas con el sudor de sus manos y frente desde hacer cuatro y medio siglos... (5)

En efecto, el entrecomillado en el enunciado subrayado por nosotros, implica, por sí mismo un reconocimiento, en negativo si se quiere, del ejercicio “democrático” en el país (6), pero también un contexto teórico del propio Cueva que hemos examinado en la Primera Parte de este trabajo.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que aquí se encuentra la supervivencia de esa visión especulativa, que, como vimos, fue objeto de una evaluación autocrítica en el texto “Veinte años después”. Sin embargo y para la especificidad del tema, sí resulta conveniente señalar que, de aquí en más, Cueva, de derecho,

considerará directa o tangencialmente el tema; cuestión que parece contribuir a una impresión errónea de su posición, interés, en fin, de sus aportes, en relación con la cuestión de la democracia entre nosotros, como en el caso extremo de Pereyra.

A su turno *El proceso de dominación política en Ecuador*, más allá de la supervivencia de cierta forma (el uso reiterado de términos como “clase alta” o “clase media” o “baja”), el esquema de interpretación histórica del proceso político ecuatoriano está regido en lo fundamental por una perspectiva materialista y una primera caracterización clasista, justamente del nivel político de dominación en el Ecuador.

Consideración que nos permite señalar que se trata de un trabajo de transición en la trayectoria de Cueva y hasta podría afirmarse que, en lo fundamental, marca los puntos principales de la trayectoria posterior del autor.

Aquí ya puede encontrarse, en efecto, la visión general en donde la democracia es reconocida como una forma instaurada por la burguesía en una constelación compleja:

La actitud antiélite, que contribuyó a la organización de las primeras agrupaciones obreras, y teóricamente al menos, hasta llegó a aliarse con los campesinos indígenas, puede explicarse en el Ecuador por varias razones, pero sobre todo porque, como lo señalamos en el primer capítulo, *la revolución liberal aceleró notablemente la democratización política y cultural del país más no en igual medida su democratización económica* (7).

Y, concomitantemente, una exploración que permitió una interpretación materialista del velazquismo, también pionera en muchos sentidos:

En una visión histórica de conjunto, el velazquismo no puede aparecer sino como lo que objetivamente es: un elemento de conservación del orden burgués, altamente “funcional” por haber permitido al sistema absorber sus contradicciones más visibles y superar al menor costo sus peores crisis políticas, *manteniendo una fachada “democrática”, o por lo menos “civil”, con aparente consenso popular...*(8).

Consideraciones que el autor ratifica en otros momentos del trabajo. En efecto, después de la descripción del proceso que desemboca en el 15 de noviembre de 1922 y la masacre, un año después, de los campesinos de la hacienda Leyto, afirma:

La democracia de los “patricios liberales” se hallaba decidida a mostrar su carácter represivo con tanto más saña cuanto que sus días estaban contados (9).

Podría decirse, de una manera resumida, que, en realidad, *El proceso de dominación política en Ecuador* no es sino, justamente, el primer intento por reconstruir la génesis, desarrollo y estado que para ese momento guardaba la democracia burguesa en Ecuador y por tanto los alcances y perspectivas históricas efectivamente cumplidas dentro de ese régimen y más allá de él...

A partir de ese momento, según vimos en la Primera Parte, de derecho, Cueva girará temáticamente a tono con las polémicas especificadas por las luchas políticas que de ahí en más se han librado en el subcontinente y cuya especificación ya hemos trazado con anterioridad. Lo cual no obsta para que su preocupación por el tema de la democracia, se mantenga como una constante en sus reflexiones.

En efecto, en *El desarrollo del capitalismo en América Latina. Ensayo de interpretación histórica* (1977), aunque la reconstrucción del desarrollo de nuestras sociedades es el tema principalmente explorado, la cuestión de la democracia es aludida a lo largo de la obra y es punto de llegada, en la medida en que para ese entonces y justamente en 1977 devenía en un tema que concentraba la atención y las definiciones políticas del momento:

El problema del fascismo y en general de los regímenes autoritarios que asuelan el continente plantea al movimiento popular una meta inmediata, cual es la de la lucha en pro de la democracia. La cuestión parece diáfana, más en el momento mismo de enunciarla surge la pregunta clave: ¿de qué democracia se está hablando? En este espacio de contornos indecisos, es obvio que cada quien coloca los contenidos de su conveniencia: la democracia por la que dice

bregar Carter o la que nos propone como “alternativa” la socialdemocracia internacional son una cosa; la democracia avanzada que buscan establecer el proletariado y los demás sectores progresistas de Latinoamérica como etapa conducente al socialismo indudablemente es otra (10).

Así, sobre la cuestión y en cierto sentido guardando un orden cronológico de producción, se pueden reconocer las siguientes consideraciones en *Teoría social y procesos políticos* (1979). En el numeral doce de su intento por no dejar cabos sueltos en la discusión centrada en torno a la teoría de la dependencia y tras subrayar la incapacidad de las burguesías de nuestros países para constituirse en clases hegemónicas, señala:

Su forma “normal” de ejercer la dominación ha sido la dictadura abierta o, por lo menos, el “despotismo”; dictadura que en los casos actuales más extremos se expresa bajo fórmulas fascistas o fascistizantes. Pero, en oposición a este “mal endémico” de nuestras sociedades, se ha ido conformando en el seno del pueblo una larga tradición de luchas democráticas, que la izquierda no siempre ha sabido encauzar y darles organicidad. Articular este tipo de luchas, así como las de liberación nacional (de larga tradición también) y encaminar ambas hacia una perspectiva socialista, es la tarea mayor de la izquierda latinoamericana en el momento presente. Tarea que sólo podrá llevar adelante a partir de una férrea unidad no construida aún (11).

En los ensayos contenidos en ese mismo volumen, las implicaciones sobre la cuestión de la democracia son punto de llegada en no pocas argumentaciones:

.. imprevisible en sus modalidades concretas, el proceso de fascistización de América Latina pasará seguramente a través de múltiples sinuosidades por una fase de democracia avanzada, que prepare las condiciones de la fase siguiente, de transición al socialismo. Ni una ni otra son tareas fáciles: queda por delante un problema de aglutinación de fuerzas, de organización y dirección políticas, y hay una necesidad, más imperiosa que nunca, de unidad de las corrientes verdaderamente democráticas, antiimperialistas y revolucionarias, sin la cual será imposible enfrentar exitosamente a enemigo tan poderoso como el fascismo (12).

En fin, los testimonios sobre la constante preocupación de Cueva respecto de la cuestión de la democracia entre nosotros; no se agotan ni con mucho en los textos y en las condiciones que hemos intentado destacar con el único propósito de mostrar que aquellas imputaciones de menosprecio por la democracia carecen de fundamento.

Por lo demás, Cueva mismo contestaría categóricamente a esa imputación:

Dejo de lado la sutil transformación de mi razonamiento al añadir ese “*sólo*” que es tan ajeno a mi texto como a mi pensamiento y aclaro que, en el plano conciente al menos, no creo contarme entre aquellos que menosprecian la democracia. Pero tampoco creo, ni deseo, incluirme en las filas de quienes estiman que la cuestión de la democracia puede ser considerada en abstracto, “filosóficamente”, por encima de los problemas, contradicciones, articulaciones y correlaciones de fuerzas del mundo real (13).

Apasionada y categórica respuesta, que no deja de poner en tensión y dejar en suspenso una serie de cuestiones al respecto. Por ahora, sin embargo, nos interesa subrayar que, a partir de ahí y hasta el final de su vida, un lugar sobresaliente de la producción de Cueva estará dedicado al tratamiento explícito y sistemático de la democracia y temas relacionados, por razones que deberán quedar claras más adelante.

Ahora bien, hemos sugerido que la consistencia y valor heurístico de esa producción puede apreciarse de un modo diferente a partir de las “Hipótesis para una teoría del ensayo (primera aproximación)” de Horacio Cerutti.

Ensayos: hacia un novedoso conocimiento de Nuestra América

En efecto, desde esta perspectiva puede constatarse cómo el trabajo de Cueva ejemplifica los mejores rasgos del ensayo latinoamericano consignados por el filósofo argentino-mexicano: desde la preocupación por pensar nuestra realidad hasta la recuperación de las voces propias y adversarias, desde la dimensión pedagógica intrínseca a nuestro ensayar hasta la antropofagia del dominador cultural, en el sentido subrayado por Cerutti.

De todo ello hemos tenido ya oportunidad de percatarnos al observar la trayectoria de Cueva a la que hemos consagrado toda la Primera Parte. En este momento, en cambio, es importante exponer en qué sentido esos avances en la teoría del ensayo, ofrecen recursos valiosos para detectar aspectos relevantes de la producción cuevana dedicada a tratar sistemáticamente la cuestión de la democracia, qué elementos podrían exhibir implicaciones que no han sido apreciadas o destacadas suficientemente desde otras perspectivas.

En ese sentido, y según los términos especificados por Cerutti sobre el eventual valor heurístico del ensayo, podemos ubicar nuestra hipótesis de que la producción cuevana sobre la democracia constituye un conocimiento novedoso y sus textos una novedosa reorganización de la cuestión entre nosotros.

Se trataría, entonces, de mostrar la consistencia de la novedad del conocimiento contenido en los ensayos de Agustín Cueva sobre la democracia, así como la novedosa reorganización que, sobre la cuestión, se condensa en esos textos.

Nuestra impresión es que ese valor heurístico se aprecia en su magnitud, si se recuperan algunos elementos subrayados por Cerutti como rasgos constantes y apreciados de la labor ensayística entre nosotros.

En efecto, es el caso del decisivo problema que plantea el lema "pensar nuestra realidad":

"Pensar nuestra realidad" ha sido uno de los lemas constantes y más apreciados de la reflexión filosófica latinoamericanista desde el siglo

pasado. Ahora bien, no por reiterada la consigna se hace más fácil de concretar. *Sólo cabe pensar la realidad a partir del paso por mediaciones que la hacen accesible y, al mismo tiempo, "impermean" su acceso. Es sólo accesible a través de esas mediaciones y son justamente ellas las que obstaculizan el acceso. Me refiero en primerísimo término al lenguaje. Y, por supuesto, al inconsciente, a la ideología, a los prejuicios, a los valores, al poder, etc.* Pretender un acceso inmediato en el sentido de no mediado, a la realidad es fuente de todos los dogmatismos. Es la posición de aquel que dice "tengo la verdad en la mano", "tengo la realidad en la mano y el que no está conmigo está contra mí". Esta peligrosísima ilusión puede llevar a la absurda e inmoderada sugerencia de que el ensayo debe incluir en sí la realidad de modo fotográfico, reflejo directo como en un realismo ingenuo e inmediateista y si así no lo hace caen sobre él todas las acusaciones de incongruencia, no pertinencia, inverificabilidad, pura imaginación, pues. *Con lo cual se pierde de vista, nada menos, que la fuerza constructiva del pensamiento que no puede identificarse sin más con su objeto, sino que debe articular una serie de andamios o prótesis que le ayudan a cercar su objeto y rendirlo ante la fuerza del acoso* (14).

Y esos condicionamientos que hacen accesible y obstaculizan el acceso a la realidad, también son válidos para la producción de Agustín Cueva y, por ello, de esas mediaciones y "andamios" o "prótesis" de los que habla Cerutti, es de los que se trata aquí.

En ese sentido, ya hemos tenido oportunidad de observar en la Primera Parte, la evolución del pensamiento de nuestro autor, como consecuencia de las mediaciones del desarrollo social ecuatoriano y latinoamericano, de experiencias vitales, e incluso la mediación de lecturas que nuestro autor llegó a reconocer explícitamente como hitos en su trayectoria, etc.

Aquí nos proponemos exhibir el impacto que la mitología barthesiana, sobre la cual también hemos adelantado algunas consideraciones, ofrece para iluminar el trabajo de desmistificación llevado a cabo por Cueva en su tratamiento del tema de la democracia.

Por otra parte debe señalarse, y podrá apreciarse más adelante con mayor detenimiento, el relevante papel que ocupa la consideración del Otro en el ensayo

latinoamericano. Tan es así, que podríamos afirmar, sin mayor riesgo de error, que al margen del examen de esa alteridad, sería imposible la explicación de la adopción del carácter mítico asumido por la democracia entre nosotros y, por supuesto, no sólo en nuestras sociedades. Sobre ello volveremos en su momento.

Por ahora baste decir que, complementariamente a lo expresado previamente, nos proponemos mostrar el creativo trabajo mitológico contenido en aquellos ensayos en los que el sociólogo ecuatoriano trató explícitamente la cuestión de la democracia entre nosotros; exhibir ese trabajo como uno de los "andamios" o "prótesis", sobre los cuales nos ha llamado la atención Cerutti, como condicionantes en nuestra pretensión de acceder a la realidad.

En otras palabras, llegamos al punto en el que estamos en condiciones de explorar la cuestión central que ha requerido todo este itinerario previo.

Cuestión que reclama hacer explícitos los criterios que autorizan hablar de un uso mítico de la democracia, de lo que permitiría hablar de un "más allá" de ese carácter mítico, y, en fin, de por qué, ese "más allá", implicaría la adjetivación de la democracia como "tercermundista".

Mitología barthesiana: un andamio novedoso contra el abuso ideológico

Ahora bien, como adelantamos en la Primera Parte, Cueva reivindicó, entre otros textos y autores, *El grado cero de la escritura* y *Mitologías* de Barthes como hitos decisivos que marcaron su formación intelectual.

También hemos afirmado que el núcleo heurístico contenido en esos trabajos barthesianos o, más específicamente, el trabajo mitológico contenido en los mismos, no impactó, en tanto que reflexión semiótica, los textos que a la sazón producía Cueva. Al respecto nos hemos permitido sostener que ello se debía a condiciones diferenciales en los contextos de ambos autores; contextos que denominamos como de "producción" y "recepción". Igualmente adelantamos

ciertos rasgos del contexto de producción, es decir, el de Barthes. Del de Cueva, demás está insistir que ya hubo oportunidad de identificarlo a lo largo de toda la Primera Parte del presente.

Ahora bien, hemos adelantado que la recepción de aquel núcleo heurístico al que hemos aludido de manera reiterada, sólo madurará en trabajos posteriores. Hemos llegado al momento de recuperar aquí esta cuestión y exponer la consistencia de esa presunción.

Así, vimos que, en el origen del esfuerzo del semiólogo francés estaba su deseo de poner de manifiesto el abuso ideológico que, en sus palabras, “se encuentra oculto en la exposición decorativa de lo *evidente-por-sí-mismo* “ (15).

En ese sentido y para dar cuenta de ese abuso ideológico, el crítico francés decidió trabajar con la noción de “mito”, convencido, desde un inicio, que la misma daba cuenta de esas falsas evidencias:

Desde el principio me pareció que la noción de mito da cuenta de esas falsas evidencias. En ese momento yo entendía la palabra en un sentido tradicional; pero ya estaba persuadido de algo de lo he intentado extraer todas sus consecuencias: el mito es un lenguaje (16).

Y será en el planteamiento de Saussure en el que Barthes encontrará la fuente a partir de la cual trabajar sobre la cuestión:

Acababa de leer a Saussure y, a partir de él, tuve la convicción de que si se consideraban las “representaciones colectivas” como sistemas de signos, podríamos alentar la esperanza de salir de la denuncia piadosa y dar cuenta *en detalle* de la mistificación que transforma la cultura pequeño-burguesa en naturaleza universal (17).

En efecto, el trabajo desarrollado por Saussure sobre un sistema semiológico particular, la lengua, considerado como ejemplar por Barthes, permitiría una primera distinción capital; a saber, que, a diferencia de lo que sostiene el sentido común, para el cual el significante simplemente *expresa* el significado, en cualquier sistema semiológico no se encuentran dos sino tres

términos; y, lo que se capta, es la asociación de los dos primeros términos, el signo:

... en cualquier sistema semiológico no nos encontramos con dos, sino con tres términos diferentes. Lo que se capta no es un término por separado, uno y luego el otro, sino la correlación que los une: tenemos entonces el significante, el significado y el signo, que constituye el total asociativo de los dos primeros términos (18).

Caracterización clave, pues suponía, quizá por vez primera, aspirar a una formalización de los significados de manera suficientemente fundamentada.

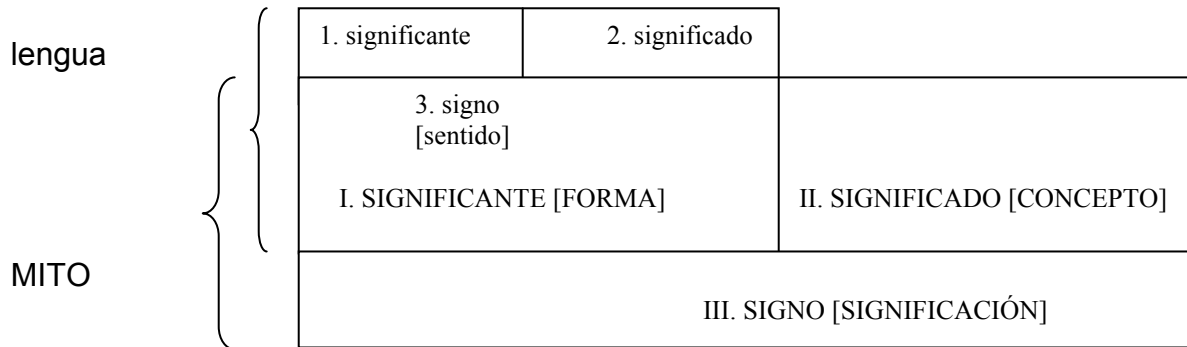
Este planteamiento es necesario para la aproximación barthesiana al mito pero no suficiente. En efecto, la especificidad de su planteamiento puede identificarse a partir del momento en que se reconoce su concepción del mito como un *sistema semiológico segundo*:

En el mito reencontramos el esquema tridimensional al que acabo de referirme: el significante, el significado y el signo. Pero el mito es un sistema particular por cuanto se edifica a partir de una cadena semiológica que existe previamente: *es un sistema semiológico segundo*. Lo que constituye el signo (es decir el total asociativo de un concepto y de una imagen, se vuelve simple significante en el segundo (19).

Como se desprende de suyo, esta concepción implica, simultáneamente, considerar al mito compuesto por dos sistemas semiológicos:

... existen en el mito dos sistemas semiológicos de los cuales uno está desencajado respecto al otro: un sistema lingüístico, la lengua (o los modos de representación que le son asimilados), que llamaré *lenguaje objeto*, porque es el lenguaje del que el mito se toma para construir su propio sistema; y el mito mismo, que llamaré metalenguaje porque es una segunda lengua *en la cual* se habla de la primera (20).

Figura 1



El siguiente esquema del propio Barthes, puede permitir una percepción de conjunto del planteamiento general. Por nuestra parte hemos incorporado los términos entre corchetes.

Pues bien, es justamente esa manera en la que se habla de la primera lengua en donde radica lo específico del habla mítica. Dicho de un modo general, habría que considerar que no podríamos explicar cómo se transforman esos signos de la lengua (o de otras materias gráficas, etc.), en todo caso los signos del primer sistema semiológico, si no identificamos el componente que provoca la transformación de aquellos signos.

Barthes identifica *en el concepto* del mito ese componente, es la pulsión misma del mito.

En efecto, el semiólogo francés lleva a cabo un detallado análisis comparativo de los dos sistemas, que muestra que mientras el significante del lenguaje objeto es inmotivado, es arbitrario (que nada obliga al concepto “árbol” a ser representado por la imagen acústica á-r-b-o-l), el significante mítico, siempre implica un grado de motivación y que esa motivación proviene del concepto del sistema mítico, pulsión del mito, históricamente establecido:

El concepto, por su parte, está determinado: es a la vez histórico e intencional; es el móvil que hace proferir el mito [...] constituye la pulsión misma del mito [...] El concepto restablece una cadena de causas y efectos, de móviles e intenciones. En contraste con la forma, el concepto nunca es abstracto: está lleno de una situación. A través del concepto se implanta en el mito una historia nueva (21).

Esta caracterización es especialmente relevante para nuestra investigación porque en ella radica la identificación de esa “polifonía”, a la que se ha referido Cerutti como uno de los rasgos constantes del ensayo entre nosotros:

En el ensayo siempre se encuentran voces referidas. El autor recoge en su discurso los argumentos, el punto de vista, las demandas del otro. Quizá el caso más evidente sea el de José Martí, pero no es el único. Su evidencia proviene de que Martí hace explícito en su texto el lugar que el otro ocupa. Pero esta presencia de perspectivas yuxtapuestas o integradas parecería un aspecto generalizable a todo el ensayo. Voces que hablan a través de una voz que aparecería en un primer momento como la más íntima y personal: la voz del ensayista. ¿Será excesivo afirmar que por la voz del ensayista se expresan los sin voz de los suyos? Quizá ésta sería todavía una visión muy restrictiva de la alteridad. A lo mejor hay que pensar en que no solamente los propios hablan por boca del ensayista, no sólo los miembros de la tribu, sino también los más ajenos y, sobre todo, los enemigos... (22).

Sobre ello necesariamente volveremos más adelante. Máxime que la posibilidad de identificación del Otro, encuentra aquí vías potencialmente muy productivas.

Por ahora, sin embargo, es importante señalar que a partir de los rasgos destacados por el esfuerzo barthesiano, el mito puede ser considerado como un lenguaje robado, pues, mientras el signo del primer sistema, denominado por Barthes como *sentido*, tiene valor propio, el del mito no es más que una forma parásita:

Como suma de signos lingüísticos, el sentido del mito tiene un valor propio, forma parte de una historia [...] :en el sentido ya está construida una significación que podría muy bien bastarse a sí misma, si el mito no la capturara y no la constituyera súbitamente en una forma vacía, parásita. El sentido ya está completo, postula un saber, un pasado, una memoria, un orden comparativo de hechos, de ideas, de decisiones (23).

Forma parásita, que, por ello mismo, necesita cierta supervivencia del signo del primer sistema, del sentido:

... el punto capital de todo esto es que la forma no suprime el sentido sino que lo empobrece, lo aleja, lo mantiene a su disposición. Parece que el sentido va a morir, pero se trata de una muerte en suspenso: el sentido pierde su valor pero mantiene la vida, y de esa vida va a alimentarse la forma del mito. El sentido será para la forma como una reserva instantánea de historia, como una riqueza sometida, factible de acercarse o alejarse en una especie de alternancia veloz: es necesario que la forma pueda volver permanentemente a echar raíces en el sentido y alimentarse naturalmente de él; sobre todo es necesario que en él pueda ocultarse (24).

Por ello, Barthes estima que el mito puede ser considerado como un lenguaje robado:

Es que el mito es una palabra *robada y devuelta*. Solamente que la palabra que se restituye deja de ser la que se había hurtado: al restituirla, no se la ha colocado exactamente en su lugar (25).

Como hemos visto en la nota 18, Barthes encuentra que ese robo funciona a través de la naturalización del concepto:

El mundo provee al mito de un real histórico, definido –aunque haya que remontarse muy lejos– por la manera en que los hombres lo han producido o utilizado; el mito restituye una imagen *natural* de ese real. De la misma manera que la ideología burguesa se define por la defeción del hombre burgués, el mito está constituido por la pérdida de la cualidad histórica de las cosas: las cosas pierden en él el recuerdo de su construcción. El mundo entra al lenguaje como una relación dialéctica de actividades, de actos humanos; sale del mito como un cuadro armonioso de esencias. Se ha operado una prestidigitación que trastoca lo real, lo vacía de historia y lo llena de naturaleza, despoja de su sentido humano a las cosas de modo tal, que las hace significar que no tienen significado humano.(26).

La consecuencia principal de esta pérdida de la cualidad histórica de las cosas, de esta pérdida del recuerdo de su construcción es, justamente, su condición política. Lo cual, por supuesto, implica la asunción de lo real como intrínsecamente político:

... dicho de otro modo, ¿lo real es siempre político? ¿Basta hablar naturalmente de una cosa para que se vuelva mítica? Podríamos responder, con Marx, que el objeto más natural contiene, por más débil y disipada que sea, una huella política, la presencia más o menos memorable del acto humano que la ha producido, dispuesto, utilizado, sometido o rechazado. El lenguaje-objeto que habla *las* cosas, puede manifestar fácilmente esta huella; el metalenguaje, que habla *de las* cosas, puede hacerlo mucho menos. El mito es siempre metalenguaje; la despolitización que opera interviene a menudo sobre un fondo ya naturalizado, despolitizado, por un metalenguaje general, adiestrado para *cantar* las cosas y no para *actuarlas* (27).

En correspondencia con ello, Barthes define al mito como un “habla despolitizada”:

A esta altura nos resulta posible completar la definición semiológica del mito en la sociedad burguesa: *el mito es un habla despolitizada* (28).

Pero (es necesario reiterarlo aquí), a condición de entender “política” en el sentido profundo:

Naturalmente, es necesario entender *política* en el sentido profundo, como conjunto de relaciones humanas en su poder de construcción del mundo; sobre todo es necesario dar un valor activo al sufijo *des*: aquí representa un movimiento operatorio, actualiza sin cesar una defección [...] El mito no niega las cosas, su función, por el contrario, es hablar de ellas; simplemente las purifica, las vuelve inocentes, las funda como naturaleza y eternidad, les confiere una claridad que no es la de la explicación, sino de la comprobación: si compruebo la imperialidad francesa sin explicarla, estoy a un paso de encontrarla natural, que cae por su peso; me quedo tranquilo. Al pasar de la historia a la naturaleza, el mito efectúa una economía: consigue abolir la complejidad de los actos humanos, les otorga la simplicidad de las esencias, suprime la dialéctica, cualquier superación que vaya más allá de lo visible inmediato, organiza un mundo sin contradicciones puesto que no tiene profundidad, un mundo desplegado en la evidencia, funda una claridad feliz: las cosas parecen significar por sí mismas (29).

En términos generales, en estos elementos puede considerarse resumido el planteamiento del esfuerzo barthesiano. Lo cual no quiere decir que en ellos se agoten, ni mucho menos, todas las importantes implicaciones y análisis sobre una gran variedad de temas desarrollados, con diferentes grados de extensión y profundidad, por el crítico francés. De hecho, todavía y en su momento, retomaremos y prestaremos atención a algunas de esas implicaciones o de aquellos análisis a los que aludimos.

Pero, por ahora queremos subrayar que, esa caracterización del mito contemporáneo como un habla despolitizada, es la que puede sintetizar el esfuerzo de conjunto del planteamiento del semiólogo francés.

Para nuestra argumentación este hecho es decisivo, justamente, porque la exhibición que Barthes lleva a cabo de la función del mito de despolitizar el lenguaje, deja establecidas implicaciones ineludibles y sumamente creativas para el tratamiento de la cuestión ideológica bajo ciertas condiciones de desarrollo capitalista, y, con ello, implicaciones no menos relevantes para cualquier perspectiva de transformación revolucionaria de la sociedad.

A la distancia y por el contexto actual, esta discusión aparece desdibujada, enrarecida, pero en su momento, marcó el punto álgido de las definiciones respecto a la revolución. En ese sentido, Barthes representa un ejemplo de aquella intelectualidad con un intransigente compromiso ético, que caracterizó los mejores momentos de Occidente con la necesidad de un cambio social.

Pero en su estudio, el semiólogo francés no se limita a este análisis. En efecto, su esfuerzo contiene además una caracterización de las opciones para contrarrestar ese presuntamente irresistible poder del mito.

En ese sentido, su trabajo plantea que no todos los lenguajes resisten de igual manera al mito. Más aún, revisa las formas de resistencia ofrecidas por lenguajes como el matemático, el propio sistema de la lengua, la poesía contemporánea, la literatura francesa, etc. De sus análisis extrae la valiosa conclusión de que sólo puede oponerse al mito, el habla que permanece política:

Si el mito es un habla despolitizada, existe por lo menos un habla que se opone al mito: el habla que permanece política. Debemos volver aquí a la distinción entre lenguaje-objeto y metalenguaje. Si soy un leñador y, como tal, nombro el árbol que derribo, cualquiera sea la forma de mi frase, hablo el árbol, no hablo *sobre* él. Esto quiere decir que mi lenguaje es operatorio, ligado a su objeto de una manera transitiva: entre el árbol y yo lo único que existe es mi trabajo, es decir, un acto. Ese es un lenguaje político; me presenta la naturaleza sólo en la medida en que quiero transformarla, es un lenguaje mediante el cual yo *actúo* el objeto: el árbol no es para mí una imagen, es simplemente el sentido de mi acto. Pero si no soy leñador, ya no puedo hablar el árbol, sólo puedo hablar *de*, él, *sobre* él. Mi lenguaje deja de ser el instrumento de un árbol actuado, ahora el árbol cantado se convierte en instrumento de mi lenguaje; sólo tengo con el árbol una relación intransitiva; el árbol no es más el sentido de lo real como acto humano, es una *imagen en disponibilidad*: frente al lenguaje real del leñador, creo un lenguaje segundo, un metalenguaje, en el que voy a poner en acción no las cosas, sino sus nombres, y que es al lenguaje primero lo que el gesto es al acto. Este lenguaje segundo no es enteramente mítico, pero es el sitio exacto en el que se instala el mito; porque el mito sólo puede trabajar sobre objetos que ya han sufrido la mediación de un primer lenguaje.

Existe por lo tanto un lenguaje que no es mítico: el lenguaje del hombre productor. Toda vez que el hombre habla para transformar lo real y no para conservar lo real como imagen, cuando liga su lenguaje a la elaboración de cosas, el metalenguaje es devuelto a un lenguaje-objeto, el mito es imposible. Por eso el lenguaje verdaderamente revolucionario no puede ser un lenguaje mítico. La revolución se define como un acto catártico destinado a revelar la carga política del mundo: la revolución *hace* el mundo y su lenguaje, todo su lenguaje es absorbido funcionalmente en ese hacer. Porque produce un habla *plenamente* -es decir política al comienzo y al final, y no como el mito, que es un habla inicialmente política y finalmente natural- la revolución excluye al mito. Del mismo modo que la ex-nominación burguesa define a la vez la ideología burguesa y el mito, la nominación revolucionaria identifica la revolución y la privación de mito: la burguesía se encubre como burguesía y por eso mismo produce el mito; la revolución se proclama como revolución y por eso mismo logra abolir el mito. (30).

Por supuesto, esas categóricas conclusiones de Barthes en ese lejano 1957, no impidieron que la derechización de Occidente terminará por imponerse, convirtiendo sus conclusiones en una suerte de cruel pronóstico (31).

En efecto, es un hecho que la abdicación a la nominación revolucionaria ganó predominio en Occidente, con consecuencias que hasta la actualidad se resienten y son parte importante del contexto en el que nos encontramos, entre ellas el aplazamiento del movimiento revolucionario *sine die* (cuyo resurgimiento sigue teniendo inmensas tareas, sobre las que volveremos al finalizar el presente trabajo).

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que una de las consecuencias más significativas de la imposición de esa tendencia conservadora en Occidente, ha sido, precisamente, la de la proliferación de toda clase de mitos, entre los que destaca, por su relevancia y poder persuasivo, justamente, el del tratamiento mítico de la democracia.

Esta jerarquía de los mitos no pasó inadvertida para Barthes quien dejó indicaciones muy puntuales al respecto:

Es evidente que la fuerza necesaria al mito para deformar su objeto será mucho menor en el caso de un árbol que en el de un sudanés: en este caso, la carga política está muy próxima, para evaporarla se requiere una gran cantidad de naturaleza artificial; en el caso del árbol está lejos, purificada por toda una capa secular de metalenguaje. Existen, por lo tanto, mitos fuertes y mitos débiles; en los primeros, el quantum político es inmediato, la despolitización es abrupta; en los segundos, la cualidad política del objeto está destañada, como un color, pero una nada puede revigorizarla brutalmente (32).

Distinción decisiva para nuestro esfuerzo, en la medida en que permite reconocer los requisitos adicionales con que se enfrenta el mitólogo al intentar explicar el quantum de despolitización requerido según se trate de un mito débil o uno fuerte.

En efecto, las consecuencias devastadoras, a que aludimos, son especialmente relevantes cuando se trata de mitos fuertes, es decir de aquellos en los el quantum político es inmediato y en los que la despolitización es abrupta.

Es este el caso del tratamiento predominantemente mítico que se elabora de la democracia en el Occidente contemporáneo. Es decir, presumimos que, en el momento actual, la despolitización implicada en el *uso dominante* y

generalizado que se hace del término de la democracia, corresponde al de un mito fuerte. Por ello cualquier habla que pretenda permanecer política no puede eludir su desmistificación y es esa condición la que llevó a Cueva, a partir de cierto momento de su trayectoria, a tematizar explícitamente la cuestión.

Por su parte y según vimos en la nota 19, el propio Barthes era conciente de las condiciones que favorecen el predominio de los mitos. En este contexto cobra especial importancia para nosotros, el de la identificación que el semiólogo francés lleva a cabo del “hombre productor”, aquel que está situado en una posición “privilegiada” contra la predisposición mítica. Se trata para Barthes del colonizado, en el que identifica la condición ética y política del proletario:

En la actualidad el colonizado asume plenamente la condición ética y política descrita por Marx como condición del proletario (33).

Identificación decisiva para nuestro trabajo, por varias razones. De una parte, se suma a los testimonios que dan cuenta de la existencia, desde la generación misma de Barthes, de la claridad sobre el desplazamiento de la revolución desde Occidente a otras áreas del planeta. Pero por otro lado sugiere dificultades especiales para el funcionamiento y la proliferación del mito burgués. Sobre ello volveremos más adelante, por el momento y para evitar malos entendidos, como el suponer que esas condiciones por sí mismas provocan el conocimiento de la estructura y funcionamiento del mito, resulta conveniente subrayar que, por el contrario, romper esa mistificación implica fatigantes, complejas y muchas veces inmensas tareas. Pero una vía decisiva para hacer viable esa ruptura, es recuperar la historia, en el más profundo y fuerte de los sentidos. Es ésta, una de las claves de la mitología barthesiana, según la cual:

Puesto que la historia humana es la que hace pasar lo real al estado de habla, sólo ella regula la vida y la muerte del lenguaje mítico. Lejana o no, la mitología sólo puede tener fundamento histórico, pues el mito es un habla elegida por la historia: no surge de la “naturaleza” de las cosas (34).

Incluso podría decirse que es que con base en la asunción o renuncia a ese fundamento histórico que puede establecerse una adecuada caracterización del tratamiento del tema central que ahora nos ocupa.

Sea de ello lo que fuere y llegados a este punto es el momento de subrayar que sostenemos que la caracterización e implicaciones del tratamiento del mito desarrollado por Barthes, pueden hacerse extensivos al tratamiento que Cueva lleva a cabo sobre la democracia.

Más allá del mito: por una democracia tercermundista

En ese sentido puede constatarse la intención de Cueva de tratar la cuestión con una visión totalizadora, abordando, por tanto, una gran variedad de manifestaciones del problema o por lo menos los más significativos.

Al respecto y sin menoscabo de referirnos a esos otros significativos niveles, nosotros pretendemos aproximarnos a la desmistificación que lleva a cabo el sociólogo ecuatoriano, trabajando materiales que podríamos caracterizar como correspondientes al “núcleo inventivo” del mito (en este caso referido a la democracia), esto es, a lo que Barthes considera como productores de mitos, aquellos que toman un concepto (se entiende en el sentido mitológico del término) y le buscan una forma.

En este sentido, Cueva agrupa las interpretaciones de la democracia en América Latina en cuatro posiciones principales (35). Tres de ellas podemos ubicarlas como hablas míticas: la conservadora, la socialdemócrata y la eurocomunista (sobre la cuarta corriente, denominada por Cueva *de pensamiento radical*, volveremos más adelante).

Para nuestro análisis, se trata de tres significantes míticos sobre la cuestión y sobre la que Cueva llevaría a cabo un trabajo de desmistificación, con todas las implicaciones que hemos exhibido del trabajo de Barthes sobre el mito contemporáneo.

Debemos subrayar que ese trabajo mismo de identificación, selección y caracterización de las fuentes, exhibe él mismo la voluntad de ubicarse en un habla que permanezca política, en la medida en que atiende a las principales posiciones sobre la democracia en América Latina, debido a su importancia teórico-política. Por consiguiente también hay aquí una definición de principio antimítica y es ella misma un acto político, en el sentido en que Barthes entiende política, esto es “como conjunto de relaciones humanas en su poder de construcción del mundo”.

Por otro lado y justamente por tratarse de una caracterización de corrientes teórico-políticas, se trata de fuentes extensas y provenientes de una variada gama de autores. Dada esa extensión del significante es necesario recordar que ella no es relevante para determinar su naturaleza mítica, pues, como observa el propio Barthes:

[...] no hay relación regular entre el volumen del significado y el del significante: [...] en el mito el concepto puede extenderse a través de una extensión muy grande de significante: por ejemplo, un libro entero puede ser el significante de un solo concepto y a la inversa, una forma minúscula (una palabra, un gesto, aun lateral, siempre que sea notado) podrá servir de significante a un concepto cargado de una rica historia (36).

Tomando en cuenta esto, el siguiente texto puede resumir inicialmente la identificación llevada a cabo por Cueva sobre las posiciones sobre la democracia en América Latina, a partir de fuentes ubicables en diversos y variados volúmenes, producidos por numerosos autores:

Existe en primer lugar (y cada día con mayor fuerza), una corriente de *pensamiento conservador*, encabezada a nivel continental por dos escritores de enorme prestigio: Mario Vargas Llosa y Octavio Paz. Lo medular de sus ideas sobre el tema se halla recopilado en el libro *América Latina: desventuras de la democracia*, escrito con la colaboración de dieciocho intelectuales de diferentes países de la región. En México, dicha corriente se agrupa en torno de la revista *Vuelta*, dirigida por el propio Paz, y tiene su mejor exponente en la materia en la persona del politólogo Enrique Krauze [...] En segundo lugar tenemos [...] la corriente *socialdemócrata* [...] de la que Fernando Enrique Cardoso es el exponente intelectual más destacado del

continente, ha producido infinidad de textos, de los cuales señalaremos dos antologías a título de ejemplo: *Autoritarismo y alternativas populares en América Latina* y *Cambios de la democracia en América Latina*. Como es fácil advertir, el pensamiento de los autores socialdemócratas dista mucho de ser homogéneo, tanto en este como en otros asuntos [...] la corriente socialdemócrata está integrada por un núcleo de exmarxistas e incluso excomunistas, sumamente receptivos al pensamiento de los teóricos del reflujo de la izquierda europea, que van desde un Alain Touraine o una Agnes Heller hasta –en un registro menor– un Ludolfo Paramio, pasando por la recuperación de autores como Hanna Arendt, por ejemplo [menciona autores como los siguientes] Norberto Lechner, Tomás Moulián, Angel Flisfisch, Manuel Antonio Garretón, José Aricó, Juan Carlos Portantiero o Marcelo Cavarozzi [...] La tercera corriente que mencionaremos es la *eurocomunista* [...] Me limitaré a citar como ejemplo dos libros, tan brillantes como controvertibles: *La democracia ausente*, del mexicano Roger Bartra, y *A democracia como valor universal e outros ensaios*, de Carlos Nelson Coutinho (37).

Contra eventuales malinterpretaciones deben tomarse en cuenta las precisiones que el sociólogo ecuatoriano hace de esa caracterización:

Tales son, a nuestro parecer, las principales corrientes en vigor, con la necesaria aclaración de que ellas no configuran compartimentos rigurosamente estancos. Todas participan, aunque contradictoriamente, de un mismo espacio cultural, con un buen número de referencias comunes: en algunos casos, como el de la tendencia socialdemócrata y la eurocomunista, ellas se recortan cual círculos secantes. Y hay autores, muchas veces notables, que se ubican en la intersección de hasta tres de esas corrientes. Las que acabamos de mencionar más la radical (38).

Ello no obstante, hay definiciones puntuales sobre la democracia suscritas por cada corriente y resumidas por Cueva. Así, lo que distinguiría a la posición conservadora sería su aspiración de:

que la democracia no reciba “adjetivos”: es decir, que sea concebida como una esfera exclusivamente *política*, carente de determinaciones “exteriores” y desvinculada de todo sustrato económico y de cualquier dimensión hegemónica (39).

A su turno la corriente socialdemócrata:

[...] además de limitarse a la defensa de concepciones estrechamente liberales de la democracia, estén impregnados de un reiterado antimarxismo, dentro de un proyecto de dismantelar hasta en sus últimos detalles y consecuencias la visión de América Latina que la izquierda revolucionaria —e incluso la reformista o populista— construyeron a lo largo de este siglo (40).

En tanto que la posición eurocomunista, tendría cierto impacto en América Latina, merced a los siguientes hechos:

Primero, venía con el sello europeo, en un momento en que una extraña mezcla de debilidad y frivolidad nos hacía recaer en la dependencia teórico-cultural. Segundo: con razón o sin ella, traía el aval de un hombre por todos respetado: Antonio Gramsci. Tercero: *aparecía como la “vía democrática” al socialismo, en un contexto en que la mayoría de latinoamericanos clamábamos por un “retorno” a la vida democrática*. Cuarto: fuera de Centroamérica, la norma era más bien el declive ideológico. Quinto y último: la fiebre petrolera no era exclusivamente venezolana: de manera efímera México viviría una etapa parecida y, en cierto sentido, los últimos alientos del “milagro brasileño” alimentaban circuitos de bienestar proclives al “eurocomunismo” (41).

Más allá de las eventuales diferencias secundarias, las tres corrientes tienden a una unificación, cuyo rasgo distintivo sería una defensa de la concepción liberal de la democracia o en todo caso una formalización de la cuestión. Por ello Cueva reitera en variadas ocasiones que:

[...] urge motivar la discusión en una coyuntura en que el pensamiento crítico (*crítico del status quo*, se entiende), es cada vez más escaso y en la que todo se desarrolla bajo un equívoco juego de máscaras que hasta dificulta la identificación de los reales actores: neoderechistas que no osan presentarse como tales; socialdemócratas que, no se sabe bien por qué todavía dan a entender que hablan a nombre de un marxismo que abandonaron hace rato; eurocomunistas que se ofenden cuando se les recuerda su filiación. Tiempos confusos, en definitiva, sobre los que tal vez no venga mal un debate que —última paradoja— nuestros teóricos del diálogo y la democracia son los primeros en evitar (42).

En este contexto no es difícil constatar la tendencia lamentable de todas estas corrientes a confluír en una visión cada vez más formalista del problema. ¿Se trataría de una visión mítica única de estas diversas posiciones? En el límite podría decirse que sí; pero las implicaciones y consecuencias de esa tendencia son distintas. Dependiendo de las tradiciones políticas y/o teóricas en las que se inscriben.

Partiendo de esta hipótesis, ciertamente osada pero no gratuita, podemos considerar como representativa del conjunto de esas visiones sobre la democracia, la que a continuación se expone, expresada por Francisco C. Weffort, y retomada por el propio Cueva bajo la consideración de provenír del libro *Por que democracia?* que constituiría “la reflexión más sólida que se haya hecho sobre la democracia en América Latina”: (43). Así Weffort define la democracia como:

“El imperio de la ley, al cual se subordinen gobernantes y gobernados, la libertad de organizarse para competir de modo pacífico por el poder, la libertad de participación del conjunto de ciudadanos, a través del voto, en los momentos de construcción del poder: he ahí los atributos mínimos y esenciales de la democracia en cualquier tiempo y en cualquier lugar que exista o haya existido” (44).

Definición que bien puede ser tomada por nosotros como la forma representativa del mito contemporáneo sobre la democracia en su conjunto. Por ello es que Cueva considera la definición de Weffort como apropiada, pero a la que observa como incompleta:

Subrayo que no tengo nada en contra de ninguna de las libertades y legalidades que Weffort reivindica como atributos de la democracia, y que estoy convencido de que efectivamente lo son y que debemos luchar por su vigencia. Sin embargo hay algunos presupuestos de su definición que no me siento obligado a aceptar a pie juntillas, aun a riesgo de que los supervisores de conciencias me acusen de menospreciar la democracia. Dudo, por ejemplo, que el poder se construya a través del voto, no sólo por razones abstractas que hoy no me propongo exponer sino por la buena razón empírica de que jamás he visto ni he oído hablar de ningún lugar del planeta en donde asuntos tan decisivos como los que a continuación voy a señalar hayan sido sometidos a votación: a) la cuestión del sistema de propiedad; b) la estructura del aparato militar; c) la constitución de las relaciones que la CEPAL denomina "centro-periferia" (para no

hablar directamente de imperialismo) [...] Decidir sobre este tipo de cuestiones parece a la vez tan vital y tan utópico, tan necesario (si no decido inequívocamente sobre ellas quiere decir que el poder se constituye con prescindencia de mí), pero al mismo tiempo tan alejado no solamente de nuestra experiencia sino además de nuestras expectativas, que hasta suena como una tomadura de pelo al lector y por supuesto como una trasgresión de toda regla académica y política de discusión. En el límite, hasta puede aparecer como una "provocación", es decir, como un inútil desafío ¡precisamente al poder preestablecido! (45).

¿Qué otra cosa está realizando Cueva en este movimiento sino una labor de desmistificación del mismo? Pero, nótese, y a esto es a lo que queríamos llegar, no se trata de una simple aplicación, sino a la asunción, desde una formación enriquecida con fuentes muy sólidas de tradiciones universales, pero anclada en la constitución de una profunda perspectiva latinoamericanista, de la integración de un proyecto de perspectivas revolucionarias entre nosotros.

Y, en esa perspectiva, el trabajo de desmistificación va más allá de la denuncia del robo de lenguaje llevada a cabo por la forma mítica y que acabamos de observar.

En efecto, Cueva va más allá y da pasos decisivos en la reconstrucción de la pulsión misma del mito. Reconstrucción llevada a cabo en diferentes momentos que van dando testimonio de las metamorfosis del mito, de su creciente cambio en su posición jerárquica, de su evolución creciente hacia un mito fuerte; y, por otro lado de las condiciones históricas que hacen proferir al mito.

En efecto y respecto a su devenir en mito fuerte, podemos rememorar, una vez más que, por lo menos desde 1977, en *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Cueva había dado testimonio de como el tratamiento de la democracia ya concentraba ciertos puntos relevantes de la discusión en América Latina. Sin embargo, observábamos también, cómo eran otros los términos centrales del debate: desarrollo/subdesarrollo, dependencia, etc.:

... tal como en los años 50 parecía un crimen, a la par ético y teórico, preguntar de qué tipo desarrollo se estaba hablando (quién no sabía que "el desarrollo" era "el desarrollo", puro y *sobre todo sin*

calificativos!), asimismo ahora parece de mal gusto, por decir lo menos, preguntar hacia qué tipo de democracia se está exactamente avanzando. En uno como en otro caso nos encontramos frente a anhelos y posibilidades legítimos y reales, pero también, no lo ocultemos, nos confrontamos a un discurso que busca convertirlos en especies de entelequias aristotélicas, que ningún proceso histórico concreto sería capaz de determinar (46).

Y, por otro lado y en relación con el decisivo problema de la reconstrucción de la pulsión del mito, es, justamente, la recuperación histórica de los procesos de derechización de Occidente, y de los endógenos de producción y reproducción en América Latina (y más allá) la tarea que llevará a cabo Cueva en la mayoría de los trabajos que marcan el último período de su vida.

Así, si la historia es la fuente del habla mítica, es en la recuperación de la historia llevada a cabo por Cueva en donde radica el valor heurístico de su esfuerzo: la explicación histórica de ese proceso por el cual la tendencia a la abdicación de la revolución en Occidente y la producción de cambios en los temas, los problemas y en el modo de abordarlos, mismos que terminan siendo dominados por esa tendencia a la naturalización de los hechos históricos, con las implicaciones y consecuencias concomitantes: extensión de esa tendencia a la mistificación allende sus fronteras; pero, también, identificación y caracterización de aquellos componentes que trazan los contornos de la resistencia y eventualmente de la transformación.

En efecto, en su trabajo “El viraje conservador: señas y contraseñas”, Cueva reconstruye las coordenadas históricas de ese proceso por el cual, en aquellas latitudes la teoría de la revolución, dará paso a una teoría del orden y en un lapso tan corto como sería el quinquenio 1974-1979.

Una lectura detenida de este trabajo podría resumirlo como el intento por mostrar que **la pretensión de cancelar el diseño de vías alternativas al capitalismo** entre nosotros, en América Latina en particular y en el Tercer Mundo en general, promovidas y auspiciadas desde Occidente, forma parte de un proceso histórico que tiene que ver con la abdicación de la revolución, pero

también con la incapacidad de reaccionar, de oponerse a las políticas de clase capitalista a políticas al interior de sus propias sociedades.

Así, la constatación de esa derechización de Occidente para 1986 está dada por el renacimiento del racismo, la xenofobia, la homofobia, etc., pero en general por el cuestionamiento de aquella liberalización de las costumbres conquistada en los sesenta y setenta; también por esas sociedades.

Y una de las consecuencias de esa derechización es, justamente, la de la mistificación de la democracia, pero con la especificidad de provocar imágenes tanto de autoconsumo como de “exportación”.

El trabajo de Cueva está dedicado, justamente, a dar cuenta de aquellos datos que caracterizarían el viraje conservador a que se refiere el título del ensayo: desmantelamiento del Estado de bienestar en los mismos países imperialistas, de la desarticulación de las organizaciones de los trabajadores y de los movimientos sociales más combativos, así como por la miniaturización de los antiguos partidos de izquierda de Europa Occidental (47).

En ese sentido, el trabajo está atravesado por un idea central: que la concepción occidental de la democracia (la cual se obstinan en imponer internacionalmente), pretende sostenerse en el contexto de flagrantes contradicciones, verificables en ese mismo Occidente.

Lo cual llevó al autor a considerar indignante que en América Latina no se reflexionara sobre ese contexto y acriticamente se asumiera o se permitiera la adopción de un concepto que, a la luz de ese contexto, se muestra como parte de un conjunto de:

“categorías cuyo denominador común es el de ocultar la dominación de clase en escala nacional e internacional” (48).

Así, ese concepto de democracia se muestra como un uso social que, para ser desmontado, requiere, regresarlo a esa contexto histórico que lo hace surgir y desarrollarse.

En ese sentido, Cueva muestra que desde los sesentas, en textos de Herbert Marcuse ya podían detectarse aquellos componentes que podrían predecir esa tendencia.

En efecto, Marcuse era visto con cierto escepticismo en la medida en que se trataba de “un filósofo que no sólo denunciaba la ‘reificación’ y el conservadurismo de las sociedades capitalistas avanzadas, sino que llegaba a sostener algo que sonaba a una aseveración sacrílega: el conformismo de la clase obrera de aquellas sociedades” (49).

Por ello, es decir por el conjunto de contradicciones en las que pretendía, sin embargo, establecerse como una verdad absoluta, considerada abstractamente, esa concepción formal de la democracia a la occidental era inaceptable. Pero además, tenía una historia: “Las razones quizás sean mucho menos filosóficas y recónditas de lo que se suele imaginar y más directamente ancladas en acontecimientos conocidos” (50):

desmantelamiento del Estado de bienestar en los mismos países imperialistas, de la desarticulación de las organizaciones de los trabajadores y de los movimientos sociales más combativos, así como por la miniaturización de los antiguos partidos de izquierda en Europa Occidental (51).

En todo caso la idea clave expresada por Cueva tiene que ver con el reconocimiento de las causas estructurales que producen la desigualdad en la sociedad capitalista. Ahora estamos en condiciones de establecer que para el sociólogo ibarreño ese reconocimiento es viable, pero que su conceptualización requiere el intento de captar esa causalidad estructural, en una fase imperial de ese modo de producción. Aquí la metáfora de la cadena imperialista resulta relevante, pues permite captar la relativa estabilidad de ese sistema en eslabones fuertes, pero, y más importante para nosotros, permite reconocer en los eslabones débiles una particular acumulación de contradicciones de todos los niveles, cuyo conocimiento es decisivo para la instrumentación de perspectivas de transformación.

Y es en este contexto en el que la noción de Tercer Mundo adquiere un densidad específica, pues, ella abrió la posibilidad de unificación de un frente de naciones, objetiva y potencialmente compuesta, justamente, por aquellos países que constituyen eslabones débiles de la cadena imperialista contemporánea.

Todo ello, consecuencia de la situación objetiva de los agentes sociales frente a los problemas de base, insoslayables en el sistema económico en su conjunto.

Por ello para Cueva, los trabajadores en general tendrían tareas diferentes dentro de su ubicación igualmente diferencial en aquella cadena capitalista imperialista contemporánea: En sus palabras:

Una advertencia final. La lucha de clases es sin duda el "motor de la historia", pero dentro de ciertos parámetros histórico-estructurales. Así, el proletariado está en capacidad de acabar con el sistema capitalista que le oprime, pero no de conseguir cualquier cosa bajo ese régimen, dentro del cual tiene que respetar, para comenzar, cierto nivel de la tasa de ganancia. Igualmente, *las clases trabajadoras de los países dependientes pueden y deben acabar con el imperialismo*, pero no pueden, ni de lejos, lograr bajo ese régimen condiciones de vida análogas a las de los trabajadores de los países "centrales". Hay parámetros que se pueden destruir, pero nunca rebasar sin esa destrucción (52).

Todo el trabajo que hemos expuesto debe servir como testimonio de que en América Latina hay antecedentes que se ubican, que han trabajado consistentemente ubicados en esa tarea de acabar con el imperialismo. Por ello y para el tema específico que nos ha ocupado en esta Segunda Parte, Cueva destacó la existencia de una cuarta corriente, la que denominó "de pensamiento radical":

Queda, en cuarto lugar, la corriente que denominaré de pensamiento radical (antiimperialista y en general marxista), ligada al movimiento revolucionario latinoamericano. A ella pertenecen, para comenzar, los trabajos directamente derivados de la experiencia centroamericana, que son innumerables. A simple título de ejemplo mencionaremos *La revolución en Nicaragua. Liberación nacional, democracia popular y transformación económica*, libro colectivo que recoge críticamente la experiencia de la revolución mencionada, o

Perfiles de la revolución sandinista, de Carlos M, Vilas. Sólo que este tipo de trabajos son frecuentemente discriminados dentro del debate sobre la democracia, en la exacta medida en que la ideología conservadora consigue imponer ciertos clisés como evidencias: “no puede haber revolución democrática, puesto que toda revolución es perversa”, “no puede haber democracia revolucionaria ya que la democracia no tiene adjetivos”. Aún así dicha corriente radical sigue produciendo una vigorosa reflexión en muchos países, incluso fuera del área mencionada. Citemos, siempre en calidad de ejemplo, obras como *El poder al pueblo*, de Pablo González Casanova, o, para el caso brasileño, los estudios de Octavio Ianni y Florestán Fernandes o, con menor repercusión interna, los últimos ensayos de Ruy Mauro Marini (53).

Caracterización que bien puede servir para subrayar esos antecedentes de una respuesta en un contexto sumamente desventajoso que no tardaría en empeorar y sólo de manera relativamente reciente ha ido recibiendo un complejo contrapeso.

Por ello resulta conveniente terminar, recordando las palabras con las que el propio Cueva finalizaba su trabajo “El viraje conservador: señas y contraseñas”, momento en el que ya se dejaba sentir la sofocación de esa atmósfera conservadora, a lo cual Cueva oponía las siguientes consideraciones:

Antes que a ganar el diploma de “civilizados” y “demócratas” a la occidental, aspiramos a contener la avasallante barbarie que para nosotros significa la era reaganiana, levantando frente a ella alternativas más humanas. Nada garantiza que nuestra razón de pueblos oprimidos y subdesarrollados vaya a salir triunfante, al menos en el corto plazo, mas esa dosis de incertidumbre inherente a toda lucha tampoco justifica el que claudiquemos de antemano (54).

Conclusiones

Hemos llegado así al final del examen de esta Segunda Parte y, si no la más importante de todo el trayecto realizado, sí de aquella en la que se condensan los propósitos que animaron la investigación en su conjunto.

Una primera conclusión que se desprende de los elementos examinados es que es falso que la izquierda latinoamericana marxista haya menospreciado, soslayado o dejado de considerar la cuestión de la democracia en América Latina. Pero su justa apreciación depende de una discusión epistemológica, teórica e ideológica, enrarecida por el entorno conservador cuando no abiertamente reaccionario contemporáneo.

En este sentido, el trabajo cuevano al respecto se destaca por una caracterización del trabajo intelectual predominante en Occidente que, debiendo asumir una responsabilidad del lenguaje, pareciera pretender erigirse en una visión inocente de las implicaciones al tratar esta cuestión, o, una ignorancia de los contenidos históricos efectivamente estructurados y desarrollados entre nosotros.

Esa caracterización retoma como criterio de recuperación la condición de la relevancia de los planteamientos; la cual procede de su vigencia política, pero también de su función estructurante, por su coherencia, su densidad conceptual dentro de la correlación de fuerzas ideológicas al respecto.

En el caso de la producción de Agustín Cueva, podemos observar que una primera exploración en esta perspectiva nos indica que su esfuerzo por regresar la noción de democracia a los contextos en donde el término retoma sus significados precisos y, por tanto devienen conceptos, ideas y objetos. Operación importante porque permite, justamente otro nivel de tratamiento, ya no como formas, sino según el estatuto y nivel teórico correspondiente en el plano ideológico:

En todo caso la idea clave expresada por Cueva tiene que ver con el reconocimiento de las causas estructurales que producen la desigualdad en la sociedad capitalista.

Ahora estamos en condiciones de establecer que para el sociólogo Ibarreño ese reconocimiento era viable, pero que su conceptualización requiere el intento de captar esa causalidad estructural, en una fase imperial de ese modo de producción. Aquí la metáfora de la cadena imperialista resulta relevante, pues permite identificar la relativa estabilidad de ese sistema en eslabones fuertes, pero y más importante para nosotros, permite reconocer en los eslabones débiles una particular acumulación de contradicciones de todo los niveles, cuyo conocimiento es decisivo para la instrumentación de perspectivas de transformación.

Y es en este contexto en el que la noción de Tercer Mundo adquiere una densidad específica, pues ella abrió la posibilidad de unificación de un frente de las naciones ubicadas por un pasado colonial común y por una posición de subordinación en la cadena imperialista contemporánea.

En todo caso es claro que hay problemas económicos de base que los agentes sociales no pueden soslayar en el sistema económico en su conjunto. Para el caso de los trabajadores en general, la cuestión tiene que visualizarse diferencialmente ya se trate de aquellos de los eslabones fuertes o débiles del sistema. En ese contexto, reconocer la fuente estructural de las contradicciones sociales en el mundo contemporáneo, implica la responsabilidad de analizar cómo los sistemas “democráticos” permiten y pueden seguir permitiendo (bajo condiciones históricas muy particulares que es preciso acotar de manera certera), opciones para la expresión de la satisfacción de necesidades de las mayorías de las sociedades correspondientes, Como se desprende de suyo ese análisis se refiere a situaciones concretas. Pero, por otro lado, aquella responsabilidad implica igualmente el requisito de analizar opciones de ruptura del dominio de esa clase, que no puede llevarse a cabo al margen de la abolición de aquella fuente.

Esa perspectiva requiere de un trabajo simultáneo de confrontación ideológica que varía según las áreas del desarrollo capitalista de que se trate.

Así la denuncia del uso mítico de la democracia requiere de una recuperación de la historicidad de los procesos sociales, incluidos los de producción de conocimientos.

Y es en esta recuperación histórica de la dimensión mítica en donde debe ubicarse el específico aporte de Cueva y que, de cierto modo aparece ya esbozado en la Primera Parte del presente.

Así, la exploración específica de la deuda de Agustín Cueva con el trabajo mitológico de Barthes, permite concebir que la tendencia mistificadora no puede ostentar impunidad absoluta, que hay maneras de exhibirla, incluso en detalle a condición de asumir los requisitos teórico-metodológicos y demás implicados en la tarea.

Ello requiere promover una conciencia vigilante y una exploración a profundidad de la recuperación de la historia especialmente de nuestra historia.

La particular acumulación de contradicciones en que se debate el Tercer Mundo en general y específicamente América Latina requiere un desafío igualmente específico y replantea la necesidad de una conciencia osada y creativa para proponer alternativas propias en donde la democracia ocupa un lugar de singular relevancia.

Así la relativización de los contenidos de esa mistificación es quizá un antídoto con perspectivas: ello requiere una renovada lucha por la memoria histórica. Pero es aquí donde nuestra inteligibilidad de nuestra historia cuenta con antecedentes inéditos, sólidos, nuevos, creativos.

Es decir, hay sólidos estudios para enfrentar seriamente las tareas de la democracia entre nosotros, como lo atestigua la obra de Cueva considerada. Por tanto las bases están echadas.

En ese sentido, la recuperación de nuevos elementos para valorar la producción ensayística proyecta nueva luz sobre las implicaciones y virtualidades de nuestra producción.

Notas

- 1) Cueva, Agustín, "El fetichismo de la hegemonía", en *Cuadernos políticos* 39, México, enero-marzo de 1984, p. 38.
- 2) Pereyra, Carlos, "Democracia y revolución", en *Nexos*, No. 97, México, enero de 1986, p. 19. Subrayado del autor.
- 3) Cueva, Agustín, "La historia humillada", en *Indoamérica* 65, Quito, N° 3, año I, mayo-junio de 1965, pp. 181-182.
- 4) Cueva, Agustín *Entre la ira y la esperanza (ensayos sobre la cultura nacional)*, Quito, Ed. El conejo, 1987, quinta edición, p. 52 (primera edición, 1967). Subrayados nuestros,
- 5) *Ibid.* p. 140. Puntos suspensivos del autor, subrayados nuestros.
- 6) A propósito de las implicaciones de esta "libre" elección a la que Cueva alude, Jorge Enrique Adoum ha dejado una recreación literaria por demás elocuente y que vale la pena citar ampliamente: "En su juventud, cuando estaba de tragos y encendía un cigarrillo, Nerón acercaba la llama del fósforo a un tapete, un periódico o una cortina gritando 'arde Roma' y él mismo ayudaba a apagar el fuego, en medio de sus carcajadas y del atolondramiento general. Después parece que se cansó pero le quedó gustando la expresión, porque cuando comenzó a ser Senador la intercalaba en sus discursos: 'Señor Presidente, si no se pone coto a las actividades subversivas de los bolcheviques, aquí va a arder Roma', o bien, 'Honorable senadores, la sagrada tarea que tenemos los Padres de la Patria es impedir que aquí arda Romo'. En el club afirmaba: 'Mientras haya congresos y haya indios, yo he de ser Senador: esos cojudos se reproducen como cuyes'. Y los enviaba a votar, bajo el control de mayordomos y capataces, en camiones, a pie o a mula, a la parroquia que quedaba junto a una de las estaciones del tren. Cada indio llevaba en un bolsillo o apretada entre los dedos la papeleta 'Señor Don Arístides Golmés para Senador de la República' doblada como billete ajeno o estampa del Señor de los Milagros. La papeleta cambió una vez: 'Señor don Temístocles Golmés para Alcalde de la Ciudad'. Cuando ya se hacía el recuento de los votos en la ciudad, al día siguiente de las elecciones municipales, Arístides envió un telegrama: AVISEN CUANTOS VOTOS FALTAN PARA MANDARLES. 'Yo le hice Alcalde al maricón del Jetas, dijo esa vez, y así le pagué su parte de La Liria para que no nos siga jodiendo con sus divisiones para cinco, que es más difícil". Cfr. Adoum Jorge Enrique, *Entre Marx y una mujer desnuda: texto con personajes*, México, Ed. Siglo XXI, 1976, pp. 128-9. Por lo demás y en una dimensión latinoamericana, los ejemplos podrían servir para elaborar una enciclopedia de proporciones grotescas. Qué decir de *Los funerales de la Mamá Grande*, para el caso colombiano: "Durante muchos años, la Mamá Grande había garantizado la paz social y la concordia política de su imperio, en virtud de los tres baúles de cédulas electorales falsas que formaban parte de su patrimonio secreto...". Por supuesto, falta, para el caso nuestro, el mexicano, la recreación del siniestro camino del proceso electoral de 1988: inclusive "se quemó" la sede el Congreso, bajo la cual estaban las boletas electorales del proceso pasado, en el que era un secreto a voces que había sido ganado por Cuauhtémoc Cárdenas.

- 7) Cueva, Agustín, *El proceso de dominación política en Ecuador*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1974, p. 18. Subrayado nuestro.
- 8) *Ibid.* p. 80. Subrayado nuestro.
- 9) *Ibid.* p. 19.
- 10) Cueva, Agustín, *El desarrollo del capitalismo en América Latina (Ensayo de interpretación histórica)*, México, Ed. Siglo XXI, sexta edición, 1982, p. 237 (primera edición, 1977).
- 11) Cueva, Agustín, *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, Ed. Edicol, 1979, p. 11.
- 12) *Ibid.* p. 187.
- 13) Cueva, Agustín, “La democracia en América Latina ¿Novia del socialismo o concubina del imperialismo?”, en *Estudios Latinoamericanos*, México, revista del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Vol. I, jul-dic., 1986, núm. 1, p. 49. En la versión de la citada edición de *Las democracias restringidas de América Latina (elementos para una reflexión crítica)*, Cfr. p. 12.
- 14) Cerutti, Guldberg, Horacio “Hipótesis para una teoría del ensayo (primera aproximación)”, en Cerutti Guldberg, Horacio et. al. *El ensayo en Nuestra América: para una reconceptualización*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, p. 16.
- 15) Barthes, Roland *Mitologías*, México, Ed. Siglo XXI, 1993, decimotercera edición en español, p. 8 (primera edición en francés, 1957). Subrayado del autor.
- 16) *Ibidem.*
- 17) *Ibid.* p. 7. Subrayado del autor.
- 18) *Ibid.* p. 203.
- 19) *Ibid.* p. 205. Subrayado en el original.
- 20) *Ibid.* p. 206, Subrayado en el original
- 21) *Ibid.* p. 210.
- 22) Cerutti, Guldberg Horacio, *Op. Cit.* p. 17.
- 23) Barthes, R. *Op. Cit.* p. 209. Subrayado en el original.
- 24) *Ibid.* pp. 209-210.
- 25) *Ibid.* p. 218. Subrayado en el original.
- 26) *Ibid.* p. 238. Subrayado en el original.
- 27) *Ibid.* p. 239. Subrayado en el original.
- 28) *Ibid.* p. 238. Subrayado en el original.
- 29) *Ibid.* p. 238-239. Subrayado en el original.
- 30) *Ibid.* pp. 241-242. Subrayados en el original.
- 31) No fue por cierto el único que percibió con asombrosa anticipación esta posibilidad. En ese sentido es especialmente elocuente la recuperación que el propio Cueva hace de la sorprendente capacidad de Marcuse para anticipar la tendencia conservadora incubada en Occidente. Cfr. Cueva, Agustín “El viraje conservador: señas y contraseñas”, en Cueva Agustín (coordinador) *América Latina en la derechización de Occidente*, México, número monográfico de la *Revista A*, Ed. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 1987, pp. 11-13.
- 32) Barthes, R. *Op. Cit.* pp. 239-240.
- 33) *Ibid.* pp. 244.

- 34) *Ibid.* p. 200.
- 35) Por supuesto Cueva no limita las interpretaciones de la democracia entre nosotros, en América Latina, a las consignadas aquí. El criterio de selección obedece a su importancia teórico-política: “En la América Latina de hoy encontramos, como es natural, las más diversas posiciones teórico-políticas con respecto al problema de la democracia, dentro de una constelación ideológica que además varía significativamente en razón del país concreto al que nos refiramos. Empero, creemos no violentar demasiado la realidad si agrupamos aquellas posiciones en cuatro rubros principales”. Cfr. Cueva, Agustín, “Las interpretaciones de la democracia en América Latina: algunos temas y problemas”, en Cueva Agustín, *Las democracias restringidas de América Latina (elementos para una reflexión crítica)*, Quito, Ed. Planeta- Ecuador, 1988, p. 33.
- 36) Barthes, R. *Op. Cit.*, p. 212.
- 37) Cueva, *Op. Cit.* pp. 33-37.
- 38) *Ibid.* p. 38.
- 39) *Ibid.* p. 34. Subrayado del autor.
- 40) *Ibid.* p. 36.
- 41) Cueva, Agustín, *La teoría marxista, categorías de base y problemas actuales*, Quito, Ed. Planeta, Ecuador, 1988, p. 180. Subrayado nuestro.
- 42) Cueva, Agustín *Las democracias restringidas... Op. Cit.* p. 9.
- 43) *Ibid.* p. 18.
- 44) *Ibidem.* Citado por Cueva.
- 45) *Ibid.* p. 19
- 46) *Ibid.* pp. 29-30. Subrayado del autor.
- 47) Cfr. Cueva, Agustín “El viraje conservador: señas y contraseñas”, *Op. Cit.* p. 6.
- 48) *Ibid.* p. 12.
- 49) *Ibid.* p. 11.
- 50) *Ibid.* p. 23.
- 51) *Ibid.* p. 6.
- 52) Cueva, Agustín *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales. Ed. Planeta, Ecuador, Op. Cit.* pp. 46-47, subrayado nuestro.
- 53) Cueva, Agustín, “Las interpretaciones de la democracia en América Latina: algunos temas y problemas”, en Cueva Agustín, *Las democracias restringidas de América Latina (elementos para una reflexión crítica)*, Quito, Ed. Planeta- Ecuador, 1988, pp. 37-38.
- 54) Cueva, Agustín “El viraje conservador: señas y contraseñas”, en Cueva Agustín (coordinador) *América Latina en la derechización de Occidente*, México, número monográfico de la *Revista A*, Ed. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 1987, p. 27.

CONCLUSIONES
Por la elaboración propia del sueño de Nuestra América

CONCLUSIONES

Por la elaboración propia del sueño de Nuestra América

Hoy vivimos en medio de esa guerra desatada por el imperialismo, de manera a veces directa como en el caso de Centroamérica, otras veces solapada bajo formas menos belicosas, pero que igualmente expresan la voluntad de imposición de la “razón” capitalista como lógica fundamental de nuestra historia. Lo que es peor: esa derechización de Occidente que sin duda nos afecta, con frecuencia la vivimos de manera velada, a causa de nuestra peculiar trayectoria reciente. En efecto, en la medida en que el lapso 1974-79 fue para nosotros (en contraste con otras zonas del Tercer Mundo) una época de extrema regresión expresada particularmente en las dictaduras del Cono Sur, el conservadurismo actual aparece disimulado tras aperturas democráticas que son una realidad, pero cuyo carácter conservador radica en que, aprovechando el reflujo causado por las pasadas derrotas, pretende conseguir la identificación definitiva de la razón democrática, a la que sin vacilar adherimos, con la “razón” capitalista-imperialista que nos oprime. Por lo demás, es esa identificación la que define al pensamiento conservador latinoamericano de hoy. En tal contexto, es verdad que ciertos sectores de la antigua izquierda de América Latina se han “europeizado” y algunos grupos de intelectuales parecen estar dando su brazo a torcer [...] Aun así, está lejos de producirse un divorcio masivo y definitivo entre “la conciencia humana más desarrollada y la fuerza humana más explotada”. Pese a los constantes llamados a que “entendamos” que en los países “altamente desarrollados” el marxismo y otras ideas revolucionarias son “cosas de provincianos, hipócritas o débiles mentales”, la inmensa mayoría de la intelectualidad latinoamericana no ha renunciado a su visión prometeana, ni ha renegado de lo mejor de su tradición jacobina, libertaria, antiimperialista e incluso leninista [...] Nada garantiza que nuestra razón de pueblos oprimidos y subdesarrollados vaya a salir triunfante, al menos en el corto plazo; mas esa dosis de incertidumbre inherente a toda lucha tampoco justifica el que claudiquemos de antemano.

Cueva, Agustín, Cueva, Agustín “El viraje conservador: señas y contraseñas”, en Cueva, Agustín (coord.) *Tiempos conservadores: América Latina en la derechización de occidente*, México, número monográfico de la *Revista A*, de la Universidad Autónoma Metropolitana, Plantel Atzacapotzalco, enero-abril de 1987, pp. 26-27.

Hemos dicho en la Introducción que dos fueron las preocupaciones que delimitaban el horizonte del trabajo que aquí “culmina”: de una parte aquella

derrota del *socialismo realmente existente* representado por la ex Unión Soviética y los países de Europa del Este, una de cuyas principales consecuencias mundiales ha constituido lo que hemos calificado como especie de veto que llegó a experimentarse y aún mantiene una importante presión contra cualquier idea de transformación revolucionaria de la sociedad; y, por otro lado, el apoyo que cierta teorización sobre la democracia ha prestado a esa dominación conservadora.

Hemos pretendido en el presente trabajo recuperar la obra de Agustín Cueva como ejemplo especialmente representativo de la posición marxista de un conjunto de autores latinoamericanos empeñados en resistir y oponerse a esa tendencia, sus implicaciones y consecuencias. Resistencia y oposición que aparecen expresadas de manera especialmente elocuente en el texto que sirve de epígrafe a nuestras conclusiones.

En ese sentido y debido a la falta de difusión de nuestros autores (Cueva incluido), hemos elegido a lo largo del estudio precedente, la consignación lo más pormenorizada posible de las fuentes. Ello puede haber provocado la exasperación de la lectura: no podemos sino pedir una disculpa al respecto, pero, debe comprenderse que, dada aquella falta, quizá no había mejor camino para avanzar en la complicada tarea que aquí “concluye”.

Y justamente por lo extenso del recorrido, por la gran cantidad de estaciones, problemas, temas, polémicas, etc., incorporados en el mismo, también se comprenderá que resulta prácticamente imposible la recuperación de todas y cada una de las conclusiones que pueden extraerse de la exploración precedente, muchas de las cuales, sin embargo, han sido acotadas en su oportunidad.

Sea de ello lo que fuere, la prolongación de aquella tendencia conservadora a nivel internacional hasta nuestros días (con importantes contrapuntos a los que nos referiremos más adelante), puede ser un indicador de la relevancia de la tarea desarrollada, así como sus propias y reconocidas insuficiencias.

En efecto, hemos tenido que asistir al cuestionado y cuestionable triunfo de George Bush hijo para un primer período presidencial (recuérdese el papel de última hora que jugó para su triunfo el electorado de Florida, en donde era gobernador nada menos que su hermano), pero también al eufórico y ya no tan

sorprendente triunfo de su candidatura para un segundo período, a pesar de o precisamente por el desembozado discurso agresivo contra toda oposición (recuérdense los ultimátums lanzados durante su primera gestión); recuérdese la invasión a Irak, que tuvo por argumento la presunción de la existencia de armas de destrucción masiva, presunción desautorizada por la propia CIA, pero que no fue obstáculo para que se sumaran los más variados países Europeos y allende el Primer Mundo, que, sin escrúpulos, no han dado visos de reconsideración.

En contraposición, y seguramente por razones menos bondadosas de las que quisiéramos ver, la salida del partido de Aznar del gobierno español constituyó un inesperado revés, un indicador de los sorprendivos efectos que pueden presentarse históricamente como respuesta a las cínicas mentiras (no pueden calificarse de otra manera y son un indicador particularmente relevante de no pocos contextos sociales contemporáneos en diferentes regiones, en donde, dada la degradación gubernamental de las clases dominantes o de sus representantes culturales, difícilmente podrían considerarse como problemas ideológicos) en que pretenden sustentarse indefinidamente las fuerzas derechistas en algunos países.

Anuncio inesperado de componentes de resistencia incubados en la sociedad Occidental o simple límite del comportamiento deshonesto gubernamental español del momento, la derrota del Partido Popular en el país ibérico puede significar, en todo caso, un ejemplo de resistencia social que no ha sido ni con mucho el único que se ha manifestado en estos últimos años y en donde América Latina ha dado lugar a ejercicios cada vez más consistentes de contribuciones al cambio en la correlación de fuerzas internacionales contrarios a aquella dominación unidimensional (ejercicios sobre los cuales, hemos dicho, volveremos más adelante).

Como quiera que sea, lo cierto es que aquel estado de cosas ha tenido como una de sus consecuencias extremas la pretensión de borrar la discusión misma. Y en ese contexto mantenemos la esperanza de que el presente estudio represente un aporte contra esa tendencia, sosteniendo la idea de que producciones como la de Agustín Cueva Dávila, constituyen antecedentes sólidos

en la tarea de desmitificación, y, más allá de ella, de la apertura a perspectivas de cambio estructural de nuestras sociedades tercermundistas contemporáneas.

Ahora bien y con la salvedad anticipada, el camino recorrido durante la Primera Parte, nos muestra al pensamiento de Agustín Cueva condicionado por diversas mediaciones que van desde las estructurales propias del desarrollo social latinoamericano en general, las particulares del devenir ecuatoriano, pero también de una evolución personal del autor, en donde se recuperaron algunos de los textos calificados por el propio Cueva como hitos en su trayectoria. Hemos intentado contextualizar esos hitos y tratado de identificar el impacto de los mismos en su trayectoria posterior.

Una lectura detenida de la obra de Cueva muestra un singular itinerario que permite reconstruir las poderosas razones que llevaron a nuestro autor a adherirse al marxismo.

Como se ha consignado oportunamente, esa perspectiva teórica no fue, en muchas ocasiones sino la culminación de un esfuerzo por permanecer en un habla política, consecuente con propósitos de transformación de una realidad marcada por los lacerantes contrastes y contradicciones a todos niveles.

Adicionalmente y con todas las complicaciones que ello conlleva, los estudios históricos llevados a cabo por Cueva reclaman una relectura y una ubicación más apegada a los autores que en su momento se pretendieron vanguardia de la revolución en nuestras tierras, con la finalidad de decantar nuestra memoria histórica.

En el caso de Cueva esa voluntad de asumir un habla que permanezca política, ha hecho que su itinerario se constituya en una vía de acceso privilegiado a los temas dominantes en los que se han debatido las perspectivas latinoamericanas de alrededor de un cuarto de siglo.

En ese mismo sentido, el itinerario del sociólogo ibarreño, nos permitió, además, asistir al resquebrajamiento ideológico de la izquierda en Occidente, o mejor dicho a la claudicación de buena parte de los otrora bastiones ideológicos de lo que se ha dado en llamar “Marxismo Occidental”, una de cuyas

consecuencias fue la deformación conceptual de la teoría marxista, ante lo cual Cueva asumirá una labor ensayística de relevancia para subrayar la necesidad de apertura del debate, pero también para denunciar aquellas deformaciones y mistificaciones.

La teoría marxista, se nos muestra, así, como un pensamiento vivo en América Latina, pero también de adopción limitada entre nosotros, no sólo en el tiempo (es a partir de los años sesenta en que el debate logró una gran tensión conceptual; de cuya experiencia se desprenden los intentos más serios de aquella adopción), sino en la magnitud de su representación: numéricamente, la teoría marxista ha declinado, pero sus núcleos teóricos y temáticos han sido más ignorados por principio que debatidos en sus tesis e implicaciones principales.

Tomando en cuenta esta situación, hemos intentado reandar el camino para encontrar las razones de esa inconformidad y poner de relieve sus convicciones basadas en el esfuerzo teórico.

En ese sentido, la exploración de la producción cuevana, en general, a partir de los tres rasgos destacados en la Primera Parte del presente, sugiere una veta sumamente fructífera, digna de seguir explotándose teóricamente. Es claro, sin embargo, que el proceso de transición del sociólogo ecuatoriano hacia el marxismo puede reconocerse en sus trabajos del quinquenio que va de 1968 a 1972, aproximadamente. A partir de ahí, aquellos tres rasgos muestran un saldo que contribuye de manera decisiva a una nueva inteligibilidad de nuestra historia, de las perspectivas revolucionarias entre nosotros, de las tareas pendientes, etc. Una conclusión especialmente relevante, respecto de la continuidad de la obra de Cueva, que fuera apreciada fraternalmente por sus más cercanos amigos, nos muestra que su adopción del marxismo sigue siendo una vía para la coherencia ético-política anhelada hoy más que nunca, habida cuenta del degradado panorama en que se debaten las perspectivas revolucionarias en la actualidad. La decisión de ubicarse en un habla que permanezca política, llevada a cabo por el ecuatoriano, ha producido una exploración temática, particularmente relevante en la que la aspiración del marxismo de totalizar la historia, por lo que se refiere a

Nuestra América, deja sólidos antecedentes para la consideración de diferentes formas: política, literaria, sociológica, económica, etc.

De ese itinerario, la exploración de un tema tan difícil de cercar, como es el de la democracia adquiere una especial importancia, no sólo por el momento en que lo aborda, desde la posición teórica en que lo asume, sino de las vías que abre para su asunción futura.

Por nuestra parte, la incorporación explícita de una exploración de la naturaleza ensayística de los trabajos de Cueva así como a su trabajo mitológico sugiere una no menos fructífera vía de iluminación de los recursos implicados en el uso mítico de la noción de democracia y, con ello, la apertura a opciones de superación racional.

En todo caso el trabajo de Cueva muestra un caso particular de labor ensayística en donde nuestra historia latinoamericana encuentra voz propia, lo cual quizás sería imposible en otras formas como el tratado, los manuales, etc.

En fin, una conclusión general del recorrido realizado a través de la obra del sociólogo ecuatoriano nos muestra que el dogmatismo, el simplismo, etc., que en algún momento se pretendió imputar a nuestro autor y su trabajo carecen de fundamento.

Por otro lado y más delicado aún, la reconstrucción del itinerario del sociólogo ecuatoriano, expuesto en esa Primera Parte pero también en la Segunda, desautoriza aquellos intentos que han pretendido “reivindicar” a Cueva y su obra a condición de cercenar, amputar, en fin, de despojar los planteamientos cuevanos de su filiación marxista-leninista y en último término revolucionaria.

En ese sentido podemos sostener que, justamente, la novedad, lo novedoso del trabajo cuevano se encuentra indesligablemente unido a la exhibición del devenir latinoamericano, su cultura, las luchas que acontecen en su seno, etc. y allende sus fronteras, que son viables en función de un conjunto de “andamios” o “prótesis”, según la caracterización de Cerutti, que en el caso de Cueva evolucionan hasta un análisis basado en coordenadas sistemáticamente marxistas. Ello da lugar a una novedosa reorganización de lo dado, en la cual se

tornan comprensibles los tortuosos procesos sociales más allá del personalismo o la fatalidad, abriendo igualmente nuevas posibilidades contra el conformismo, el pesimismo derivados de otras perspectivas.

Por otro lado y retomando lo que hemos dejado pendiente líneas atrás, en el sentido de los hitos reconocidos por el propio Cueva, nos hemos permitido explorar la mitología barthesiana, autorizados por testimonios del propio Cueva en ese sentido, abriendo quizá una nueva vía para explorar las implicaciones de la labor ensayística cuevana en lo que puede constituir una veta heurística del marxismo-leninismo contemporáneo o por nacer.

Así, en este contexto contemporáneo de la fragmentariedad, Cueva parece representar desde nuestras tierras y del Tercer Mundo en general un precedente de lucha que esperamos ineludible en la contribución a ese “conjunto de relaciones humanas en su poder de construcción del mundo”, de que hablaba Barthes.

Ello no obstante, aquella reacción conservadora occidental, que Cueva denunciara apasionadamente, si bien ha perdido fuerza en algunos niveles y contextos sociales específicos, persiste hasta nuestros días y hasta podría decirse que se ha fortalecido en algunas prácticas sociales. Ello no sólo a través de la fuerza como dice Cueva en nuestro epígrafe, sino de manera solapada, velada, y, agregamos nosotros, a través de la acumulación y uso de finos artificios retóricos, de la mistificación, vale decir la naturalización, constante y masiva de una gran variedad de contenidos sociales, orientados de manera cada vez más sofisticada a aquellas expresiones sociales representativas de una gran carga política.

Salir al paso de estos niveles con mayores y mejores recursos parece una tarea cada vez más apremiante, pero que requiere trabajo de grupos, de equipos, en gran medida especializados que habrá que fomentar y animar. Por nuestra parte hemos llevado a cabo un ensayo del sentido en que podría iniciarse esa tarea.

En ese contexto hemos intentado aquí aproximarnos a ese crucial problema a través de la recuperación del esfuerzo semiótico de Roland Barthes, sosteniendo

que se trata de una de las prótesis, según la caracterización de Cerutti, operante en el trabajo de Cueva y especialmente en la exploración de la democracia.

En ese sentido y si una de las condiciones decisivas del mito es la privación de la historia, hemos recuperado, justamente, la reconstrucción de la historia llevada a cabo por Cueva como el antídoto contra el predominio de una visión abstracta, formal, en todo caso fatal de la democracia capitalista. Así, Cueva nos muestra la gestación de ese predominio estrechamente asociado a aquella derechización de Occidente. Pero no sólo eso. En efecto hay en su trabajo una caracterización de las principales visiones que sobre la democracia exhiben las principales fuerzas teórico-políticas en el subcontinente. También una reconstrucción de las coordenadas históricas de la democratización latinoamericana, en donde sobresale, con una economía de recursos admirable, la recuperación de los indicadores relevantes para formar una idea muy certera de la situación material de nuestras sociedades, pero que permite también recuperar el sentido de los procesos políticos en el subcontinente.

Así apreciamos que la osadía de pensar con cabeza propia los contenidos de la democracia entre nosotros y la no menos osada idea de nuestro derecho a definir lo que ha de entenderse por democracia, tiene ya claros antecedentes no sólo prácticos, sino teóricamente sólidos en América Latina.

El esfuerzo representado por algunos trabajos de Agustín Cueva, sobre todo los de la década de los ochenta en adelante, muestran los singulares frutos rendidos por la visión materialista de la historia, que alrededor de siglo y medio después, se hace presente anunciando la simiente de nuevas perspectivas.

Por otro lado y saliendo al paso de una lectura que podría sugerir cierto pesimismo en nuestras palabras anteriores, es necesario subrayar que la recomposición de fuerzas internacionales se va produciendo de una manera tortuosa pero creciente. Y ello no sólo en el plano de las ideas sino que, en contrapartida de aquella derechización, podemos sumarnos a las promisorias y alentadoras buenas nuevas que desde el Caribe y América del Sur vienen

gestándose y ganando creciente fuerza y que dan al presente trabajo, en el momento del cierre del mismo y aliento y un tono diferentes.

Así y todo, quizá como nunca la economía tercermundista está llegando a un callejón sin salida. A ella le pesa, cual lápida, el predominio de aquella tendencia conservadora cuando no abiertamente reaccionaria en los países altamente industrializados. En ese contexto y como contrapeso del eventual ingreso a un segundo período bárbaro que estaría constituido por el imperio capitalista, según el decir de Marcuse, subrayado por Cueva, la labor de integración representada por obras como la del sociólogo ecuatoriano, sientan un precedente que tiene sentido profundizar, ampliar y difundir: podrían ser el único contrapeso a la fragmentariedad que parece caracterizar a la oposición contemporánea. Recordar, en ese sentido que abogar por una democracia tercermundista implica reiterar el derecho a la autodeterminación.

Venturosamente, y así lo hemos tratado de mostrar en este trabajo, nos encontramos lejos de la orfandad teórica con que generaciones anteriores enfrentaron sus luchas contra la dominación.

Finalmente, a lo largo de estas páginas la literatura ha sido visitada constantemente. Eso no es casual y remite al antiguo pero vigente problema de las formas, del hecho y del derecho. Parecería que, por derecho, las ciencias sociales serían las depositarias legítimas de un saber hoy más reclamado que nunca. Pero ante el generalizado silencio de las voces críticas en el campo, y la desembozada agresividad de los “científicos” de la derecha, por si faltaba una paradoja más, la forma literaria parecería tomar la palabra.

Bibliografía de Agustín Cueva

- (1965) Cueva, Agustín “Reflexiones sobre la novela indigenista”, en *Indoamérica* 65, Quito, No. 2, Año I, marzo-abril de 1965, pp. 117-123.
- _____, “La historia humillada”, en *Indoamérica* 65, Quito, No. 3, año I, mayo-junio de 1965, pp. 181-183.
- _____, “Mito y verdad de la ‘cultura mestiza’”, en *Indoamérica* 65, Quito, año I, julio-diciembre de 1965, pp. 288-302. Este texto aparecerá recuperado como capítulo de *Entre la ira y la esperanza. Ensayos sobre la cultura nacional*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1967.
- (1966) _____, “Los sepultureros de nuestra cultura”, en *Indoamérica* 66, Quito, No. 6, Año II, enero mayo de 1966, 371-373.
- _____, “Aventuras de un popartista criollo”, en *Indoamérica* 66, Quito, No. 6, Año II, enero-mayo de 1966, pp. 429-430.
- (1967) _____, “De ‘el cuento de la patria’ a ‘interpretaciones latinoamericanas’”, en *Pucuna*, Quito, No. 8, octubre de 1967, pp. 42-44.
- _____, *Entre la ira y la esperanza. Ensayos sobre la cultura nacional*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1967.
- _____, “La literatura de Arturo Montesinos”, texto fechado en 1967, aparecido en *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta-Ecuador, 1986, pp. 131-141.
- _____, “Dávila Andrade: sus obsesiones y símbolos”, texto fechado en 1967, aparecido en *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta-Ecuador, 1986, pp. 143-153.
- (1968) _____, *La literatura ecuatoriana*, (Enciclopedia Literaria, 29), Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968, 64 pp. El texto íntegro aparecerá editado como parte de *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta-Ecuador, 1986, pp. 21-67.

- _____, “Jorge Icaza”, texto fechado en 1968, pero que aparece en *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta-Ecuador, 1986, pp. 69-109.
- (1970) _____, “Lectura de ‘A la costa’”, texto fechado en 1970, aparecido en *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta-Ecuador, 1986, pp.111-120.
- (1971) _____, “El mundo alucinante de Pablo Palacio”, texto fechado en 1971, aparecido en *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta-Ecuador, 1986, pp. 155-158.
- _____, “Introducción a la literatura de José de la Cuadra”, texto fechado en 1971, aparecido en *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta-Ecuador, 1986, pp. 121-129.
- (1973) _____, “Comentario” en *Clases sociales y crisis política en América Latina*, varios autores, coordinado por Raúl Benítez Zenteno, México, Ed. Siglo XXI, 1979 (primera edición, 1977), pp. 98-112. Leído originalmente en la ciudad de Oaxaca, Oaxaca, México, en el mes de julio de 1973.
- (1974) _____, “Para una interpretación sociológica de Cien Años de Soledad”, en *Revista mexicana de sociología*, México, año XXXVI, Vol. XXXVI. Núm. 1, enero-marzo de 1974, pp. 59-76.
- _____, *El proceso de dominación política en Ecuador*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1974, 124 pp. Según indica Raquel Sosa, este trabajo fue publicado originalmente en 1973 por la Editorial Voluntad, en Quito, (Cfr. “Agustín Cueva: un itinerario crítico”, en *Estudios Latinoamericanos*, revista del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Vol. VI, año 6, jul. 1991-dic. 1992, núms. 11, 12 y 13, p. 6). Igualmente, el propio Cueva indica la existencia de una versión corregida y actualizada editada en Quito por Planeta Ecuador, 1968.
- _____, “Dialéctica del proceso chileno: 1970-1973”, *Cuadernos CELA*, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, 1974, primera edición impresa en Varios autores, *El golpe de Estado en Chile*, México, Fondo de Cultura Económica, colección Popular, No. 140, 1975. En Cueva, Agustín *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, Ed. Edicol, 1979, pp. 97-140.

_____, “El uso del concepto modo de producción en América Latina: Algunos problemas teóricos”. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Americanistas realizado en México, septiembre de 1974. Primera edición impresa en la revista *Economía*, del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad de San Carlos, Guatemala, No. 42, octubre-diciembre de 1974. En Cueva, Agustín *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, Ed. Edicol, 1979, pp. 40-59. Apareció posteriormente en el volumen colectivo *Modos de producción en América Latina*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1979 (primera edición del volumen en 1978), pp. 27-46.

_____, “Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia”, Ponencia presentada al XI Congreso Latinoamericano de Sociología, San Carlos, Costa Rica, 1974. Primera edición impresa en revista *Historia y sociedad*, México, segunda época, No. 3, otoño, 1974. En *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, Ed. Edicol, 1979, pp. 15-39.

(1975) _____, “La fascistización de América Latina”, *Cuadernos CELA*, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, México, 1975. Primera edición impresa en la revista *Nueva Política*, México, No. 1, enero-marzo de 1976. En Cueva, Agustín *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, Ed. Edicol, 1979, pp. 141-152.

(1976) _____, “Sobre el concepto de enajenación”, en Varios autores, *La filosofía y las ciencias sociales*, México, Ed. Grijalbo, 1976, pp. 71-93. Los textos contenidos en el volumen conforman una selección de los trabajos presentados durante el Primer Coloquio Nacional de Filosofía, verificado durante los días 4 al 9 de agosto de 1975, en la ciudad de Morelia, Michoacán, México.

_____, “Ecuador: la quimera del petróleo y la encrucijada del nacionalismo pequeñoburgués”, *Cambio*, México, enero, febrero y marzo de 1976.

_____, “La política económica del fascismo”, Ponencia presentada en el Seminario sobre “El control político en el Cono Sur de América Latina”, México, diciembre de 1976. Primera edición impresa, en versión preliminar y con el título de “Fascismo y economía en América Latina”, en la revista *Controversia*, Guadalajara, Tomo I, año I, No. 2, febrero-abril, 1977. En Cueva, Agustín *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, Ed. Edicol, 1979, pp. 153-163.

(1977) _____, "Elementos y niveles de conceptualización del fascismo". Primera edición impresa, con el título "La cuestión del fascismo", en la *Revista mexicana de sociología*, México, Año 31, Vol. 31, Núm. 2, abril-junio de 1977. En Cueva, Agustín *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, Ed. Edicol, 1979, pp. 164-176.

_____, "La interminable pesadilla del colonialismo (para una lectura desmistificada de Las Casas)". Texto que, según indica el propio autor apareció en la revista *Plural*, del diario *Excelsior*, México, Vol. IV, Núm. 10, julio de 1977. Posteriormente apareció en *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta, 1993, pp. 189-105.

_____, *El desarrollo del capitalismo en América Latina. Ensayo de interpretación histórica*, México, Ed. Siglo XXI, 1977.

_____, "El análisis dialéctico: requisito teórico y a la vez político". Ponencia presentada al Segundo Coloquio Nacional de Filosofía, Monterrey, Nuevo León, octubre de 1977, con el título de "Análisis dialéctico y revolución social". Primera edición impresa, con este mismo título, en revista *Plural*, México, segunda época, Vol. VI, No. 75, diciembre de 1977. En Cueva, Agustín, *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, Ed. Edicol, 1979, pp. 60-68.

_____, "Ecuador: 1925-1975", en González Casanova, Pablo (coord.) *América Latina: historia de medio siglo, 1- América del Sur*. México, Ed. Siglo XXI, 1991 (octava edición; primera edición 1977), pp. 291-326.

(1978) _____, "En pos de la historicidad perdida: contribución al debate sobre la literatura indigenista del Ecuador". Texto fechado en 1978, aparecido en *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta-Ecuador, 1986, pp. 159-184.

_____, "El desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período". Ponencia presentada en el Simposio sobre Crisis y crítica de las ciencias sociales en Puerto Rico, organizado por la Universidad de Puerto Rico, en mayo de 1978. Primera edición impresa en la revista *Plural*, México, segunda época, Vol. VII, No. 88, enero de 1979, con el título "Las ciencias sociales en América Latina". Aquí tomado de Cueva, Agustín *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, Ed. Edicol, 1979, pp. 69-84.

_____, “El espejismo heroico de la conquista (Alonso de Ercilla y la Araucana)”, apareció en *Casa de las Américas*, La Habana, Cuba, Año XIX, No. 110, septiembre-octubre de 1978. Tomado por nosotros de *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta, 1993, pp. 69-88.

_____, “La ‘remodelación’ fascista de la sociedad”. Intervención en la Mesa Redonda sobre Las fuentes externas del fascismo, organizada por el Seminario Permanente sobre América Latina, México, 1978. Primera edición impresa en *Cuadernos Políticos*, México, No. 18, octubre-diciembre, 1978. En Cueva, Agustín *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, Ed. Edicol, 1979, pp. 177-187.

(1979) _____, *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, Ed. Edicol, 1979. Incluye los trabajos cuya referencia se ha especificado por separado y para proporcionar las fechas de su difusión inicial. Como textos preparados ex profeso para este libro se encuentran la “Introducción” (pp. 7-11); y el ensayo “¿Vigencia de la ‘anticrítica’ o necesidad de autocrítica? (Respuesta a Theotónio DoSantos y Vania Bambirra)”, pp. 85-93.

(1980) _____, “El método materialista histórico aplicado a la periodización de la historia de la literatura ecuatoriana: algunas consideraciones teóricas”. Texto que aparece fechado en 1980, y que hace las veces de Introducción a *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta-Ecuador, 1986, pp. 9-20.

*** _____, “América Latina en el último quinquenio: 1976-1980”, en *Araucaria de Chile*, núm. 11, Madrid, 1980.

(1981) _____, “Ecuador en su nueva encrucijada histórica”, en *Cuadernos políticos* 27, México, enero-marzo 1981, pp. 49-54.

_____, “El populismo como problema teórico y político”, editado en *Las democracias restringidas de América Latina (elementos para una reflexión crítica)*, Quito, Ed. Planeta-Ecuador, 1988, pp. 99-115. El autor aclara en esa edición: “Este ensayo fue presentado como ponencia en el Tercer Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, realizado en Quito, Ecuador, en junio de 1981. [Y que] La presente versión contiene algunas modificaciones menores”.

_____, “El pensamiento social latinoamericano (Notas sobre el desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período)” en *Anuario Latinoamérica*, México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, UNAM, No. 14, 1981.

- (1983) _____, "Comentario" al trabajo de Juan Carlos Portantiero "Sociedad Civil, estado y sistema político", publicado también en Vega, Juan Enrique (coord.) *Teoría y Política en América Latina*, México, Ed. Centro de Investigación y Docencia Económica, 1984 (primera edición, 1983), pp. 191-203; pp. 227-229.
- (1984) _____, "El fetichismo de la hegemonía y el imperialismo", en *Cuadernos políticos* 39, México, enero-marzo de 1984, pp. 31-39.
- _____, "Reflexiones sobre el desarrollo contemporáneo de los estudios latinoamericanos en México", en Varios autores, *Balance y perspectivas de los estudios latinoamericanos*, México, Ed. UNAM, 1985, pp. 99-108. Según se indica en la página siete "Integran este libro las ponencias leídas en el 'Encuentro Nacional Balance y Perspectivas de los Estudios Latinoamericanos', organizado por la Coordinación de Humanidades y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en el Antiguo Colegio de San Ildefonso, durante la semana comprendida entre los días 25 y 29 de junio de 1984". El autor ofrece, según propias palabras, versión bastante modificada" en las páginas 93-102 de *América Latina en la frontera de los años 90*, Quito, Ed. Planeta del Ecuador, Colección País de la Mitad, 1ª. edición, octubre de 1989.
- _____, "El Estado latinoamericano en la crisis del capitalismo", en López Díaz, Pedro (coord.) *La crisis del capitalismo: teoría y práctica*, México, Ed. Siglo XXI, 1987, segunda edición (primera edición, 1984), pp. 633-646.
- (1985) _____, Presentación del libro de Horacio Cerutti Guldberg *Filosofía de la Liberación Latinoamericana*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1983, 326 págs.; aparecida en *Prometeo: Revista Latinoamericana de Filosofía*, Guadalajara, México, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, Número 2, enero-abril de 1985, pp. 75-86.
- _____, "Las razones del Papa", *La jornada*, México, 12 de febrero de 1985.
- _____, "La desinformación de cada días", *La jornada*, México, 20 de febrero de 1985.
- _____, "Sudáfrica: un oprobio al cubo", *La jornada*, México, 5 de marzo de 1985.
- _____, "Brasil: vientos conservadores", *La jornada*, México, 12 de marzo de 1985.

_____, "América Latina: guerrilleros y verdugos", *La jornada*, México, 19 de marzo de 1985.

_____, "Derechización intelectual de Europa", *La jornada*, México, 26 de marzo 1985.

_____, "La batalla de Chile", *La jornada*, México, 9 de abril de 1985.

_____, "Itinerario de Georg Luckacs", *La jornada*, México, 16 de abril de 1985.

_____, "Perspectivas sobre China", *La jornada*, México, 2 de octubre de 1985.

_____, "Perú: ¿el principio de autoridad?", *La jornada*, México, 9 de octubre de 1985.

_____, "Presidente con desplantes", *La jornada*, México, 16 de octubre de 1985.

_____, "La dura mano del imperio", *La jornada*, México, 23 de octubre de 1985.

_____, "Perfil de Honduras", *La jornada*, México, 30 de octubre de 1985.

_____, "El ajedrez político de Brasil", *La jornada*, México, 4 de diciembre de 1985.

(1986) _____, *Lecturas y rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Ed. Planeta-Ecuador, 1986. Además de los textos referidos por separado atendiendo a su fecha inicial de presentación o publicación, el autor presenta aquí, al parecer por vez primera, el ensayo "Claves para la literatura ecuatoriana de hoy", el cual, sin embargo, se encuentra fechado en 1985, pp. 185-209.

_____, "La encrucijada haitiana", *La jornada*, México, 15 de enero de 1986.

_____, "Yemen: ¿otra Granada?", *La jornada*, México, 23 de enero de 1986.

_____, "Los caminos de Haití", *La jornada*, México, 12 de febrero de 1986.

_____, "El callejón argentino", *La jornada*, México, 19 de febrero de 1986.

_____, "La democracia en América Latina: ¿Novia del socialismo o concubina del imperialismo?", en *Estudios Latinoamericanos*, México, revista del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Vol I, año 1, jul-dic., 1986, , núm. 1, pp. 49-54. El propio autor indica en la versión recuperada en *Las democracias restringidas de América Latina (elementos para una reflexión crítica)* que: "Este ensayo fue presentado como ponencia en el XVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), Río de Janeiro, 2-7 de marzo de 1986. La presente versión incluye sólo pequeñas modificaciones".

_____, "República Dominicana: las elecciones", *La jornada*, México, 16 de mayo de 1986.

_____, "¿Intransigencia nicaragüense?", *La jornada*, México, 22 de mayo de 1986.

_____, "Ecuador: 'guerrilla' y elecciones", *La jornada*, México, 16 de mayo de 1986.

_____, "Itinerario del marxismo latinoamericano", en *Nexus 102*, México, junio de 1986, pp. 25-37.

_____, "Razones del auge brasileño", *La jornada*, México, 18 de junio de 1986.

_____, "¿La democracia con sangre entra?", *La jornada*, México, 26 de junio de 1986.

_____, "¿Una cultura antidemocrática?", *La jornada*, México, 17 de julio de 1986.

_____, "Dos desafíos democráticos", *La jornada*, México, 31 de julio de 1986.

_____, "Juego de máscaras", *La jornada*, México, 7 de agosto de 1986.

_____, "Ecuador: buenos augurios políticos", *La jornada*, México, 15 de agosto de 1986.

_____, "Los comunistas de Occidente", *La jornada*, México, 21 de agosto de 1986.

_____,"¿Dónde se vive en democracia?", *La jornada*, México, 28 de agosto de 1986.

_____,"El análisis 'postmarxista' del Estado latinoamericano", editado en *Las democracias restringidas de América Latina (elementos para una reflexión crítica)*, Quito, Ed. Planeta-Ecuador, 1988, pp. 77-97. El autor aclara en esa edición: "Originalmente, este trabajo fue presentado como ponencia en la mesa redonda sobre Estado, Sociedad y democracia, del VII Congreso Centroamericano de Sociología, Tegucigalpa, Honduras, 2-7 de noviembre de 1986. [y que] La presente versión ofrece algunas modificaciones".

_____,"Crisis de la filosofía latinoamericana", *La jornada*, México, 21 de noviembre de 1986.

(1987) _____, (coord..) *Tiempos conservadores: América Latina en la derechización de occidente*, México, número monográfico de la *Revista A*, de la Universidad autónoma Metropolitana, Plantel Atzacapotzalco, enero-abril de 1987.

_____,"Después de Libia, ¿Nicaragua?", *La jornada*, México, 23 de abril de 1987.

_____,"Las interpretaciones de la democracia en América Latina: algunos temas y problemas", editado en *Las democracias restringidas de América Latina (elementos para una reflexión crítica)*, Quito, Ed. Planeta-Ecuador, 1988, pp. 27-76. El autor aclara en esa edición: "El presente ensayo ha sido escrito como parte de mis actividades de profesor visitante del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Sao Paulo (USP), mayo-junio de 1987".

_____,"Las raíces del conflicto centroamericano", Prólogo al texto *Centroamérica: una historia sin retoque*, de Gutiérrez Haces, Ma. Teresa; Lozano, Lucrecia; Ramírez, Berenice; Guerra Borges, Alfredo; Salazar Valiente, Mario y Arancibia Córdoba, Juan, México, Ed. Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, El Día en Libros, Sociedad Cooperativa, Publicaciones Mexicanas S.C.L. 1987, pp. 7-14. El texto apareció reeditado en Cueva, Agustín, *América Latina en la frontera de los años 90*, Quito, Ed. Planeta del Ecuador, Colección País de la Mitad, primera edición, octubre de 1989, pp. 53-60.

(1988) _____, *Las democracias restringidas de América Latina (elementos para una reflexión crítica)*, Quito, Ed. Planeta-Ecuador, mayo de 1988. Además del desglose que hemos hecho por separado en atención a la fecha de presentación y/o publicación de

los ensayos contenidos en el volumen, en él se presenta por vez primera, naturalmente, además de la Introducción, el ensayo “El ‘sendero’ de la nueva derecha: un modelo para desarmar”, en las páginas 117-147.

_____, “Sobre exilios y reinos (Notas) críticas sobre la evolución de la sociología sudamericana”, en *Estudios Latinoamericanos*, México, revista del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Vol. III, año 3, ene-jun., 1988, núm. 4. Extrañamente, el texto aparece recuperado sin la aclaración correspondiente en las páginas 103-120 de Cueva Agustín, *América Latina en la frontera de los años 90*, Quito, Ed. Planeta del Ecuador, Colecc. País de la Mitad, 1ª. Edición, octubre de 1989, pp. 103-120. Sin embargo, se señala ahí que se trata de “Ponencia presentada en el Primer Encuentro Latinoamericano y del Caribe de Científicos Sociales sobre el tema: ‘Desafíos del siglo XXI y la formación del sociólogo en América Latina’, organizado por la Escuela de Sociología de la Universidad Central de Venezuela, Caracas 26-29 de octubre de 1988.

_____, “Vigencia y urgencia del ‘Che’ en la era del neoconservadurismo”, ponencia presentada en el Seminario Científico Internacional que, con motivo del 60 aniversario del natalicio del *Ché*, se llevó a cabo en Buenos Aires, del 8 al 11 de junio de 1988. El texto apareció editado en Cueva, Agustín *América Latina en la frontera de los años 90*, Quito, Ed. Planeta del Ecuador, Colecc. País de la Mitad, 1ª. edición, octubre de 1989, pp. 83-91.

_____, *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales*, México, Ed. Planeta, 1988.

_____, “Los fundadores de la ideología colonial (Introducción a los cronistas de indias)”, texto que apareció en *Carabela*, Quito, revista del Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica, Año 1, núm. 2, julio de 1988. Tomado aquí de *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta, 1993, pp. 57-68.

_____, “Literatura y sociedad en el Ecuador: 1920-1960 (en una perspectiva latinoamericanista)” en Cueva, Agustín *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta, 1993, pp. 109-141. En palabras del propio Cueva, se trata de “versión intensamente modificada del artículo ‘Literatura y sociedad en el Ecuador: 1929-1960’” que habría aparecido en la *Revista Iberoamericana*, núms.. 144-145, julio-diciembre de 1988, Universidad de Pittsburg..

_____,"La espiral del subdesarrollo en las estructuras simbólicas de 'El coronel no tiene quien le escriba' y 'Cien años de soledad'", trabajo que originalmente apareció como Prólogo de la edición de ambos textos referidos en el título, por la Biblioteca Ayacucho, de Caracas, Venezuela, Vol. 148, octubre de 1989; tomado aquí de *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta, 1993, pp. 15-53.

(1989) _____,"Introducción" a la decimotercera edición actualizada de su libro *El desarrollo del capitalismo en América Latina (ensayo de interpretación histórica)*, México, Ed. Siglo XXI, 1989, fechado el mes de octubre de 1989, pp. 7-8.

_____, "Postfacio. Los años ochenta: una crisis de alta intensidad", en Cueva, Agustín *El desarrollo del capitalismo en América Latina (ensayo de interpretación histórica)*, décimotercera edición actualizada, México, Ed. Siglo XXI, 1989, pp. 239-275.

_____, *América Latina en la frontera de los años 90*, Quito, Ed. Planeta del Ecuador, Colecc. País de la Mitad, 1ª. Edición, octubre de 1989. Además de los textos presentados de manera desglosada, atendiendo a la fecha de producción y/o primera edición por separado, el presente volumen publica por vez primera los ensayos: "Las democracias en crisis", pp. 7-36; "El Estado latinoamericano y las raíces estructurales del autoritarismo", pp. 37-51; "Democracia Nostra' (Comentarios al documento 'Santa Fe II': una estrategia para América Latina en los años noventa", pp. 61-81 y "América Latina en la encrucijada de su contradictoria unidad (Apuntes de orden metodológico)", pp. 121-125.

_____, "Los vericuetos de la gobernabilidad", *Tareas* No. 73, Panamá, septiembre-diciembre de 1989; revista del Centro de Estudios Latinoamericanos "Justo Arosamena", República de Panamá. En nota inicial a pie de página se indica: "Este trabajo ha sido especialmente preparado para el VI Encuentro de Historia y Realidad Económica y Social del Ecuador y América Latina, organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Cuenca, del 13 al 18 de noviembre de 1989.

_____, "¿Hacia dónde va nuestra socialdemocracia?", en *Estudios Latinoamericanos*, México, revista del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Vol. IV, año 4, ene-dic. 1989, núms. 6-7, pp. 59-67.

(1990) Cueva, Agustín y cols. "El tiempo recobrado, memoria de treinta años del CELA", en *Estudios Latinoamericanos*, México, revista del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias

Políticas y Sociales de la UNAM, Núm. 9, julio-diciembre de 1990, pp.

Cueva, Agustín, "Ecuador: subdesarrollo y dependencia de Fernando Velasco", 1990.

_____, "Los movimientos sociales en el Ecuador contemporáneo: el caso del movimiento indígena", en Roitman, Marcos y Castro Gil, Carlos (coord.) *América Latina entre los mitos y la utopía*, Madrid, Ed. Universidad Complutense de Madrid, 1990.

_____, "América Latina ante el 'Fin de la Historia'", 1990.

(1991) _____, "El Ecuador de 1960 a 1979", en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito Vol. II, Grijalbo, Corporación Editora Nacional.

_____, "América Latina: El neoliberalismo sin rostro humano", en *La Hora*, Quito, 20 de julio.

(1992) _____, "Falacias y coartadas del V Centenario", en la revista *Casa de las Américas*, La Habana, No. 186, enero-marzo, pp. 108-113.

_____, "Comentario" a "América Latina y la crisis de la educación" de Adriana Puiggrós, en Puiggrós, Adriana y Gómez, Marcela (Coordinadoras) *Alternativas pedagógicas, sujetos y prospectiva de la educación latinoamericana*, México, Ed. UNAM, pp. 57-63.

(1993) _____, *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Ed. Planeta, 168 págs.

_____, "La socialdemocracia en Ecuador", en Vellinga, Menno (coord.) *Democracia y política en América Latina*, México, Ed. Siglo XXI, 1993, pp. 321-338.

(1994) _____, "Nota preliminar" en Cueva, Agustín *Ensayos sobre una polémica inconclusa: la transición a la democracia en América Latina*, México, Ed. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, p. 9.

_____, "Introducción: Las coordenadas históricas de la democratización Latinoamericana", en Cueva, Agustín (compilador) *Ensayos sobre una polémica inconclusa: la transición a la democracia en América Latina*, México, Ed. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 11-30.

Cueva, Agustín, Lozano, Lucrecia y Sosa Elízaga, Raquel *América Latina a fines del Siglo XX*, México, Ed. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes,

Bibliografía sobre la vida y obra de Agustín Cueva

Acosta, Alberto “El barco hace agua”, en *Hoy*, Quito, 16 de mayo de 1992.

Aguilar Flores, Verónica “Recordaron a Agustín Cueva como pensador lúcido y polemista temible atento siempre a América Latina” , *El Día*, México, 22 de mayo de 1992.

Alban Gómez, Ernesto “Agustín”, en *Hoy*, Quito, 14 de mayo de 1992.

Astudillo romero, Jaime “A la hora de la verdad”, en *Por la vida*, Boletín Trimestral, julio FEDHU, Cuenca, 1992.

Ayala Mora, Enrique “En memoria de Agustín Cueva”, en *Revista Ecuatoriana de Historia*, Quito, No. 2, Corporación Editora Nacional, 1992.

Beigel, Fernanda *Agustín Cueva: Estado, sociedad y política en América Latina*, Quito, Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1993, 134 págs.

Beigel, Fernanda “Agustín Cueva: Balance y perspectivas de la sociología”, Ponencia presentada en el Congreso Solar, octubre de 1993.

Breilh, Jaime “Vigencia de Agustín Cueva”, en *Espacios* No. 1, Quito, diciembre 1992-enero de 1993.

Calderón Chico, Carlos, “A la hora de la verdad” en *Por la vida*, Cuenca, Boletín trimestral, julio FEDHU, 1992.

Calderón Chico, Carlos “El pensamiento vivo de Agustín Cueva”, en *Semana, Expreso*, mayo de 1992.

Cárdenas, E. Eliécer “A la hora de la verdad”, en *Por la vida*, Cuenca, Boletín Trimestral, julio, FEDHU, 1992.

Carrión, Fabián Aro “Agustín Cueva” en *Casona*, Quito, órgano informativo de la Universidad Central del Ecuador, noviembre, 1992.

Cerutti Guldberg, Horacio "Aproximación a la historiografía del pensamiento ecuatoriano", en Cerutti Guldberg Horacio *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, Guadalajara, México, Ed. Universidad de Guadalajara, 1986, pp. 15-46. Referencias y análisis específicamente dedicados a trabajos de Cueva en páginas 36 y 38. Según se indica en la página 15: "Este trabajo apareció por vez primera en *Pucara*, Cuenca, Ecuador, enero de 1977, núm. 1, pp. 21-48 y una reedición corregida en *Latinoamérica*, México, UNAM, núm. 1978, pp. 215-244.

Cerutti Guldberg, Horacio "Situación de los estudios filosóficos y sociales en el Ecuador en la actualidad", en Cerutti Guldberg Horacio *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, Guadalajara, México, Ed. Universidad de Guadalajara, 1986, pp.47-54. Referencias y análisis específicamente dedicados a trabajos de Cueva en página 49. Según se indica en la página 47 "Este capítulo corresponde a la redacción posterior de una participación en el "Coloquio sobre Venezuela, Colombia y Ecuador", organizado por la Sección Latinoamericana del Instituto Central 06 de la Universidad de Erlangen Nüremberg de la República Federal Alemana. Se publicó originalmente en: *Latinamerika Studien: Venezuela, Kolumbien-Ekuador; Wirtschaft, Gessellschaft und Geschichte*. München, Wilhelm Kinkt Verlag, 1980, Band 7, pp. 503-511".

Egüez, Iván "En memoria de Agustín Cueva: La hora del eclipse", en *Identidad Universitaria*, Quito, Año 2, No. 7, junio, 1992.

Figueroa Ibarra, Carlos "En memoria de Agustín Cueva", *México Internacional*, junio de 1992.

Guerra, Samuel "Agustín Cueva o la pasión por la crítica", en *Panorama*, Banco Central del Ecuador, Quito, Segunda Época, No. 3, julio de 1992.

Hadatty Saltos, Juan "El ideólogo amable: Hechos y obras", Agustín Cueva, en un encuentro de intelectuales efectuado en La Habana, en *El telégrafo*, Guayaquil, mayo 9 de 1992.

Leal, Juan Felipe "Sobre Agustín Cueva", en *México Internacional*, Año 3, No. 34, junio de 1992.

Molotov "Macheteando la maleza: Agustín Cueva Dávila", en *La Noticia*, Portoviejo, 5 de mayo de 1992.

Mora de Hadatty, Melania "Agustín Cueva Dávila", en *Revista de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Guayaquil*, No 5, Guayaquil, diciembre de 1995.

Moreano, Alejandro, "Agustín Cueva", texto introductorio al trabajo de Fernanda Beigel, *Agustín Cueva: Estado, sociedad y política en América*

Latina, Quito, Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, “Benjamín Carrión”, 1995, pp. 7-14.

Moyano, Bolívar “Agustín Cueva... In memoriam”, El *telégrafo*, Guayaquil, 13 de mayo de 1992.

Paredes Ramírez, Willington “La unidad indisoluble de la ira y el fuego de la esperanza. Agustín Cueva (1937-1992)”, en *Matapalo*, Revista Cultural de la Editorial El Conejo, 17 de mayo de 1992.

Ponce Cevallos, Javier “Agustín Cueva”, en *Hoy*, Quito, 7 de mayo de 1992.

Ponce, Javier “Agustín Cueva, a los dos años”, en *Hoy*, Quito, domingo primero de mayo de 1994, p. 4^a.

Rivas Iturralde Vladimiro, *Desciframientos y complicidades*, México, Ed. Universidad Autónoma Metropolitana, 1991.

Rodas Martínez, Hernán “Agustín Cueva “A la hora de la verdad” en Por la vida, Cuenca, Boletín Trimestral, julio, FEDHU, 1992.

Salinas, Darío “Agustín Cueva”, en *Sociológica*, México, Universidad Iberoamericana, año 7, No. 19, mayo-agosto de 1992.

Santos Camposano, Eduardo “Agustín Cueva”, en *El Comercio*, Quito, 20 de mayo de 1992.

Silva, Juan Jacinto “Agustín Cueva supo unir lógica, pasión y rigurosidad científica”, *Gaceta UNAM*, México, 28 de mayo de 1992.

Sosa Elízaga, Raquel “Agustín Cueva: Entre la ira y la esperanza”, en *La jornada semanal*, Nueva Época, México, No. 157, 14 de junio de 1992.

Sosa Elízaga, Raquel “Agustín Cueva: un itinerario crítico”, en *Estudios Latinoamericanos*, México, revista del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Vol. VI, año 6, jul. 1991-dic., núms. 11, 12 y 13, p. 6.

Sosa Elízaga, Raquel “Agustín Cueva en la memoria”, en Marini, Ruy Mauro y Millán, Mágina (coordinadores), *La teoría social latinoamericana: La centralidad del marxismo* Tomo III, México, Ed. El Caballito, 1995, pp. 293-303.

Steinsleger, José “Ser siendo ‘Agustín Cueva: (1937-1992)’”, en *Punto de Vista*, Quito, No. 527, año 11, 13 de julio de 1992.

Tinajero, Fernando *De la evasión al desencanto*, Quito, Ed. El Conejo, 1987.

Tinajero, Fernando "Seguir apostando por la vida", *Hoy*, Quito, 10 de mayo de 1992.

Tinajero, Fernando "Un ciclo de la imaginación: del furor al cautiverio", *Diners*, Quito No. 138, noviembre de 1993.

Ubidia, Abdón "Agustín Cueva o la honestidad", en *Matapalo*, Quito, Revista cultural de la Editorial El Conejo, 7 de mayo de 1992.

Valencia Assoona, Leonardo "Agustín Cueva Dávila y la marcha en el abismo", en *El Telégrafo*, Guayaquil, 23 de mayo de 1992.

Vera, Pedro, Jorge "Agustín Cueva: una ausencia irreparable", *Expreso*, Guayaquil, 24 de mayo de 1992.

Vinueza, Humberto "En memoria de Agustín Cueva: Momentos", en *Identidad Universitaria*, Quito, Año 2, No. 7, junio de 1992.

Ycaza, Patricio "Adios a un intelectual rebelde", en *Punto de vista*, Quito, No. 518, Año 11, 11 de mayo de 1992.

Yépez Acosta, Alonso "El doctor Agustín Cueva Dávila ha muerto, en *La verdad*, Ibarra, 5 de mayo de 1992.

Periódicos

"Agustín Cueva Dávila", en *El Mercurio*, Cuenca, 5 de mayo de 1992, Sección La danza de las horas, Mauricio Babilonia.

"Muertes que no se olvidarán", en *Hoy*, 3 de enero de 1993.

"Un seminario en Cuenca en torno a Agustín Cueva", en *Hoy*, Ecuador, 18 de octubre de 1992.

Bibliografía crítica

Barthes, Roland *El grado cero de la escritura*, México, Ed. Siglo XXI, 1993, decimotercera edición en español (primera edición en francés, 1953).

Barthes, Roland *Mitologías*, México, Ed. Siglo XXI. 1993, decimotercera edición en español (primera edición en francés, 1957).

Levi-Strauss, Claude *Tristes Trópicos*, Barcelona, Ed. Paidós, 1992 (primera edición en francés, 1955).

Levi-Strauss, Claude *El pensamiento salvaje*, México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1994 (primera edición en francés, 1962).

Lukács, Georg *El alma y las formas*, México, Ed. Grijalbo, 1985 (primera edición, 1910) .

Lukács, Georg *Teoría de la novela*, México, Ed. Grijalbo, 1985 (primera edición en alemán, 1916).

Lukács, Georg *Historia y conciencia de clase*, México, Ed. Grijalbo, 1985 (primera edición en alemán, 1923).

Sartre, Jean Paul *Qué es la literatura*, varias ediciones (primera edición en francés, 1948).

ANEXO

Curriculum vitae de AGUSTÍN CUEVA

Nombre completo: Agustín Alberto Cueva Dávila

Lugar y fecha de nacimiento: Ibarra, Ecuador, 23 de septiembre de 1937

Lugar y fecha de fallecimiento: Quito, Ecuador, 1 de mayo de 1992.

Pasaporte ecuatoriano No. 251758-03/89.

Estudios:

1955-59: Universidad Católica del Ecuador: Licenciado en Ciencias Públicas y Sociales.

1960-63: Ecole des Hautes Etudes Sociales, de París: Diplome d'Etudes Supérieures en Sciences Sociales.

1963-66: Universidad Central del Ecuador: Egresado de la carrera de doctorado en Derecho.

1966-67: Bureau pour le Développement Agricole, Francia: Stage sobre Desarrollo Rural.

Experiencia docente:

1967-70: Profesor Principal (Titular) de Sociología de la Universidad Central del Ecuador (Quito).

1970-72: Profesor Titular de Teoría Literaria del Instituto Central de Lenguas de la Universidad de Concepción, Chile.

1980-86: Profesor de Asignatura de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional autónoma de México (UNAM).

1973, hasta hoy: Profesor Titular "C", de Tiempo completo, de la División de Estudios Superiores (de Posgrado, en la denominación actual) de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, e investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la misma Facultad.

En diversas fechas:

Profesor visitante o profesor invitado de: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sedes de México y Brasil; Ohio State University, Columbus, Ohio, EE. UU.; Instituto de Estudios Avancados de la Universidad de Sao Paulo, Brasil; Universidad Federal de Rio Grande do Sul, Porto Alegre, Brasil; Universidad de San Carlos, de Guatemala; Universidad Autónoma de Santo Domingo, República Dominicana, entre otras.

Cargos de dirección:

1969-70 Director de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Central del Ecuador.

1971-72: Jefe de la Sección de Teoría Literaria del Instituto Central de Lenguas de la U. de Concepción Chile.

1978-79: Jefe de la División de Estudios Superiores de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, México.

1983-86: Coordinador del Area de Estado y Procesos Políticos de América Latina del Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), de la UNAM.

Otra experiencia profesional:

1968-69: sociólogo del Departamento de Desarrollo Rural de la Junta Nacional de Planificación del Ecuador.

Distinciones Académicas y Profesionales:

1965-66: Presidente de la Asociación de Escritores y Artistas Jóvenes del Ecuador.

1971: Mención de Honor en la Concurso de Ensayo del Premio Casa de las Américas, La Habana, Cuba, con el libro El proceso de dominación política en el Ecuador.

1977: Premio Ensayo de la Editorial siglo XXI, México, con el libro El desarrollo del capitalismo en América Latina.

1978: Jurado del Premio Casa de las Américas, La Habana, Cuba.

1977-79: Presidente de la Asociación Latinoamericana de Sociología. (ALAS).

Libros publicados:

1967: Entre la ira y la esperanza. Ensayos sobre la cultura nacional, 1ª. ed., Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 6 ediciones en el Ecuador.

1972: El proceso de dominación política en el Ecuador, 1ª. Ed. , Ediciones Crítica, Quito, Alrededor de 15 ediciones en el Ecuador, una en México y una en Cuba. Traducido al inglés. (El número exacto de ediciones ecuatorianas de este libro es prácticamente imposible de establecer por cuanto la mayoría de ellas han sido hechas sin el consentimiento del autor).

1977: El desarrollo del capitalismo en América Latina. Ensayo de interpretación histórica, 1ª. ed., Siglo XXI, México. 13 ediciones en español. Traducido al japonés, holandés y portugués (Brasil).

1979: Teoría social y procesos políticos en América Latina, 1ª. ed. EDICOL, México; 2ª. ed. Universidad de Guayaquil, Ecuador. Dos capítulos traducidos al inglés y uno al portugués.

1986: Lecturas y rupturas: diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador Planeta, Quito 2a. ed. 1991.

1987: La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales, 1ª ed. Planeta, Quito; 2ª ed. Planeta, México, 1988.

1987: (Coordinador de) Tiempos conservadores: América Latina en la derechización de Occidente, Ed. "El Conejo", Quito, Ecuador, Editado también en México, como número monográfico de la Revista "A", No. 20, enero-abril de 1987, Universidad autónoma Metropolitana (UAM-Azcapotzalco). Traducido al portugués (Hucitec), Sao Paulo, 1989).

1988: Ideología y sociedad en América Latina, Ediciones de la Banda Oriental, Colección Temas Latinoamericanos, Montevideo, Uruguay.

1988: Las democracias restringidas de América Latina. Elementos para una reflexión crítica, Planeta, Quito; 2ª ed., misma editorial, 1989.

1989: América Latina en la frontera de los años noventa, Planeta, Quito.

1993: Literatura y conciencia histórica en América Latina, Planeta, Quito.

Colaboración en libros de varios autores y antologías :

1971: "El mundo alucinante de Pablo Palacio", en Pablo Palacio Un hombre muerto a puntapiés y Débora, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

1973: “Mythe et verité de la culture ´metisse””, en Eve-Marie Fell: Les indiens. Sociétés et idéologie en Amérique hispanique, Armand Colin, París.

1973: “Ecuador” y “Chile”, en Varios: Radicalización y golpes de Estado en América Latina, UNAM, México.

1975: “Dialéctica del proceso chileno: 1970-73”, en Varios El golpe de Estado en Chile, Fondo de Cultura Económica, México.

1976: “La crisis de los años sesenta”, en Varios: Ecuador: pasado y presente Universidad Central del Ecuador (hay múltiples ediciones).

1976: “El proceso chileno: 1970-1973” en De Espartaco al Che y de Nerón a Nixon (Lecturas de Historia Universal), Ed. Pueblo Nuevo, México, varias ediciones.

1976: “Sobre el concepto de enajenación”, en Varios: La filosofía y las ciencias sociales , Grijalbo, México.

1977: “El Ecuador en los años treinta”, en Pablo González Casanova (coord.): América Latina en los años treinta, México.

1977: “Notas sobre el desarrollo de la sociología ecuatoriana”, en Ciencia política (antología), Ed. Hemisferio, México.

1977: “Comentario a la ponencia de Edelberto Torres-Rivas” y “Comentario final”, en Raúl Benítez Centeno (coord.): Clases sociales y crisis política en América Latina, Siglo XXI, México, múltiples ediciones.

1977: “Ecuador: 1925-1975”, en Pablo González Casanova (coord.): América Latina: historia de medio siglo, vol. 1: América del Sur, Siglo XXI, México, múltiples ediciones y traducción al portugués.

1978: “El uso del concepto de modo de producción en América Latina: algunos problemas teóricos”, en Varios Modos de producción en América Latina, Ediciones de Cultura Popular, México.

1978: “La política económica del fascismo en América Latina”, en ILDIS: El control político en el Cono Sur, siglo XXI, México, varias ediciones.

1979: “Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia”, en Daniel Camacho (ed.): Debates sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana, EDUCA, Costa Rica.

1979: “Análisis dialéctico y revolución social”, en Varios: La filosofía y las revoluciones sociales, Grijalbo, México.

1979: “Comentario a la ponencia de Rafael Sánchez Vilela”, en Suzy Castor (coord.): Puerto Rico, una crisis histórica, Nuestro Tiempo, México.

1979: “Intervención ideológica en las ciencias sociales”, en Mario H. Otero (coord.): Ideología y ciencias sociales, UNAM, México,

1980: “Ecuador: el problemático retorno a la democracia”, en Varios: América Latina: proyectos de recambio y fuerzas internacionales en los 80, EDICOL, México.

1980: “Las ciencias sociales en América Latina: enfoques teóricos, problemas y perspectivas”, en Rafael R. Ramírez (ed.): Crisis y crítica de la ciencias sociales en Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, Centro de Investigaciones Sociales.

1983: “Comentario a la ponencia de Juan Carlos Portantiero”, en Juan Enrique Vega (coord.): Teoría y Política en América Latina, Libros del CIDE, México.

1983: “La concepción marxista de las clases sociales “, en Varios: Teoría marxista de las clases sociales Colección Teoría y Sociedad, UAM-Iztapalapa, México.

1984: “El Estado latinoamericano en la crisis del capitalismo”, en Pedro López Díaz (coord.): La crisis del capitalismo: teoría y práctica, siglo XXI, México, varias ediciones.

1984: “Fascismo y sociedad en América Latina”, en Varios: La militarización del Estado latinoamericano: algunas interpretaciones, Colección Teoría y Sociedad, UAM-Iztapalapa, México.

1985: “Liberación o barbarie”, en Ponencia del I Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América , Casa de las Américas, La Habana, Cuba.

1985: “La lucha por el poder en el Ecuador: análisis histórico, siglo XX”, en Historiografía ecuatoriana, Banco Central del Ecuador y Corporación Editora Nacional, Quito.

1985: “La concepción marxista de las clases sociales”, en Lecturas de sociología, Editorial Universitaria, Tegucigalpa, Honduras.

1985: “Reflexiones sobre el desarrollo contemporáneo de los estudios latinoamericanos en México”, en Balance y perspectivas de los estudios latinoamericanos, UNAM , México.

1985: “La concepción marxista de las clases sociales”, en Oscar Isaác Carballo Segundo (coord.): Teoría de la historia: la concepción materialista de la historia, Claves latinoamericanas, México.

1986: “Sobre nuestra ambigüedad cultural”, en Teoría de la cultura nacional, Banco Central del Ecuador y Corporación Editora Nacional, Quito.

1987: “Poder y política en América Latina”, en Varios: Poder político y estructura social, Asociación Colombiana de Sociología, Medellín Colombia.

1987: Prólogo a Varios: Centroamérica: una historia sin retoque, Ediciones El Día, México.

1987: “Velasquismo: An interpretation”, en Eduardo P. Archetti (ed.): Sociology of “developing societies”: Latin America, Monthly Review Press, New York and London.

1987: “Opinión”, en Recopilación de textos sobre Pablo Palacio, Serie Valoración Múltiple, Casa de las Américas, La Habana, Cuba.

1988: “Vigencia y urgencia del Che en la era de Ronald Reagan”, en Varios: El pensamiento revolucionario del “Che”, Ediciones Dialéctica, Buenos Aires.

1989: “El marxismo latinoamericano: historia y problemas actuales”, en Aline Frambes-Buxeda (comp.): Nuestra América Latina, Libros Homines, tomo 6, Universidad Interamericana de Puerto Rico, San Juan de Puerto Rico.

1989: “Democracia Nostra”, en Enriqueta Cabrera (coord.): Respuestas a Santa Fe II, Ediciones El Día, México.

1990: “Crónica de un naufragio: América Latina en los años 80” y “Los movimientos sociales en el Ecuador contemporáneo: el caso del movimiento indígena”, en Marcos Roitman y Carlos Castro-Gil: América Latina entre los mitos y la utopía Editorial Universidad Complutense de Madrid, España.

1990: “América Latina ante el ‘fin de la historia’”, en Varios autores: 1492-1992. La interminable conquista, Joaquín Mortiz/Planeta, México.

Colaboración en revistas:

Alrededor de 100 artículos o entrevistas publicados en los siguientes países: Argentina, Brasil, Canadá, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala, México, Nicaragua, Panamá, Perú, Puerto Rico, República Dominicana y Uruguay.

Periodismo:

Alrededor de 100 artículos que han aparecido principalmente en El Sol de México, (entre 1976 y 1977) y La jornada (del mismo país, entre 1985 y 1986)

Conferencias y asistencia a eventos científicos:

Alrededor de 200, en los siguientes países: Argelia, Argentina, Bolivia, Brasil, Canadá, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Francia, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Perú, Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

Participación en revistas:

Ex Director-fundador de la revista Indoamérica, Quito, Ecuador (1966-67); ex miembro o miembro actual del consejo editorial, o de la planta de colaboradores permanentes, de revistas como Historia y sociedad, El trimestre político, Controversia, Plural, Mundo: problemas y confrontaciones, Estudios Latinoamericanos, El Día Latinoamericano, y COPPPAL, de México; Pucuna, La bufanda del sol, Crítica, Nueva y Revista de Ciencias Sociales, del Ecuador; Latin American Perspectives, de los Estados Unidos; Política y Sociedad (primera época), del Perú; Tareas, de Panamá; Estudios, de Uruguay; Otra Guatemala, del exilio guatemalteco en México.

Distinciones recientes:

Miembro del Consejo de Honor del Concurso Internacional Independiente “Emancipación e identidad de América Latina: 1492-1992”.

Miembro de la Comisión Dictaminadora del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades.

Premio Nacional “Eugenio Espejo” concedido por el Gobierno del Ecuador (1991).

Doctorado Honoris Causa, otorgado por la Universidad de Loja, Ecuador (1992).